"La Cultura Argentina"

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES
Dirigidas por el Dr. JOSÉ INGENIEROS

Biblioteca formato mayor: $ 2 m/n.

Mariano Moreno	—	Escritos políticos y económicos.
Domingo F. Sarmiento	—	Conflicto y armonías de las razas.
Juan M. Gutiérrez	—	Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior.
Florentino Ameghino	—	Filogenia.
José M. Ramos Mejía	—	Las Neurosis de los Hombres célebres.

PRÓXIMAMENTE

Juan B. Alberdi	—	Estudios económicos.
José M. Ramos Mejía	—	Obras completas.

Biblioteca formato menor: $ 1 m/n.

Esteban Echeverría	—	Dogma Socialista y Plan Económico.
Juan B. Alberdi	—	El crimen de la guerra.
Juan B. Alberdi	—	Bases.
Domingo F. Sarmiento	—	Facundo.
Andrés Lamas	—	Rivadavia.
Olegario V. Andrade	—	Poesías completas.
Lucio V. López	—	Recuerdos de viaje.
Ricardo Gutiérrez	—	Poemas.
Hernández, Ascasubi y Del Campo	—	Martín Fierro, Santos Vega y Fausto.
Nicolás Avellaneda	—	Escritos literarios.
Francisco Ramos Mejía	—	El Federalismo Argentino.
Florentino Ameghino	—	Doctrinas y descubrimientos.
Agustín Alvarez	—	La Creación del mundo moral.
Agustín Alvarez	—	¿Adónde vamos?
Vicente G. Quesada	—	Historia colonial argentina.
Eduardo Wilde	—	La primera noche de cementerio.

PRÓXIMAMENTE

Juan Cruz Varela	—	Poesías.
Domingo F. Sarmiento	—	Argirópolis.
Domingo F. Sarmiento	—	Recuerdos de Provincia.
Ricardo Gutiérrez	—	Poesías líricas.
Aristóbulo del Valle	—	Oraciones magistrales.
Martín García Merou	—	Recuerdos literarios.
Amancio Alcorta	—	La instrucción secundaria.
Agustín Alvarez	—	Obras completas.

Las ediciones están de venta en todas las librerías.
Pedidos a la Administración general:

CASA VACCARO — Av. de Mayo 646
BUENOS AIRES

García Mérou

Recuerdos literarios

Un peso m/n

"LA CULTURA ARGENTINA"

MARTÍN GARCÍA MÉROU

Recuerdos Literarios

Con una introducción de
RICARDO MONNER SANS

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

R/4733

BIBLIOTECA
CEXECI

b15332263
i15215209

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA
2/202000 364078

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

RECUERDOS LITERARIOS

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

MARTÍN GARCÍA MÉROU

Nació en Buenos Aires el 14 de Octubre de 1862. Estudió en el Colegio Nacional y se graduó en derecho en la Universidad de Buenos Aires.

Desde la adolescencia mostró inclinación por las letras, publicando sus "poesías" (1880), "nuevas poesías" (1881) y "varias poesías" (1882), reunidas más tarde en un solo volumen. Su reputación fué rápida en todo el continente, como poeta y prosista; más tarde cultivó con igual éxito la crónica literaria, la crítica y los estudios políticos y sociales.

Entró muy joven a la carrera diplomática y fué ministro plenipotenciario ante varios gobiernos americanos. De sus viajes ha escrito impresiones interesantísimas. Siendo ministro en Estados Unidos, dejó el cargo para ocupar el Ministerio de Agricultura, durante la segunda presidencia de Roca, pasando más tarde a ocupar la legación argentina en Berlín, donde falleció.

Son sus obras principales: "Poesías" (1879-1885), "Impresiones" (1884), "Estudios literarios" (1884), "Libros y Autores" (1886), "Perfiles y miniaturas" (1889), "Juan Bautista Alberdi" (1890), "Recuerdos Literarios" (1891), "Confidencias literarias" (1894), "Estudios Americanos" (1900), "El Brasil intelectual" (1905), etc.

Sus obras de crónica y crítica literaria reflejan agudamente el movimiento intelectual argentino de "la generación del 80"; su obra, por su contenido y por su forma, es uno de los exponentes más considerables de la mentalidad nacional. Además de su valor histórico o representativo, vale por sus excelentes cualidades intrínsecas.

A los 43 años de edad falleció en Berlín, el 18 de Mayo de 1905.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

TS_6057

"LA CULTURA ARGENTINA"

MARTIN GARCÍA MÉROU

Recuerdos Literarios

Con una introducción de
RICARDO MONNER SANS

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

PRÓLOGO

Preguntaba nuestro querido e inolvidable Seigas si se leían los prólogos y en particulares conversaciones sostenía que, de tener que escribirlos, deben ser breves, como las presentaciones. De acuerdo con estas ideas del inspirado *cantor de las flores*, intentaremos, en cuanto posible sea, ceñir conceptos y apretar juicios, a fin de robar el menor tiempo posible a la curiosidad de los lectores por enterarse del contenido de este libro, en el halagador supuesto de que lo logren las líneas que siguen.

Aun cuando conocemos otras producciones de Martín García Merou, no creemos pertinente referirnos a ellas. Con deferencia que en mucho estimamos, se solicitó de nosotros, no un juicio sintético sobre la labor del distinguido poeta, literato y diplomático, sino cuatro palabras previas que encabezarán el volumen titulado *Recuerdos literarios*, líneas que, en su brevedad, señalasen con precisión, si a tanto alcanzábamos, lo que el libro contiene.

Este modesto encargo es el que, una vez aceptado, hemos intentado cumplir con literaria honradez.

Para los que llevamos ya en la frente el blanco polvo del camino recorrido, tiene el libro que va a leerse, no duplicado, triplicado encanto. Hojeémosle con cariñosa delectación; entornemos, al fina-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

lizar cada capítulo, los ojos, y replegándonos en nosotros mismos, espiritual aislamiento harto difícil por los muchos ruidos que del exterior nos llegan, reconstruyamos lo pasado, este pasado que tiene algo de necrópolis y mucho de frondosa selva; este pasado en el que revive el espíritu de los que fueron, y nos da a gustar anticipo sabroso de la madurez de frutos que va cosechando año tras año, no tan a manos llenas como se deseara, la patria literatura.

Estas páginas, pues, evocan el recuerdo de no pocos que ya cerraron sus ojos a la luz material; nos muestran cómo se iniciaron muchos de los que aun hoy viven en la, si deslumbradora, espinosa carrera de las letras; y por ser categórica verdad que el hombre de pensamiento, queriendo, o sin quererlo, se fotografía en sus obras, penetramos hondo en el alma de García Merou. Los libros suelen ser superiores a la máquina fotográfica, que si ésta logra llevar al papel rasgos físicos no pocas veces engañadores, y muchas variables, por los zarpazos del tiempo, aquéllos nos revelan lo que es perenne, inmutable, un temperamento, un carácter, lo que, en suma, por ser trasunto de lo más típico e inconfundible del ser humano, el espíritu, suele esconderse cual pudorosa virgen, ante el objetivo, el lápiz o el pincel. Por esto afirmamos que el presente libro tiene triplicado interés; conocemos merced a él a gentes que fueron, a gentes que son, y al propio autor.

Analicemos con rapidez, para no fatigar a quien nos lea, estos tres aspectos de *Recuerdos literarios*.

*

Sobre los que fueron, muchas noticias interesantes, y algunas poco conocidas, encierra el presente volumen. Allí palpita aún el alma bondadosa del

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

doctor don Pedro Goyena, a quien muy de cerca conocimos y tratamos cuando circunstancias sobrado lejanas nos llevaron a la dirección de *La Unión*. Como el autor de estas páginas, opinamos que si como conversador era inimitable, elocuente, con elocuencia insinuante y persuasiva se mostraba como orador, y bonísimo como hombre; nos explicamos, sin gran esfuerzo, la saludable influencia que ejerció sobre buena parte de la juventud de aquella época; que siempre fueron fuerza la bondad, y dulces esposas las blanduras de carácter.

También dedícanse varias páginas al jefe, por aquellos años, del partido católico, al integérrimo maestro, al orador fogoso, al modelo de ciudadanos y de honradez política, a don José Manuel Estrada, con quien nos unió respetuosa amistad, aun no compartiendo sus opiniones al juzgar la conquista y la unidad política española. Admirábamos en él al hombre esclavo de su deber, al que sigue siempre la línea recta que su escrupulosa conciencia le traza, al hombre que, por cima de sus propios intereses, pone los de la patria que arroban, y los de la religión que consuelan.

Y pues, la ocasión sin buscarla se presenta, vaya una anécdota poco menos que ignorada, pues sólo alguna vez, y en la intimidad, la hemos referido.

Nos encontrábamos una tarde en la redacción del ya citado diario, establecida en un vetusto caserón que aun existe de la calle de Alsina, no lejos de la librería, propiedad entonces de sus fundadores, los hermanos Igón. Fué a visitarnos cierto caballero, y como dirigiéndose continuamente a don José Manuel le prodigara con afectada repetición el título de "doctor", molestóse, y con tono un tanto seco hubo de decirle: "Ni soy doctor, ni quiero serlo". Al retirarse el visitante, y como nos intrigara la segunda parte de la negación, así se

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

lo expusimos, y entonces, con la fogosidad que conservó hasta el memorable discurso del Frontón, nos dijo nerviosamente: "¡Doctor! ¡Doctor! Aquí donde lo es cualquiera, el mayor timbre de gloria es no serlo". Para dar a esta contestación su verdadero alcance, conviene recordar que por aquellos años se susurraba, con razón o sin ella, que cierta Universidad expedía títulos de doctor con vituperable benevolencia.

A las pocas páginas se nos habla en este libro de Santiago Estrada que fué a morir a Madrid, después de haber señalado su paso por la literatura argentina con acertadas críticas de arte. Su gusto era afinado; su prosa poética. ¡Aun recordamos cómo repercutió aquí la inesperada noticia de su fallecimiento! El dolor de los amantes de las bellas letras era lógico, ya que sus juicios estéticos, acertados siempre, influían de eficaz manera en la formación del buen gusto de las generaciones que se levantaban.

¡Noble familia, con la nobleza del talento, esta de los Estradas! Como la de los López, se va perpetuando con gloria para la patria argentina.

El vate peruano José Arnaldo Marques sale de la pluma de García Merou trocado en interesante trovador, y en inventor, iluso como los más, de un ingenioso aparato. Nos encariñamos con él gracias a la bondadosa sencillez con que está abocetado su retrato.

El más pulido de Gervasio Méndez resulta un cuadrito bien pintado, con pinceladas filosóficas, no por corrientes dignas de caer en olvido; como se goza y se sufre al leer las cuartillas que dedica a Julio E. Mitre y a Adolfo Mitre. Por cierto que de este último encanta la *becqueriana* que transcribe García Merou. ¡Lástima del jocoso *exbien* con que comienza, si digno de una poesía fes-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tiva, impropio en composición seria y de tan delicado sentimiento!

Elogia, también, con cariño el talento poético de don Juan José García Velloso, llorado amigo, a quien sospechamos no se hizo aún cumplida justicia. Sus *Lecciones de literatura española*, desbordantes de poesía, serán siempre provechosamente leídas por quienes gustan ver como, esclavos del talento, se enmaridan la didáctica y el buen gusto.

Encierra además el volumen amistosos recuerdos para Navarro Viola, Martinto, Arana, Lamarque, Pelliza, Andrade, Villa Parra, Cané, y aun algunos más de los que fueron se agitan complacidos al conjuro de la voz del viviente amigo. El lector dotado de sensibilidad convendrá con nosotros en que es conmovedora, seductoramente bella, la escena en que se describe la muerte de Villa Parra: aquella página es una de las más hondamente sentidas del libro; cualquier literato de renombre la firmaría; en cambio no se podría suscribir, sin una fuerte dosis de benevolencia, su juicio sobre don Mariano A. Pelliza, narrador bien intencionado, trabajador infatigable, pero falto, sin duda alguna, de las indispensables dotes de historiador.

Lo que la posteridad agradecerá, y mucho, a García Merou, es la publicación de la carta que Miguel Cané le dirigiera después de haber leído *Sotileza* del insigne Pereda. La transcripta epístola, si honra al novelista montañés, no honra menos a su firmante; verdad que Cané fué un místico adorador de la belleza, y uno de los estilistas más pulcros de su tiempo.

*

Si de los que fueron pasamos a los que son, a medida que recorremos páginas, vamos de sorpresa en sorpresa; y, sin querer, recordamos que la mi-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tad de las injusticias que cometen los hombres entre sí es por no conocerse. Muchos capítulos, arsenales son de noticias lanzadas a volar, sin afectación, y como al descuido, para que trabemos íntima amistad—esa amistad oculta y muda de la admiración—con gentes con quienes por fortuna todavía nos codeamos.

Claro está que no se apadrinarían sin previo y minucioso estudio todas las afirmaciones de García Merou, especialmente cuando prodiga con demasía epítetos laudatorios, o hace sonar ruidosamente los aplausos de su juvenil entusiasmo; pero claro también que como tiene el buen acierto de escoger de cada autor los rasgos más simpáticos, si no asentimos en absoluto con lo que afirma, tampoco protestamos enérgicamente, ya que no ofrece elementos bastantes de juicio para una crítica rígida y severa.

De los hermanos Rivarola nos suministra datos muy interesantes. ¡Quién al tropezar hoy con don Rodolfo, de envergadura judicial y seriedad adquirida en la meditación y el estudio, podría sospecharlo autor de aquellas románticas estrofas que comienzan: "¡Cuántas veces te he dicho en mi entusiasmo!".

De Coronado transcribe mucho y bueno; también de Obligado, para nosotros el poeta más espontáneo y más poeta de aquella generación de soñadores; y del poco fecundo Victoriano Montes, y del académico Oyuela, y de Leopoldo Díaz, y del original y cáustico Láinez, prototipo del periodista criollo, vivaz y oportuno, y de tantos y tantos otros, que viven aún, unos la vida activa de las letras, otros del recuerdo de pasados triunfos, fugaces como todo lo humano, pero más fugaces tal vez aquí que en parte alguna, por la achatadora pesadez del ambiente y la falta de estímulo. ¡Para qué

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

producir si el resultado de la labor ni se vende, ni se lee! Abriguemos la esperanza de que en no lejanos tiempos, cuando deje de agitarse esta inmensa alberca en que vivimos, a su fondo irán los materialismos disolventes y corruptores, y en la superficie, entonces límpida y tersa, brillarán con fosforescente luz las producciones del arte bello.

De la atenta lectura del libro, en el que se esbozan deseos, y se narran ensayos, y se relatan intentos literarios de los que fueron y de los que son, deduce el lector, aun descartadas amistosas exageraciones, que cuantos componían la *bohemia* literaria, cuantos estaban afiliados al *Círculo Científico Literario,* cuantos pertenecían a la *Academia Argentina,* de moverse en más amplio escenario, y ante público menos solicitado por positivos intereses, no se hubiesen visto arrollados por la ola de materialismo que envolvió a la República, precisamente en el momento en que, dominados ímpetus juveniles, bien deslindadas futuras vocaciones, sus dotes literarias, en plena madurez, hubiéranle brindado a la literatura patria, con sabrosos y sazonados frutos.

*

De que fué Martín García Merou un hombre de sano corazón, incapaz de dar entrada en su pecho al roedor gusano de la envidia, hay pruebas a granel en el libro que va a leerse. Bastaría fijarse en los párrafos que dedica a explicar y a comentar su disidencia con Coronado, para comprender que estamos en contacto con un autor caballeresco y noble; como es suficiente leer el juicio que le inspira *El Borracho,* de Castellanos, para adivinar que nos la habemos con un hombre gustador en todos los terrenos de la pulcritud y del aseo. Las páginas que emplea para narrar, con cierto lujo de detalles, su polémica con Matienzo, las que consagra

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

a Clásicos y Románticos, a la decadencia literaria, al incipiente teatro nacional, y a los traductores, se leerán con singular agrado, porque en ellas se refleja el temperamento literario de su autor, temperamento indudablemente poético—poeta es quien escribió *Atahualpa*—artístico, bien intencionado, pero al cual falta, a nuestro modo de ver, más independencia para desligarse de forasteras influencias, independencia crítica que, de proponérselo, hubiese logrado con sólo engolfarse en la lectura de nuestros clásicos, incluso Moratín, que no sale muy bien librado de sus manos.

Gracias a este libro, al enterarnos aun en retales de lo que escribían los jóvenes que en él se citan y el propio autor, el ánimo se apena, ya que le es dado vislumbrar lo que aquella generación hubiese sido, de acercarse a escanciar su sed de belleza en las refrigerantes fuentes de los clásicos españoles.

Hay una página que nos ha encantado, aquella del capítulo IV, recuerdo juvenil que respira la frescura de lo que nunca se marchita: la flor del corazón; es una sobria pincelada de amor filial que enternece. El premio a su poesía en el *Certamen* del Colegio Nacional, si lo recibe el vate, hincha de amor y ternura el corazón de la madre, siempre santa para quien es buen hijo. ¡Dichosos los que han podido leer en los ojos maternos el seductor poema del orgullo al contemplar el triunfo del hijo querido! La citada página, casi al comienzo del libro, predispone en favor de García Merou.

Hay un hecho innegable sobre el que conviene apoyar, que se desprende de la atenta lectura de estos *Recuerdos literarios*, y es que la generación que ha dado en llamarse del 80 sólo iba a libar la belleza en cármenes extranjeros, y de éstos con especialidad en los franceses. Rara vez se citan au-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tores peninsulares, y fácilmente se adivina el porqué. Víctor Hugo era para aquella juventud romántica el pontífice máximo del arte literario, porque el romanticismo, aunque un tanto arrumbado ya en Europa en aquella fecha, representaba a sus ojos el destronamiento de ideas antiliberales. Así se comprende, dado este exagerado concepto de aquella revolución estética, diremos más, de esta falsa opinión de la belleza literaria, que García Merou opine de buena fe que la traducción que hizo el general Mitre del fragmento de la *Prière pour tous,* es superior a la del eminente Andrés Bello, como se explica que diga, refiriéndose a *El Lago,* de Lamartine, que "el preludio de esa maravillosa melodía no ha sido superada en ninguna lengua". Aseveraciones de tan difícil probanza sólo se disculpan teniendo en cuenta el visible despego que en aquellos años se sentía por la literatura peninsular. Sólo Oyuela, el más hablista de todos, y a ratos Coronado y Obligado, en quienes es fácil advertir la influencia de nuestros clásicos, se salvaron de la tiránica manía de rendir idolátrico culto a lo producido en las márgenes del Sena y del Támesis.

Ernesto Quesada ya lo hizo notar por aquel entonces en un artículo de la *Nueva Revista de Buenos Aires.* Aquella juventud sólo se nutría con las producciones de Musset, Gautier, Gerard de Nerval, Víctor Hugo, ante cuyos altares se postraba sumisa y reverente; y así no puede sorprender a nadie que al emprender nuestro autor un viaje, lleve como compañeros encargados de hacer menos tediosa la travesía, a Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe, Heine. ¡Ni un autor español! ¡Ni un representante de esa magna literatura que nos envidian todos los pueblos de la tierra! Así se explica que el mayor número de las poesías y de las páginas en prosa que de sus amigos nos da

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

a conocer García Merou, estén sobrecargadas de galicismos; así se comprende que él mismo, más atento al fondo que a la forma, lejos de rendir culto a la pureza del heredado lenguaje, y a la severa majestad de nuestro flexible romance, emplee voces y giros evidentemente contrarios a la índole de nuestro idioma; así se legitima que, a pesar de los años transcurridos, cuando al país llegamos al alborear el año 89, esa enemiga contra la literatura peninsular aun subsistiera, tanto que nuestro modesto y poco documentado estudio sobre *La novela española contemporánea*, se publicara en *La Nación*, con el beneplácito del general Mitre, para rebatir el precipitado aserto de Pelliza de que España carecía de novelistas.

Por fortuna, ante la dureza de la verdad se han ido mellando, hasta quebrarse, las armas blancas de la prevención.

*

Así como siempre que leemos a don Juan Valera se nos antoja verle sentado ante artística mesa de trabajo, vistiendo correcto frac, y no diremos, según torturada frase, calzados sus blancos guantes, pues con éstos difícilmente se escribe, así al leer estas páginas de Martín García Merou nos lo imaginamos también inclinado ante su limpia mesa de labor, vistiendo la bien cortada levita. Hay obras que pueden escribirse con traje de pana, y aun en mangas de camisa, y otras que lógica, forzosamente, sólo pueden brotar de mente que corone busto señoril. Diríase, tal es al menos nuestra manera de pensar, que existe una relación directa entre la belleza literaria y la educación del autor. Valera y García Merou debían aspirar, al redactar las obras que nos han legado, el suave perfume de diversas flores expuestas al alcance de su vista en

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

elegantes búcaros; por esto, aun siendo tan desemejante su estilo, tienen una cualidad común: la pulcritud. Si alguna vez la traviesa fantasía se propone armarles una jugarreta, los dos saben contenerla en prudentes límites. Así como se nace bonachón o atrabiliario, así se viene al mundo desvergonzado y procaz, o correcto y pudoroso. García Merou es bonachón, correcto y pudoroso; y porque es esto último, no brota de su pluma concepto atrevido; porque es correcto, su estilo es siempre noble y severo; y porque es bonachón, reparte aplausos y prodiga alabanzas no siempre en harmonía con las severas reglas del arte literario. La crítica de nuestro autor tiene puntos de contacto con la del célebre Guyau: para ambos criticar es admirar, y quien admira cree, y quien cree, ama. García Merou nos hace simpatizar con sus amigos, y este es quizás el mejor elogio que de esta obra puede hacerse.

Declarar debemos, sin embargo, que estos juicios rápidos, de simple impresión el mayor número de las veces, no constituyen la verdadera crítica, ni tal fué probablemente la intención del autor al escribirlos. De sobra sabemos que el censor más meticuloso y más imparcial se encuentra aprisionado, aun sin sospecharlo, por simpatías o antipatías personales, factores importantes que amenguan en no pocas ocasiones el valor de un parecer; no podrá ser justiciero, en el riguroso sentido del vocablo, quien fué condiscípulo, amigo, compañero del criticado. En este punto crítica e historia se confunden; rara vez logra ser imparcial el coautor o espectador de un hecho importante en la vida de un pueblo; difícilmente la prevención no agrandará humanas debilidades, o la amistad acertará a descubrir crasos errores. García Merou, de todos amigo, alma poética, dotado de exquisita sensibili-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

dad, predispuesto a la admiración, no podía, en pureidad de verdad, escribir un libro de crítica exacta, definitiva; el título de *Recuerdos literarios*, lo que importa decir relato de hechos vistos y vividos, es el que cuadra al presente volumen. Su carácter ligero y anecdótico lo despoja, con beneplácito del lector inteligente, del dogmatismo que suele deslizarse casi siempre sobre railes tendidos por intransigencias retóricas de que el público en general abomina.

En suma; un libro agradable, escrito al correr de la pluma, sin pretensiones, útil y necesario para saber con qué entusiasmo penetraron en el santuario de las letras cuantos por aquellos años acariciaban en el cerebro soñadoras idealidades.

R. MONNER SANS

Noviembre de 1915.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

RECUERDOS LITERARIOS

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

I

No es esta la primera vez que he señalado, como uno de los fenómenos más deplorables de nuestra vida nacional, la dedicación cada vez menor que consagra nuestra juventud al cultivo y florecimiento de los intereses intelectuales. En este sentido—escribía hace dos años—la República Argentina contrasta de una manera evidente con la mayoría de las naciones sudamericanas. En Chile como en el Perú, en Bolivia y el Brasil como en Colombia y Venezuela, existen y prosperan revistas y asociaciones literarias que cuentan entre sus miembros con los más distinguidos autores y publicistas de cada localidad. El nombre de muchos de estos escritores ha salvado las fronteras de su patria y ha adquirido en el viejo mundo una envidiable reputación. Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Rafael Pombo y tantos otros en Colombia; Escobar, Pardo, Gutiérrez Coll, en Venezuela; Matta, Lastarria, Gonzalo Bulnes, De la Barra, en Chile; Palma y Paz Soldán, en el Perú, pertenecen a este núcleo eminente y gozan de la fama justiciera a que los han hecho acreedores sus talentos y sus trabajos. Junto a ellos, podemos mostrar nosotros una brillante pléyade de poetas, periodistas e historiadores, los unos apartados de la vida activa en el retiro de sus gabinetes de estudio, los otros en plena juventud militante, y en toda la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

exuberancia de sus facultades. Pero éstos como aquéllos permanecen aislados, olvidados u oscurecidos momentáneamente, por la agitación y el tumulto de preocupaciones de otro orden. No tienen oportunidad de encontrarse en un centro común. Carecen de estímulo y de apoyo público. En el fondo de su vida silenciosa se siente el germen de un profundo desencanto.

Para explicar esta situación se invoca la absorción de los intereses materiales; se menciona la necesidad de trabajar antes de consagrarse al cultivo de las letras y de las artes; se recuerda, por último, el ejemplo de los Estados Unidos. Sin embargo, en sociedades como la nuestra en que la improvisación y el derrumbe de las fortunas, los hábitos de dilapidación que caracterizan a nuestra raza, las facilidades para la vida, son otros tantos alicientes a la pereza y el agio, al indiferentismo social y a la sensualidad en que caen al fin los pueblos en decadencia,—el culto de las letras en su acepción más lata y general, el amor a los trabajos del espíritu que ennoblecen al hombre y elevan su pensamiento,—se impone como un refugio contra las tentaciones a que está expuesta la juventud, y una barrera insalvable contra el apocamiento del carácter, y las deformaciones que sufren esas almas que, sin temple para afrontar la lucha, se ofrecen como una cortesana a las caricias del seductor.

Los Estados Unidos, por otra parte, están bien lejos de desdeñar el desarrollo de los intereses intelectuales. Sus letras tienen representantes notables en todas las ramas de la producción inteligente. Las antologías y colecciones literarias registraban ya hace treinta o cuaranta años más de *doscientos* poetas, como lo hace notar el crítico Hallberg, entre los cuales son universalmente conocidos: Bryant, Longfellow, Emerson, Lucrecia Da-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

vidson y Mistress Sigourney. ¿Para qué mencionar a Irving, el doctor Channing, Prescott, y tantos otros que sobresalen como historiadores, críticos o novelistas? Es en el seno de esa civilización que la ignorancia presenta como refractaria a todo arte y enemiga de toda fantasía, donde ha brotado el genio extraño y diabólico de Edgard Poe, con sus espectros de ultratumba y sus alucinaciones de sonámbulo, con el acre perfume de su poesía enigmática y turbadora, con la nebulosidad y el espanto de sus pesadillas trágicas que responden a la distancia a las creaciones visionarias de Hoffman. California misma exhibe con orgullo su poeta, que entona el *Canto de las Sierras* y desentraña los *Poemas del Pacífico,* aquel Joaquín Miller cuyo talento ha sido definido por Philarète Chasles con admirable vigor: "Su genio es nuevo, lleno de empuje, original y variado; es un poeta involuntario. En la época presente en que cada cual parodia a su manera el genio por la voluntad y la originalidad por el esfuerzo, he ahí una curiosidad extraña. Es tan abundante como Lamartine en descripciones animadas y completas: tan conmovedor como Musset; pero en conjunto, confuso, enorme, fangoso; un boceto de Goya, en que el talento se expande en ondas turbias".

Esta indiferencia general por los trabajos del espíritu, esta anarquía deplorable que mata en sus principios toda asociación intelectual, está lejos de responder al estado de cultura a que hemos alcanzado y constituye un síntoma que debe tener en cuenta el sociólogo al estudiar los rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional, así como el origen más inmediato de muchos de nuestros males presentes. Prosperan los hipódromos y los clubs en que corre el dinero sobre el tapete de las mesas de juego, y las sociedades científicas que existen entre

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nosotros llevan una vida anónima y empobrecida. No se señala la aparición de ninguna personalidad literaria nueva que prometa frutos para el porvenir. Sarmiento lanzó un día la idea de la traducción al español de la *Biblioteca Científica Contemporánea* y hasta hoy no se ha iniciado un movimiento tendiente a llevar a cabo esta noble y patriótica tarea. Ella nos parece, sin duda, indigna de ocupar el tiempo consagrado a las diversiones. Además, nuestra indiferencia se complica con un sentimiento de desdén por los escasos estadistas que en nuestro país consagran sus veladas al cultivo de su inteligencia y a la producción de obras monumentales. No queremos saber que los grandes pensadores como Buckle, Mackintosh y Kant nos enseñan que en las sociedades "el motor real es el agente intelectual", y que el primero de ellos escribe estas líneas admirables en su sencillez de expresión y verdad de pensamiento:

"En estos volúmenes me comprometo a demostrar que los progresos que la Europa ha hecho desde el estado de barbarie hasta la civilización se deben enteramente a su actividad intelectual; que los principales países han llegado hoy, después de muchos siglos, a un punto bastante avanzado para eludir la influencia de los agentes físicos que, en el estado primitivo, hubieran podido poner trabas a su carrera; en fin, que a pesar de la potencia aun subsistente de las influencias morales, a pesar de las agitaciones accidentales que ellas causan todavía, todo ello no son sino aberraciones que, si acercamos largos espacios de tiempo, se balancean mutuamente, y, en fin de cuentas, desaparecen por completo: de tal suerte que, considerando todo bajo un punto de vista extremadamente amplio, los cambios que se operan en los pueblos civilizados no dependen en su conjunto sino de tres cosas: la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

primera, la suma de conocimientos adquiridos por los ciudadanos más capaces; la segunda, la dirección que toman esos conocimientos, es decir, el género de temas con los cuales se relacionan; la tercera y principal, la extensión del círculo en el cual se esparcen estos conocimientos y la libertad con la cual penetran en todas las clases de la sociedad".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

II

Entretanto, todas las tentativas hechas hasta hoy entre nosotros para formar un núcleo intelectual, un centro de especulaciones artísticas y literarias, han fracasado de una manera deplorable. Los mismos que han tomado iniciativa de estos movimientos efímeros se han desencantado en su mayor parte y los que no duermen hoy en la tumba, han concluído por abandonar la partida. ¿Por qué no escriben en nuestra patria hombres de la talla de Goyena, de López y Cané, literatos de tradición y de raza, espíritus selectos y finos, que podrían haber enriquecido ya nuestra literatura con un caudal considerable de obras interesantes y hermosas? Un abatimiento general, una *non curanza* culpable hace callar a Guido, a Coronado y a Obligado, por falta de público que los escuche o los comprenda. ¡Cuántos bellos poemas que mueren así en germen, sin llegar a desplegar las alas y aspirar la luz franca y viva de un sol primaveral! ¡Cuántos talentos escogidos que viven en la sombra, aturdidos por el insulso palabrerío de los escritores de pacotilla, cuyo cerebro relleno de aserrín es incapaz de producir una idea original o realizar una forma encantadora! Es contado el número de lectores inteligentes y concienzudos que conocen a fondo las obras de Mitre, Sarmiento y López, estas altas personalidades intelectuales que honran a

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nuestra patria, honrándonos a nosotros mismos. Y si esto sucede con ellos, ¿qué sucederá con los escritos de Alberdi o de Gutiérrez, de Lamas o de Rawson, de Vedia o de Estrada? ¡Qué bellos estudios y artículos de crítica justiciera hubiera ocasionado en otro país la publicación de un libro como la *Historia Financiera de la República Argentina,* que aquí ha pasado poco menos que inadvertida, a pesar de ser una obra magistral! Y lo mismo decimos con los *Discursos* de Rawson, con la mayor parte de las publicaciones de nuestros viejos y jóvenes historiadores, con los libros de doctrina y erudición que acusan un alto desarrollo intelectual y una gran dedicación, como los *Comentarios al Código Penal,* de Rodolfo Rivarola. En cambio, se aceptan bajo la fe de la reputación adquirida y repartida por algún cenáculo de admiración mutua los engendros extravagantes de cualquier Dulcamara de la literatura o de la política, que empuñando su brava pluma de zapatero, clavetea una prosa de doble suela y pasa a los ojos de este público sin malicia como un dechado de vigor y de energía!

La pasión de las letras, por eso, se convierte entre nosotros en la más ingrata de las aficiones. El que se abandona a ella debe acostumbrarse desde temprano a no encontrar ni buscar otros placeres que los que nacen de la satisfacción íntima del trabajo intelectual. Eso me ha pasado a mí, como a tantos otros, desde el tiempo que empieza a alejarse ya, en que me sentí invadido por esta especie de mal incurable de borronear páginas sobre páginas, o, como decía el autor de *Fortunio, mettre du noir sur du blanc.* Inolvidables entusiasmos los de aquella época feliz, en que, sin tener todavía quince años, entraba a la literatura por la puerta de la trastienda, encorvado en el oficio manual, corrigiendo en compañía de un poeta chispeante,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Casimiro Prieto, las pruebas de *La Nación,* para ascender pronto a redactor de los folletines del jueves, firmados por *Juan Santos.* Impresiones que no se borrarán jamás de mi espíritu las de esa primera relación con los tipos de plomo, la de esa atmósfera de los grandes diarios, con su acre perfume de papel mojado y de tinta de imprimir, y esa agitación incesante, ese hormigueo continuo de colmena afanosa, que excita las imaginaciones más lentas, y sirve de inspiración a los temperamentos más apáticos. Mi estadía en el personal de aquel diario, que empezaba entonces a tomar el vuelo que lo ha llevado a la cumbre, fortaleció en mí la tendencia latente que me impulsaba a la literatura. El medio no podía ser más grato, con las palabras alentadoras de aquel dulce y malogrado Adolfo Mitre, cuya imagen vive rodeada de suavidad y de encanto en el alma de todos los que fueron sus amigos; con la compañía y la ayuda del simpático Lugones, periodista de temperamento y de vocación, que hoy estaría en la primera fila de nuestros hombres de pluma; y con la aprobación tácita del ilustre periodista que seguía con interés el desenvolvimiento intelectual de los jóvenes que lo rodeaban, sin escasear sus lecciones y sus consejos escuchados con respetuosa consideración por todos los que lo veíamos, con la frente siempre inclinada sobre los volúmenes de su biblioteca, como si quisiera hacer suya la divisa de Apeles: *Nulla deis sine linea.*

La figura del general Mitre llenaba, en efecto, el fondo de aquel cuadro de labor infatigable. Con su marcha pausada y tranquila ocupaba a veces un sitio en nuestra mesa de correctores, para dejar en las pruebas de los editoriales la marca de fábrica del maestro, en algunos rasgos característicos trazados con lápiz de dos colores. Pasaba de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

largo, en otras, absorbido en preocupaciones diversas, pero su presencia latente o visible, de luchador de treinta años, de escritor infatigable, de erudito *sin miedo y sin reproche,* hacía de aquella casa un centro genuinamente intelectual. Es necesario añadir que, dada mi juventud y mis aficiones, el natural respeto que inspira el general Mitre a todos los que conocen la integridad de su carácter y la potencia de sus facultades, se unía en mí a esa ciega admiración que los principiantes en el difícil arte experimentan por los que han pasado el Rubicón y tienen una gran fama adquirida. Ese prestigio del genio triunfador que, según refiere Gautier, hacía temblar sus piernas al entrar en casa de Víctor Hugo, ha ejercido siempre sobre mí una influencia decisiva. Balbuciente y temeroso, hacía al general Mitre alguna consulta de un punto histórico o literario, consulta que daba motivo para una ascensión por la estrecha escalera de caracol que conducía a las piezas altas de la gran biblioteca, donde la afabilidad inalterable del eminente historiador no bastaba para disipar las contracciones de mi timidez enfermiza. Pero el mismo espectáculo de aquel santuario de las letras, de aquel recinto cuyas paredes rebosaban de obras en una profusión inmensa, era un gran aliciente para vencer esas horas negras del desaliento inevitable en todo el que maneja una pluma, desaliento que tantas veces paraliza la acción, enerva la sensibilidad y acaba por hacer cruelmente dolorosa o de todo grado imposible la producción.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

III

A esta influencia moral que obraba sobre mi imaginación por medio del ejemplo, debo añadir la de un hombre de espíritu delicado, de talento vasto y flexible, sólido y elegante al mismo tiempo, a quien podría llamarse con justicia "maestro impecable" de nuestras letras. El doctor Pedro Goyena, por cuya cátedra han pasado varias generaciones argentinas, ha alentado mis primeros pasos en la vida literaria, dándome en aquella época, sin término ni medida, la enseñanza más agradable para mí, la que me venía de su ciencia literaria envuelta en las delicadezas exquisitas de un buen gusto de crítico refinado, que es al mismo tiempo un artista de la palabra escrita y hablada. Nuestras charlas interminables se prolongaban hasta altas horas de la noche, recorriendo unas veces las calles de la gran metrópoli, y otras paseando en el estudio del abogado y el profesor de derecho romano, que olvidaba por algunas horas el Digesto y las leyes de las Doce Tablas para entrar de lleno en la teoría literaria y profundizar con acierto todos los elementos de la producción intelectual. La crítica y la poesía, las últimas obras publicadas, y las que perteneciendo al pasado forman el grupo clásico y la base de toda educación literaria, daban pábulo y alimento a la conversación, brillante, ondulosa, agradable y espiritual unas veces, profunda y sen-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tenciosa otras, siempre nueva en su perpetua variedad, que aglomeraba en mi cerebro las más diversas nociones sobre las materias más diversas; y espoloneando mi curiosidad y la fiebre de mi pasión literaria, me daba ánimos para persistir en mi empeño, y me impulsaba al trabajo infatigable, a la lectura tenaz y a la producción incoherente, desordenada e inmensa de mis quince años. Poesías, novelas, artículos críticos, planes de obras dramáticas, de poemas épicos, todo salía a borbotones en aquella erupción volcánica, y los más monstruosos engendros, en vez de desanimarme para seguir adelante, servían sólamente para abrir el paso a nuevas tentativas, a ensayos igualmente deplorables, pero realizados con una constancia que hoy mismo encuentro digna de admiración.

El doctor Goyena es, sin duda, uno de los talentos más brillantes de nuestra patria. Profesor de filosofía, de literatura y actualmente de derecho romano, en plena juventud sobresalía por sus dotes admirables, ayudadas por estudios fuertes y severos que forman el sólido cimiento de todos sus escritos. Su estilo claro, transparente, fluido y elegante, sin sombra de afectación, revela en su sencillez y pureza de líneas una mano avezada a afrontar y vencer todas las dificultades de la expresión y de la forma. La corrección de su frase responde a la lógica y claridad de su pensamiento. Tiene esa cualidad admirable de ponderación y de exactitud, ese don de acierto en la palabra, que distingue a Sainte-Beuve y en que reside la fuerza de los grandes críticos. Sus estudios de *La Revista Argentina* han quedado como la primera y única serie de artículos de verdadera crítica, aparecidos en un país como el nuestro, donde la misión de este género literario se encuentra bastardeada y envilecida por el abuso del elogio desmedido o la de-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nigración sistemática. El estudio sobre *Fray Ventura Martínez,* por ejemplo, vivirá como una de las páginas más hermosas de nuestra literatura.

Se ve allí el retrato de cuerpo entero del elocuente orador sagrado, cuyas formas de lenguaje, doctrinas y preceptos son analizados por el doctor Goyena con una sagacidad admirable y una plasticidad escultórica. Uno de sus últimos trabajos de esa índole, el juicio sobre *don Félix Frías* que encabeza las obras completas de aquel eminente compatriota, tiene las mismas cualidades de pureza, de dicción y de pensamiento que distinguen a su autor, y le dan, a pesar de sus radicales diferencias de filosofía, un marcado parecido con la prosa nítida y transparente del Renán de los *Recuerdos de infancia y juventud.* El perfil oratorio de don Félix Frías, que acude a mi memoria, merece ser recordado como una muestra de este estilo, despojado de afectación y de énfasis, pero lleno de elegancia en su sencillez: "Era un notable orador. Su elocuencia solía inflamarse y vibrar como un apóstrofe incendiario. En otras ocasiones arrullaba al auditorio con los suaves acentos de la unción y de la ternura. El período armonioso, la corrección sin remilgo, la viril sonoridad de la palabra, la nota franca de la indignación hirviente en el discurso parlamentario, tales eran los rasgos distintivos de su grande y hermosa oratoria. Todo le ayudaba, todo le servía: su rostro expresivo, sus ojos brillantes, su ademán solemne sin afectación; su voz, ¡sobre todo su voz! una de esas voces de pecho que tienen el timbre del corazón, justas, claras, acordes con la idea y el sentimiento del que habla, una de esas voces que son como el retrato del alma, es decir, lo contrario de la voz del retórico, educada en los artificios de la declamación y que deja frío al oyente, cuando no lo irrita o lo fastidia. Y luego,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

otro prestigio: ¡la vida del orador! Nadie se atrevía a poner en duda su honradez, su lealtad, su patriotismo. Jamás habló sin causar profunda sensación. Su discurso era un acto; el cumplimiento del deber".

Debemos deplorar que la serie de estudios retrospectivos, iniciada tan brillantemente por el doctor Goyena, con el consagrado a Esteban Echeverría, no haya sido completada con la de tantos otros ilustres argentinos a quienes él conoce perfectamente, y cuyas obras y vida constituyen una parte preferente de sus investigaciones. Por lo demás, no es ésta la única faz de este talento tan lleno de sorpresas y seducciones. Las cartas a Wilde sobre la poesía lo muestran como un humorista delicado y original. Cualquiera de las páginas de su juventud, como la que lleva el título de *Un cuento del alma,* nos revela todas las ternuras de un poeta, que también en su tiempo supo redondear la estrofa y arrulló sus ideas con la penetrante música del verso. Su reputación de orador parlamentario es, sin embargo, la que más acompaña al doctor Goyena, reputación justamente ganada por sus triunfos en la tribuna y por el encanto íntimo que se desprende de su palabra. Elocuentes sin ser declamatorios, sus discursos son obras artísticas admirables; y su elocución galana, flúida y armoniosa, presta relieve incomparable a sus ideas, que se yerguen, envueltas en las galas y los adornos de la expresión, como en los pliegues ondulantes y graciosos de un manto de púrpura. Interesante *causeur,* descubre en la amistad todos los recursos de un ingenio siempre nuevo y espiritual; y el número de sus frases que circulan y se repiten es ya considerable. Humanista distinguido, forma a este respecto una honrosa excepción con el mayor número de nuestros literatos, que, como Sarmiento, saben

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

latines, pero se encontrarían en serios aprietos si tuvieran, a libro abierto, que traducir a Horacio o a Virgilio. Un trato franco y afable, una vida pura y tranquila, que transcurre entre los goces del estudio y los de una numerosa e interesante familia, acaban de diseñar esta simpática personalidad que inspira el respeto y el cariño de todos los que la conocen y están en aptitud de comprenderla.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

IV

Un día inolvidable Adolfo Mitre entregó a Casimiro Prieto las primeras estrofas mías que vieron la luz pública en un diario de Buenos Aires, en un modesto lugarcito de la sección humorística de *La Nación,* que aquél redactaba con el seudónimo de *Aben-Xoar*. Las emociones de la primera publicación no me dejaron dormir tranquilo la víspera de la aparición del diario. Por la mañana temprano tenía ya en mi poder un regular número de ejemplares, y estaba extasiado de ver mis pobres versos de estudiante en letras de molde y precedidos de una palabra de estímulo. Aquellas pobres cuartetas que se llamaban *El libro de la naturaleza,* pálida imitación de la manera de Laprade, fueron las avanzadas de un numeroso ejército de cantos y composiciones de todo género, diseminadas en periódicos y revistas literarias y reunidas, en mínima parte, algunos años después.

Debo decir, en honor a la verdad, que antes de salir en *La Nación* tuve el cuidado de dejar sorprender mis versos en la clase de literatura por el profesor Hidalgo, que tenía ya motivos sobrados para adivinar mi afición decidida por las letras y mi primera *flirtation* con la musa. Hidalgo, a pesar de sus genialidades castellanas y sus estallidos de cascarrabias, era y es un excelente caballero; llevó la composición a conocimiento de José Manuel Es-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

trada, rector del Colegio Nacional en aquella época, y éste me llamó con motivo de ella, anunciándome que después de los exámenes de Julio tendría lugar un certamen literario, en el que esperaba tomaría parte.

Los premios de ese certamen literario fueron obtenidos por Enrique E. Rivarola, con su oda *La Muerte de Jesús* y por mí con el canto al *Amor Filial*. Ocuparon la presidencia de honor de aquella fiesta simpática Ernesto Weigel Muñoz y Alejandro Castro. Ambos eran estudiantes concienzudos y laboriosos y, en diversos caminos, han realizado en la vida la promesa de su juventud. Periodista brillante y erudito el primero, en la política y en las cámaras provinciales ha demostrado la solidez de sus talentos y su preparación universitaria. Castro conserva los rasgos típicos de su juventud: el reposo, la madurez del carácter, la observación fría y tranquila, el trabajo persistente. Sus triunfos como cirujano y su reputación ganada en buenas lides, no me han sorprendido un instante, pues siempre tuve la mayor fe en sus dotes naturales, ayudadas por el método y la severidad de sus estudios. Así, la elección de presidente, al revés de lo que sucede casi siempre en nuestros países americanos, había recaído en aquella república estudiantil, con visos de demagógica, en dos compañeros perfectamente dignos de aquella distinción.

Lo confieso con franqueza. Me complace recordar, después de tantos años, los detalles de aquel certamen al que concurrió un público distinguido y numeroso, en cuyas filas, rebosando de ternura y orgullo, se encontraban las madres de los jóvenes laureados. Me sentía desfallecer y la palabra se anudaba en mi garganta al contemplar a la mía derramando lágrimas de enternecimiento cuando los aplausos del auditorio estallaban al terminar

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la lectura de cada estrofa. ¡Ah! Nadie sospechaba en aquella inmensa concurrencia el drama sublime de amor y de ternura que se desarrollaba en uno de los rincones de aquella sala brillante, y el bálsamo inefable que era para un corazón tan noble como herido por la vida aquel modesto triunfo, insignificante para la mayoría de los espectadores.

Recorriendo el programa de aquella reunión, encuentro no pocos conocidos entre los que tomaron parte en ella. Otro médico distinguido en la actualidad, Agustín Drago, dió pruebas de sus aptitudes musicales, que ignoro si aun conserva, tocando algunos *wals* en el piano. El doctor Sergio García Uriburu entretuvo al público con una amena lección de física experimental, y, finalmente, Manuel Augusto Montes de Oca, alumno a la sazón de primer año, recitó junto con otros compañeros de su misma edad algunas fábulas morales, que tuvieron gran éxito por el despejo infantil del que también es hoy un joven y conocido abogado.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

V

Enrique E. Rivarola, laureado por su canto *La Muerte de Jesús,* tenía entonces 16 años, y llevaba pocos meses a su joven compañero. Su frente despejada y alta, su perfil prominente y distinguido, su cabeza de cabellos ondeados, le daban el aspecto exterior de un verdadero artista. Su elegía *La Muerte de Jesús* era digna del futuro autor de *Las Primaverales* y tenía pasajes de una dulzura melancólica y de una belleza íntima, que produjeron sensación en la lectura. Basta recordar el siguiente cuadro para sentir que se trataba allí de la aparición de un talento privilegiado.

El manto de la noche
Cayó sobre la cima del Calvario,
Oscuro y solitario,
Como el luto del mundo,
Envolviendo en sus sombras misteriosas,
Al despedirse el día,
Al Calvario y a Cristo y a María.

Las brisas pasajeras
Llevaban al correr por esos montes
Sutiles y ligeras
El llanto de la madre que gemía...
¡Desdichada María!
Y sólo él se escuchaba
En medio del silencio misterioso

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que la cruz rodeaba...
Era el gemido triste
Del dolor de su pecho destrozado...
La impía muchedumbre huyó aterrada
Dejando yerto en el madero infame
Al hijo de esa madre desolada...

Las *Primaverales*, publicadas en 1881, forman un libro rebosante de juventud y de lirismo, en cuya portada ha puesto algunas palabras hermosas el doctor Nicolás Avellaneda. "El verso del señor Rivarola, decía nuestro eminente literato, es hoy sobre todo musical, pero será pronto íntimo, poético, esplendoroso, porque está destinado a recorrer las formas todas del lirismo. El reloj de arena que el tiempo lleva en sus manos necesita dejar caer algunos de sus duros granos sobre el sendero florido que embriaga a nuestro poeta con sus perfumes primaverales. Es cruel la ley, pero es la ley. La verdadera inspiración vendrá con la meditación, con la pasión, con el dolor".

Y más lejos, refiriéndose al poema *Sor María*, añadía estos párrafos, de tan admirable factura: "¿Por qué esta musa del poeta niño se interna tan fácilmente y a cada momento en la iglesia solitaria, para escuchar bajo la bóveda oscura los murmullos del viento que viene a expirar con sollozos al pie de la columna, trayendo los últimos ruidos del mundo? Los ojos y la imaginación se deslumbran con el colorido de los bellos y variados cuadros. ¿Por qué no lo derrama con profusión en sus versos fáciles? Es argentino y tiene por delante la Pampa inconmensurable. ¿Por qué no le tienta su extensión? Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las *Lamentaciones* de Lamartine y de las *Noches* de Musset, es hermano de Olimpio por su juventud y por su tristeza, es

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

hijo sobre todo de este siglo que ha modelado su corazón; y sus instintos secretos le advierten, a pesar de su juventud, que hay mayor inmensidad en la soledad del alma que en la soledad del desierto".

La Severa, poema inspirado en un episodio del *Facundo,* tiene también preciosos versos que palpitan y vibran como las cuerdas de un arpa sollozante. Sarmiento, a quien está dedicado, hizo notar al joven poeta la coincidencia de que Longfellow hubiese hallado en ese mismo pasaje de *Civilización y barbarie* un tema digno de ser desarrollado en cantos a los que, por un raro capricho, pensaba llamar *Le ruban rouge.* Nada más trágico y hermoso que la historia de esa pasión brutal despertada en el alma del caudillo sangriento, al resplandor y al contacto de la belleza de la virgen inmaculada. La persecución tenaz de la víctima de este salvaje amor oprime el corazón como una pesadilla dolorosa. Y cuando descubierta, al fin, al contemplar a su brutal perseguidor, el terror y el sublevamiento de todos sus pudores, la arroja muerta a sus plantas, la dulce imagen queda flotando largo tiempo en nuestros sueños como una visión celeste entrevista en noche de tribulación, entre las sombras de una tormenta, bruscamente iluminadas por el rayo. *Sor María* y *El suicida* completan los poemas de Rivarola. El primero pinta los sobresaltos y angustias de un alma aprisionada en el claustro y devorada por el ansia de vivir y de amar. El segundo pone en escena a un Werther en cuyo oído canta esa "fatal sirena del suicidio" a que se refería Lamarque, en una de sus más bellas composiciones, y que también debía estrecharle más tarde en sus brazos ávidos y absorber su vida en sus caricias engañosas.

La labor literaria de Rivarola no se ha limitado

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

a estos ensayos poéticos. Ha derrochado también en el periodismo un gran capital de gracia y de talento, y ha publicado una novela que, a pesar de sus cortas proporciones, está escrita con soltura y elegancia y da la medida de lo que sería capaz de producir aplicando sus facultades a este género de trabajos. Pero, para mí, sospecho que no tiene el estímulo necesario para persistir en la ingrata tarea.

¡Quién sabe! Es posible que recuerde, con un suspiro de envidia, la época de juventud y de pobreza en que poníamos toda nuestra vanidad en el lujo de la rima y en que nos lanzábamos a la vida, iluminados por ideales hoy reducidos a cenizas, y acariciando sueños de ambición y de gloria que "han vivido la vida de los sueños".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VI

En el Colegio Nacional, bajo la dirección de José Manuel Estrada, se educaba una generación que hoy tiene representantes eximios en todos los órdenes intelectuales. Estaban allí Antonio Piñero y Norberto Piñero, que en dos sendas distintas han descollado, el uno como notable médico y el otro como abogado y profesor distinguido. Los trabajos del primero, que con diferentes motivos han visto la luz pública, en forma de informes médico-legales, son dignos de la mayor atención y revelan la profundidad y penetración de un espíritu selecto. El segundo es autor de algunas hermosas monografías como la que analiza *Los delitos de imprenta* y la ojeada histórica sobre la Universidad de Buenos Aires, escrita en colaboración con Bidau como introducción a los *Anales* de la misma. Adolfo Orma y Bidau, mis viejos compañeros de entonces, han permanecido fieles a los claustros bulliciosos de aquella época, y el primero se encuentra hoy legítimamente en ellos, como señor y soberano, mientras el segundo lo acompaña como cooperador en la obra de formar las nuevas generaciones. Alejados de la vida de calles y plazas públicas, que crea tantas fútiles reputaciones, los dos amigos poseen méritos sobresalientes y no es difícil predecirles un porvenir luminoso. Eleodoro Lobos, que, al frente de *La Prensa,* ha reemplazado al Dr.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Dávila en la dirección de aquel importantísimo órgano, durante un largo lapso de tiempo, revelando siempre la madurez de su criterio y la seriedad de sus estudios facultativos, es también de los estudiantes de aquel tiempo, y seguramente uno de los más aventajados. Juan Antonio Argerich, que hoy figura con justicia entre nuestros más apreciables jóvenes escritores y que, al frente de una cátedra del Colegio Nacional, ha tenido oportunidad de profundizar su estudio de las humanidades, empezaba entonces a cortejar a la musa. Tengo delante de mi vista una de sus cartas de hace doce años, en la cual me anunciaba su "intención de fundar un periódico literario que tendrá por objeto dar a conocer las principales obras de autores americanos o europeos casi desconocidos entre nosotros". Como tantas otras, esa publicación quedó en proyecto, pero Argerich ha continuado cultivando, con bastante éxito, la literatura, y en especial la crítica que le ha dado oportunidad para escribir no pocas páginas sensatas y severas. Pero haría interminable esta reseña si fuera a citar a todos los que han caído en plena juventud y los que siguen la marcha fatigosa, perfiles desvanecidos los unos en la penumbra del pasado, organizaciones en toda la violencia del desarrollo y del progreso moral los otros, y, por consiguiente, igualmente difíciles de fijar con rasgos definitivos en las hojas volantes de este monólogo sin pretensiones.

Algunos de esos muertos queridos no dejaron ni sus pobres y débiles despojos, como aquel simpático Luciano Choquet, espiritual como los héroes de Murger, y vivo como una ardilla, cuyo cuerpo fué destrozado por la metralla en las jornadas funestas del año 1880. Otros se extinguieron como si el ambiente humano los asfixiara, cuando ofrecían más bellas esperanzas al cariño de sus amigos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y al orgullo de sus padres. Así se apagó, como una luz vacilante que pugna por desgarrar la tiniebla espesa, aquel amable Marianito Varela, que parecía destinado a conquistar la felicidad de las almas dulces y buenas. Así fué a caer, después de haber demostrado su talento sobresaliente, en la marina italiana, aquel Julio Alvarez, tan desgraciado como bello, cuyas últimas cartas, que me escribía desde Spezia, revelaban la melancolía de un corazón herido que siente el avance lento del mal incurable, y entrega a la muerte su destino, abrumado por la fatalidad de lo inevitable.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VII

José Manuel Estrada fomentaba en los alumnos del colegio la inclinación a los estudios literarios. La austeridad de su carácter y de su indiscutible talento inspiraban a todos respeto y simpatía. Dos veces nos reunió en una de las salas más grandes del edificio para hacernos escuchar su palabra de maestro y moralista. Fué una con motivo del aniversario de la Revolución Argentina, cuya síntesis histórica, carácter fundamental y tendencias vitales, nos expuso, en su estilo deslumbrador, con la magia de una oratoria cálida y sonora. La otra vez el tema de la conferencia fué la tiranía de Rosas, con motivo de la muerte del tirano y la pretensión de una parte de su familia de honrar su memoria. Jamás ha llegado José Manuel Estrada a un grado más alto de elocuencia arrebatadora que aquella noche inolvidable en que nos hizo temblar y vibrar como sacudidos por una corriente eléctrica, al contacto de su acento de inspirado. Aquel discurso, que todos mis contemporáneos recuerdan seguramente con admiración, es una pieza retórica de primer orden. La tiranía de Rosas era abarcada en una síntesis admirable, seguida en su desarrollo y sorprendida en su origen, hasta sacar del estudio de sus accidentes y sus excesos una lección moral que ojalá tuvieran siempre presente los pueblos que pasan del quietismo de la indiferencia culpa-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ble al extravío más criminal aun de la demagogía. Una tormenta de aplausos saludaba cada uno de los períodos de aquella oración, cuyo estilo y belleza de imágenes iba *in crescendo*, hasta concluir con un rasgo enternecedor que hizo latir el corazón de todos, al escuchar de boca del maestro que si sus lecciones eran amadas y recogidas por nosotros, él también podría exclamar como Horacio: *Non omnis moriar*, ¡no moriré del todo! A la salida y bajo la impresión de aquel triunfo espléndido y merecido, la banda estudiantil lo acompañó, aclamándolo, hasta su domicilio.

Admirable talento, en verdad, el del antiguo rector del Colegio Nacional y profesor universitario de derecho constitucional. Ese talento se muestra en todos sus escritos, tan numerosos como sólidos, desde el *Ensayo histórico sobre la revolución de Antequera*, hasta sus *Lecciones de Derecho Constitucional*. Su estilo fúlgido y enérgico tiene las sonoridades del bronce y la consistencia del acero. Es un estilo oratorio por excelencia, lleno de imágenes y de frases de efecto que compendian una situación complicada o reunen un largo análisis en un rasgo brillante y decisivo. Ese carácter especial de la forma de que se reviste su pensamiento resalta de una manera palpable en el siguiente párrafo que citamos de memoria: "La humanidad vive en universal dependencia; todos los hombres dependemos unos de otros, unos por ordenación jerárquica, otros recíprocamente por comunión solidaria de determinados intereses. Sólo es posible llegar a la completa independencia, no obstante esas leyes normales de la vida, en virtud de dos condiciones: o por una robustez extraordinaria de carácter, o por la ruptura de todos los vínculos sociales. Es decir, por uno de estos dos extremos: o por la suprema moralidad, o por la ínfima desmoraliza-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ción. La plena libertad pertenece a los que ocupan los puntos extremos en la escala moral: los que tocan en las nubes, o los que se revuelven en el fango: los cedros o los hongos".

La condensación del pensamiento que se cristaliza en una frase que abarca un vasto horizonte es uno de los recursos retóricos empleados con más éxito y maestría por el distinguido publicista. Sus *Lecciones de Historia Argentina* están repletas de máximas que invitan a la reflexión y quedan grabadas en la memoria. Recordamos algunas y las consignamos con placer por su exactitud y belleza. ¿Habla de la unidad española? "Yo llamaré a esa unidad, mirándola con los ojos de la crítica histórica, unidad liberticida. Si la mirara con ojos de español, la llamaría unidad funesta. Ella tiene su política: la expulsión de los judíos y los moros, la colonización de América. Tiene su héroe: Carlos V. Tiene su sombría encarnación: Felipe II. Y su monumento, por fin: el Escorial. Sus resultados están visibles: se llaman atraso, se llaman tiranía, se llaman Narváez!" ¿Se refiere a la España de la conquista? "Ciegos los ojos por la ignorancia, abrumada por el derecho divino, viste los despojos del caballero antiguo bajo la cogulla del Inquisidor". Más lejos enseña que "los hombres no son realmente grandes sino cuando son grandes por su carácter". La siguiente pintura de los conquistadores parece una página exhumada de Paul de Saint-Víctor: "Los conquistadores de Perú y de Méjico eran los últimos retoños de la vitalidad de España: eran los nietos del Cid con su fibra templada en el diapasón del romance antiguo, con su pecho de acero, su corazón de fuego, y el mandoble exterminador como la pica del semidiós de Grecia. Los conquistadores del Plata eran, al contrario, el producto vivo de la corrupción imperial,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Personificaban los primeros un estado de virilidad social: los segundos un estado patológico. Eran las criaturas de Carlos V, los ministros de sus demasías, de sus guerras, de sus depredaciones. Sobre Méjico y el Perú vinieron los reflejos de la España caballeresca próxima a sucumbir: sobre el Río de la Plata, los halcones del Emperador". Terminaremos, para no hacer demasiado extensas estas citas, con las palabras siguientes: "La vejez de los pueblos es estéril como la vejez de los hombres. Hay períodos de postración moral en que no basta todo el calor vital de un pueblo para incubar una idea, para realizarla en hechos permanentes. Todo su conato fracasa, y su decadente vitalidad engaña, como la del árbol viejo cuando se corona al morir con flores descoloridas, que ni cuajan ni se desarrollan".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VIII

En el segundo certamen que tuvo lugar al año siguiente, el vencedor fué Benigno C. Díaz, cuya musa ha enmudecido hace ya mucho tiempo, siendo reemplazado en el estadío por su hermano Leopoldo, poeta fácil, galano, imaginativo y espontáneo. La *Oda a Dios*, premiada en el concurso, es una hermosa composición y obtuvo un éxito merecido. Hay en ella — escribí pocos días después de leerla en público, pues mi amigo me confió ese encargo — la meditación grave, el sentimiento tierno, el pensamiento profundo, la palabra flexible, el arranque entusiasta; y sobre este conjunto se cierne la luz de un talento viril, iluminando las ideas y haciendo destacarse los contornos. Más lejos analizaba de esta manera la composición. El corazón del joven ha sido herido por el cuadro de la vanidad de la ciencia, y en un arranque de inspiración torrentosa, combate el materialismo, ese cáncer que roe lentamente la sociedad moderna y que acabará por llevarla a las saturnales romanas, el cuadro corrompido de una época que armaba con el látigo la mano de los déspotas y que provocaba el filo de la espada de Atila. La frente del pensador ha reflejado los rayos solares, ha recibido la caricia de todos los vientos, el efluvio de todos los perfumes, y al tomar la lira, emocionado y contrito, derrama en sus estrofas las impresiones más grandes de su

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ser, el credo de su espíritu sensible. El poeta, en fin, ha contemplado las llagas de la vida, el drama de las miserias de este mundo; ha tornado su recuerdo a los instantes de la infancia y, al escribir el canto, no puede menos de preguntarse con ansiedad si el hombre marcha abandonado de la mano de su Dios, si todo es un poco de polvo entregado al embate de los huracanes! Deja después ese cuadro aterrador y en unos versos impregnados de misticismo, que penetrando hasta el fondo del alma se evaporan allí y la llenan de emanaciones perfumadas, pide a Dios que, con su nombre, una sus dos labios en la hora postrimera de su existencia. Principia con un himno, continúa con un lamento, termina con una plegaria!...

Una vez leída la composición de Benigno Díaz, el presidente del certamen, dirigiéndose a la concurrencia, manifestó que el jurado había resuelto dar lectura de otra poesía que, sin haber merecido el premio, era sin embargo digna de ser conocida; y, al abrir el sobre cerrado que contenía el nombre del autor, supe recién que se trataba de un canto mío, evidentemente inferior al que obtuvo el triunfo. A pesar de mi fatiga, tuve que declamarlo después del de Benigno, que era por cierto bastante extenso.

Hablando de *La Oda a Dios* es imposible dejar de ocuparse de Leopoldo Díaz. Escribía entonces sus primeros versos, que eran invariablemente sometidos al juicio de su hermano y al mío. Algo me corresponde, pues — aunque bien poco — en el desenvolvimiento de sus talentos literarios. Aunque este detalle no bastara para hacerme simpática en alto grado la persona del joven poeta, las bellas cualidades que lo adornan y el mérito real que tiene sobrarían para que yo siguiera con el mayor

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

interés el progreso de su inteligencia en acción continua.

Sus ensayos juveniles — algunos de los cuales han sido reunidos después con el título de *Fuegos Fatuos* — se distinguen por la melodía del verso y la cadencia arrulladora del ritmo. No sobresalen como obras de reflexión y de amplitud de ideas, lo que no es un reproche ni puede extrañarse dada la juventud del autor. Pero tienen una dulce e íntima seducción para el oído, y emana de los versos armónicos y fáciles un hálito de brisa primaveral, un fresco perfume semejante al de las flores humildes que crecen en los campos. Es a ese primer período de la producción de Leopoldo Díaz que se refiere el siguiente exacto juicio de Joaquín Castellanos: "Una frase correcta, galana y flexible que se presta a la expresión de ideas delicadas y sentimientos tiernos; una armonía soñolienta en que el acorde enérgico del ritmo se templa con la blanda cadencia de la rima; una entonación de tristeza suave y un colorido vago en las descripciones, que traen a la memoria esos cuadros de Poussin, representando paisajes de la campiña romana a la hora del ocaso, en que las líneas y los colores tenues en gradación imperceptible unen los arreboles del cielo con las ruinas de la tierra; he ahí, en general, las cualidades que distinguen a Díaz como poeta"

Su última producción, un libro de *Sonetos* muestra ya el principio de la madurez de este talento ameno y agradable. He conocido la primera forma de esos sonetos, y las únicas observaciones que podría hoy hacerles son las que sometí a su autor, en la época en que nos encontramos juntos en la Asunción, y me mostró el borrador de aquellas composiciones. Encerrar una figura histórica o literaria, le dije entonces, en el molde estrecho de un soneto, es una tarea que ofrece dificultades insupe-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

rables. Los genios son complicados, ondulosos, y nada más arduo que sorprender sus rasgos típicos para presentarlos de cuerpo entero, en el espacio de catorce versos. Homero, Shakespeare, Dante, han servido de tema a centenares de volúmenes, escritos en todas las lenguas y gala de todas las literaturas. El retrato poético que de ellos pretenda hacerse será forzosamente incompleto, se diluirá en una vaguedad que borre el carácter del personaje, penetrará en el campo de las generalidades y ambigüedades incoloras. Tal es el escollo que era preciso evitar en una obra de ese género, y que, para ser sincero, debo declarar ha salvado en parte el joven poeta. Pero los fundamentos inevitables de mi crítica subsisten, en lo que se refiere a aquella parte del libro, cuyo tema son las grandes personalidades de la ciencia, del arte, de la guerra y de la política. En cambio coincido plenamente con las aficiones de García Velloso, que ha precedido con una introducción el libro de los *Sonetos,* y mi predilección es decidida por *El Fauno* y *El triunfo de Baco*, cuadros llenos de colorido y rebosantes de inspiración, que, a mi juicio, son la más alta nota dada hasta hoy por el talento de Díaz. Basta recordar las estrofas de *El Fauno*:

Entre la sombra del follaje hundido
Esconde el viejo fauno su figura,
Y acecha cauteloso en la espesura
La blanca ninfa que su pecho ha herido.

Brillan sus ojos lúbricos. El nido
Le habla de amor, el viento le murmura
Cálidas frases, y en la selva oscura
¡Amor! repite el pájaro perdido.

Flotar dejando sus cabellos de oro,
Ligeras, ondulantes, vaporosas,
Cruzan las ninfas en alegre coro:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

El fauno elige de las más hermosas
Y huye a ocultar su espléndido tesoro
Del bosque en las penumbras misteriosas.

"*El triunfo de Baco,* dice García Velloso, es un soneto que parece inspirado en las mejores reproducciones que de aquel dios nos han hecho la pintura y la escultura. Al leerlo, se ven las facciones bestiales de aquella divinidad y de sus ciegos adoradores, agrupados alrededor de un tonel, cantando en torpe bacanal el poema del vino, con los ojos chispeantes, con las gargantas saciadas, con los cuerpos que se prosternan con fervor libidinesco ante los odres ya vacíos, y que tambalean al erguirse bajo el influjo de la embriaguez".

Escuchemos a Díaz para comprender toda la justicia y la verdad de las anteriores líneas:

Es el triunfo del dios alegre y bueno
Que la callada selva ha estremecido,
Y de flores y pámpanos vestido
El vaso apura hasta los bordes lleno.

Suenan las flautas, y el feliz Sileno
Por el dulce licor enardecido,
De las ninfas, amante preferido,
Besa con ansias el desnudo seno.

Giran ebrios los faunos a la sombra,
Cuando el ardiente resplandor del día
Del bosque alumbra la mullida alfombra.

Y al descender la noche, el dios pagano,
Entre el rumor de colosal orgía,
Contempla su apoteosis soberano.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

IX

El certamen literario a que me he referido anteriormente me puso en contacto con Santiago Estrada, redactor a la sazón de *La América del Sud*. Saludó nuestro triunfo con un bonito artículo, demasiado amable, sin duda alguna, pero inspirado en sentimientos dignos de ser agradecidos íntimamente. Una injusta y deplorable interpretación suya de un acto personal e íntimo, cuyo carácter lo hacía sagrado para mí, nos ha distanciado más tarde, sin que esto haya servido para amenguar en lo más mínimo mi antigua simpatía por el viejo amigo y mi aprecio por el distinguido literato.

Pocos compatriotas pueden mostrar una obra más extensa y de fases más variadas. Periodista, crítico musical, escritor de viajes, orador académico, ha abarcado todos los géneros con igual ardor y con el mismo éxito. Su estilo pulido, trabajado, labrado pacientemente, sale del molde, terso y cepillado ocultando la violencia del esfuerzo de creación. Sin poseer una gran ilustración, tiene una energía de voluntad inmensa y una persistencia infatigable para rodearse de libros relacionados con el tema que estudia, y sacar de ellos la médula de los conocimientos que persigue. Es, sin duda alguna, el más castizo de nuestros escritores, y, exceptuando a Oyuela, aquel en quien más influjo ha ejercido el espíritu español. Por eso se encuentra agasajado

Sobre Santiago Estrada

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

hoy en España, elogiado y paseado, de fiesta en fiesta y de banquete en banquete, por los literatos de la madre patria, que ven en él uno de los suyos y, ciertamente, de los de primera fila. Acaba de publicar sus obras completas en varios volúmenes, impresos en Barcelona. y sus trabajos, tan numerosos como concienzudos, ganan sin duda alguna abarcados en conjunto.

En *La América del Sud* había abandonado por aquel entonces la defensa de los intereses católicos, para consagrarse al estudio y dilucidación del viejo litigio sobre límites, pendiente con Chile. No es posible recordar esa brillante campaña sin tributar al periodista un elogio merecido, por su implacable decisión en beneficio de los intereses de la patria. Bajo la influencia de la palabra de D. Félix Frías habíase constituído para combatir el pacto Fierro-Sarratea el *Comité Patriótico* y el *Club de la juventud,* muchos de cuyos miembros ayudaban a Estrada con el prestigio de su nombre, o de una manera directa, en los trabajos a que estaba entregado. Estaban allí Irigoyen, Sáenz Peña, López Bermejo, Miguel Goyena, Alem, Wilde, Solveyra, Cané, etc. "*La América del Sud*, que era el órgano de las aspiraciones de este centro, dice Estrada en su biografía de D. Félix Frías, publicó más de cuatrocientos artículos, desde diciembre de 1878 hasta junio de 1879, hojas sueltas y planos destinados a ilustrar la opinión pública y refutar los escritos de diez y nueve diarios que sostenían el convenio, como consta de la reproducción oficial de todas esas publicaciones, hecha por orden del Ministro de Relaciones Exteriores. En tan ímproba tarea cupo buena parte al Dr. Miguel Goyena y al distinguido escritor Enrique García Mérou". Pero esta ayuda eficiente sirve para enaltecer aún más

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la labor de Estrada, su fe inquebrantable en la santidad y la justicia de la causa que defendía.

Se trataba, en efecto, de una cuestión de vital importancia para el país, y que afectaba su honor tanto como sus derechos más sagrados. La propaganda enérgica y patriótica de *La América* logró caldear la opinión, produjo movimientos populares, y acabó por salir triunfante, con el rechazo que sufrió en las cámaras el debatido convenio. En esa lucha tenaz Estrada apelaba a todas las armas lícitas, y reunía todos los elementos. Fué sin duda por eso que me pidió escribiera una composición *A la juventud americana*, que él leyó en una conferencia patriótica, en el teatro de Variedades. Aquellos versos temp'ados en un diapasón guerrero, estaban calculados para exaltar a los auditores, tocando las fibras del patriotismo y mostrando a Chile bajo un aspecto que irritara la susceptibilidad sudamericana. Concluían con un himno guerrero, con una franca incitación a la lucha. Era necesario ir a la lid, empuñar la espada y dejar la pluma. Un entusiasmo infantil me hacía ver, como una solución posible, la guerra sin cuartel, que debía salvar a la patria y en cuyo homenaje me parecía poco ofrecer la vida de todos sus hijos. Al concluir decía:

¡Ay de tí, Patria! en la hora tenebrosa
Del deshonor. Escándalo del mundo,
Si cae sobre tu frente esplendorosa,
Abrázate a la enseña de Belgrano
Que iluminó la luz de la epopeya,
Y sus colores con tu llanto borra;
Húndete para siempre, cual Pompeya,
Antes de ser, por celestial castigo,
Nueva Jerusalén, sangriento ejemplo
De un pueblo abandonado al enemigo;
Antes que caiga, en tu recinto oscuro,
La barbacana, la ciudad y el templo!...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Aquella conferencia es digna de ser recordada por la clase de personas que tomaron parte en ella. La presidió el Dr. Wenceslao Escalante, pronunciando un bello discurso en el cual expresaba los móviles patrióticos que impulsaban a los miembros de la comisión directiva al tratar cuestiones que afectaban a la honra nacional y a la vida misma de los pueblos sudamericanos. El Dr. Federico Pinedo también tomó la palabra para impugnar la guerra del Pacífico y mostrar sus consecuencias funestas para el porvenir de las naciones comprometidas en ella. Bermejo, Vaca Guzmán, Lamarca y Santiago Estrada que, después de leer mi canto *A la juventud americana,* pronunció una fogosa arenga, abundaron en el mismo sentido, con derroche de energía y de valor cívico. La conferencia americana terminó con la lectura de una composición poética del Dr. Ramón Oliver, y, al salir, la concurrencia entusiasta se dirigió al domicilio de Don Félix Frías, para saludar al ilustre campeón de la integridad territorial.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

X

La gran novedad de aquel día fué la aparición de un hombre desconocido para la mayoría de los presentes, pues acababa de llegar del Perú, su tierra natal. Era el poeta José Arnaldo Marques, cuya muerte he visto hace poco anunciada en un diario del Pacífico. Es imposible describir el efecto que produjo su palabra original y pintoresca. Se reveló como un humorista notable, e hizo uso de una forma oratoria interesante, paseándose por el escenario con la soltura y sencillez del que se encuentra en su gabinete de estudio, y siguiendo con el público una conversación en alta voz, llena de frases de acerado sarcasmo y de observaciones altamente satíricas o profundamente filosóficas.

Protegido por Santiago Estrada, Arnaldo Marques se estableció en Buenos Aires. Vivía en un hotel de la calle de Cangallo entre Florida y Maipú. Escribía, de cuando en cuando, artículos para la *América del Sud* y a medida que se penetraba en su intimidad se descubría en él un carácter más original y una inteligencia más distinguida. Desgraciadamente, aquel hombre de espíritu tan selecto carecía del resorte moral que dignifica el carácter. Bohemio de corazón, de temperamento y de instinto, vivió *au jour le jour* como la cigarra de Lafontaine. Una noche en que fuí a visitarlo me dió lectura de una gran parte de sus *Memorias*, que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

se ocupaba en redactar, y todavía recuerdo la impresión profunda que me produjo aquella prosa admirable, caldeada por un soplo de pasión interna, en que se mostraba desnuda el alma del autor, en confidencias a lo Rousseau. ¿Qué se ha hecho el manuscrito de ese libro, tan digno de llamar la atención? Lo ignoro en absoluto, pero nunca deploraré bastante la pérdida de ese estudio íntimo, digno de figurar al lado de las mejores páginas de Saint-Simon o Benjamín Constant.

José Arnaldo Marques era, además, un poeta inspirado. La *Biblioteca de Buenos Aires,* dirigida por el Dr. Miguel Navarro Viola, publicó una colección de sus poesías que, como todas sus producciones, llamaron la atención. Sus versos se distinguen por la tendencia filosófica, por la fuerza del pensamiento encerrado en la malla cerrada de la estrofa, como en una cota guerrera. Tenía una facilidad sorprendente y una fecundidad inagotable de temas e inspiraciones. Tal se revela en uno de sus más hermosos cantos, que recuerdo en estos momentos, sin tener a mano sus obras, cuya publicación me anunciaban en 1885 y que ignoro si al fin salieron a luz. Esa poesía titulada los *Elementos* pone frente a frente al Atomo y la Fuerza, empeñados en descifrar el problema insondable de la vida. El poeta se pierde en la sombra de lo desconocido, y hace interrogar a la Ley, que tampoco da la respuesta ambicionada:

Pensativa y solemne la Ley dijo
Mirando la insondable inmensidad:
"No sé si a vuestro curso
Término o fin habrá.
"Siempre he guiado vuestra marcha, siempre
Fué mi tarea igual para los dos.
De ti hago la armonía,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Del Atomo hago el sol.
"Con tu impulsión hago nacer las formas
Y las cambio y combino sin cesar;
Todas perfectas, todas
Una sobre otra están.
"Que en esta inmensa escala cada una
Prepara otra más alta perfección.
Atomos, mundos, nébulas,
Mis armonías son.
"Mas el átomo, el orbe y el sistema,
Y el cosmos todo en la extensión sin fin,
Todos obedecemos
A lo que hay sobre mí.
"Nuestro destino es fabricar moradas
Donde tenga la vida una mansión.
Ella es la inmensa estatua,
Y el pedestal soy yo.
"Y cuanto más extiendo en el espacio
La enorme base y la embellezco más,
Más se alza y resplandece
La estatua colosal.
"¿Acabará nuestra labor un día?
La excelsa estatua, ¿acabará también?...
Dejad que lo pregunte:
Yo misma no lo sé".

La Ley, por último, se decide a interrogar a la Vida, que guarda el silencio de la esfinge ante la anhelosa interrogación del genio, detenido al borde del abismo que la mirada humana no alcanza a penetrar:

La Ley entonces con humilde acento
De esta suerte a la Vida interrogó:
"¿Puedes decirme, ¡oh Vida!
Lo que somos las dos?
"Yo sólo alcanzo a divisar tu brillo
Y a escuchar los latidos de tu ser;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que solamente puedo
Llegar hasta tus pies.
"¿Eres acaso el águila del cielo,
O misterioso fénix inmortal,
Y en tu nido de mundos
Por un momento estás?"...
Entonces una voz llenó el espacio
Y a manera de cántico sonó:
Yo soy la Inteligencia
Surgiendo hacia el Amor!
"Toco al átomo, al orbe, al universo,
Y les doy vida, y los elevo así,
Y en la sublime escala
Los alzaré sin fin.
"Y en medio del espacio alzo la frente
A ceñir la corona del amor,
Para que el todo sea
Una imagen de Dios".

He ahí la fórmula de esa poesía, de vastas irradiaciones intelectuales y base científica inmutable, sobre la cual se proyectan las teorías de Darwin y la filosofía de Herbert Spencer. Ese carácter especial constituye la gran originalidad de José Arnaldo Marques y le da un puesto aparte en el Parnaso sudamericano. Si nuestro malogrado Carlos Encina hubiera escrito tanto como el poeta peruano, me imagino que sus versos se hubieran parecido a estos: su *Canto al Arte* parece apoyar esta opinión de una manera evidente.

Un día Arnaldo Marques desapareció inesperadamente de Buenos Aires, dejándonos a todos en la duda sobre cuál sería el rumbo que acababa de tomar. De cuando en cuando su nombre llegaba a mis oídos desde diversas partes de América y Europa. En 1885, encontrándome en París, al pasar en carruaje por el bulevar de Sebastopol, a donde

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

había ido a visitar a un pintor amigo, me pareció ver el rostro fino y bronceado de Arnaldo Marques que daba vuelta una esquina, pero la sorpresa y la rapidez del carruaje me impidieron verificar mi impresión. Tres días después llamaban a la puerta de mi pequeña *garçonière* y se me presentaba en cuerpo y alma el simpático y brillante orador de Variedades. ¡Pero cuán distinto era su aspecto en aquella visita que se prolongó durante largas horas de conversación interesante! Llevaba, a pesar del frío, un sombrerito de paja con los bordes deshilachados y carcomidos por el uso; un saco de color indefinido, que disonaba con el pantalón de grueso paño, le daban un vago aspecto semejante al de aquellos héroes de Murger, obstinados en la persecución de la gloria, y cuyos trajes "parecen haber desafiado todas las inclemencias del Cabo de las Tempestades".

Con una tranquilidad perfecta, y como si se tratara de alguien que le fuera indiferente, me refirió su triste odisea de soñador vagabundo. Había hecho o creído hacer un invento del cual me refería maravillas, y en que cifraba sus más gratas esperanzas. Era una máquina para componer tipográficamente, e imprimir con un número reducidísimo de tipos, de una manera mecánica. Concebida la idea del invento había tenido que ponerla en práctica, para lo cual se dirigió a Europa. Permaneció algún tiempo en Barcelona, haciendo fundir las piezas del aparato que esperaba iba a darle gloria y fortuna. Se asoció con uno de esos agentes que manejan negocios sospechosos, y a quien, por un raro contagio, convenció de la grandeza y provecho de su descubrimiento. Para construir la máquina, chocó con toda clase de inconvenientes. Tuvo que rehacerla mil veces buscando una perfección inaccesible. La historia de Claudio Larcher, el hé-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

roe de *L'Œuvre* de Zola, se reprodujo para él de una manera dolorosa. Agotados los capitales, empezó la miseria triste, sombría, sin atenuaciones ni subterfugios. Por defenderse del hambre, vendió la traducción de algunos dramas de Shakespeare a la casa editora que publica la biblioteca de "Artes y Letras". Pero nada bastaba para el arreglo y refundición de las piezas defectuosas, todo lo consumía aquel monstruo insaciable en cuyas aras sacrificaba fuerza, inteligencia y vida. Para colmo de sufrimientos, aquel hombre que había llegado a una edad en que las pasiones o se apagan del todo o incendian el corazón con el estrago de una suprema llamarada, había ligado su destino con el de una mujer que se entregó a él, atraída por esa fascinación extraña que ejercen sobre los seres sensibles, los fanáticos y los visionarios. El final de la historia se adivina. Un día se vió forzado a huir de Barcelona, salvando solamente del naufragio su quimérico invento, y yendo a escollar en París, empecinado en su idea fija, verdadero monomaníaco de una perfección ideal que, al ir a estrecharla, se apartaba de él como el líquido refrigerante de los labios de Tántalo.

No es necesario decir que, en aquellos días, el poeta carecía no solamente de lo superfluo sino de lo indispensable. Pero al verlo y al escucharlo, se experimentaba una sensación indefinible. Aquella cruel miseria era considerada por él con un estoicismo curioso. Su compañera acababa de gratificarlo con un heredero (sin herencia inmediata ni futura) y ese hecho lo llenaba de alegría y le mostraba el porvenir a través de un velo rosado. De todos modos, consideraba momentáneas sus ásperas dificultades. Había dado cita al jefe de los talleres tipográficos del *Petit Journal*, del *Figaro*, etc., para mostrarles el mecanismo y las ventajas

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de su sistema, y no dudaba que la visita de estos señores inauguraría para él una época de prosperidad y riqueza. En sus sueños de alucinado, veía transformarse en alcázar su bohardilla, y se regocijaba de antemano de poder ofrecerme su hospitalidad de príncipe, tan luego como lo inundaran las aguas del nuevo Pactolo. A la hora de almorzar salimos juntos por las calles de París, siguiendo nuestra charla interminable y en busca de un restaurant donde satisfacer los placeres de *dessous le nez*, como dice Rabelais. No me dejó por nada llevarlo a una casa de segundo o tercer orden. Quiso mostrarme sus conocimientos eximios del París barato, y, después de una marcha que nos desarrolló un apetito de antropófagos, fuimos a parar a la *Grande Pinte*, taberna fantástica oculta en las alturas de Montmartre, refugio de poetas y pintores famélicos, cuyo mueblaje imita el del siglo XV, y en que se bebe y se come en vasos y platos de metal.

Nos dieron un almuerzo luculiano por una suma inverosímil. Aquel recinto original, con sus paredes llenas de cuadros de pintores célebres y que habían dejado allí en sus comienzos, en pago de deudas, algunas telas que hoy representan una fortuna,—era un escenario digno de la filosofía de aquel artista profundo, que juzgaba a los hombres y las cosas de la vida con un desencanto humorístico, sin acritud y sin reproches. Naturalmente, la poesía hizo un gran gasto en la conversación. Me dijo que desde mucho tiempo atrás había dejado de hacer versos; pero, ante mi insistencia en pedirle se pusiera de nuevo a la obra, me prometió intentarlo y dedicarme un canto que pensaba escribir, en vista de mi solicitud. Nos separamos ya tarde, quedando en vernos al día siguiente.

Aquella visita me dejó dolorosamente impresio-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nado. La situación de aquel hombre, dotado de un talento inmenso, de conocimientos sólidos y vastos, de perfecta educación, me parecía una cruel injusticia del destino. Hablé a varios amigos de mi encuentro; y, dudando de la importancia o eficacia de su invento, comprometí a acompañarme a mi excelente compañero de entonces, el ingeniero Nolasco Ortiz Viola, Alberto Blancas, que se encontraba accidentalmente en París, y varias otras personas, para ir a ver la máquina de componer e imprimir que había desesperado a aquel poeta y que lo tenía sumido en la miseria. Después de una excursión sumamente interesante por los lugares extraños que tuvimos que atravesar, llegamos a un oscuro y angosto pasadizo, perdido entre un dédalo impenetrable de callejuelas, donde tenía Marques su domicilio. El poeta bajó de sus habitaciones del quinto piso y haciéndonos atravesar el *arroyo,* nos llevó a un almacén húmedo y oscuro, situado frente a su casa, y en el cual le habían permitido armar su máquina. Allí nos hizo una larga y minuciosa explicación dejándonos a todos la impresión de que si la base de aquel invento era realmente ingeniosa, él estaba lejos de poder ser aplicable a la práctica, y más lejos aún de la perfección necesaria para su funcionamiento regular. Me es imposible describirlo en este lugar. Los años pasados, y la misma complicación de sus piezas, han borrado de mi memoria muchos detalles esenciales. Recuerdo que, en mucha mayor proporción, tenía un vago parecido con el de las máquinas de escribir norteamericanas. Creo recordar que para componer se daba vuelta a un manubrio que giraba alrededor de dos alfabetos circulares, colocados perpendicularmente. La letra señalada en cada alfabeto iba a incrustarse en una matriz que hacía el efecto de componedor y de *cliché* para la estereoti-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pía. La composición de la pasta maleable de la matriz era también de uno de los secretos de Marques. Nos pareció cruel desengañar a un hombre, fanatizado por el influjo de una idea fija, pero nuestra impresión unánime fué que aún le faltaba mucho para llegar al invento que había soñado.

A los pocos días Marques me buscó de nuevo y sólamente al mirarlo comprendí que su esperanza flaqueaba por algún nuevo y terrible contratiempo. En efecto, nuestro juicio había coincidido con el de los agentes del *Petit Journal* y los demás diarios a quienes había querido explicar la grandeza de su invención. Sin embargo, Marques no se daba todavía por vencido y atribuía su fracaso a las deficiencias inevitables de la mala construcción de la máquina y a la pérdida de algunas piezas primitivas que debió refundir en París, cuando ya sus recursos se hallaban agotados, haciendo prodigios de economía y gastando tesoros de ingenio. Lo consolé lo mejor que me fué posible; pugné por hacerlo desistir de su quimera; le hablé de Buenos Aires, donde quedaban tantos amigos suyos que seguramente lo protejerían, buscándole el medio de ganar fácilmente su vida, consagrado a la enseñanza o con la pluma en la mano. Como en esos días pensaba yo regresar a la patria, le ofrecí ocuparme de él en ese sentido. Quedó algo más alentado y me prometió evitar mayores e inútiles sacrificios.

Fué después de esa conversación que me mostró el principio de una larga composición poética que me había dedicado. Su título primitivo debió ser *Struggle for life,* pero detestaba todo lo que pareciera un prurito de pedantería y la llamó simplemente *Meditación.* He publicado algunas pocas estrofas de ese magnífico poema, que conservo inédito, y no puedo transcribirlo íntegro ahora por sus extensas proporciones. Al "declinar la tarde

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de su vida", el poeta siente aglomerarse sobre su frente las sombras impenetrables en que va a hundirse y en cuyo seno acaba por caer todo lo que nace en el mundo. El misterio de la creación tortura su cerebro y lo llena de interrogaciones amargas. Vuelve sus ojos sobre su propio ser y sobre el destino humano, y lo asalta de nuevo el suplicio de la duda. Al fin su mirada se fija en la naturaleza; la batalla inmensa de la vida se presenta a sus ojos entristecidos y su reflexión amarga trata de penetrar la ley suprema que rige las combinaciones de la materia:

Veo en perpetua lucha la materia
Que por cambiar de formas se tortura,
Y la deformidad y la miseria
Mezclarse con la pompa y la hermosura.

Tumulto de implacables lidiadores
Parece el seno del inmenso todo.
Los átomos de gases voladores
Luchan y se repelen de igual modo.

Y así como los átomos, los mundos,
Y como el gas, la ardiente nebulosa;
Y aun en cielos más vastos y profundos
Esta enorme materia borrascosa,

Como desesperada de sí misma
Se retuerce convulsa y se disuelve,
Suicida eterna, y cuanto más se abisma,
Más a la vida y a la lucha vuelve!

Ante ese espectáculo doloroso, el poeta inclina su frente pensativa, abrumado de tristeza. ¿Qué busca el mundo en ese continuo batallar? ¿Es acaso el triunfo de la muerte quien lo empuja a la destrucción, o, pugnando por sobrevivirse a sí mis-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

mo, al caer elabora el germen de una nueva vida? ¿Labra por ventura una esencia fecundante, que "retempla en la fuerza la armonía" y a cuya acción mejora sin cesar, en el sentido del bien y de la belleza? ¿No será acaso la vida toda, ese oculto pensamiento que transforma a un átomo en semilla, convierte aquel germen en organismo, le entrega el imperio terrenal, hace que le obedezcan la tierra, el agua, el viento, hasta que, al fin, el "diminuto soberano" rompe la corteza del duro suelo, y envía el tallo juvenil a pedir calor y luces al espacio?

Cuando contemplo ese prodigio: el grano,
Leve, frágil, pequeño, imperceptible,
Sometiendo a su imperio soberano
Una materia colosal, terrible;

Cuando lo veo convertirse en velo
De inmensas selvas y de inmensos prados;
Llamar las lluvias, sosegar el vuelo
De los siniestros lóbregos nublados;

Y recoger en su esponjosa base
La anchurosa corriente desbordada,
Para evitar que en su camino arrase,
La región a la vida preparada;

Y hacer sentir su bienhechor influjo
Purificando el espacioso ambiente,
Y ser riqueza y ornamento y lujo,
Raudal de vida y de hermosura fuente;

¿Qué eres, pregunto, inteligencia extraña
A la que basta un átomo, uno solo,
Para cambiar el llano y la montaña
Y el orbe terrenal, de polo a polo?...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y, sin embargo, esa sabia inteligencia que invoca el poeta, que anima a los átomos inertes, que convierte el impulso ciego de la atracción de la materia en el instinto que se transforma en simpatía y en amor, presencia impasible la lucha encarnizada de los seres, y como el César romano sonríe a los que van a morir:

. . . . . .

Con poder tan inmenso, tú no llegas
A someter este rebelde mundo...
Las fuerzas luchan iracundas, ciegas,
Torrente despeñado al mar profundo.

Y todo el universo se desgarra
Como demente fiera embravecida
Que hunde en su propio corazón la garra,
Y sigue siendo el inmortal suicida!

Desde el reptil hasta el león adusto,
Desde el insecto al águila altanera,
Ya entre las hojas del humilde arbusto,
Ya en la agreste y salvaje cordillera;

En la gota del agua, en el desierto,
Bajo la sombra de la selva oscura,
Por todas partes, en fatal concierto,
La destrucción infatigable dura.

Y sucumben los débiles; y el fuerte,
Fiera o cetáceo, o ave carnicera,
Devora, mata por placer. La Muerte,
Irresistible soberana, impera!....

Estos acentos de tan suprema energía en su belleza de expresión, acercan a Marques a Leopardi y Madame Ackermann, esta extraña mujer que, en el reducido espacio de un librito de versos filosóficos,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ha agitado los más serios problemas de la vida y ha bajado hasta el fondo de la muerte y el dolor. Como ella, Marques contempla lleno de melancolía la absorción y la muerte de las razas inferiores; y, al contemplar el torbellino de los seres y el bullir de la existencia, se pregunta qué es lo que busca ese secreto poder que todo lo domina, cuál es el ideal que persigue su voluntad y su ciencia. Recorre entonces la escala de lo creado y se detiene en el hombre. Escuchemos al poeta:

Reunes en un ser todos los seres,
Con todos sus instintos; mas le niegas
Agilidad y fuerza, esos poderes
Que por herencia al animal entregas.

Breve resumen de la enorme escala,
Tiene la astucia del reptil rastrero,
Y la furia del tigre de Bengala
Y la inquietud del pájaro viajero;

La incansable paciencia del insecto,
De las aves canoras la armonía,
Y cuanto existe de feroz y abyecto,
Y cuanto bueno y malo alumbra el día...

Torpes engañadores sus sentidos,
Débil la voz, exigua la mirada,
Lento el paso, los miembros ateridos,
La vida a breves años limitada;

Ni abarca con la vista el horizonte
Como el cóndor y el águila, ni corre
Como ágil ciervo en intrincado monte,
Ni ve la senda que la sombra borre;

Y en tan cabal y mísera impotencia
No le queda siquiera la esperanza...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Es tan corta en el mundo su existencia!
¡Su exigua especie tan despacio avanza!...

Como para ostentar tu poderío,
Debilitas ahora la materia,
Y la entregas al ciego desvarío
Del instinto animal y la miseria.

Mas en ese misérrimo organismo
Pones un rayo de tu propia esencia,
Y nace el Hombre!... Atónito el abismo
Contempla el esplendor de su presencia!...

La *Meditación* termina mostrando las conquistas del hombre sobre los seres que lo rodean, el triunfo de su pensamiento, la amplitud y la gloria de su acción universal y el predominio de su inteligencia sobre la materia ciega:

En el humano frágil organismo
La Inteligencia triunfadora brilla,
Dominándolo todo... Y el abismo
Mira absorto la nueva maravilla!...

Escribí a Márques desde Buenos Aires, anunciándole que había conseguido la situación que él deseaba, y mandándole recursos para el viaje.

Mi carta se cruzó con una suya, escrita dos semanas después de mi partida, y en la cual me recordaba su precaria situación. "Me alegraría en el alma—decía al final—de que, en estos momentos de emociones gratas y profundas para Vd., escribiera Vd. algunas páginas para un nuevo libro. Son los mejores momentos para eso, y... ¡qué diablo!... del hombre no queda nada, nada en este mundo sino lo bueno que ha escrito... Es lo que se borra menos pronto. Escriba Vd., pues, escriba con vo-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

luntad y con fe. No hay que echarse a dormir sobre la hojarasca de los laureles; eso no vale nada. Lo que importa es hacer a los prójimos un poquito de bien moral por medio de la pluma: no más que un poquito. Ellos no son susceptibles de que se les haga mucho".

Un año más tarde recibí otra carta suya, fechada en Santiago de Chile, en la cual se limitaba a pedirme una copia de los versos a que me he referido antes, y cuyo borrador me había entregado en París, antes de despedirnos. Me anunciaba que iba a hacer una edición de sus poesías; pero su carta lacónica, fría, me dejó en la duda de si habían llegado las mías a su poder, y no me dió datos sobre su nueva vida. He aquí lo último que sé de ese excéntrico, tan lleno de inteligencia y de dotes amables, y cuyo recuerdo no se borra de mi memoria, unido a impresiones inolvidables de la juventud y a una simpatía afectuosa que no ha apagado aún ni el influjo del tiempo, ni el abismo insondable que nos separa.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XI

La conferencia americana, en que hizo su aparición en Buenos Aires el poeta cuya fisonomía curiosa acabo de esbozar, fué seguida de otros actos públicos en que también tomé parte de una manera decidida, pues la excitación del patriotismo me había convertido en tribuno. Recuerdo, sobre todo, una manifestación que fué a saludar al Ministro del Perú, el malogrado doctor Aníbal de la Torre, que, afectado por las desgracias de su patria y devorado por una enfermedad implacable y cruelmente dolorosa, se suicidó en Belgrano, algunos años más tarde. Aquella manifestación tuvo lugar el día del aniversario de la Independencia del Perú. Un inmenso y entusiasta gentío llenaba varias cuadras, frente al *Hotel Frascati,* donde se alojaba el distinguido diplomático. Después de los discursos de una numerosa legión de oradores, me pareció impropio no echar mi cuarto a espadas y, a falta de una arenga en modesta prosa, declamé el *Canto al Huáscar,* desde uno de los balcones del hotel. ¡Vanidad de las grandezas humanas! Algún tiempo después llegaba la noticia de la muerte del heroico Miguel Grau, y todos nuestros cantos de triunfo se convertían en elegías. Cambié a mi Musa los laureles de la victoria por los crespones del inmenso duelo americano, y a falta de los "lirios a manos llenas" del poeta latino, envié a la tumba del héroe un puñado de estrofas lastimeras.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Santiago Estrada, entretanto, continuaba en la brecha, sin ceder un palmo de terreno. Circunstancias que no es del caso mencionar, motivaron su salida de la *América del Sud*. No se arredró por eso; se limitó a cambiar de espada, invitándome a acompañarlo en la redacción de *La Patagonia*, donde trabajamos juntos algunos meses, hasta que una molesta enfermedad obligó al distinguido periodista a apartarse de la lucha continua y fatigosa. Aquel diario, consagrado casi exclusivamente, como su nombre lo indica, a la defensa de la integridad territorial de la patria, vibraba de juventud y de patriotismo. Nuestra ruda campaña fué digna de nuestros ideales de argentinos y de escritores. Sin descender jamás al terreno del insulto rastrero, paramos todos los golpes, dejamos señal de nuestros mandobles en todos los escudos, pudimos desplegar todos los recursos de una guerra noble pero sin cuartel, puesto que peleábamos por los intereses sagrados de la patria y por la supresión en América del derecho de conquista. En la mesa de redacción de *La Patagonia* se encontraban reunidos hombres de las más diversas posiciones y jóvenes de todos los partidos. Allí conocí a José S. Arévalo, amigo íntimo en aquel tiempo, y que hoy derrocha en las luchas de la política su ágil talento literario, su excelente fondo moral, su espíritu de artista y bibliógrafo sobresaliente. La vida ha separado a muchos de los que entonces marchaban juntos. Debilidades y pasiones estrechas, exclusivismos de sectas o de opiniones, han apartado manos que debieron permanecer para siempre unidas. ¡Es el lote amargo de la existencia, es la ley inexorable del tiempo! ¡No importa! ¡Sólo las almas bajas o pequeñas pueden recordar las alegres y bellas horas del pasado sin un dulce sentimiento de placer, y sin hacer justicia a las calidades morales y a la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

inteligencia de los antiguos compañeros, a pesar de la amarga frialdad de los vínculos rotos!

Muerta *La Patagonia,* tomé la dirección de *Las Novedades,* diario ilustrado que se publicaba por la imprenta de Biedma, y en el que recuerdo aparecieron unos notables artículos humorísticos de Julio Botet. La vida de *Las Novedades,* que era sin embargo sumamente interesante, tuvo "la brevedad de un crepúsculo de invierno". No me dejó más provecho ni más satisfacción que la de ver mi nombre a su frente, lo que como se sabe constituye la gloria y la ambición más acariciada de todo pichón de literato cuando empieza a ensayar las alas para volar.

Por aquel tiempo, la atención pública había detenido su fugaz mirada en un poeta tan joven como desgraciado, amarrado al lecho de los mártires por una parálisis incurable que lo tiene cautivo desde hace cerca de veinte años. Gervasio Méndez había sido conocido en Buenos Aires por intermedio de Olegario V. Andrade, su comprovinciano y amigo de la infancia. Su situación dolorosa inspiraba la compasión y la simpatía. Se habían dado conferencias en su honor, cuyo producto se destinaba a proporcionarle recursos para la vida. Se habían impreso sus *Poesías* con el mismo objeto y su reputación había cundido rápidamente entre la juventud literaria, que saludaba y admiraba en él la desgracia y el brillo de un talento privilegiado.

Todos los hombres de inteligencia y de corazón se daban la mano en el propósito de hacer menos amargas las horas del "poeta enfermo", como se le llamó desde entonces. Miguel Cané, entre otros, consignó en un bello artículo, escrito con esa fluidez y elegancia de expresión que caracteriza su estilo, las razones que debían hacerlo proteger y amar por todos los corazones sensibles. "Es nuestro her-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

mano, decía; es más que eso: es uno de los que nos honran, porque ha nacido en la tierra sagrada, bajo nuestro cielo azul, al borde de nuestros ríos transparentes! El nos pagará con usura lo que hacemos sin violencia ni sacrificios. Su inteligencia se entreabre recién y ya sus primeros ensayos son los del cóndor, que al dejar el nido domina el espacio. Leed esas estrofas admirables, cuya forma diáfana parece dejar ver las ideas moverse en su vida vigorosa; apartad uno que otro grito desconsolado, henchido de amargura, y veréis que en esos cantos majestuosos en que se habla de Dios y del universo, se estremece algo como el profundo anhelo a la esperanza consoladora. Méndez aún no ha tomado su dirección definitiva. Sainte-Beuve decía que en las tres cuartas partes de los hombres hay un poeta muerto joven a quien el hombre sobrevive. En Méndez, por el contrario, los dolores de la tierra han muerto al hombre, pero el poeta ha sobrevivido. Cuando se vió arrancado violentamente a la acción, oyó en el silencio desolado de su desesperación una voz que le inspiraba. Antes de rimar, antes de abrir ese torrente a su espíritu conturbado, Méndez no sabía que era poeta. Un pensamiento brotó en su cerebro, una armonía sonó en su oído y un himno a Dios se alzó de su alma. Tenía ya un vínculo en la tierra, vínculo soberano, porque también lo ligaba al cielo".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XII

La casa de Gervasio Méndez se había hecho el centro de una peregrinación de poetas más o menos grandes, literatos de todas las escuelas y todas las calañas, y muchos aspirantes a la letra de molde, que le llevaban sus ensayos para verlos aparecer en su semanario, *El Album del Hogar*. Como todos, yo tenía vivos deseos de conocer al poeta, pero no había tenido oportunidad de hacerlo, y tal vez no lo hubiera hecho jamás, a no mediar la circunstancia que paso a referir. En 1878 fuí a pasar las vacaciones a la ciudad del Paraná. Me encontraba en la estación Central, tomando los boletos del ferrocarril a Campana, después de haber dejado un asiento del vagón señalado con mi liviano equipaje de estudiante, cuando en el apresuramiento y los apretones de la cola que se había formado frente a la ventanilla, tuve un ligero altercado con un joven mayor que yo, que se encontraba a mi lado, pugnando también por abrirse paso. La cosa no tuvo consecuencia de ninguna especie, y me disponía a instalarme en mi asiento con mi boleto conquistado, cuando, por una rara coincidencia, lo encontré ocupado precisamente por mi vecino del ventanillo, acompañado de dos personas que me eran desconocidas. Mi valijita había sido desdeñosamente relegada debajo del asiento; y en él se pavoneaba mi incógnito rival, como hacien-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

do mofa de mi confusión. Aquello era verdaderamente "llover sobre mojado". Me encocoré todo lo posible para entablar una reclamación con toda la energía del caso, y preguntándome mentalmente *¿Rodrigue, as-tu du cœur?* me dispuse a reivindicar mi asiento como había conquistado mi boleto. Un segundo altercado iba a entablarse, cuando intervino uno de los hermanos Igón, que había ido a despedir a aquéllos para mí odiosos invasores, y nos presentó mutuamente. Mi cólera se disolvió de golpe ante aquellos nombres que me dejaron confuso: Rafael Obligado, Martín Coronado, eran los nuevos campeones, y mi adversario de un minuto, leal amigo después, el Dr. Gregorio Uriarte.

Nos estrechamos como pudimos en aquel tren que, para no faltar a la regla, no tenía capacidad para la tercera parte de los que lo ocupaban, y pronto se estableció entre nosotros una intimidad afectuosa. Salieron a relucir los poetas y escritores de la época. Almibaré mis más cumplidos elogios en homenaje a mis compañeros de viaje, que a mí me parecían hombres de una esfera superior a la del común de las gentes, y nos separamos a las tres de la mañana, cuando Obligado y sus acompañantes, que iban a la estancia de su familia, desembarcaron en el puerto de las Hermanas. En el curso de la conversación nos ocupamos de Gervasio Méndez. Me instaron a visitarle y ayudarle con mi colaboración asidua en el *Álbum*. Finalmente quedamos en que, a mi regreso, iría a ver en nombre de mis nuevos amigos al poeta doliente.

Una tarde, en efecto, me encaminé a la calle del Paraná, entre Charcas y Santa Fe, donde vivía Méndez, y llamé a la puerta de la humilde casita que lo albergaba. ¡Adelante! contestó una voz desde el interior. Atravesé el zaguán y al entrar en el patio me detuve frente a la puerta abierta de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

una habitación que miraba al sud, de la cual había salido aquella voz. Sobre un sillón articulado de lectura, envuelto hasta la cintura en una raida manta de viaje, se encontraba un hombre joven todavía. Su frente, pálida y descarnada, estaba sombreada por algunos cabellos negros, ligeramente ondeados que caían sobre las sienes, en desorden. Sus ojos rodeados de un círculo rojo tenían una rara fijeza y una expresión generalmente dura, que se dulcificaba sólo cuando la risa iluminaba a aquel rostro. La boca era pronunciada, grande, de labios carnosos y dientes sombreados por el cigarro negro que nunca abandonaba. Usaba bigote y pera, y su cuerpo estaba cubierto por un *tricot* color café sobre el cual caía como una nevada la ceniza del cigarro. La mano demacrada y casi seca, trazaba con suma dificultad algunas líneas sobre un papel colocado sobre el atril movible adherido al sillón. El conjunto recordaba el grabado que encabeza la edición francesa del *Reisebilder* de Heine, en que el poeta también paralizado en el lecho de dolor inclina su cabeza pálida, con los ojos a medio abrir, como el que ve entre sueños las visiones de otra existencia.

El piso enladrillado de aquella habitación carecía de alfombra o estera. En un rincón había un gran montón de diarios en desorden: colecciones del *Album del Hogar,* números sueltos de periódicos ilustrados, libros y folletos arrojados allí en una masa informe y cubierta de polvo. Una humilde cama de hierro pintado era el lecho del poeta. A su lado se veía una mesita de noche que dragoneaba de escritorio y mesa de comedor, y cuyas aplicaciones eran tan diversas y complicadas como las del gallego que servía a Méndez, con una paciencia angelical, soportando los estallidos de su carácter terrible, agriado por aquella cruel enfer-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

medad. Algunas sillas completaban el mueblaje de aquella habitación pobre y sombría, como la celda de un ermitaño o el calabozo de un presidiario. La aproximación de Méndez no era al principio agradable, pero cuando él entregaba su afecto, lo hacía sin reserva, con ardor entusiasta, con violencia impetuosa. Su primer sentimiento era de desconfianza. ¡Estaba tan habituado a ver llamar a su puerta la falsa piedad que venía, con el corazón frío y la frente risueña, a presenciar el espectáculo de su miseria, con curiosidad indiferente! ¡Se sentía tan humillado al estrechar manos enguantadas que esquivaban el contacto de su carne y al contemplar las *toilettes* lujosas que resaltaban delante de la pobreza de sus harapos, de gentes que lo miraban como un objeto extraño, que le arrojaban una palabra de resignación, como se arroja un mendrugo, y luego partían para no acordarse más de sus sufrimientos y para no ayudarlo a hacerlos más soportables, dulcificando sus heridas íntimas con esa suavidad del afecto compartido, que es el supremo bálsamo para los corazones lacerados! Y luego, aquel hombre desgraciado era víctima de la vanidad de los escritores clandestinos, los poetas de "a peso el plato", los articulistas de baratillo, que, con el pretexto de proporcionarle ayuda y aliviar su situación, le llevaban una ofrenda y le exigían en pago la publicación y el elogio de sus fetos literarios. ¡Cuántas veces lo he visto lamentarse de esta tiranía de los ramplones, de las exigencias de una turba anónima de insectos que zumbaban a su alrededor y lo torturaban con sus querellas continuas! Para completar aquel cuadro de miseria física y moral, basta decirse que aquel poeta abandonado tenía también sus explotadores... Pero no removamos estos recuerdos dolorosos... Digamos, más bien, que si no siempre tuvo

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Méndez motivos de agradecimiento y felicidad con el trato de los hombres, muchos fueron sus amigos y protectores, muchas almas nobles compadecieron su desgracia, muchas manos amables le dejaron al partir el óbolo de la caridad que no afrenta al desgraciado cuando la delicadeza de la acción disfraza la crueldad de la acción misma; corazones generosos que todavía lo acompañan en la desnudez, como la buena y noble señora y amiga mía que, según acaban de decírmelo, hoy mismo prolonga con su protección los días lastimeros de la vida que se extingue en ese cuerpo que ha tomado ya la rígida actitud del eterno sueño!

Después de las primeras frases de estilo, expliqué a Méndez el origen y el objeto de mi visita. Desde luego la intimidad quedó establecida entre nosotros. Me pidió algo para el próximo número del *Album*, que debía aparecer en Semana Santa, y al día siguiente le llevé unas estrofas con el título de *Agonía*. Me refirió a grandes rasgos su vida desgraciada. Había nacido en Gualeguaychú en Diciembre de 1848. Sus primeros versos aparecieron en 1864, es decir, a los 16 años de edad. No frecuentó otras aulas que las de la escuela primaria, de la cual salió para dedicarse al comercio. Su vida pasó sin grandes alternativas, ni otros incidentes que no fueran los que provocaba su participación en las luchas civiles de Entre Ríos, donde, según Andrade, "guardaba sus versos en la cartuchera", hasta 1873 en que se sintió herido por la parálisis. El final de la historia me era conocido, y el cuadro que se presentaba ante mis ojos excusaba todo comentario sobre su horrible destino. Hablamos de nuestro amigo Obligado y Coronado, y ví con placer que apreciaba en su justo valor a los dos primeros poetas de las jóvenes generaciones. Por mi parte traté de hacerle comprender el encan-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

to íntimo que se desprendía de sus versos tan reales, tan sentidos en su delicadeza de expresión, tan contagiosamente doloridos por la misma situación del poeta y la espantosa verdad que se ocultaba debajo de sus lamentaciones. Recordamos juntos algunas de las estrofas del canto *A Dios,* que lo hizo conocer en Buenos Aires, y ellas adquirieron tintes de sublimidad al brotar de los labios de aquel Lázaro que esperaba en vano la palabra del Redentor que debía alentar su carne muerta:

No es este canto el eco de la ola
Que azota el huracán de la desgracia,
Y que envuelta en la espuma de la ira
Contra los muros de mi pecho brama,
Es este canto,
¡Dios de mi alma!
La más tierna expresión del sentimiento
En la flor del recuerdo perfumada!

Es la dulce armonía arrobadora
Que sobre el ¡ay! de mi infortunio vaga,
Levantando mi espíritu abatido
Sobre sus blancas y brillantes alas;
La fresca sombra,
La gota de agua,
Que la fiebre voraz de mi martirio
En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume,
Que el pasado en mi espíritu derrama,
Que el trascurso del tiempo no evapora,
Que el viento del dolor no me arrebata:
Unico aroma,
Unica lágrima
Que ha quedado del llanto de la aurora,
De mi vida en la adelfa deshojada...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

He aquí la poesía de Gervasio Méndez. La nota melancólica se reproduce sin cesar, y su estilo todo parece empapado en lágrimas. Más adelante predominará en él la imitación de Becquer y de Heine, pero siempre continuará siendo el poeta espontáneo, que modula arpegios no aprendidos y suaves melodías brotadas al contacto de su acerbo dolor. Es necesario decirlo bien alto: en ese género predilecto de su musa, Gervasio Méndez ha llegado a alcanzar algunas veces a su modelo español. Las *Hojas de mi cartera* contienen estrofas de una belleza e intensidad de sufrimiento, que es difícil superar. Leamos la siguiente:

Aquellos que comprenden mi martirio
Me llaman infeliz:
No saben que una dicha me sonríe...
¡La dicha de morir!

Hablando del *Album del Hogar*, Méndez se lamentó de la falta de protección del público y de los amigos que debían ayudarle. En las columnas de aquel semanario faltaban en realidad la labor diaria, la nota del momento, algo que lo sacara de las abstracciones de la prosa peinada y acicalada de los jóvenes retóricos, y la poesía nebulosa y vaga de la pléyade que, con más o menos arte, y en un sentido bien diverso del de Musset, empleaba su tiempo en fabricar baladas a la luna. Le propuse redactar una sección de crítica ligera, que, vapuleando semanalmente a los viejos y jóvenes literatos, despertara el interés y provocara la réplica de los damnificados. Aceptó mi idea con entusiasmo, y de nuestro mutuo convenio nacieron los *Palmetazos* de *Juan Santos* de feliz memoria. Como no me faltaba audacia ni esa petulancia inocente de los que en literatura se creen un *fort en thème*, los primeros disparos de mi

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

crítica alborotaron el cotarro de aquel Parnaso juvenil. *La Ondina del Plata,* rival del *Album del Hogar,* puso el grito en el cielo y descolgó una armadura de caballero andante para provocarme a la pelea. Los que habían caído bajo la burla algo exagerada de mis primeros sueltos se me vinieron al humo, como se dice vulgarmente, resueltos a hacerme pagar cara mi independencia de juicio. Pero lo más curioso de todo es que nadie sospechaba quién era el autor de aquellas alegres zafadurías, y las atribuían a todo el mundo menos al verdadero causante del daño. Navarro Viola, que fué injustamente maltratado en aquella primera carga de caballería, fué el único que no tomó trágicamente la aventura, y me escribió, ignorando mi nombre, una amable tarjeta en que agradecía mis observaciones y me brindaba su amistad.

Me apresuro a reconocer que aquella crítica era infantil, mediocre y pasaba frecuentemente del objeto que me había propuesto al emprenderla. Mi juventud disculpa, hasta cierto punto, estas deficiencias. Pero me guiaba un móvil elevado; todas mis observaciones nacían de un ciego amor por el arte literario y no de un mezquino sentimiento de emulación, que jamás tuvo cabida en mi alma. Las protestas fueron muchas, sin embargo. Nuestros literatos, habituados a recibir sin medida el elogio desmesurado, se sublevaron unánimemente al sentir rozada su epidermis por el aguijón de la ironía. Fueron precisamente los más dignos de ser pasados por el tamiz de la crítica los que pusieron más pronto el grito en el cielo. Los demás, como Navarro Viola, Adolfo Mitre, Rivarola, Matienzo, etc., comprendieron el propósito que me guiaba, y aunque algunos me cambatieron victoriosamente, la mayoría de ellos simpatizó con mis ideales y mi actitud.

Con motivo de estas críticas, se produjo un pe-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

queño movimiento literario que llamó la atención del público y que ascendió hasta las columnas de la prensa diaria. *El Nacional*, *La Prensa* y *La Nación* saludaron la aparición de *Juan Santos* como una necesidad sentida para el progreso de nuestra cultura. Se trataron temas de alta literatura, cuestiones no debatidas aún en el campo de las letras, como la referente a la traducción en verso. Entretanto, Méndez veía que los lectores de su semanario aumentaban, que la controversia despertaba las pasiones y exaltaba los ánimos de sus colaboradores, y gozando en medio de la lucha, guardaba el secreto de aquella campaña anónima hasta que un día fué necesario mostrar al público quién era el causante de aquella loca agitación.

La desaparición del incógnito produjo en algunos un efecto contraproducente, y exageró los agravios; en otros, la calma sucedió a los rencores, y la sonrisa de la benevolencia al resentimiento del amor propio herido. Pero tantas refriegas ardorosas, tantas discusiones, llevadas con juvenil entusiasmo, habían destemplado mi energía y no pocas veces amargado mis momentos de reflexión tranquila. Comprendí la inutilidad y la amargura de la tarea emprendida, y siguiendo mi propio impulso, como el consejo de Méndez que también sufría al ver los ataques de que era víctima, resolví suspender la publicación de *Los Palmetazos*. *Juan Santos* desapareció de la escena sin los honores del triunfo, pero habiendo mostrado, en todo caso, que no le faltaba decisión y valor moral. Bajo una nueva faz y tratando temas bien diversos, por cierto, debía reaparecer poco después como redactor de los folletines de *La Nación*.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XIV

Entre las primeras víctimas de *Los Palmetazos* se contó *Salvador Mario*, pseudónimo de Luis S Ocampo. Escribía versos fáciles y generalmente agradables, pero carecía de conocimientos serios y de esa educación literaria que depura el buen gusto y salva al escritor de caer en errores o tentativas infantiles. Salvador Mario, como Enrique D. Parodi, que es hoy un conocido abogado, y como la mayor parte de los jóvenes de aquel tiempo, estaba sugestionado por Espronceda. La influencia de Hugo, de Lamartine, de Alfredo de Musset fué posterior y empezó a hacerse sentir en otro círculo literario. Por lo pronto, la gloria del poeta de *El Diablo Mundo* eclipsaba todas las demás. El *Canto a Teresa* era el evangelio de todos los rimadores, más o menos entusiastas y enamorados, pero todos fingiendo el desencanto de una vida malograda.

La moda de los pantalones de campana y de los versos orgíacos, desesperados, tenebrosos y byronianos, se hizo universal e irresistible. Era necesario desentrañar una Jarifa cualquiera, inventarla o imaginarla, para poder vociferar con una copa desbordante:

Ven, Jarifa, trae tu mano,
Ven y pósala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aun los besos palpitan
De tus amantes de ayer!...

Salvador Mario cometió el error de dejarse cautivar por estos desahogos. Quiso hacerse el poeta terrible de la pasión desenfrenada; y malogró sus bellas cualidades literarias arrastrando a su musa por las calles y lugares sospechosos. Porque es necesario decirlo con franqueza: sin estudios serios, aquel joven tenía instinto y temperamento de poeta. El verso brotaba de sus labios, naturalmente, sin afectación y sin esfuerzo, melódico y palpitante, lleno de luz y de colorido. Pero la sombra de manzanillo de la Jarifa de Espronceda era una obsesión eterna de su espíritu, y sacrificaba en sus aras todas estas dotes amables, para escribir versos como los siguientes, que exhumo a título de curiosidad bibliográfica, y como síntoma que sirve para caracterizar los gustos de aquella época:

En las noches calladas, cuando siento
Ideas de alegría
Jugar con mi cansado pensamiento,
La soledad me hastía,
La pereza en sus brazos me aprisiona,
Tu amor de un solo día
Mi esperanza gentil desilusiona,
Y te aborrezco tanto,
Parodia de la torpe Mesalina
Que bebo en tí el placer, hasta que el llanto
En tus rasgados ojos se adivina!...
Huye de mí esas noches, te lo ruego,
Porque tengo, mujer, una alegría
Peligrosa y extraña,
Taciturna y sombría
Como el dolor que siempre me acompaña...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y *sic de ceteris,* porque la misma nota se reproduce sin cesar, con una monotonía abrumadora, como si el arte entero estuviera encerrado en la imagen báquica de un Edgard Poë sin el genio del autor de *El Cuervo,* y fuera del humo de la taberna no hubiera atmósfera propicia para las expansiones del genio.

Ya en años anteriores Juan Cruz Varela en plena juventud física e intelectual había escrito las estrofas elocuentes y hermosas de la *Pecadora arrepentida.* Pero el tema era inagotable. La raza de las Teresas, Manon, Marión Delorme se perpetuaba entre nosotros de una manera admirable. Enrique D. Parodi, rindiendo tributo a la tendencia general, creó también su *Rosalía* (creo que este era el título de su poema), la cantó en todos los metros, con lujo de lirismo y de poesía adolescente, cubriendo con un manto de imágenes exaltadas sus faltas sin redención, y arrullando sus desvaríos con el vaivén melancólico de sus estrofas. Parodi era un convencido de la literatura, un fanático de la rima; sus numerosas composiciones pueden verse diseminadas en los periódicos literarios de aquel tiempo. Su estilo se distinguía por el ardor y el empuje de la expresión. Escribió también algunas buenas tradiciones en el *Album del Hogar.* Sus aficiones poéticas no han decaído con el tiempo; y a pesar del diverso género de trabajos a que se encuentra consagrado, veo, de cuando en cuando, su nombre al pie de poesías que revelan ya la madurez de su talento, y en que canta los triunfos de la civilización y entona himnos a la grandeza y la gloria de su heroica patria!

Navarro Viola, Adolfo y Julio Mitre, Rodolfo y Enrique Rivarola, José Nicolás Matienzo, Obligado y Coronado, colaboraban también en el *Album del Hogar,* bajo el fuego implacable de Juan Santos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Una divergencia o mejor dicho una mala interpretación sobre los fines de la poesía, originó una polémica con Matienzo. Bajo la suavidad de las formas literarias, ambos contrincantes, jóvenes e impetuosos, acabamos por tirarnos con las plumas y los tinteros, como aquellos estudiantes de Salamanca que describe Le Sage en una de las páginas más cáusticas de *Gil Blas*. Matienzo, sin embargo, poseía la madurez y el reposo del criterio, unidos a sólidos conocimientos de buena literatura, que se basaban en el cultivo asiduo de los grandes críticos franceses. Sus versos eran suaves y melancólicos; no brillaban por el fulgor de la imagen ni el deslumbramiento de un estilo recamado de pedrerías; pero de ellos se desprendía un suave perfume de gracia soñolienta y tristeza contenida, que lo hacía discípulo convencido de Lamartine.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XV

Sus ideas sobre la poesía eran en el fondo iguales a las mías, pero nos separaban cuestiones de detalle o, mejor dicho, de matices, que fué lo que originó aquel valiente torneo literario en que los dos paladines pudimos mostrar el temple de nuestras armas y la arrogancia de nuestro valor. En el artículo *Sobre Poesías,* que dió origen a la polémica, Matienzo hacía algunas reflexiones exactas, como las siguientes: "Hay quienes opinan que el carácter del siglo que alcanzamos no consiente aquella poesía subjetiva que brota del alma espontánea y desinteresadamente, como se exhala el perfume de las flores, el murmurio de las olas y la luz de los astros. Hay quien opina que todo eso es egoísmo estrecho, y que es preciso una poesía más trascendental, es decir, una poesía con tendencias filosóficas. Esta opinión desconoce completamente la naturaleza de la poesía, al señalarle propósitos pedagógicos. Para aprender ciencia y filosofía, demasiados libros en prosa existen. Y no estamos, por cierto en tal estado de desaplicación, que sea menester como quien nos dora la píldora, darnos las lecciones en verso. De esta tendencia de filosofar en poesía no siempre suele precaverse la inexperiencia literaria de los principiantes, lo cual no tiene nada de extraño si se considera que escritores de fama caen con toda frecuencia en ese prurito. La poesía filoso-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

fadora tiene cercano parentesco con la del buen sentido, preconizada por Boileau. El verso sale irreprochablemente medido y pensado, pero nada más; el sentimiento falta, y, sin sentimiento, no hay poesía.

"Necesito corroborar lo expuesto con el ejemplo Todos recordamos la impresión que produjo en Buenos Aires el *Canto al Arte* de Carlos Encina. Aquello era nuevo. No faltó quien exclamase, parodiando el *eureka* de Arquímedes: ¡Al fin se ha logrado injertar la ciencia en la poesía! Y no era así. El *Canto al Arte* era la explosión del sentimiento de un alma impregnada de ciencia: retrato fiel de esas luchas internas, de esas sordas tempestades en que el hombre desesperado de la razón que no le sabe descubrir los secretos supremos, y no bastante fatalista para dejarse llevar inerte hacia los abismos del escepticismo, se arroja en brazos del sentimiento, como una última esperanza. Pero empezaron a surgir imitadores, y aparecieron algunos otros cantos con pretensiones de ser "al estilo de Encina". Encina había puesto su alma en el *Canto al Arte;* sus imitadores no pudieron o no supieron imitarlo en eso. Lo que en Encina era sólo forma impuesta por la naturaleza de la inspiración que revestía, en sus imitadores pasó a ser *fondo científico.*

"Un poeta de fama universal, un genio gigante, parece desmentir algunas de mis afirmaciones. Víctor Hugo ha escrito muchos versos con fines trascendentales, y si el número de sus ediciones determinaran la cantidad de poesías que contienen, acaso no habría en el mundo poeta más poeta que el autor de *Los Castigos.* Hay, sin embargo, que hacer distinciones. En Víctor Hugo el genio predomina sobre el poeta. En la edad en que el corazón impera a despecho de la cabeza, Víctor Hugo produjo aquellas eflorescencias de su alma de poeta que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

se llaman *Las Orientales* y las *Hojas de otoño.* Después, en esa naturaleza excepcional, el poeta siempre joven y vivo de que habla Musset, se ha ido adurmiendo, pero ha quedado siempre despierto el genio. Tomemos una de sus últimas producciones en verso: *El Papa.* Olvidemos un instante el nombre del autor, apartemos la versificación maravillosa. las antítesis atrevidas y los pensamientos grandes que pueden igualmente expresarse en prosa, y respondamos sinceramente a esta pregunta: ¿dónde está el poeta? Yo de mí sé decir que a todo el volumen del *Papa* prefiero las cinco páginas del *Recuerdo* de Musset o las tres del *Lago,* de Lamartine...

"Sí, la poesía no puede ser otra cosa que el alma traduciéndose al exterior, con las agitaciones del deseo, los pesares o los goces del recuerdo, los presentimientos, las dudas. Los que tratan de ridículas las francas expansiones del poeta pueden taparse los oídos cuando él canta, porque no son dignos de recibir sus confidencias. Los positivistas quisieran hacer callar la poesía, o arrastrarla por entre las fábricas a los altares del industrialismo moderno. ¡Basta, dicen, de lágrimas y suspiros, que ninguna utilidad producen!

"Es cierto: la poesía no llena de fardos las bodegas de los buques ni los vagones de los ferrocarriles: ella no hace más que llenar de consuelos al hombre rendido por el dolor y la faena, y refrescar como un rocío fertilizante los espíritus cansados en la aridez del camino. Si se escuchara a ciertos críticos, ha tiempo que la humanidad hubiera comprendido que los poetas, llámense Byron, Lamartine, Heine o Musset, son unos grandes egoístas, porque cuando se les pide poesías, no tienen otra cosa que dar sino sus dolores, sus alegrías, sus dudas, sus esperanzas, sus desfallecimientos, sus entusiasmos; al fin nada más que su alma!"

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Distingamos, contestaba *Juan Santos*. Si se habla de una filosofía que enseñe las reglas del silogismo, y la división de las facultades del alma, nada más cierto que el juicio anterior. Pero si se habla de la filosofía que emana de los dolores y de los contrastes de la vida, aquella que se respira en la contemplación de la naturaleza, aquella que se trasluce en la investigación de todos los enigmas que como una red sutilísima envuelven nuestra existencia fugaz, claro es que él no tiene el mismo fundamento. ¿Puede señalarse filosofía más pura que la que se desprende de la lectura de Shakespeare? ¿No se encuentran allí verdaderas tendencias y enseñanzas filosóficas, en medio de esas borrascas continuas, en medio de esas luchas internas, que turban a Otello, que envenenan la conciencia de Hamlet, y que impulsan al homicidio a Macbeth? ¿No dejan ninguna máxima, ninguna regla de conducta, ningún rastro que sirva de guía en la existencia, esos caracteres dibujados con tan admirable precisión que se destacan, como una imagen trazada con fósforo en las tinieblas?... Y hablando de Lord Byron, que con justicia puede considerarse como el primer poeta moderno, ¿hay algo más profundamente filosófico que *Childe Harold*, ese irónico anatema contra la sociedad y esa entusiasta descripción de la naturaleza y la soledad? ¿Y qué decir de *Don Juan*, que según las palabras de un talento profundo en materias literarias, es una vasta burla del mundo, especie de *Cándido* escrito en verso, por un alma que se divierte tristemente en el laberinto de su propia duda, y seca sus lágrimas desesperadas en la bacanal de su carcajada escéptica?... La poesía es la voz del cielo oída sobre la tierra y los poetas son los instrumentos destinados a este comercio misterioso. El poeta está en contacto con tres mundos diferentes: la humanidad, la naturaleza y Dios. En

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

las primeras épocas de los pueblos, en la formación de las sociedades, el espíritu místico de los bardos alcanzaba a Dios confundiéndolo en el vasto Todo. La poesía se cernió sobre el círculo infinito de la historia heroica, después bajó hasta las pasiones sociales y hoy reina y levanta su vuelo soberano en el mundo moral, como en el intelectual y político. Quiso subir con las alas de Icaro, y hoy se agita con trémula desesperación; blasfema impotente, alimentándose con su propia carne. En *Werther* es el anhelo, el presentimiento y la muerte; en *Fausto* se detiene ante la esfinge siempre muda y eternamente velada, y quiere interrogarla; en *Hamlet* se revuelve presa de dudas, ternura, agitaciones y tempestades contrarias; en *Manfredo* se lacera las sienes: en *Don Juan* presenta a la humanidad más que desnuda degradada para tener el gusto de sondear y exagerar sus llagas. De todos ellos se desprende una lección eminentemente filosófica y trascendental.

Y para apoyar más mis opiniones, que en realidad no combatían ni replicaban a las de Matienzo pues el filosofismo y la trascendencia objetiva a que éste se refería era de índole muy diversa, citaba el siguiente párrafo de Chasles sobre los poetas: "Todo lo que interesa a la civilización los conmueve. Lo que la experiencia nos enseña tarde, es adivinado temprano por su instinto. Son sabios, historiadores, arqueólogos de nacimiento; *comprenden mejor que nadie el sentido de las realidades.* Quisiérase en nuestros días asignar a la poesía un puesto aislado y relegarla a las nubes como una quimera; hay quienes imaginan que existe algo positivo, vulgar, bajo, grosero, indigno del hombre. Pero no sucede así. Nada más poético que la fundación y la marcha ascendente de una gran ciudad con sus pasiones, sus luchas y sus industrias. Nada más real que este milagro casi fabuloso del progreso humano que,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de veinte cabañas construídas en la arena, hace Boston; de tres chozas en las lagunas, Venecia; de algunos abrigos de pescadores salvajes, París. *Dichtung un Warheit,* dice Goethe, Realidad y Poesía se tocan y se confunden: es el horizonte, es el cielo y el mar".

Desde entonces la discusión giró en un círculo vicioso. Ambos contrincantes teníamos razón y ninguno queríamos reconocerlo. Las réplicas de Matienzo eran sensatas y eruditas. Yo hacía hincapié sobre todo en una de las frases de su artículo que circunscribía la poesía a la expresión de los sentimientos personales del autor, diciendo: "la poesía no puede ser otra cosa que el alma traduciéndose al exterior, con las agitaciones del deseo, los pesares o los goces del recuerdo, los presentimientos, las dudas". Y para rebatir este párrafo citaba el género dramático en que el poeta crea seres humanos y los hace obrar con vida propia merced al solo esfuerzo de su genio. ¿No hay también, preguntaba, poesía en la epopeya o narración en forma poética y con cierto colorido maravilloso, de una acción grande interesante y admirable, de un asunto de alta trascendencia para una nación o una sociedad y que sintetice, por decirlo así, toda la civilización de un pueblo? ¿Y la poesía descriptiva cultivada por Homero, Virgilio, Thompson, Milton, Lafontaine, y Bernardino de Saint-Pierre? ¿Y la poesía didáctica que cuenta con monumentos como los *Proverbios* y el *Libro de Job,* los poemas de Hesiodo, las *Geórgicas* de Virgilio, el *De Natura rerum* de Lucrecio y las *Noches* de Young? Si bien es cierto, añadía, que Byron es Childe Harold, el Giacour y Manfredo, Molière no es Tartufo, Alceste o Arpagon; Shakespeare no es Hamlet, Otello, Shylock, Romeo o Falstaff; Cervantes no es Don Quijote ni Sancho Panza, y, sin embargo, su obra inmortal quedará

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

según Heine, como "el primero entre los grandes poemas épicos de la humanidad..." Y, así, se multiplicaban las columnas, los párrafos seguían a los párrafos para quedar siempre en las mismas posiciones respectivamente conquistadas. En realidad, el problema que agitábamos era de ardua resolución. Una vez tuve la visión de sus complicaciones. Nada más difícil, dije, que explicar dónde empieza la influencia del hombre sobre la sociedad y de la sociedad sobre el hombre, y por qué razón los poetas más subjetivos son aquellos que más han resumido el estado de su época. Nada más difícil que explicar por qué los genios aparecen de tarde en tarde, y no son sino un producto de largas elaboraciones históricas; aunque no llegásemos a ninguna conclusión positiva quedaríamos convencidos ambos de que nadie ha resuelto hasta ahora el problema de separar en el hombre aquello que brota del alma, de aquello que ha sido depositado en él por el mundo exterior. Un genio, sea poético, político o filosófico, es hijo de su tiempo. ¿Quién se atrevería a marcar en Byron, por ejemplo, la línea de división entre lo que él ha dado al siglo y lo que el siglo le ha dado a él? ¿Quién se atrevería en Víctor Hugo a determinar lo subjetivo sin temor de equivocarse?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XVI

La segunda controversia provocada por las críticas de *Juan Santos* fué con motivo de las traducciones en verso. Mis ideas de aquellos tiempos subsisten aún en todo su vigor; y hoy creo, como entonces, que la mejor traducción no consigue interpretar como sería necesario el original. La habilidad manual puede llegar a este respecto a un grado elevadísimo; el talento poético del traductor, su dominio del idioma, producirá hallazgos y sorpresas inesperadas, pero nunca una traducción en verso será estrictamente *fiel* y reflejará de una manera fidedigna y exacta el modelo que trata de copiar. Matienzo había traducido algunas poesías de Alfredo de Musset, de Lamartine y de Víctor Hugo. Su versión de uno de los *Cantos del Crespúsculo*:

Hier, cette nuit d'été qui nous pretait ses voiles
Etait digne de toi, tant elle avait d'étoiles...

tenía un mérito indudable así como la del *Souvenir* de Musset, que siento no tener a mano, y se publicó en *La Tribuna del lunes*, donde pueden hallarla los curiosos. Pero tradujo *Le lac* de Lamartine, y a pesar de su real talento y sus dotes de versificador, no fué tan feliz como antes. *Juan Santos* combatió la traducción de *El lago*, deplorando que un joven de mérito real malograra su tiempo en la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

imitación de autores extranjeros, en vez de dedicarse a escribir poesías originales, y mostrando las deficiencias de su tentativa. Sus opiniones fueron rebatidas con acritud por Rodolfo Rivarola, y entonces intervino en el debate viniendo en su ayuda el hermano de *Juan Santos,* Enrique García Merou, que dió a luz en *La Tribuna* un extenso trabajo sobre las traducciones en verso, que vale la pena de recordar.

"La traducción en verso (decía en aquel artículo) destruye la perfecta armonía entre la idea y la expresión, que constituye la belleza del arte. No tiene más disculpa que el mayor o menor grado de éxito relativo. La teoría de la traducción está compendiada en el conocido refrán italiano, y los más claros ingenios lo han reconocido así. Cervantes decía: "todos los que vuelven libros de versos en otra lengua les hacen perder mucho de su natural valor, pues por gran cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegan al punto que ellos tienen en su primer nacimiento". Philarète Chasles confirma en términos más expresivos la idea anterior: "La traducción literal, decía, es más engañadora que la infidelidad: pretende ser verdadera, y falsea. Pretende conservar viva la obra misma, y arroja a nuestros pies una osificación miserable, un despojo. La traducción literal es un sacrilegio; la traducción elegante, a su vez, es una mentira". Y, encarándose con los traductores, agregaba: "Sois como aquel músico ignorante que tocaba exactamente su parte, sin saltar una nota ni esquivar un suspiro; sólamente que lo que estaba en la llave de *sol* lo tocaba en la llave de *fa*... ¡O traductor fiel!

"El valor de las traducciones poéticas ha sido vivamente debatido y hoy puede decirse que no existe sobre él más que una opinión. No citaré sino una

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

polémica digna de mencionarse, por la competencia especial de los contendientes, que ha tenido lugar en los últimos años, entre M. Marc Monnier, autor de una traducción en verso francés del *Fausto*, M. Amiel, autor de una colección de poesías traducidas de diversas literaturas, y el eminente crítico M. Edmond Scherer.

"Preguntábase éste si valía la pena de traducir en verso obras cuyo carácter se desvanece y cuyo perfume se evapora al pasar de una lengua a otra, y llegaba a sostener que no se conoce verdaderamente a Virgilio, Dante, Homero, Shakespeare, ni Goethe, cuando no se les ha leído sino en francés "A mi juicio, le contestaba Marc Monnier, tenéis razón en todo lo que decís: ninguna traducción ha igualado nunca al original... ¿Por qué pedir tanto? Si esto es lo que se exige del traductor, va de suyo que debe renunciar a la tarea. ¿Pero se habrá perdido el tiempo y el trabajo, si trasladando una obra maestra a otro idioma se llega a hacer una obra interesante, que tenga encantos y cause emociones? Concedo que no sea Homero, pero será Andrés Chénier, y siempre es algo". Amiel por su parte, dedicaba a Scherer su colección *Las Extranjeras*, y decía al frente del volumen: "Estamos de acuerdo sobre la traducción perfecta. Sería aquella que reprodujese, no solamente el sentido y las ideas del original, sino también su color, su música, su emoción, su estilo distintivo, y ésto, en el mismo ritmo, en versos de la misma forma, y en igual número. *No es dudoso que este ideal es inaccesible...* ¿No bastaría, en la traducción como en la moral acercarse un tanto al tipo irrealizable, para tener derecho a la existencia y aún al estímulo?"

"Scherer replicó con admirable precisión que ambos adversarios no hacen sino invocar las circunstancias atenuantes. "Queda bien entendido, con-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tinúa, que no se ha leído a Goëthe en el *Fausto* de M. Monnier, ni a Schiller en la *Campana* de Amiel Se conocen la composición, el motivo, las ideas: pero no la poesía, esa esencia maravillosa y sutil. Este o ninguno, es el caso de aplicar el aforismo escolástico: *duo cum sunt eadem non est idem*... Agregaré una paradoja a la que defiendo en este momento, y es que la traducción en prosa de los poetas extranjeros es más apropiada, en suma, para hacerlos conocer que la traducción en verso. Esto se comprende: la traducción en prosa no tiene otra pretensión que verter las ideas del original, mientras que la traducción en verso se esfuerza por reproducir la forma, la poesía, y sacrifica indefectiblemente a esta tentativa una parte de la fidelidad que debe al pensamiento del autor. Dos son los obstáculos principales de la traducción en verso: el primero, las diferencias de gramática y de vocabulario, que no permiten reproducir por correspondientes exactos, sea las palabras, sea los giros del original; el segundo, es la naturaleza misma de la poesía, que consiste en una relación de la idea con el verso, es decir, con una medida, una cadencia y sonidos, y que se altera cuando la traducción sustituye una versificación a otra".

"Scherer no puede dejar de hacer una distinción referente a los idiomas, de suma importancia, porque es evidente que una traducción puede ser más fácil y exacta en unas que en otras lenguas. Los más distinguidos helenistas, entre ellos Chasles, que se ocupa de la cuestión en su obra sobre *La Antigüedad*, reconocen la imposibilidad de poder traducir a Homero, sin darle un barniz moderno del peor gusto. Entre civilizaciones tan diversas, no puede haber analogía ni en el sentido de las palabras ni en el de las ideas. Un crítico me decía, que consideraba intraductibles las onomatopeyas de Virgilio. Todos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

los latinistas protestan contra las traducciones de Horacio. En una palabra, la traducción poética está condenada por la unanimidad de los literatos que no la aceptan sino como un mal, necesario en algunos casos, para hacer populares las grandes obras extranjeras que arrojan luz sobre una época histórica o el carácter de una raza; para perfeccionar el idioma y adquirir flexibilidad en el manejo del verso, o, finalmente, para sorprender con efectos inesperados, hijos de una labor y de un genio inmensos''.

Para mí todo el nudo de la cuestión está encerrado en los párrafos transcriptos. Puede haber y hay sin duda traducciones notables, pero ninguna de ellas alcanza el ideal a que debe aspirar el traductor. Siento no recordar en este momento la traducción del *Souvenir* de Musset, del poeta colombiano Roberto Narváez pues es la más notable pieza literaria que conozco en su género; pero a falta de ella, ocurre a mi memoria una de Nicolás Pinzón W. que le es poco inferior, como fidelidad y elegancia ¿Quién no recuerda los versos de Hugo?

Il n'avait pas vingt ans. Il avait abusé
De tout ce qui peut être aimé, souillé, brisé.
Il avait tout terni sous ces mains effrontées
Les blêmes voluptés sur sa trace ameutées.
Sortait pour l'appeler, de leur repaire impur,
Quand son ombre passait a l'angle de leur mur!...

La traducción de Pinzón es bella y sacrifica lo menos posible las ideas del original. Siento que el espacio me sea estrecho para trascribirla íntegra, pero las pocas estrofas que siguen bastan para que los aficionados las comparen con el original y vean su mérito:

Veinte años no contaba. Cuanto es dado
Amar, manchar, hollar, de todo había
Sin temor y sin límite abusado.

. . . . . .

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Pálida turba, del deleite esclava,
Tras él salía de su inmundo asilo
Si en la pared su sombra se pintaba.
Como la cera ardiente en el pabilo,
Día y noche su savia en las orgías
Agotaba, por hábito, tranquilo.
Cazando ahogaba los estivos días;
En invierno escuchaba indiferente
De Mozart o de Gluk las armonías.
Jamás la infecunda mente
En la onda benéfica y preciada
Que de Homero y Shakespeare brota en torrente.
Nada esperaba, ni creía en nada;
El alma en dulces sueños no mecía:
El bostezo hizo hogar en su almohada.
Su lúgubre y estéril ironía
De cuanto grande el hombre ama y venera,
El talón vulnerable audaz mordía.
El centro y fin de la creación entera
Hizo de sí; de su egoismo escudo;
Compraba amor; a Dios vendido hubiera.
El bosque, el mar, el cielo, nada pudo
De cuanto el orbe encierra de grandioso,
Mover su corazón ingrato y rudo.
Molesto le era el campo; fastidioso
El amor de su madre, a cuyo lado
Bienestar no encontraba ni reposo.
Una noche por fin, ébrio, enervado,
Contando ocioso el tiempo, hora tras hora,
Sin odio, sin amor, de todo hastiado,
Cercana aun su vida de la aurora
Y ya cansado de la luz del día,
Halló en su mano un arma tentadora,
Y del cielo a la boveda sombría,
Su alma arrojó, cual hez que el embriagado
Lanza al techo en la sala de la orgía.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Durante mi permanencia en Colombia tuve oportunidades de leer traducciones notables, sin que aumentara mi simpatía por este género de trabajos. Ya que me he engolfado en esta digresión, y escribo sin plan ni método fijo, dando rienda suelta a mis recuerdos, no puedo eximirme de citar la que hizo el Sr. D. Leonidas Flores, de algunos fragmentos de *La Comédie de la Mort,* de Teófilo Gautier. Este lúgubre poema estuvo en moda entre nosotros durante las célebres discusiones sobre el romanticismo, de que hablaré próximamente. En aquel entonces, a pesar de mis ideas contrarias a la traducción, trasladé a nuestro idioma todo el poema de Gautier, cuyo manuscrito he roto hace mucho tiempo. Más tarde, volví a traducir una gran parte de él, pero en pedestre prosa, y publiqué en "La Nación" el fragmento traducido por Flores, con una fidelidad a que es difícil llegar en estas materias. Todo el mundo recuerda el preludio de aquella maravilla de poesía y de estilo:

C'etait le jour des Morts: une froide bruine
Au bord du ciel rayé, comme une trame fine
Tendait ces filets gris;
Un vent de nord sifflait; quelques feuilles rouillées
Quittaient en frissonnant les cimes dépouillées
Des ormes rabougris...
. . . . . .

Todo el movimiento de los versos de Gautier, el ritmo melancólico de la estrofa, todo está admirablemente reproducido en la traducción. Los que recuerden el original o quieran tomarse el trabajo de compararlo se sentirán sin duda sorprendidos de esta rara similitud. Para no hacer demasiado largas estas citas, me limitaré a transcribir las principales estrofas del fragmento:

Quizás la tumba misma no sea un buen asilo
Donde en el duro lecho pueda el hombre tranquilo,
Dormir la eternidad,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

En un profundo olvido de toda cosa humana
Sin penas ni placeres. sin hoy y sin mañana,
Virtudes ni maldad.
Tal vez no se halle el sueño; quizás allí el hastío
También tenga su lecho: tal vez se sienta el frío
Del agua que filtró!
Si sueña el muerto, tristes serán sus sueños, solo
En ese cruel albergue, a donde nunca Eolo
Sus ráfagas llevó.
Tal vez esas pasiones que el alma nos quemaron,
Remuevan las cenizas del corazón que hollaron,
Quizás aún lo hollarán,
Y los recuerdos vívidos de escenas de esta vida
De un ser cuya existencia fué aquí a la nuestra unida,
Al ataud vendrán.
Sin duda que esos muertos alguna hermosa frente
Cubrieron de azahares, y otra alma confidente
Juróles amor fiel:
Si despertaran, sólos en esa tumba triste
Que nadie con sus lágrimas, o con sus flores viste,
Oh, decepción cruel!
¡Sentir que en este mundo, no se dejó más huella
Que encima de la onda un barco deja en ella,
Que el mar borra veloz!
¡Ver que los más queridos vivieron olvidando
Y que tan sólo un sauce, sus ramas balanceando,
Se queja sobre vos!

Como se vé, no me convencen ni siquiera traducciones que, como las anteriores, llegan a una exactitud relativamente notable. No era, pues, injusto al poner lunares a la traducción de *El Lago* de Matienzo, que, lo repito, consigue en ella aproximarse al original, lo más que le ha sido posible, sin poder darnos el verdadero canto del poeta francés. Y esto no le ha pasado a él solo. Conozco muchas traducciones de *El Lago,* desde la de Fajardo, hasta la de Miguel Antonio Caro, uno de los más notables poetas y críticos colombianos, traductor de la *Eneida* de Virgilio y de un inmenso número de poesías latinas, griegas, inglesas y francesas. "Entiendo que el traducir, dice el Sr. Caro, es dificilísima labor mixta de imitación y de adaptación, de refundición y de correspondencia. El carácter del autor original ha de ser, según la regla del profesor Egger, la norma fundamental del traductor. Aunque hasta cierto punto "el estilo sea el hombre",

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

no por eso debe desesperar el traductor de reproducir el estilo, identificándose con el autor que traslada". Y más adelante: "¡Oh, y cuán difícil alcanzar una *relativa perfección* en la que he llamado traducción poética propiamente dicha, la cual *al lector enamorado del original debe satisfacer como excelente cópia;* y a quien la examine en sí misma, sin hacer comparaciones, ha de gustar por sus propias cualidades! Para calcular la dificultad que este trabajo impone, y la gran variedad de medios y formas que en su desempeño caben, bastará cotejar las diversas traducciones que corren de unas mismas poesías célebres; o bien suponer que se tratase no ya de traducir a otra lengua, sino de refundir dentro de la misma en que se escribió, dándole nueva forma métrica, la *Canción a las Ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro, o la *Silva a la Zona Tórrida* de Bello, supuesto que una traducción no es otra cosa que una especie de refundición". El general Mitre, traductor de Dante Alighieri, que ha llegado en su trabajo a esa *relativa perfección* a que se refiere Caro, no se oculta las dificultades de la empresa y añade algo que me parece muy bien meditado. "Las obras maestras de los grandes escritores, y sobre todo las poéticas (dice en su teoría del traductor), *deben traducirse al pie de la letra,* para que sean al menos un reflejo del original. Son textos bíblicos, que han entrado en la circulación universal como la buena moneda, con su cuño y con su ley, y constituyen por su forma y por su fondo, elementos esenciales incorporados al intelecto y la conciencia humana. Por eso decía Chateaubriand, a propósito de su traducción en prosa del *Paraíso Perdido,* de Milton, que las mejores traducciones de los textos consagrados son las interlineales". Esta era tam-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

bién la opinión de Juan Santos; por eso prefería la traducción en prosa. En las otras, el traductor no tiene sino dos alternativas: o se ajusta lo más posiblemente al original, y trata de reproducirlo, verso por verso y estrofa por estrofa, lo cual es humanamente imposible y por consiguientte produce una obra dura, imperfecta y falta de garbo artístico: o se aparta de él buscando la elegancia, y entonces "lo falsifica o lo mutila" como dice muy bien el general Mitre. *La oración por todos*, de Andrés Bello, por ejemplo, no tiene nada que ver con la *Prière pour tous* de Víctor Hugo. Es una paráfrasis, una imitación, o lo que quiera llamarse, pero nada revelaría mayor audacia que el querer hacer pasar por de Hugo lo que en realidad no le pertenece. Su obra es completamente distinta a esa copia infiel que tiene belleza de versificación, sin duda alguna, pero no conserva nada exacto del original. En este sentido, la traducción de un fragmento de esta misma poesía que hizo el general Mitre y que corre impresa en la *Revista Nacional*, es muy superior a la tan encomiada del poeta venezolano.

Por lo demás, todo traductor cae en el prurito de corregir el original, en aquellas partes que disuenan con su buen o mal gusto. Esta peligrosa manía llega en algunos a extremos deplorables. Tal pasa con el célebre Moratín, inquisidor del *Hamlet* de Shakespeare, a quien ha sometido a toda clase de torturas y deformaciones. El entusiasmo de este modelo de pésimos traductores llega a tal extremo, que lo hace enojarse con Mr. Home, porque prefiere la expresión soldadesca de Francisco, "not a mouse stirring" (no se ha movido un ratón) a la de Racine en *Ifigenia*: *Mais tout dort, et l'armée, et les vents et Neptune;* y dice, seriamente resentido: "es menester mucha ignorancia o mucha pasión para dar tal fallo". Más adelante, vuelve a

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

enojarse con Shakespeare por sacar a la escena la Sombra del Rey Hamlet, cuya aparición considera "ociosa e intempestiva". ¿Si empieza la tragedia con la aparición de un espectro ¿cómo ha de acabar?—pregunta aterrado el dómine indigesto... "Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo? Es increible que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno". Y todas sus observaciones tienen el mismo gracejo de elefante sabio, la misma petulancia de *magister*. Cuando Horacio refiere que el último Rey fué provocado a combate por Fortimbras de Noruega, el implacable Moratín recuerda que *time is money*, y observa que, "en el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados lo pierden solamente con su conversación... Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo o de las novedades del día; no hay duda, y también es natural que jueguen a la perinola, y duerman y ronquen". Estas enérgicas reconvenciones se multiplican. Si Bernardo dice:—*It was about to speak, when the cock crew*, "él se disponía a hablar cuando el gallo cantó", el grave Moratín frunce el entrecejo, toma su más imponente aspecto de *esprit fort* y amenazando con la palmeta al desaplicado alumno Shakespeare, hace las siguientes sensatísimas observaciones: "Horacio, que es hombre de estudios no debía creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y planetas siniestros... El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligación es censurar los vicios e ilustrar el entendimiento!..." Lástima que el infeliz autor de *Hamlet, Macbeth, King Lear*, no haya vivido en la época de Moratín, que hubiera podido consagrarse a *ilustrarle el entendimiento*, arrojando al fue-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

go todas esas insulsas y defectuosas payasadas que se llaman: *El sueño de una noche de verano, Las alegres comadres de Windsor, El mercader de Venecia,* etc., para enseñarle a hacer comedias sabrosas y rellenas de enjundia, como *El Barón* o *La Mojigata*... ¡Oh sublime pedante!...

Volviendo a *El Lago,* si mi crítica era dura, ella puede ser aplicada del mismo modo a todos cuantos han querido trasladar a nuestro idioma las musicales estrofas del amante de Graziela, y esto quita a aquel artículo su carácter personal. Más aún, a título de simple curiosidad y como supongo que los que tengan la paciencia de leerme, serán aficionados a las cuestiones literarias, voy a comparar algunas estrofas de la traducción de Matienzo con la de Miguel Antonio Caro, y de este paralelo resultará que, menos elegante que el segundo, el primero es sin embargo más literal.

¿Quién no recuerda el preludio de esa maravillosa melodía, que no ha sido superada en ninguna lengua, y que empieza como un nocturno de Chopin?

Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,
Dans la nuit éternelle emportés sans retour
Ne pourrons-nous jamais sur l'océan des âges
Jeter l'ancre un seul jour?...

La traducción de Matienzo, pierde su armonía y su belleza literaria por querer ajustarse — como debe hacerlo todo traductor — literalmente al original:

Siempre impelidos hácia nuevas playas,
Siempre arrojados a la noche eterna,
¿Jamás podremos en el mar del tiempo
Anclar un día, con quietud, siquiera?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

La traducción de Caro, más hermosa como estilo, se aparta mucho, como va a verse, del texto primitivo:

¿Y en afan incesante, el rumbo incierto,
Hacia otra, y otra, más lejana orilla,
Rodando iremos sobre el mar desierto,
Sin que un instante en apacible puerto,
Repose nuestra quilla?

¿Quién negará la belleza, el timbre cristalino de esta estrofa, tersa, transparente, pulida, que se hamaca lentamente con un moviminto dulce y cadencioso, con un ritmo lleno de encanto y de ternura? ¿Pero es esto lo que ha dicho Lamartine? ¿Dónde se encuentran los versos del gran poeta: "Así, siempre impelidos hacia nuevas orillas; a la noche eterna empujados para no volver; ¿no podremos jamás, sobre el Océano de las edades, arrojar el ancla un solo día?" Ciertamente, en esta traducción rastrera se pierde todo el perfume de esta poesía deslumbradora, pero se salva la idea, y eso es lo esencial. Ahora bien, ¿por qué dice el Sr. Caro "rodando iremos sobre el mar desierto", si Lamartine habla del "Océano de las edades"? ¿Por qué habla del "apacible puerto", si nada de eso está en el original? ¿a qué viene el "repose nuestra quilla" si Lamartine ha hablado del ancla sin ocuparse para nada de la quilla?... Como se ve, poco de lo que caracteriza la estrofa de Lamartine, está traducido por Caro, y en este sentido la cuarteta de Matienzo le es muy superior. Y no se nos hable de la versificación del poeta colombiano, porque todos sus encantos desaparecen para nosotros cuando los vemos empleados en adulterar la idea de un poeta que se pretende verter a nuestro idioma.

"¡Oh lago!—continúa Lamartine — el año ape-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nas ha concluido su carrera, y, cerca de las olas queridas que ella debía ver de nuevo, mira! yo vengo solo, a sentarme sobre esta piedra, donde tú la viste sentarse''!...

Traducción de Matienzo:

¡Oh lago! apenas ha cumplido un año,
Y ya a esas olas, de mi bien, queridas,
Mira! yo solo a contemplarlas vengo
Desde esa piedra en que la viste un día!

Traducción de Miguel A. Caro:

¡Oh lago! un año se ha cumplido apenas;
Y héme aquí solitario! ¡Sus pisadas
No volverá a estampar en tus arenas
La que desde esta roca, ayer, serenas
Fijó en tí sus miradas.

No, no es eso lo que ha querido decir Lamartine. La sencillez y energía de su frase se pierde en esta dilución de palabras. Es bien claro el texto original, y esa claridad, acompañada de la música incomparable del verso, forma su suprema belleza: ''Cerca de las olas queridas que ella debió ver de nuevo, mira, vengo a sentarme solo, sobre esta piedra donde la viste sentarse''. Las ''pisadas estampadas en la arena'', las ''miradas serenas'' fijas en el lago, — todo eso está demás y es redundante; es hermoso, sin duda, pero pertenece a la cosecha de Caro y no a la de Lamartine.

La tercera estrofa es la más exacta de la traducción de Matienzo:

Así mugías de la roca en torno;
Tal te rompías contra el flanco enhiesto;
Así la espuma de tus olas móviles
Sobre sus plantas arrojaba el viento!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Caro traduce del modo siguiente:

Y así cual ora, entonces resonabas;
Mugiendo estás como en aquellos días,
Contra estas peñas tu furor desbravas,
Y con la blanca espuma el musgo lavas
Donde sus pies lamías.

Es inútil seguir este análisis minucioso. Con lo dicho basta para probar que si hubo acritud de parte de Juan Santos, ello no fué debido a sus malos sentimientos y que sus críticas no iban a herir solamente a sus compañeros de labor, sino que reposaban en sólidas bases y tenían serios fundamentos Entre tanto "el barrio latino se agitaba", según la expresión de Santiago Estrada; el crítico era atacado con violencia excesiva, haciendo necesarias defensas como aquella a que me he referido antes, y que terminaba con estas palabras, nobles y elevadas: "Las luchas de la juventud, no deben, por lo demás, enconarse, ni degenerar en cuestiones personales. Todo joven escritor vale más que sus obras y la sinceridad de una crítica, no debe parecerle nunca ofensiva. Pero, sobre todo, debe evitarse la ocasión de marchitar los nobles afectos, en esa edad en que sólo se admira lo que brilla y lo que ama. Toda la gloria del mundo, no vale la pérdida de un buen sentimiento, porque en la vida lo primero es el corazón y lo segundo es la cabeza. Decía hace poco un escritor, en presencia de la Academia Francesa: "Sólo dura el hombre cuatro días en la tierra; nada más insensato que pasarlos en el odio, sabiendo que el porvenir nos juzgará como nosotros juzgamos el pasado, y que dentro de cincuenta años se calificará de pueriles las batallas en que sacrificamos lo mejor de nuestra vida". Por mi parte si tuviese autoridad para dar un consejo, repetiría

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

estas admirables palabras de Juan Pablo: "Levantad siempre el espíritu de la juventud, porque él, como las campanas, resuena tanto más cuanto mayor es la altura a que se eleva de la tierra".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XVII

Canta, ¡oh Musa! la leyenda del *Círculo Científico Literario,* y las comidas inolvidables de *La Bohemia,* estoy tentado de exclamar al engolfarme en esta parte de mis recuerdos. Pero es necesario moderar el entusiasmo para tratar de hacer revivir tantas escenas curiosas, tantas jóvenes y vivaces inteligencias, tantas fisonomías esfumadas por el tiempo, y otras, ¡ay! para siempre perdidas en la muerte. Allí se encontraba la flor y nata de la nueva generación literaria; allí se hablaba y discutía de *omni re scibili* con igual audacia y suficiencia; allí se codeaban todas las profesiones y todas las creencias, en una confusión pintoresca; allí, por último, se vivía vida juvenil, alegre y estudiosa, llena de grandes y nobles ideales, de propósitos levantados y de aspiraciones sublimes.

En aquella fragua se forjaban versos acerados y brillantes, que salían a lucirse en todas las fiestas de la época, e iban a enternecer el corazón de un inmenso número de incógnitas Dulcineas. En aquel centro se fundaban sólidas reputaciones de un día y se repartía la gloria y el talento con munificencia de príncipes. Era necesario pertenecer al escogido núcleo del Areópago, para tener amigos que lo escuchasen y plumas que supieran elogiarlo. Las rivalidades literarias no excluían la amistad y el

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

compañerismo. Por una convención, nos considerábamos iguales porque nos considerábamos superiores, y en nuestra categoría de soberanos, no cabían cuestiones de *préséance*. Pero en esa homogeneidad entraban toda clase de especialidades individuales. Había oradores puros, poetas, críticos, novelistas, periodistas, etc., etc.; o, por lo menos, titulados así, y todos respetábamos la etiqueta. Ernesto Quesada, por ejemplo, representaba la erudición políglota, germánica, copiosa y desbordante; Carlos Monsalve, la fantasía hoffmánica, diabólica, macábrica de un soñador de la familia de Edgard Poë; Benigno B. Lugones, era la síntesis del periodista, el que no tiene necesidad de acercarse, con el sombrero en la mano, a las redacciones de los diarios para pedir un lugarcito vacante donde arrinconar algún producto más o menos legítimo de la farmacopea literaria, el que gana su vida con la pluma en la mano, vendiendo ideas, párrafos e imágenes como se vende en el mercado zapallos, papas y cebollas; Rodolfo Araujo Muñoz, gran apasionado de la Grecia y lector asiduo de la *Historia de Alcibíades*, de Enrique Houssaye, representaba el historiador; Adolfo Moutier era el cosmopolitismo intelectual, el exotismo, descubierto por Bourget y los críticos contemporáneos, rozaba todos los temas, invadía todos los terrenos sin permanecer en ninguno, gran catador de bellezas y sobre todo conversador brillante, infatigable e inventor de teorías extravagantes pero profundamente filosóficas. Y podría alargar esta lista, durante muchas páginas todavía; pero no lo hago porque ya irán destacándose los concurrentes al *Círculo* en el curso de mis recuerdos.

El *Círculo Científico Literario* era el heredero directo de la sociedad *Estímulo Literario* que acababa de morir y a la cual pertenecieron, si la memoria no me es infiel, el actual y distinguido Ministro

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de Justicia, Dr. Juan Carballido; el Dr. José María Jorge, médico notable que sigue las huellas de nuestro gran poeta Ricardo Gutiérrez y está consagrado a aliviar los males de la infancia, Achaval, Coronado, etc. Bautizado primeramente con el nombre de *Sociedad Ensayos Literarios,* aquel centro nació en los claustros del Colegio Nacional, en una de cuyas clases se reunía los domingos. Publicó una primera revista, hoy dificilísima de encontrar, que he visto con estupefacción en casa de Adolfo P. Carranza. Después de un corto tiempo de vida próspera, el fatal destino que parece perseguir a todas nuestras asociaciones del mismo género llevó a la sociedad a un paso de la tumba. Felizmente, su muerte no fué sino aparente, un *sueño invernal* semejante al de algunos animales de sangre fría; y después de algún tiempo de letargo, volvió a renacer bajo su nuevo nombre, *Círculo Científico Literario,* que, me apresuro a decirlo, nada tiene de común con el que así se denomina en la actualidad. En esa época ingresé en sus filas, teniendo el honor de asistir y tomar parte en las campañas de aquella legión intelectual, como uno de sus más humildes y oscuros combatientes. ¿Quién creen mis lectores que presidía al *Círculo* en el tiempo de mi incorporación? Su gravedad actual, el alto puesto que ha logrado ocupar en la ciencia médica argentina, de la cual es un valioso elemento que honra a nuestra Facultad, hace difícil la adivinación para quien no está en el secreto. Y, sin embargo, nada es más cierto que el Dr. Juan R. Fernández, conocido y estimado por todo Buenos Aires, autor de una notable obra sobre *Fiebre puerperal,* era entonces presidente de aquella reunión de estudiantes y literatos, cada uno de los cuales, como los soldados del Imperio, creía llevar en su mochila su bastón de mariscal. Fernández, en aquel tiempo, se limita-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ba a ser un estudiante eximio, con ribetes de inventor. Había resuelto, de una manera ciertamente ingeniosa, el problema imposible del movimiento perpetuo, fabricando un aparato que, por un sistema adecuado de pesas, giraba sin interrupción. La presidencia de Fernández fué seguida por la de Julio E. Mitre, y más tarde por la de Alberto Navarro Viola. El *Círculo* salió de las aulas del Colegio para reunirse, una o dos veces, en la sala de redacción de *La Nación*, muchas otras en casa de Julio E. Mitre, y finalmente en su local propio, calle Salta 350. Fué durante las reuniones en casa de Mitre que tuvieron lugar las célebres discusiones entre clásicos y románticos, de que me ocuparé más adelante.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XVIII

Julio E. Mitre, muerto no hace mucho tiempo en plena juventud, era una de las grandes personalidades literarias de aquel tiempo. Su carácter severo y suave, sombreado por una nube de melancolía, lo hacía querer de todos sus amigos y compañeros. Estudiaba medicina y escribía versos melodiosos, tranquilos, que aun hoy se leen con encanto y que entonces se destacaban entre los nuestros por su corrección y su gracia envuelta en crespones de tristeza. Reía poco. Tomaba las cosas de la vida con austeridad y resignación. Había leído mucho los clásicos españoles, sin que por eso le fueran menos familiares los poetas franceses. Su voz grave, de timbre sonoro y metálico, resonaba en todas las discusiones, con cierta unción de moralista que daba un tinte característico a sus disertaciones.

Por el género de su poesía, se acercaba a las elegías de Gautier, a esos cuadros de interior sencillos y alumbrados por una luz discreta, cuyos detalles resaltan y son exhibidos con amor por la pluma del escritor. Su estilo carecía de grandes arranques y de exaltación lírica inmoderada; se mantenía siempre en un justo medio de razón y de cordura, sin disminuir por eso el vuelo de sus inspiraciones. *El adiós del pasado* sintetiza perfectamente la índole de su forma poética, la dulzura de su expresión, y el arte con que labra la estrofa:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

La nota melancólica y perdida
Del canto un día por mi voz alzado
Viene a vibrar tristísima en mi vida
Como el adiós eterno del pasado...
Ahí están esas páginas cubiertas
De negros caracteres, ya olvidadas,
Sepulcro triste de ilusiones muertas,
Flores de la existencia, deshojadas!
Mas, ¿dónde está de sueños tan hermosos
La encantadora realidad?... ¡Diseños
Vagos fueron de instantes venturosos
Y huyeron como huyen los ensueños!
Sobre mi corazón y su ternura
Sus delicadas flores deshojaron,
Y entre las sombras de la noche oscura
Dejándome extraviado se alejaron!
... ...
Hoy miro hácia el pasado y el presente,
Y dudo sea el mismo!... ¡Qué distancia
Hay de la flor que arrastra la corriente
A la que exhala su primer fragancia!
¡Cuánto anhelo de bien, cuánta poesía,
Y cuánto amor que idealizara a solas,
Que irá a morir cual en la mar bravía
La corona de espuma de las olas!
¡Ayer, alzando la altanera frente
Al aire enardecido del combate:
Hoy bajándola al suelo tristemente,
Sintiendo un corazón que apenas late!
... ...
Yo todo aún no perdí... siento la espina
Que mi carne desgarra, pero lucho,
Que si el mundo mis sueños asesina,
Yo veo ahora que he soñado mucho!
Y esas notas tan dulces de otras horas
En las sombras del tiempo evaporadas,
Reminiscencias siempre halagadoras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

En el fondo del pecho conservadas,
Aun no del todo tristemente pierdo,
Y me ofrecen su encanto sublimado
Acudiendo ideales al recuerdo
Como el adiós eterno del pasado.

Todo el talento de Julio Mitre está contenido en esta cadenciosa melodía. Las visiones felices de la adolescencia, los vagos presentimientos del que ensaya sus primeros vuelos; la honda amargura del corazón que se siente fatigado de la lucha tenaz y sin victoria; el alma herida, en fin, por los desengaños y los dolores sin compensación, ha dejado en los versos ese sedimento de acritud vaga y soñadora que se adivina a través de la sonrisa empapada en lágrimas del poeta dolorido. Una bella *Elegía* que leyó en una conferencia del *Círculo Científico Literario* revela la misma disposición enfermiza, el mismo mal del pensamiento que trata en vano de sacudir el letargo que lo oprime. ¿No es acaso la imagen de su musa, pálida y macilenta, esa niña llorosa de la *Elegía,* por quien se sintió invadido de súbita ternura?

Nos unió estrecho y cariñoso lazo:
Yo veía en ella el anhelado fuego:
Mas ella ¿qué vió en mí?... ¿lo sé yo acaso...?
Sentí por ella esa atracción extraña
Que no es amor de amante
Ni fraternal cariño:
Es una simpatía misteriosa,
Acendrada, inefable, dominante,
Que tiene la pureza candorosa
De una pasión de niño.

. . . . . .

Yo la oí suspirar. Con la mirada
Interrogué su frente pensativa,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y allí miré cruzando fugitiva
Una nube de lágrimas cargada . .
¿Lágrimas ya? ¿cuando recién la vida
Llega a pintarle hermosa lontananza,
Y sin el dejo amargo
De una ilusión perdida
Atesora la miel de la esperanza?
Lágrimas, sí, porque hay almas que sienten
En su sublime percepción la pena,
Y su rayo aun lejano
Temerosas presienten,
Como esas aves que con raudo vuelo
Van buscando su nido
Antes que la tormenta sobre el cielo
Su sombra colosal haya esparcido.

Julio Mitre era de esas almas tímidas: gustaba ocultar sus propias cualidades, y se envolvía siempre en un velo de impenetrable discreción. Odiaba la vulgaridad de las fáciles confidencias en que abundan los espíritus vanos y superficiales. Pero leyendo sus versos, tan dulces y tan llenos de emoción contenida, puede adivinarse el mal secreto que lo devoraba. Hablaba del amor como del más dulce de los bienes y el más cruel de los sufrimientos.

¡El amar es vivir! Sin los amores,
Sin esa sed inextinguible y santa
Que el corazón levanta
Sobre tantas miserias y dolores,
¡Ay! el hombre sería
Como la planta inmoble
Sin una chispa de ideal poesía,
Sin un latido generoso y noble!
Sí, ¡el amar es vivir! mas no tan sólo:
¡El amar es sufrir! Se une a la llama
Que al corazón calcina
Una acerada espina

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que tan sólo comprende aquel que ama...
Y hay seres que atesoran
Tanta pasión, tanta ideal ternura
Que en los instantes de mayor ventura,
Cuando otros ríen, palpitantes lloran!
Ella amaba y sufría, como sufre
La paloma en el nido
Cuando siente a lo lejos el graznido
Del volador halcón, que rasga el viento!
Como sufre, sin dar nombre a su duelo,
El alma que en desvelo
Columbra el porvenir oscurecido
Al resplandor de algún presentimiento!
Yo muchas veces enjugué sus ojos
Cuando en éxtasis dulce sumergida,
Ofrecía al dolor como despojos
El llanto de su amor, que era su vida!
Y aquel llanto, vertido entre dolores,
Que aliviaba su alma solitaria,
Ascendía a los cielos en vapores,
Como una muda y virginal plegaria!

Esta tendencia al implacable dolor, esta recóndita tortura que envenena las fuentes de la existencia y acaba por herir de muerte a la esperanza, resalta en todos los cantos de Julio Mitre y forma el rasgo distintivo de su carácter poético. Se diría que hay en su alma un punto enfermo que es imposible rozar sin que brote al instante la queja. Recorramos *El retrete abandonado,* y veremos que la nota trémula se perpetúa y se apaga en vibraciones melancólicas:

¡Oh aspiración de bien! ¡Oh cruel tendencia
Que nos hace soñar y que nos mata
Cuando se fija su inefable esencia,
En alma de mujer que, sin clemencia,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Miente a la fe para mostrarse ingrata!
. . . . . .
Adiós, estancia en cuyo seno un día
Levanté mis castillos en el viento...
Tu habitante novel no sabrá nunca
Que fuiste como un templo de armonía
En que alzaba su himno el sentimiento,
Y que en último trance ver pudiste
Este capricho extraño del tormento:
La alegría de un triste
Que reía llorando en su alegría!...

Nada más raro en esta forma de poesía que la palabra de la fe que alienta y conforta las ilusiones. Por eso llama la atención en Julio Mitre este arranque en que parece sentirse la felicidad del amor compartido y la aspiración a la gloria y al placer.

Desde que te amo todo me sonríe
Siento de extraña fuerza el pecho henchido,
Y entro en la lucha con el rostro erguido
Como entraba a la liza el adalid;
Y quisiera obtener la verde palma
Que corona los triunfos de la idea,
Para que alfombra de tus plantas sea
Y alzarme digno de vivir por tí!...

Las descripciones de Julio Mitre, están todas bañadas en esa extraña bruma de soledad y de tristeza que ahoga los objetos y los diseña como a través de un velo sombrío. Su paleta carece de los colores fuertes y crudos que bañan a un paisaje en un torrente de luz o arrojan sobre la espalda de los montes un manto de esmeralda recamado de pedrerías.

Su pincel trata de trasladar a la tela las medias tintas de la luz crepuscular, ese vago reflejo de las ondas plateadas del río, en la hora en que el sol se ha ocultado en el ocaso; ese fresco aliento del amane-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

cer, que cubre a la naturaleza con el llanto del rocío y la hace palpitar con una turbación íntima. Y es en esos momentos que entona con más placer su canto melancólico y arranca de su lira las más dulces y trémulas vibraciones. Tales son las que palpitan en su bello canto *A la orilla del río*:

Todo yacía en plácido reposo;
Y su canto de amores
Al exhalar el ave desde el nido
Lento llegaba hasta arrullar el alma
En las ondas del aire estremecido!...
El río en tanto deslizaba en calma
Su límpida corriente
Entre sauces que al peso
De poblado ramaje
Doblaban hasta el agua la alta frente,
Cual si quisieran darles en un beso
A las volubles ondas
La despedida eterna de su viaje.
... ...
El sol, sin compasión por mi ventura
Que evaporaba en su veloz carrera,
Hasta en la más recóndita espesura
Reflejaba su ardiente cabellera...
Volvíamos, la senda era escondida;
Marchabas tú adelante, yo atrasado,
Si tú a cada momento más rendida,
Yo más enamorado!
Lo que entonces gocé ¿cómo diría?
Lo que entonces sufrí, no lo creyeras.
Que el dolor al placer se confundía,
Y en esas horas, llenas de quimeras,
Si sufría o gozaba no sabía!
Pasaron cual las flores
Que prendías sonriente a tu tocado;
En la senda no existen nuestras huellas,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Todo está disipado
Como aquellas dulcísimas querellas
Que levantaba el bosque en sus rumores!
Tan sólo de mi pecho estremecido
El sentimiento que brotó vehemente
Desafía la saña del olvido
Como la roca al bramador torrente!
Y esa pasión que cunde abrasadora
Brindándome la hiel y la ambrosía,
Pasó ya, como un astro, de su aurora,
Para ostentarse en pleno mediodía...

¡Pobre Julio Mitre! ¡Quién hubiera supuesto en aquellas simpáticas reuniones de la sociedad de que era presidente que tan pronto debía apartarse de nuestro lado, herido por un mal invencible! La última vez que lo ví fué en un banquete con que obsequiábamos a Guillermo Udaondo. Tomó entonces la palabra con su antiguo acento grave e inspirado, y a los postres estreché su mano y recordamos con sonrisas de alegría y enternecimiento el buen tiempo pasado. Ausente de mi país, me llegó la noticia de su muerte, como recibí la de Adolfo Mitre, Navarro Viola y Lugones. Mi vida errante me ha impedido acompañar a tantos corazones generosos al asilo de su eterno descanso! Pero su recuerdo vive en mi corazón, y si he querido exhumarlo en estas páginas fugaces, es con la esperanza de que alguien más digno que yo complete la simpática fisonomía que no he tenido tiempo sino de esbozar!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XIX

He dicho ya que, después de Julio E. Mitre, la presidencia del *Círculo* fué ocupada por Alberto Navarro Viola. Escribo estos nombres con emoción y tristeza. Mezclados a tantas alegrías de nuestra vida literaria, lo están también al recuerdo desolado de su pérdida. La ceguedad de un destino injusto y terrible quiso abatir los seres que más sobresalían entre nosotros. Pero, si los apartó de nuestro lado, no ha podido desarraigarlos de nuestro corazón. Allí vive el excelente amigo, ligado a impresiones inolvidables de la existencia, la primera de las cuales es la manera cómo estrechamos amistad. Entre las composiciones publicadas en el *Album del Hogar* y que debían ser criticadas por *Juan Santos*, cayó una de Navarro Viola titulada *Hegesipo Moreau*. Aquellos versos vibrantes pero juveniles no están a la altura de otras estrofas de su autor. Los critiqué con alguna severidad siguiendo el sistema que había adoptado de decir todo mi pensamiento, sin debilidades ni complacencias. Navarro Viola, cuya nobleza de carácter se reveló en esta circunstancia, en vez de buscar la represalia de su vanidad herida, me dejó en casa de Méndez una tarjeta que conservo aún, y que dice textualmente: "Alberto Navarro Viola pide a *Juan Santos* su verdadero nombre para darle las gracias por los *palmetazos* publicados en el *Album*, y felicitarlo por su bello estilo.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Abril 11 de 1879". Algunos días después apareció un soneto con el epígrafe *C'est un sonnet*, y que merecía sin duda alguna el juicio nada lisonjero de *Juan Santos*. Sospecho que Navarro Viola publicaba deliberadamente estas composiciones sin importancia, en son de provocación, guardando *le dessus du panier* de su poesía para la intimidad en que me lo mostró más adelante. El hecho es que a la segunda crítica en que le aconsejaba que dejase de hacer versos si no los hacía mejores, contestó con estas tres estrofas graciosas y sentidas:

Mais tu l'as trop bien dit. Pues que lo afirma
Un crítico cual tú, será verdad;
Mas nada en mi conciencia lo confirma;
Y hay horas que me incitan a cantar.
Si no nací poeta, ni he sentido
Dentro de mí la inspiración genial.

Lo agrio de la senda he recorrido...
Lejos estoy para volver atrás!
Súfreme o no me leas: no podría
Seguir tu indicación sin abdicar
De lo que debo a la esperanza mía
Y al patrio suelo: ¡amor y libertad!

De este incidente, que ha sido recordado muchas veces y está referido en las *Ojeadas Literarias* de Joaquín Castellanos, surgió mi amistad con Navarro Viola. En mi respuesta a sus estrofas hice justicia a sus cualidades. Hablamos, y convino conmigo en que las poesías censuradas merecían serlo. Me ofreció mostrarme muchas que conservaba inéditas, así como su poema *Eduardo*, que se publicó en folletín, sin aparecer corregido en volumen por fallecimiento de su autor.

Desde entonces fuí concurrente asiduo a la quinta de Navarro Viola. Todos los domingos tomaba el

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tranvía de los Corrales, y mezclado entre un público *sui generis*, perpetuamente renovado, pero siempre igual, en que figuraban carniceros de melena aceitosa, peones con olor a establo, y todas las variedades de la inmensa familia de los industriales de mercado, me detenía al pasar el cementerio del Sud, frente a la verja de la sombría quinta donde se encontraba ya un grupo de amigos que periódicamente efectuaban la misma peregrinación. Allí se hallaban, abonados a turno diario, como se dice en Madrid, mi distinguido amigo el Dr. Guillermo Udando, Eduardo Arana, E. García Merou, Adolfo Moutier, Araujo Muñoz, Peralta Uriarte y Adolfo Mitre; con intermitencia, llegaban de visita todos los representantes literarios de la nueva generación. Se charlaba en grande, con pasión y con alegría; se hacían planes de futuras obras y programas de trabajos intelectuales; se comía dulce, hecho por manos delicadas; y, no pocas veces, se interrumpía la charla interminable y descosida para escuchar las notas trémulas y palpitantes de una arpa que llegaban hasta el escritorio, trayendo en sus vibraciones melodiosas un fresco efluvio de la poesía y la pureza que formaban la esencia íntima del alma angelical de la niña que hacía gemir y sollozar las cuerdas del instrumento. Desde aquel tiempo no he vuelto a pasar por aquella quinta; pero cierro los ojos y la veo de nuevo, con su aire poético de abandono, con sus alamedas de eucaliptos frondosos, cubiertas con las hojas secas y los *detritus* amarillentos del otoño, con la loca vegetación entrelazada de los macizos, donde no penetra la podadora ni el rastrillo, y su proximidad a aquel cementerio tranquilo, tan poco frecuentado por los vivos como por los muertos. El escritorio de Alberto daba a un corredor, frente a la calle desierta, bordada de cercos de pita y cina-cina. En él me leyó todos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sus trabajos inéditos, reunidos más tarde en dos volúmenes con el título de *Versos*.

Recibí el primero de estos libros y lo leí en una situación de ánimo que me hizo resaltar sus bellezas de sentimiento. Había llegado recién a Colombia y acababa de ser herido por el más grande de los dolores humanos. ¡Cómo palpitó mi corazón de huérfano al leer las estrofas dedicadas por Alberto "a la memoria de su madre santa!". Enfermo de soledad y de tristeza, aquel precioso regalo de la patria ausente despertó un mundo de recuerdos en mi imaginación. *El alma desolada* reavivaba el inmenso dolor de mi vida. Todo este triste poema de recuerdos y suspiros, de visiones desvanecidas y de ilusiones muertas, hizo desangrar mi pecho. Uno solo de sus versos tiene para mí la sublimidad de ese amor que subsiste mientras late el corazón, verso hermoso, profundo, arrancado del fondo del alma misma lacerada y entristecida:

¡La vida es el placer de recordarla!

Antes de hablar de los *Cantos* en que se muestra la verdadera tendencia poética de Navarro Viola, quiero reproducir el juicio que formé de la última parte de su libro, titulada *A la distancia*. Hay en esa parte, le escribí entonces, cuadros preciosos y sentimientos profundos; *lieds* perfectos, cristalizaciones de una emoción en una estrofa, pasiones que acuden desde el fondo del pasado a torturar el recuerdo dormido. ¿Es esta "vieja historia" del amor, de que habla Heine en el *Intermezzo*, esta vieja historia siempre nueva y palpitante. Dos almas, unidas un día por la pasión, se ven separadas de pronto por las cosas de la vida. ¡Ah! ¡la vida! he ahí la eterna madrastra, la que rompe todos nuestros sueños y siembra a nuestro paso la amargura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Ella es la que nos hace poetas cuando nos ha hecho desgraciados: sí, poetas, aunque al empezar nuestra confidencia, dejemos caer como Navarro Viola estas palabras tristes:

Cuando el alma a las almas apostrofa
Buscando en vano su ilusión perdida
Es triste con el ritmo de la estrofa
Disfrazar los sarcasmos de una vida!

La narración de la historia de aquel amor es natural y verdadera. Se comprende que todo aquello ha sido sentido porque antes ha sido vivido. Esa niña encontrada un día en medio de sus tres hermanas que la adoran, es una creación de carne y hueso. No tiene la interesante palidez de las heroínas románticas, pero se la sueña como tantas otras que encontramos a nuestro paso en el mundo, como la que hemos visto ayer y como la que veremos mañana:

Siempre tenía una palabra bella,
Una mirada suave
Para todos los buenos sentimientos...
Era una especie de Hada de los cuentos,
Que se convierte a lo mejor en ave!...
... ...

Toda esa historia es juguetona y conmovedora al mismo tiempo. Sus mil incidentes nos llegan al fondo del corazón; y algunas composiciones, bajo su sencillez encantadora, ocultan las heridas de un pecho destrozado. He dicho hace poco que había en ella *lieds* perfectos. ¿Qué otro nombre puede darse a esta estrofa?

Yo pregunto a las aves ligeras
En qué piensa mi tímida amada,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y, siguiendo su rumbo, las aves
Me miran y pasan!

No es esta faz tierna y melódica la que caracteriza mejor el talento de Navarro Viola. Era un combatiente valeroso, y hacía servir el verso como arma de polémica. Su modalidad literaria se diseña mejor en el *Eduardo,* que sacude los cascabeles de la musa rebelaisiana, en la pálida figura de *Liana,* en las profundidades del *Lago dormido* donde se buscan los nenúfares y los lotus índicos, y en la visión sombría del Dante, cuya silueta angulosa se destaca sobre un fondo con luces ahumadas y tonalidades a lo Rembrandt:

Era aquel hombre Dante
Que del infierno del rencor llegaba,
Severo, taciturno, siempre amante;
Era la noble iniciación; la lucha
De siglos que en un hombre se encarnaba:
Era el cantor divino
A quien el orbe enmudecido escucha,
Porque pulsó su arpa gigantesca,
Que atrae como el hervor de un remolino.
Para cantar la historia de Francesca
Y el bárbaro tormento de Ugolino!...

La rotundidad de esta estrofa, el timbre del verso lleno de lirismo y de fuego, se sostienen en todo el resto del canto. La invocación a Beatriz es uno de sus trozos culminantes:

¡Oh Beatriz, encanto de la vida!
Sueño del alma triste!
Oh imagen de la Italia redimida!
Oh pálida visión desvanecida
Cuando del astro del amor caíste!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Qué importa tu belleza
Si no supiste amar como él amaba,
Si en medio de la selva que cruzaba
Vestido de un sudario de tristeza,
Oscureciste el sol de sus amores,
Y diste al soñador escarnecido
La copa envenenada de tu olvido,
Para aplacar la sed de sus dolores?

Después de *Dante Alighieri,* una de las más bellas poesías de la colección, me parece la titulada *Angelus.* El pasaje de la una a la otra importa una brusca transición. La primera es amplia, severa y majestuosa; la segunda tiene el encanto de un idilio, la dulzura del primer beso de amor de dos almas que inflama la juventud y corona la poesía *Angelus* es la historia eterna, que desde Francesca de Rimini se viene repitiendo en los anales de la humanidad. ¡Con qué dulce melancolía cae de los labios de la bella detenida en su carrera, "como paloma llamada por su deseo, y que vuela hacia el dulce nido con ala abierta y firme", la confesión de aquel drama íntimo que nubla sus ojos y acerca a sus labios los labios de su amante! "Muchas veces esta lectura hizo que nuestros ojos se buscaran y que nuestro rostro cambiara de color, pero un solo pasaje decidió de nosotros. Cuando vimos la dulce sonrisa de la amante cubierta por el beso de su amado, éste, que jamás se apartará de mí, me besó la boca tembloroso... Ese día no leímos más"

La tarde que muere, la campana que solloza en medio del silencio de la naturaleza aletargada, el fuego de la juventud en las venas y el fuego del amor en el corazón, dos almas agitadas que siguen las peripecias del mismo drama y palpitan a compás de los mismos sentimientos, ¿qué mayor explicación necesita el *Angelus.* ¡Oh, amor! ¡Oh, juven-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tud! Vosotras sois la poesía, vosotras sois la inspiración! El cuadro diseñado en las estrofas necesita el comentario de nuestras almas; por eso nos deleita y nos conmueve; por eso nos atrae y nos llama. "No está todo dicho", como escribía La Bruyére. La poesía rejuvenece las conciencias y evoca, con el sueño y la imagen, la emoción y el sentimiento, la facultad de vibración íntima y el don misterioso de interpretar los fenómenos del alma, todos esos recuerdos graciosos o seductores, sentimentales o tiernos que dormitan en el corazón hasta que nos estremece la llama fugaz de las conmociones internas! Por eso el *Angelus* y todas las composiciones de su género, serán siempre el poema predilecto de la juventud, que es la edad de los sueños y de los amores, de los arranques generosos y los estremecimientos profundos!

Desgraciadamente, en otros cantos de la colección de Navarro Viola, el poeta se eclipsa y aparece el polemista. Los cantos *Giordano Bruno*, *Voltaire Rêverie*, etc., por la forma de su concepción y ejecución, disuenan del resto del volumen. No me refiero precisamente a las ideas en ellos sostenidas, sino a lo poco aparente que es el verso para sostener controversias filosóficas. Pero con el resto del pequeño volumen queda suficiente bagaje para honrar a un poeta. Los tercetos *Viris acquirit eundo*, por ejemplo, están forjados en un yunque ciclópeo y llenos de pensamientos humanitarios y nobles, como el siguiente:

Pero desciende el horizonte oscuro
Con rapidez terrible: el océano
No crece tan traidor como el futuro
. . . . . .
Y un náufrago que salve nuestro esfuerzo
Compensa el sacrificio y la tarea,
Pues él, un alma, vale un universo!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Lo he dicho otra vez: hay en la poesía de Alberto Navarro Viola una tendencia digna de encomio; la de buscar la idea, *par curieuse leçon et méditation fréquente, rompe l'os et suce la substantifique moelle,* como dice Rabelais, desechando la forma hueca. Pero esa tendencia, loable en todos los casos, lo obliga a vestir algunas veces con paño burdo su pensamiento. Sus rimas suelen ser millonarias, pero se presentan en ocasiones con trajes abigarrados y extraños, con un lujo chillón y de mal gusto. Su vocabulario es extenso, pero en él tienen cabida muchas expresiones poco a propósito para ser empleadas en verso. Todos estos son los elementos de un gran estilo, enérgico y variado, luminoso y preciso; que abarque lo abstracto y lo concreto, que pinte con igual verdad y concisión las más crudas realidades de la vida, el baile de máscaras del primer canto de *Eduardo*, o las ideales sublimaciones del espíritu, como las fantásticas divagaciones de *Karménida.*

La pasión de la poesía llenaba el alma de Navarro Viola. Permaneció siempre fiel a la musa de sus primeros amores y sólo la muerte pudo apagar el canto que vibraba en sus labios juveniles. El mismo nos ha descrito ese encuentro con la Inspiración, que fijó al suyo su destino en esa edad "en que se cree en el amor", como dice el verso de Musset:

Como una llama ardiente,
Cuando su mano acarició mi frente,
Corrió por mis arterias dilatadas;
Me estremecí, de gozo o de tristeza:
Hasta el dolor en la alegría empieza,
Y almas deja el placer desencajadas.

De entonces me acompaña:
Y cuando el sol de la esperanza baña

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Mi alma, con mi júbilo se alegra;
Sufre con mi pesar, padece y llora,
Cuando el presentimiento que devora,
Desploma sobre mí su noche negra.

Gimió su alma tierna
En la elegía a la afección materna,
Cuando la muerte su victoria canta,
Y, huérfano de cielo, el hombre sigue,
Sin que un cariño al porvenir lo ligue,
Llevando sólo una memoria santa,
... ...

Sigamos juntos: nadie,
Mientras la luz del pensamiento irradie
En mi cerebro, y el amor encienda
Mis ilusiones, nadie se interponga...
Eterna de esperanza se prolonga
La vida mutua por la eterna senda!
... ...

¡Oh virgen! necesito
Oir la voz en tí del infinito,
Besar la inmensidad sobre tu boca:
El alma de los tiempos que pasaron
Palpita allí; los hombres la agobiaron,
Pero tu grande corazón la evoca.

Tus ojos vierten fuego,
Anhelo de febril desasosiego,
Y yo baño mi espíritu en tu día!...
Tu seno arrastra el vértigo, y lo busco!...
Me dictas desde el trípode, y traduzco!...
Me das el arpa, y hallo la armonía!...

¡Ah! Cuando lejos huyo
De tí como una sombra del orgullo
O como un grito de ambición errante,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Entonces mido lo insondable, y pienso,
¡Oh Poesía! que un amor intenso
Une tu alma al alma de tu amante.

"Navarro Viola, ha dicho Joaquín Castellanos, no canta sus impresiones, las estudia; no llora sus pesares, los analiza, los discute; si celebra el amor parece entretenerse en desmenuzar todos los componentes que le presta la imaginación y el sentimiento. De aquí que sus composiciones no nos hagan admirar ni sentir: nos hacen pensar. Yo encuentro un fondo de indefinible belleza en esos cantos que tienen por sujetos sensaciones e ideas que viven en el mundo de las abstracciones; yo encuentro poesía en ese esfuerzo visible de una inteligencia para exteriorizar, por medio de la palabra amasada en el molde del verso, lo que hay de más íntimo en el corazón y de más vago en el pensamiento, diseñando algunos cuadros de ese drama eterno que se desarrolla dentro de nosotros y cuyos personajes son los elementos diversos que componen nuestro ser moral". Sin poder aceptarse este juicio al pie de la letra, él tiene mucho de exacto, y explica la poesía de Navarro Viola durante la primera época de su vida. Pero, poco a poco, él pugnaba por emanciparse de la tendencia docente y didáctica de algunos de sus cantos, para hacer brotar el agua cristalina del manantial sagrado. *Los Nocturnos* y *Baladas* pertenecen a ese período y contienen sus tentativas coronadas de éxito la mayor parte de las veces. ¡Qué suavidad melancólica la de las siguientes estrofas!:

Baja la tarde de la amargura
Sobre mi alma su manto a echar;
Cuando presiento paz y ventura,
Baja la tarde de la amargura,
Llega la hora de meditar!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Flores nacientes de mi esperanza!
Verdes retoños del porvenir!
Braman los vientos en lontananza;
Flores nacientes de mi esperanza
Vais a secaros, vais a morir!...

No son menos armoniosos y bellos los cuartetos siguientes:

Te doy mis rimas, mis esperanzas,
Mis regocijos de trovador;
De mis recuerdos las ondas mansas,
De mis anhelos la agitación.
. . . . . .
Dame tu encanto, dame impresiones,
Luz, aire, fuego, vida, esplendor;
Dame las tibias inspiraciones
Que sólo parten del corazón.

Dame el aliento que tú respiras,
Tus ilusiones, tu fe, tu ardor;
Dame el espacio por donde giras
Tus ojos ebrios de seducción!

Y algunas páginas más lejos:

Quisiérate probar mi indiferencia
Por la ambición sin calma:
Sólo el amor es bello, adolescencia
Del corazón, sublime confidencia
Del alma con el alma!

Pero Navarro Viola mostró la potencia de sus facultades en otro género de tareas. Fundador del *Anuario Bibliográfico,* demostró que era capaz de llevar a buen término cualquier empresa literaria venciendo toda clase de dificultades en el curso de su trabajo. El mismo lo dice en la introducción

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

del primer volumen del *Anuario*: "Las imprentas y casas editoras no prestaron con la facilidad que era de presumir los datos requeridos; varios autores demoraron la remisión de las publicaciones que dieron a luz en el transcurso del año; y para colmo de contrariedades los acontecimientos políticos suspendieron la impresión durante un par de meses".

Empero, y a despecho de tantas circunstancias adversas, aquel tomo y los subsiguientes merecen un estudio detenido y son dignos de todo aplauso, tanto por la contracción que revelan sus páginas cuanto por la utilidad que reporta una obra de esta clase, desempeñada con inteligencia y erudición. Su plan es juicioso y acertado. Su importancia indiscutible para el que se preocupa un poco de las letras patrias, se hace aún más evidente si se tiene en cuenta el tacto especial que caracteriza la mayor parte de los juicios que contiene. La bibliografía es cada día más útil y provechosa cuando está dirigida con acierto. Con un fin y una importancia, verdaderamente científicas, ella considera el fondo mismo de los libros, su tema, el punto de vista bajo el cual está desenvuelto, los beneficios que pueden reportar en los diversos estudios; confina con la crítica, como escribe Vapereau, y es a la historia literaria lo que la geografía a la historia propiamente dicha: una de sus luces. Alguien ha afirmado, con justicia, que ella, como Vespasiano, no deja que se pierda nada!

Navarro Viola, en esta obra, tuvo distinguidos colaboradores que cooperaron al desempeño de su trabajo. Los nombres de Pedro Goyena, Sarmiento Mitre, Estrada y Quesada, se alternan en sus páginas al pie de producciones dignas de sus autores con los de jóvenes que principiaban a abrirse paso en la literatura, pero cuyos juicios no son por eso

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

menos serios y notables. En este concepto, se recomiendan especialmente las noticias bibliográficas escritas para los primeros tomos por Guillermo Udaondo y Alejandro Korn.

Felizmente, Navarro Viola no ha caído en el error que reprocha a alguien de tomar al pie de la letra las palabras que La Bruyère escribió sobre la crítica. El, por el contrario, se inclina a la opinión de Marmotel que, mirándola bajo un sentido más extenso, la considera como "un examen luminoso y un juicio equitativo de las producciones humanas". Conocido y apreciado por sus condiciones especiales de talento e ilustración, con la publicación del *Anuario* se mostró bajo una faz tan nueva como digna de admiración. El poeta se cambiaba en crítico distinguido y franco que no temía administrar justicia, lo que no es poco en estos tiempos en que tantas mediocridades necesitan, como el mono de la fábula, que se les arranque la piel de león. Su obra al par que añade un nuevo título al aprecio a que era acreedor por su inteligencia y su laboriosidad, tiene una importancia hoy apreciada y reconocida a pesar de las dificultades que han entorpecido, aunque levemente, sus primeros pasos. No tuvo solamente "el honor de haberla emprendido", como dice citando un verso de La Fontaine. El era de los que acostumbran triunfar en el primer combate.

Et pour leur coups d'essai, veulent des coups de
[maître!

Navarro Viola murió a los 29 años de edad, el 3 de Agosto de 1885. Pocas vidas tan rápidas y tan bien empleadas como la suya. En las cortas líneas trazadas por una mano amiga, en que al final del *Anuario* de 1885 se recuerdan sus trabajos y sus títulos universitarios, resalta la labor infatigable de aquel temperamento activo y enérgico. Como

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

poeta, he diseñado a grandes rasgos su obra extensa y variada. Como periodista, colaboró en *La Tribuna Nacional,* de la que fué un tiempo redactor, *El Diario,* la *Revista Literaria,* el *Album del Hogar,* la *Familia.* Además de sus traducciones en verso de *El Papa* de Víctor Hugo, y cantos de Byron, Heine y Musset, vertió a nuestro idioma las *Memorias de Judas* de Petrucelli de la Gatina, *El clavo en el Convento* de Gustavo Haller, *Una historia holandesa* de Mme D'Abrouville y el *Derecho Romano* de Namur, independientemente de otros trabajos del mismo género, hechos en colaboración como el libro de Macleod, *Una revolución en la economía política,* con Marcelino Ugarte, y un *Manual de Derecho Internacional,* con Adolfo Mitre. La noticia infausta de su enfermedad y de su muerte me llegó un mes después de haber recibido su última carta, que tengo delante de mi vista, fechada en Buenos Aires el 24 de Mayo de 1885, y en la cual me anunciaba su próximo casamiento. "Mil felicitaciones muy sinceras, me decía en ella, por tu traslación a París, donde no dudo continuarás en mayor escala tus progresos!". ¡Pobre amigo mío! Tenía ansias de vivir, plétora de ideas y sentimientos y la muerte lo detuvo bruscamente en el camino brillante que recorría con paso rápido y firme. Sus cartas son siempre interesantes y juguetonas; su corazón se mostraba en ellas con ingenuidad cariñosa, así como la curiosidad insaciable de su espíritu. En Enero del 83 me escribía lo siguiente: "Te repito mi agradecimiento más sincero por lo que me dices de mis versos, tomándote la palabra de que escribas largamente apenas aparezca el otro tomo. Veré de que eso suceda en este mes. No hay aún sobre mi libro una crítica verdaderamente tal y tú estás llamado a hacerla, como otras veces te he

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

dicho que debieras hacerla de muchos poetas jóvenes, a quienes nadie ayuda ni encamina''.

En otra oportunidad, decía estas palabras que muestran una faz importante de su carácter: ''Me alegra tu actividad, *porque no concibo pueda vivirse de otra manera,* y es tanto más digna de aplauso en tu caso cuanto que aprovechas bien el tiempo de aburrimiento de las grandes *capitales americanas...* Te agradezco la propaganda en favor del *Anuario.* Una de las cosas que más estimaría son direcciones de literatos y poetas, su nombre y lugar de su residencia, porque aquí estamos completamente en ayunas al respecto, ignorando qué hombres habitan esas pacíficas ciudades y no puedo mandar con visos de seguridad libro alguno. Mis versos, los publicados, y en camino para tí, comprenden tres colecciones: *El alma desolada; Cantos; A la distancia.* Anuncio en la carátula un segundo tomo: *Nocturnos; Eduardo; Falsos rumbos.* Pero tengo deseos de postergar el *Eduardo* para un tercer volumen. Casi juntamente con las mías, días después, aparecieron las poesías de Adolfo Mitre. Para no perder la costumbre, te noticiaré que es un tomo en 8.°, de 136-11 páginas impreso en *La Nación.* Recién empiezan a circular, de suerte que no puedo todavía decirte cuál sea el efecto que han producido en el público. En cuanto a las mías, han sido muy bien recibidas''.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XX

Es necesario continuar hasta el fin la tarea dolorosa. La dulce imagen de Adolfo Mitre reclama un puesto de honor en estos recuerdos fugaces, como lo tuvo siempre en el alma de sus amigos. Tengo por delante sus últimas cartas, impregnadas de sentimiento y de cariño. Contemplo las líneas, que empiezan a amarillear, de la dedicatoria de su libro de *Poesías,* y sonrió con tristeza al ver al frente del folletito que contiene su traducción de un fragmento del *Albertus,* con la introducción de Miguel Cané, estas líneas características de envío: *A M G. M., poeta, crítico y amigo, Adolfo Mitre, poeta* y *amigo.*

¡Qué alma tan noble hemos perdido con su desaparición temprana! Los que no lo conocieron y trataron de cerca no comprenderán jamás cuál era el encanto irresistible que se desprendía de su persona. ¿Qué es el pequeño volumen de sus *Poesías* para los indiferentes o los extraños? Nunca podrán traslucir, a través de sus páginas, la personalidad caballeresca y simpática que amábamos con cariño de hermano. Porque en Adolfo Mitre lo que valía sobre todo era el hombre: hombre perfecto lleno de talento y de dulzura, de nobles inclinaciones y de ideas elevadas, corazón ingenuo, apasionado por todo lo bueno, incapaz de emulaciones rastreras, que gozaba con el bien ajeno más que con

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

el propio, que borraba naturalmente, sin sombra de afectación, su propia persona para hacer resaltar la de sus compañeros, lleno de modestia ingénita y sencilla, delicado y flexible, capaz de todos los sacrificios y de todos los heroísmos. Tenía el lujo de ocultar sus grandes cualidades, o, por mejor decir, no las sospechaba él mismo. Vivía feliz, en la atmósfera del amor de la familia, rodeado de amigos a quienes escogía, no entre los opulentos y favoritos de la fortuna, sino entre los que afrontaban con valor la lucha del destino, inspirándose en los ideales supremos de la belleza artística, y con la frente bañada por los destellos de la juventud y la poesía. El retrato psicológico que de él hizo Adolfo Moutier, al ocuparse del canto *El Suicida*, refleja a pesar de la inexperiencia del estilo, de una manera exacta, los rasgos culminantes de su fisonomía moral: "Alma poética y delicada, víctima de la energía de sus sentimientos, escribe Moutier, establece, sin embargo, entre ellos y las aspiraciones de su espíritu, una afinidad que le permite tener una concepción clara y concisa, y una expresión casi siempre original y graciosa. Dueño de una inteligencia cuyo mérito principal estriba en su organización, más artística que brillante, más ordenada y pasiva que lúcida y espontánea, llevó, sin embargo, sus ideas sobre reformas sociales hasta el desenfreno, mereciendo que se le llamara, como a sus demás compañeros, uno de los *libertinos del pensamiento*... Caballeresco y noble en todos sus actos, culto sin afectación, más cuidado que elegante, con tendencias de *dandy* sin su chocante fatuidad, Adolfo Mitre aparece rodeado de una atmósfera poética e interesante, lo suficientemente extraña para imprimirle un sello especial que, sin apartarlo de la generalidad, consigue, sin embargo, elevarlo a un nivel superior, en el que parece alejado de todas las miserias y trivialidades de la vida... Afortunado

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en todas sus empresas, estimado y querido por todos los que cultivan su amistad, complacido en la mayor parte de sus deseos, lo que lo muestra como un mimado de la felicidad, sintió, sin embargo, como sus compañeros, un anhelo infinito hacia un bien supremo y eterno, nube vaga y celeste que introduce en el alma la melancolía, que hace amar el dolor y habituarse a la duda, buscar la soledad para complacer el espíritu, dejando que tristes meditaciones lo absorban por completo, y que se presenta casi siempre como síntoma inequívoco de las almas agitadas que, necesitando amar algo superior a ellas, sin encontrarlo, se pierden en la vaguedad del infinito!''...

Sainte-Beuve reprochaba a Alfredo de Vigny el amurallarse demasiado en ''su doble inviolabilidad de ángel y de poeta''. No puede decirse lo mismo de Adolfo Mitre, a pesar de la semejanza de inclinaciones y de carácter que lo acerca al autor de *Eloa y Stello*. Como él, pensaba también que ''los primeros entre los hombres serán siempre los que conviertan una hoja de papel, una tela, un mármol o un sonido, en cosas imperecederas''. Pero no tenía esa acritud del orgullo y la vanidad herida que llena de escombros a tantas almas y envenena sus mejores sentimientos. Su carácter íntimo está perfectamente explicado en las estrofas con que se abre su volumen de *Poesías*:

¡Ah! me repugna este combate diario,
Donde el más fuerte, al débil pone el yugo,
Donde el hombre del hombre es adversario,
Donde a veces el premio es un mendrugo.

Yo no disputo a nadie la existencia,
Ni en la bajeza y la ruindad me enlodo;
Yo comparto mi pan con la indigencia
Y al que todo me pide, le doy todo.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Yo no contemplo con mirada huraña
A los que vienen a ocupar mi trecho,
El triunfo de los otros no me daña,
El mundo para mí nunca es estrecho.

Yo ni desdeño ni ambiciono nada,
Yo vivo en paz bajo la luz del cielo,
Y el amor de mi madre y de mi amada
Llenan mi corazón, colman mi anhelo...

Estos versos que, en boca de cualquiera que no fuese Adolfo Mitre, parecerían falsos y afectados, son la síntesis de su carácter y su modo de ser moral. ¡Qué dulce sería la vida si todos pudiéramos decir lo mismo, si el corazón pudiera ahogar sus pasiones más desordenadas, cubrir con una capa de ceniza su ambición, olvidar la ofensa recibida con igual rapidez que la caricia reciente! Desgraciadamente, amamos y sufrimos; hay en el fondo de nuestra alma una ronda perpetua de deseos desbocados. Sentimos voces que nos impulsan al mal e intereses que nos obligan a ser buenos. Un amor nos transforma y un desdén nos desespera. Cuando queremos ser más hombres es cuando nos mostramos más niños. El menor sacudimiento nos despierta, arrojamos con despecho el manto de la apatía voluntaria, harapo de púrpura que cubre a un maniquí, y nuestra alma cae de golpe de las alturas nebulosas de un lirismo exaltado a la triste realidad de una amargura incurable.

La ponderación de sentimientos que manifiesta la composición de Adolfo Mitre es verdadera en el sentido de que su alma fina y delicada huía de la bastarda lucha de intereses y pasiones que lleva al hombre a los excesos más repugnantes. Era todo lo contrario de lo que en el *argot* de moda de los psicólogos modernos franceses se llama un *struggle for life*. Así, los *Himnos* y *clamores*, abren pa-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

so en su volumen a las *Intimas* y es en éstas donde debe buscarse el verdadero espíritu del poeta. Su estilo original es rígido y pulido como una espada toledana, y el pensamiento entra en él siempre ajustado y raras veces se mueve con desembarazo. Es delicado y sincero. Le gusta redondear los perfiles de la estrofa, y, en este trabajo de cinceladura literaria, pocos escritores jóvenes le aventajan. De cuando en cuando, su calma habitual se quebranta. Un soplo de fuego hincha las alas de la estrofa, la ironía y la tristeza se abrazan en sus versos y entonces es el poeta que todos amamos, entonces escribe *En carnaval*, *Amor del alma*, o *El viaje*. Leamos la primera:

¿Sabes que te contemplo
Y al mirar la emoción que te enajena,
Dudo de tus plegarias en el templo
Y de tu afán por la desgracia ajena?

¿Sabes que me imagino
Que hay mucho fingimiento en tus maneras,
Y que en tus mismos ojos adivino
Algo que siempre oculto me tuvieras?

Hoy que te miro a tí, la pudorosa,
Bajo el encaje el seno conmovido,
En el baile, jadeante y afanosa,
Caer en brazos del primer venido;

Hoy que te miro a tí, la recatada,
Incitando al que sabes te codicia,
En medio de esta torpe mascarada
Fiesta de la tontera y la impudicia;

Hoy que el tumulto bacanal, insano,
Hoja por hoja tu candor se lleva,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Hoy que en tu frente hay sombra de manzano,
Hoy que te cambias de María en Eva,

Hoy, al verte con máscara, recelo
Que al fin eres mujer como otras tantas,
Y que diamantes, seda y terciopelo
Forman el ideal en que te encantas!

La poesía es siempre grande cuando nace del corazón. Admiramos el lirismo de Hugo, nos abismamos en el espectáculo de su genio indómito, que pasea en las alturas, que se cierne donde nadie ha alcanzado todavía, que abre el sepulcro de la historia y sacude sus cenizas, que todo lo penetra y lo comprende todo, pero sus acentos vigorosos no encuentran en nuestra alma la repercusión melancólica de los hondos gemidos de Musset. Adolfo Mitre amaba como pocos al cantor de *Namouna*. Se estremecía leyendo las estrofas desgarradoras *A la Malibran*, y los fúnebres lamentos de las *Noches*. El arte más puro valía para él menos que el grito del alma herida, que la maldición de Job, el trueno de Esquilo y los cuadros tenebrosos del Dante, todo lo que retrata una amargura íntima, desencanto prematuro, una aflicción profunda, en una palabra, "algo más doloroso que el dolor", como dice el admirable verso de un poeta colombiano. El viento arrastra las palabras huecas, pero el corazón de las generaciones que nacen a la vida conserva el lamento de los grandes desesperados.

Entre las poesías de Adolfo Mitre se destacan algunas composiciones cortas, del género de Heine y Becquer, que tienen indisputable mérito y originalidad. Su alma, eminentemente sensible, debía buscar este modo de expresión. Hay en los incidentes de un amor desvanecido o feliz mil motivos para esta clase de suspiros rimados, que parecen brotar del pecho sin dificultad. Hoy es un recuerdo, ma-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ñana un cuadro que se diseña en el pensamiento; a cada paso encontramos algo que vuelve a retratar nuestro amor perdido, y gozamos con los sueños del pasado más que con las realidades del presente:

Mi ex bien, hoy es el día de difuntos,
La dije ayer, entre risueño y serio,
¿Quieres que vamos juntos
A orar por nuestro amor al cementerio?
Y ella, palpando el corazón, el mismo
Que albergó nuestro amor, dijo: ¿Y si abierto
Miramos hasta el fondo del abismo
Y encontramos que el muerto no está muerto?

Más adelante brillan estas tres preciosas redondillas, cuya gracia juguetona y sencilla me parece incomparable:

Hace días en un diario
Leí este aviso: *Atención,*
Se ha perdido un relicario
En forma de corazón!

Si se llegase a perder
Tu corazón ¡oh dolor!
Donde en paz deben yacer
Tantas reliquias de amor,

Se leería en algún diario
Este otro aviso: *Atención,*
Se ha perdido un corazón
Que parece un relicario!

De todo lo publicado por Adolfo Mitre, *El Alma del artista* es lo único que no me satisface, y así se lo escribí cuando llegaron a mis manos sus *Poesías.* Está fuera del carácter de su talento y de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

su índole poética. No quiero decir por eso que falte en ese pequeño poema algún detalle admirable, versos elegantes y fragmentos dignos del autor de *Suicida* y *Armonías;* pero el desarrollo de su argumento hubiera requerido mayor soltura, mayor fluidez, mayor ligereza. Esa persecución del ideal inaccesible es, sin embargo, uno de los tormentos más dignos de ser pintados por el talento vigoroso de un poeta de raza. Este eterno mártir que agota su inteligencia y su corazón en una batalla sin objeto ha sido cantada por Teodoro de Banville con una inspiración de alto vuelo:

Laisse toute esperance, eternelle victime,
Et ne querelle plus ton désespoir amer,
Puisque tu t'es chargé de remplir un abîme
Où tu verses en vain toute l'eau de la mer!

David es escultor. En la hora del crepúsculo se encuentra en su taller bañado en resplandores indecisos. Una Venus de mármol se destaca entre la sombra, especie de poema de la belleza plástica petrificado por el *fiat* del artista:

La Venus que David había concluído
Era el supremo esfuerzo de su arte
Y al concluirla exclamaba enardecido:
¿Por qué no puedo, mármol, animarte?
¿Qué esfuerzo de mi espíritu indeciso
Podrá infundirte el fuego que me exalta?
¿Qué golpe de pincel será preciso
Para incrustarse el alma que te falta?
. . . . . .
Eras informe piedra que oponía
Resistencia tenaz, y te he formado;
Te he creado a mi libre fantasía
Y te puedo destruir cual te he creado!
He de infundirte vida y no me arredra

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Ver que resistes a mi empeño, fatua,
Yo te he vencido con el hierro, piedra,
Y he de vencerte con el alma, estatua!

La conclusión de este canto, seminaturalista, semifantástico, escrito a veces con el buril de Gautier y soñado en la penumbra de Hoffmann, es muy superior al principio. Se ve que Mitre había logrado tomar por el tono verdadero de la obra:

En vano quiere con su luz tu mente
Templar el frio de mi seno, intenso!
¡Ah! dame el fuego de tu amor ardiente,
Amame, artista, con amor inmenso!

Los cantos de mayor aliento de Adolfo Mitre son *Armonías* y *El suicida,* así como la traducción de un fragmento del *Albertus* de Gautier. En ellos ha puesto lo mejor de su inteligencia y de su reflexión. "Mitre, como Encina, ha escrito Matienzo, cree que la ciencia es impotente para darnos las grandes verdades que anhela poseer el entendimiento humano; y, persuadido de que no podemos haber recibido la aspiración sin la facultad complementaria de la inteligencia, cree hallarla en el sentimiento, y el sentimiento le dice que todo es armonía... Las *Armonías* están escritas con entusiasmo; se siente a través de su galana versificación palpitar el espíritu creyente del poeta, y eso mantiene el interés del lector aun en los momentos en que el poeta, convertido en filósofo, se pone a sacar deducciones". Dice Mitre en el preludio de su composición:

Hay una ley universal, eterna,
Que rige lo creado.
Espíritu de Dios, Dios ella misma,
Los mundos y los átomos gobierna,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

En torno al sol hace girar la tierra,
La humanidad sobre la tierra asienta
Y en la carne del hombre, que ella alienta,
El alma humana encierra!

El punto culminante de este hermoso poema, en que el lirismo y la verdadera poesía encuentra acentos más tiernos y expresiones más dulces, es aquel en que el poeta canta esas "notas puras de otra inmensa armonía, que el alma guarda y sólo el alma entiende", las armonías del amor compartido, de la voluptuosidad, de los afectos profundos:

¡Armonías del alma! ¿Qué sonido
Por más dulce que vibre en el oído,
Trasporta nuestro espíritu arrobado
Como el que arranca a un corazón amado.
Del amor el latido?
¿Tiene acaso un acorde el instrumento
Que imita los sollozos del que gime,
Y reproduce en notas el contento,
Que el acorde sublime
Iguale de dos almas que se aman?...
¡Armonías del alma! ¡Hay una nota,
Una tan sólo, en el lenguaje humano,
Puede dar expresión y melodía
Con la palabra que en los labios brota
Del amor al reclamo,
Una no más: la nota del *te amo!*
Escuchar de los labios adorados
Ese sonido en que la voz humana
Un reflejo nos da de lo divino
Que encierra nuestro ser, el sentimiento,
Es alzar hasta Dios el pensamiento,
Es alcanzar de lo inmortal la palma,
Es despertar, sintiendo entre la nuestra,
Un eco de las músicas de otra alma!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

La tendencia filosófica que se muestra en *Armonías* inspira también el poema *El suicida*, en el cual Mitre mira, frente a frente, con emoción y con espanto, ese "demonio del pensamiento" que torturaba a Byron:

¡Pensar, dudar! ¿Sabeis qué tempestades
Se agitan en el cerebro enfermizo,
Cuando la densa sombra de la duda
Se cierne ante la luz de las verdades?
¿Sabeis que el resignado "Dios lo quiso"
No basta muchas veces
Cuando la suerte tórnase sañuda?
Porque la fe del hombre se desquicia
Y, al apurar la copa hasta las heces,
También tiene el dolor sus embriagueces
Que hacen dudar de Dios y su justicia!
¿Sabeis los que en la tumba del suicida
Quereis que no haya un rezo y que su losa
No tenga, por los suyos esculpida,
La fúnebre inscripción de los que han sido,
Sabeis lo que es sufrir, de muerte herido,
Cuando la mente ansiosa
Creyó lograr la dicha apetecida?
¿Sabeis lo que se siente
Cuando en el tibio seno de la amada
Se reclina la frente,
Y soñando creeis que ella os despierta
Con un beso que ofrece enamorada,
Y vais a recibirlo, y, despertado,
Sentís que el tibio seno se halla helado
Y la estrecháis en vuestros brazos muerta?...

La traducción de un fragmento del *Albertus*, a pesar de las dificultades insuperables del género, puede considerarse como uno de los trabajos más dignos de estimación de Adolfo Mitre. *Albertus*, escrito en la época de efervescencia literaria que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

señala una revolución en el arte moderno—dije en la época de su publicación — tiene todo lo imprevisto del romanticismo exagerado y toda la seducción de la verdadera poesía. Las cabelleras merovingias de los poetas del cenáculo de la rue Royale, ocultaban frentes de Apolos. Uno llamaba a sus poesías *Serpientes y culebras,* otro escribía *Las flores del mal,* y las dedicaba al autor del *Albertus,* que, impulsado por el fanatismo del arte, derramaba en este poema el perfume de la originalidad más desgreñada en formas talladas con el cincel de Benvenuto.

Albertus es una de esas obras que se leen cada día con mayor interés, y a las que se hallan a cada nueva lectura un mérito más real, una seducción más irresistible. Es verdaderamente asombrosa la suma de inspiración y de ingenio que se ha vertido en sus páginas, y ese torbellino de bellezas que deslumbran, esa cadencia que arrulla en la armonía de sus versos, esa volubilidad torrentosa que imita todos los tonos, esa emoción contenida que en algunas partes acaba por extravasarse, quedarán como una de las más puras glorias de Teófilo Gautier. Mitre, que ha sabido interpretar admirablemente una parte, una digresión, merece el aplauso de todos los que encuentran en el cultivo de las letras un consuelo y un refugio. Los críticos franceses más renombrados han echado en cara, con razón, a Gautier, su falta de sentimiento. Se le ha llamado materialista en el arte; se ha dicho que tiene todo menos alma, y estas afirmaciones que encuentran abundantes pruebas en todas sus obras, parecen hallar un desmentido, como lo hace observar Sainte-Beuve, en las estrofas traducidas por Mitre.

Gautier se detiene en medio de su trabajo; el amor se enreda en las cuerdas de su lira, le trae a

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la mente recuerdos de otra época; necesita pagar un tributo a su alma y cumple admirablemente esa necesidad. Es una digresión, es un episodio, es un desahogo o como quiera llamarse, pero es el sentimiento más puro que encierra un corazón, es la congoja verdadera que goza con evocar graciosos cuadros de una felicidad perdida, lamentando esta miserable condición humana, el olvido, que cubre con la cicatriz a la herida y con la yerba al sepulcro!... Es una historia tierna como la pasión que la inspira, vaporosa como el recuerdo, sencilla como la verdadera emoción. Refiere sus paseos y ensalza a su amada; recuerda su belleza, llora su ingratitud y conmueve con el tono semihumorístico de su canto. Una elegía muchas veces está contenida en una sonrisa. Es una sonrisa, sí, pero ¡qué poema de ternura encierra!... Leer el fragmento traducido por Mitre es casi como leer el original. Los giros más difíciles conservan en él su primitiva fluidez; las ideas más vaporosas guardan su encaje aéreo; todo está dulcemente comprendido y trasladado con esa *difícil facilidad* de que nos habla Boileau, que debe reinar en las obras verdaderamente espontáneas. Gautier ha encontrado un simpático poeta que se conmueva a compás suyo, que sepa derramar sus lágrimas en el molde del verso, que sepa inspirarse y, sobre todo, que sepa sentir...

¿Quién no recuerda aquella imagen del amor pasado, que detiene al poeta en la narración de las aventuras maravillosas de su héroe, y le hace pintar el cuadro de la pasión compartida? *Amour, le seul péché qui vaille qu'on se damne,* dice, y muestra cómo estuvo a punto de condenarse, en efecto, después de haber tocado el cielo de la felicidad. ¡Ah! ¿dónde huyeron tantos dulces fantaseos, tantas pequeñas coqueterías de dos almas amantes y ju-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

veniles, aquellas largas caminatas por el bosque, aquel idilio cándido y ardoroso, sin más testigos que la naturaleza? ¡Con qué melancolía acuden a torturarlo las horas dulces del pasado, susurrándole al oído la amarga crueldad del verso dantesco: *Nessum maggior dolor...*

Y ese placer no existe. ¡Quién creyera
Somos el uno para el otro extraños!
Así pasa la dicha duradera:
El amor que, a través de muchos años
Prometiera durar, pronto se esconde.
El *siempre* de los hombres raras veces
Alcanza hasta seis meses.
Nuestro amor se marchó, sabe Dios dónde!
Y como aquellas lindas mariposas
Que a veces de su mano se escapaban
Y sólo le dejaban
El polvo de sus alas luminosas,
Ella voló también, y solamente
Dejó en mi corazón, que no más largo
Fué en el querer que el suyo indiferente,
Dudas para el presente
Y algún recuerdo amargo!
¡Qué queréis! es la vida extraña cosa!
En ese tiempo amé, y hoy me entretengo
En contar los amores que no tengo
En unos versos que parecen prosa!...

Los escritos en prosa de Adolfo Mitre están diseminados en revistas y diarios, y como los de la mayor parte de sus compañeros, no han sido aún coleccionados por alguna mano amiga. Son casi todos trabajos de circunstancias, cuyo mérito principal estriba en la claridad y elegancia de la expresión, y en la seguridad y el brillo del pensamiento. Con especialidad en los que estudia las obras de algún amigo, resalta la bondad del corazón

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y el interés con que asistía al triunfo de los demás. Este rasgo noble y simpático de su carácter dulce y afectuoso, se muestra sobre todo en su correspondencia particular. Tengo por delante de mis ojos una de sus más bellas y amables cartas, en cuyas expresiones amistosas se muestra bajo su aspecto habitual el alma del amigo inolvidable, y no puedo menos de trascribir algunos de sus párrafos, que revelan cuál era el criterio apasionado y cariñoso con que juzgaba a sus compañeros de labor literaria. "Decían sus críticos—escribe en ella, refiriéndose a una cruel desgracia íntima—que Vd. necesitaba sufrir para hacerse poeta superior. Si eso era cierto, la vida ha querido darle la precocidad del dolor, como le había dado ya la precocidad del talento... Habrá Vd. visto en *La Nación* cómo lo recuerdo siempre. Creo habérselo dicho alguna vez: tengo por Vd. simpatía de amigo y un sentimiento, quizás de patriotismo, que me hace mirar con placer el desenvolvimiento poderoso de su inteligencia, que me hace desear verlo siempre avanzado, para que sus obras, usando con verdad una frase vulgarizada, honren nuestras letras honrándonos a todos nosotros, capaces de comprender y realizar las manifestaciones puras del arte."

Después de algunos años de ausencia, encontré a Mitre en Biarritz, acompañado de Udaondo, y poco tiempo antes de ligar su destino al de la virtuosa y distinguida niña que debía gozar con él tan pocos meses de apacible felicidad. ¡Qué gratas las horas de charla interminable, los inacabables proyectos literarios, desarrollados al compás de nuestros paseos sobre la terraza del Casino, en altas horas de la noche, teniendo sobre las cabezas los destellos de una luna brillante, y viendo bajo nuestros pies, allá en la profundidad sombría, las escamas plateadas del mar que se desmayaba

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en largos besos de voluptuosidad sobre la arena pulida de la Gran Playa! Vivía yo en un hotelito modesto, apartado del centro; pero para estar más cerca de mis amigos, me trasladé al de "Inglaterra", donde se hallaban alojados. Almorzábamos y comíamos juntos, en la mesa apartada por la familia de la que fué luego esposa de Mitre, y en aquella intimidad, llena de dulzura y de íntimos halagos, me era dado admirar cada vez más la bondad del alma de Mitre y las puras y nobles cualidades de su carácter caballeresco y varonil... Después de aquella demasiado corta temporada no lo volví a ver más... Me encontraba en París, cuando me llegó la noticia de su rápida y terrible enfermedad. Casi día por día, me llegaban las cartas de mi hermano Enrique, con noticias, cada vez más desconsoladoras, de la salud de Mitre. Una tristeza opresora y cruel invadía mi corazón, ante la amenaza del horrible desenlace presentido. La noticia dolorosa no se hizo esperar largo tiempo. "Anteayer 21 a las 7 1|2 p. m. — me escribía en carta del 23 de Octubre de 1884 — falleció Adolfo Mitre, después de una prolongada agonía. Esta pérdida me ha afectado mucho. No he tenido valor para verlo durante la enfermedad ni en sus últimos momentos. Ayer lo acompañamos. ¡Pobre Adolfo! cuando uno da estas despedidas terribles, pierde con ellas un pedazo del corazón, vuelve la vista y ve con tristeza que ya tenemos una historia. He llorado con verdadero dolor la muerte de nuestro bueno y malogrado amigo. Sé que esta noticia te afligirá mucho, conociendo cuánto lo querías y cómo te apreciaba. No dejes de reflejar en algunas páginas su bella fisonomía moral."

¡Ah! Cuán difícil es evocar así la imagen desvanecida de uno de esos seres excepcionales, que pisan apenas la arena de la vida, y desaparecen

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de nuestra vista para nunca más volver! La injusticia ciega de un destino implacable truncó una existencia llamada a conseguir grandiosos triunfos y conquistar un puesto elevado en los dominios del arte y de la ciencia. ¿Quién sería capaz de suponer donde se habría detenido el talento de Adolfo Mitre, de Navarro Viola, de Julio Mitre y de Lugones, si la vida les hubiera dejado tiempo de realizar sus planes y terminar el esbozo de su propia personalidad, en vías de formación? Y, sin embargo, he ahí lo único que nos queda de ellos: algunas estrofas brillantes, algunas páginas dispersas, que pocos conocen y nadie colecciona, débiles reflejos de su inteligencia juvenil, frutos que no han tenido tiempo de cuajar en el árbol tronchado por el hierro del leñador, cuando su corona se cubría de flores graciosas y perfumadas, y en sus ramas flexibles brotaban los primeros retoños de la vegetación primaveral!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXI

Tal sucede con Benigno B. Lugones. Pocos jóvenes han mostrado en mayor suma de trabajos un número más grande de cualidades notables; y, sin embargo, sólo sus amigos y contemporáneos pueden dar fe del mérito de sus escritos y de la potencia de su talento, pues aquella inmensa labor periodística se encuentra diseminada y sepultada entre montañas de papel, donde es casi imposible abarcarla en detalle y en conjunto. Estudiaba con provecho la medicina, cuando las necesidades de la vida le obligaron a entregarse al trabajo rudo y sin compensación del periodista. He aquí cómo y en qué circunstancias sintió la ardiente vocación por la carrera que debía desde entonces absorberlo por completo. Lugones vivía con el sueldo de un modesto empleo en el Departamento de Policía. Allí pasaba la mayor parte de sus horas, consagrado a sus deberes oficiales; pero como había en él la tela de un observador sagaz y de un artista de vuelo, empleaba sus momentos de ocio en estudios tan curiosos como notables sobre la vida, costumbres y *argot* de los ladrones de Buenos Aires. Un día se le ocurrió consignar el resultado de sus investigaciones, y escribió una notable monografía que llevó a *La Nación*—ni más ni menos que cualquier principiante en letras del mundo de Champfleury y Murger — donde recibió el precio

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de su labor y apareció en folletín, con el título de *Los beduinos urbanos* (18 de Marzo de 1879).

En cualquier otra parte del mundo un joven empleado que diera muestras de tal sagacidad y talento hubiera recibido un premio o, por lo menos, las felicitaciones de sus superiores. No obstante, estos se limitaron a pedir la destitución de Lugones, lo que no debe reprochárseles, porque indudablemente no sabían lo que hacían. Lugones se encontró, pues, en la calle, de la noche a la mañana. Tenía una vieja madre y una hermana — que eran su culto — a quienes mantener. Era enérgico y decidido. Afrontó la situación sin debilidades ni aspavientos y se presentó a *La Nación* exponiendo lo ocurrido y ofreciendo en venta su prosa brillante. *La Nación* le abrió su seno hospitalario y, desde entonces hasta el día de su muerte, inclinado la mayor parte de las veces sobre la mesa de redacción, otras viajando en Europa por cuenta de la empresa, dió a ésta toda la savia de su talento flexible y poderoso.

En aquella mesa, al lado de Bartolito Mitre, que ocupa hoy un puesto prominente en nuestro periodismo, y que regresaba de Europa con un curioso y poco conocido libro titulado *Cosas de locos;* de Gabriel Cantiló, que mostraba ya la viveza y gracia de su talento y de otros cuya mención sería muy extensa, nos encontramos juntos, arrojando cuartillas y cuartillas en ese tonel de las Danaidas que no se llenaba jamás. La labor de Lugones era tan rápida como notable. La concepción y ejecución iban en él acordes y metódicamente enlazadas. Su pluma corría vertiginosa sobre el papel, con una rápida espontaneidad, pero sin perder jamás la hilación lógica de su pensamiento, ni diluir su fondo de reflexión concentrada en un vano diluvio de palabras. Esta facilidad pasmosa

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

era uno de los rasgos fundamentales del talento de Lugones, y digan lo que quieran los que por no poseerla la desacreditan, constituye una de las más envidiables cualidades de un escritor. Gautier — según el último libro de Maxime du Camp — consideraba este don en la producción literaria como un indicio seguro de talento. Desde 1835, en su estudio sobre Scudéry, había formulado su opinión a este respecto: "Uno de los primeros dones del genio es la abundancia, la fecundidad. Todos los grandes escritores han producido enormemente, y jamás ha sido un mérito el emplear mucho tiempo en hacer poco, por más que digan lo contrario Malherbe y Balzac y todos los literatos difíciles, a quienes el humo de la lámpara nocturna llena de hollín el cerebro, y que están enfermos de una estrangurria de pensamiento."

Algunas veces, después de la tarea diaria, hacíamos gimnasia de periodistas escribiendo en compañía de Adolfo Mitre artículos literarios en un cuarto de hora. Se nos daba un tema cualquiera, e inmediatamente de conocerlo, inclinándonos sobre el papel que teníamos preparado, dejábamos volar la pluma y el pensamiento, para desarrollarlo en el menor tiempo posible. A los quince minutos, *stop!* Ni una palabra más, ni una menos: se reunían los fragmentos, se numeraban las carillas, y a las cajas. Los que hoy leyeran esos artículos, se sorprenderían de su brillo y variedad. Dos de ellos, sobre todo, lograron un éxito que— a pesar de la parte pequeña que me toca en su confección—debo declarar era merecido: uno se llamaba *Luz* y el otro *Las Flores*. Sin embargo de esta unión y compañerismo en el trabajo, mi amistad con Lugones empezó después de una serie de ataques violentos y despiadados de su parte, como se usaba en aquel tiempo en que ninguno tenía

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pelos en la lengua para cantarse las verdades del barquero. Lugones, en efecto, bajo el seudónimo de Bachiller *Lesmes Covarrubias y Tocata* había escrito en *La Patria Argentina* y *La Revista Literaria* dos epístolas en que me ponía como chupa de dómine, a propósito de las críticas de *Juan Santos* y algunos versos detestables "de cuyo nombre no quiero acordarme". La primera de esas misivas-cauterios, escrita en lengua curiosa, empezaba con las siguientes palabras:

"Hase difundido en esta villa gusto nunca visto por las bellas letras, y a trueque de pocos pesos, te puedes hacer de un tomo de poesías, cada sábado, apuntándote en la lista de suscriptores de las gacetas literarias que ven hoy la luz. Pícame ha ya algún tiempo la gana de decirte algo de lo mucho que a las mientes se me viene en ocasión de tanto como se escribe, y no pudiendo ya más contener la picazón, allá va, Antón amigo, ese algo. Que no se antojen infalibles mis palabras; antes bien, tenlas, como que son de hombre, por inclinadas a error y pésalas y medítalas mucho, porque tengo en grande estima tu opinión en punto a literatura. Tarea harto pesada sería para mis débiles fuerzas el señalarte los vicios y las excelencias de todos los noveles autores que diz exornan nuestras gacetas con sus elucubraciones; pero he de escoger, entre tanto y tanto como se ve la luz pública, aquello que estándose en el gusto del día, más aplausos recibe y más loa le vale a quien lo escribe. Verás, Antón amigo, cómo reímos y nos indignamos y luego tornamos a reír, por no emplear mal nuestra indignación".

Después de este sabroso prólogo, venía una andanada de burlas, ¡ay! demasiado merecidas, sobre los malhadados versos puestos en la picota, y aquella desfachatada y verbosa ejecución concluía ha-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ciendo extensivos a todos los plumíferos del día los vicios del especialmente criticado:

"A estas cosas dice poesía la juventud de ogaño, estragando el gusto con semanales andanadas de desatinos: a ésto llaman ahora *romanticismo* y lo aceptan y lo siguen y lo practican porque diz viene de Francia. Mal hayan todos los romanticismos del mundo, aunque vinieren de Dios, si tales cosas han de traer! ¿Pues qué, no podemos en sencillo lenguaje decir lo que pensamos, pero decir algo, antes que no decir cosa alguna, escribiendo frases sin sentido? ¡Ay! Antón amigo, es pedir peras al olmo pedir sencillez y llaneza en estos tiempos, a los que escriben para el público y más que todo a los que escriben versos. De fuerza han de ser bombásticas y altisonantes las palabras, grandes figurones que no figuras de retórica son las que usan; frases sin sentido, versos mal medidos y peor rimados. Dirásme que estos tales autorcillos adocenados no tendrán estima, ni serán apreciados al par de los buenos; por desgracia cúmpleme repetir:

De estos niños Madrid vive lograd o,
Y de viejos, tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

"Sí, Antón amigo: lo mismo dan martirio a las musas los viejos que los jóvenes, y los unos y los otros se afanan en atormentarlas, ufanándose de obras que ellos creen buenas, pero que no vivirán más que una generación, porque "tan sólo las obras bien escritas pasarán a la posteridad".

Naturalmente, después de esta lluvia de flores, nuestras relaciones estaban lejos de ser cordiales, limitándonos a un saludo frío cuando nos veíamos en las reuniones del *Círculo* o en las comidas de la Bohemia. Una noche dormía con mi hermano

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en una quintita del pueblo de Belgrano, donde pasábamos las vacaciones, cuando nos despertó un tumulto inusitado. Eran más de las doce, y la noche fresca y tranquila, estaba iluminada con los destellos de una luna espléndida. Al ruido de *vivas, hurras* y otras exclamaciones alegres y bulliciosas, abrimos las ventanas de nuestra habitación, y vimos aparecer sobre las tapias y verjas del jardín una serie de figuras chacotonas que escalaban las paredes y tomaban por asalto nuestra pacífica residencia. No era difícil reconocerlos: pertenecían al inolvidable grupo de la Bohemia y habían aprovechado aquella noche hermosa para hacernos una visita, destituida de afectación y etiqueta, pero no por eso menos grata y sorprendente. Una vez reunidos en el comedor, donde se procedió a destapar algunas botellas de cualquier líquido, inquirimos con interés el modo cómo había hecho el viaje a esas horas, en que ya no había tranvías, aquella banda juvenil compuesta de diez compañeros, entre los que se encontraban Adolfo Mitre, Navarro Viola, Araujo Muñoz, Adolfo Moutier, Carlos Monsalve, Carlos Olivera, Aguilar, Benigno Lugones, Belisario Arana, Ramón A. Toledo y otros cuyo nombre no recuerdo en este instante. Nuestra sorpresa fué colosal: aquellos diez amigos venían en un solo carruaje, un tranquilo y mitológico *landau* arrastrado por dos caballos anémicos, bajo la paternal dirección de un auriga recién llegado de la Coruña, y que se había decidido a emprender la larga peregrinación, mediante el pago de un pantalón y un saco viejo, que le había ofrecido Belisario Arana. El hombre parecía satisfecho de su negocio; los que no debían estarlo seguramente eran los desgraciados caballos que, con el cuello estirado y los hijares vacíos, parecían so-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

námbulos y quedaban displicentes sin tomar participación en la alegría general.

Después de una hora de descanso y plática amena, salimos a recorrer las calles del tranquilo pueblo, en busca de un almacén donde poder adquirir, a cualquier precio, los elementos de un *lunch* que, aunque sólo se compusiera de queso del país y salame criollo, restaurara las fuerzas de los expedicionarios. En aquellos días se había levantado en el centro de la plaza una estatua del general Belgrano, mamarracho sin igual, hecho de cal y tierra romana. En nuestra calidad de aficionados al arte escultórico, fuimos en busca de aquel mascarón de proa para gozarnos en su contemplación. ¡Oh sorpresa! la estatua yacía por tierra, despedazada y derribada por alguna mano desconocida. Nuestra presencia en aquel punto, la noche del infausto suceso, hizo que se nos culpara de aquella acción iconoclástica, y originó, por nuestra parte, una campaña feroz, en prosa y en verso, contra el Juez de Paz de Belgrano, sobre cuyas dotes personales y en especialidad su calva, escribimos centenares de sueltos y de estrofas.

Resolvimos regresar a Buenos Aires en vista de la sordera pertinaz de todos los almaceneros. No podría decir hoy mismo cómo tuvo lugar aquel fantástico viaje de doce en un carruaje, por caminos y calles cuyo pavimento estaría empedrado de buenas intenciones pero en el cual los adoquines brillaban por su ausencia, desde un extremo de Belgrano hasta la clásica fonda de Benjamín, cerca de *Variedades,* donde fuimos a dar con nuestros huesos molidos, después de aquella travesía digna de compararse con la famosa retirada de los Diez Mil. Aquel establecimiento estaba a esa hora casi desierto, al revés del momento en que Lugones trató de pintarlo en uno de sus artículos de la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Revista Literaria, del cual transcribo los siguientes párrafos: "La fonda estaba concurrida: literatos, maestros de baile, coroneles, cronistas, dependientes, un mundo de gente de todas layas y condiciones, llenaba las mesas devorando con apetito de pobre, entrecortando los bocados con una que otra palabra, mirando las figuras de la pared.

—"¡Mozo! Un menestrón! Y el mozo va hasta la puerta de la cocina y grita: "Uuun menestrrooón!

—"¡Vino!

—"¡Agua!

—"¡Mozo! Un chorizo con huevos.

—"¿Cuánto le debo?

—"¡Manteca!

—"¡Pan!

—"A ver, pues, si viene, señor, a servirme: tráigame un bacaray al jugo.

—"Vengo, vengo... y Vd, ¿qué quería?

"Esto es continuo, es un flujo inagotable de palabras, todos piden a la vez cosas distintas, cada uno quiere que le sirvan ligero sin dar tiempo a que les sirvan a los demás, todos se apuran sin que ninguno tenga cosa alguna que hacer; es una batahola, un infierno en que si las comidas pudieran hablar gritarían un desesperado *sauve qui peut.* En medio de este ruido agradable de mandíbulas que mastican, lozas que se chocan, copas que se golpean, platos que se piden y se dan, cuentas que se pagan, gente que entra, sale o se sienta, líquidos que se derraman o hacen *glu-glu* en las gargantas de los que beben; la figura plácida y risueña de Benjamín se destaca, siempre alegre y complaciente, y la cara de angelito de ramillete de Carlos, el mozo, que se multiplica para atender a todo el mundo.

—"Mire que hoy tenemo pescau en salsa de al-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

capara, dice Benjamín; tome un poco que es muy buenu.

—"¿Después? pregunta Carlos, un asaditu de nalga, carneru a la parrilla, pavu al hurnu? y se da vuelta sonriente, diciendo: ¡vengo! en contestación a alguno que lo llama con impaciencia.

"Pero hay un ruido que domina todos los demás: sale del fondo de la casa, de un patio techado y mal alumbrado por un pico de gas; ese patio está situado en lo último del establecimiento, pasando una piecita que forma el extremo de la fonda propiamente dicha: un comedor pequeño para los amigos que van en corporación. Ese ruido que sale del fondo de la casa es de la cocina, donde en un pintoresco *pêle-mêle* están reunidos todo género de aparatos para cocer, asar y guisar, con los implementos para el lavado de la loza, para picar la carne, rayar queso y para batir huevos. A ese establecimiento entraron Pancho y Rodolfo; los dos conocían el paraje: se va a él con gusto porque cobran barato, no se dice que se va, porque da vergüenza. Vanidad de vanidades".

Nuestra cena fué semejante a la de los protagonistas del cuento de Lugones; una lluvia de chistes, paradojas, humoradas de todo género y calibre, un fuego artificial de *esprit* fino y mordaz, sazonado por algunos platos que seguramente no hubieran figurado en el *menú* de la mesa de Lúculo, y vinos un poco inferiores al clásico Falerno, saboreado por Horacio. A los postres, la frialdad había desaparecido y una leve indicación de Araujo Muñoz bastó para que la mano de Lugones y la mía se estrecharan, olvidando antiguas rencillas y riéndonos mutuamente de nuestra guerra de alfilerazos.

Lugones era un verdadero escritor y un notable periodista. De sus estudios médicos y su afición a

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la fisiología conservaba una base científica que sabía aprovechar en todas las circunstancias. Publicó una serie de estudios sobre la exposición italiana de 1881, que llamaron profundamente la atención. Su descripción de un viaje a la Pampa, a donde fué con Belisario Arana, en busca de los restos de un oficial distinguido, está llena de interés y de episodios curiosos que es imposible relatar y deben ser leídos para comprender su alcance. Finalmente, sus correspondencias desde Europa muestran la flexibilidad y gracia de su talento literario. Como crítico era apasionado y violento: sabía amar como sabía odiar.

Fué uno de los primeros que se apasionó de las teorías literarias de Emilio Zola. Hacía profesión de un materialismo científico, de médico y hombre de mundo; pero no eran escasos en sus escritos los arranques líricos que disonaban con su credo doctrinario. Tal se muestra en su artículo *In monachio libertas* que escribió a propósito de una de mis poesías, titulada: *Get thee to a nunnery*, paráfrasis de las amargas palabras de Hamlet.

"El asunto de la composición, decía, es nada menos que el destino de la mujer. El poeta estudia el mundo, y poseído de un pesimismo desolador no encuentra a la paz del alma, a la virtud y a la tranquilidad, otro refugio que el convento. Su pensamiento, implacablemente egoísta, no ve más felicidad posible que el aislamiento entre las paredes de un monasterio, lejos de todo ruido, de toda lucha y de toda animación. El frío de la muerte intelectual, la momificación del sentimiento en un no ser glacial, la prescindencia absoluta de todo lo que no sea la oración, Dios como único objeto y como único fin, el éxtasis perpetuo de un alma que vive una vida sin irradiaciones, el nirvana cristiano de Santa Teresa de Jesús! Ante esta teoría, ex-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

presada en hermosos versos por un poeta de veinte años que siente ya el frío de la vejez, la filosofía de los textos, se ha sublevado indignada y ha fulminado, por la boca de un crítico, sobre la obra, el rayo de su reprobación, en nombre de la razón y de los intereses sociales, creyendo que el poeta se baña en el agua del catolicismo y que oculta bajo el manto creador del vate la palabra agria del apóstol intransigente o del predicador fanático. ¡Ah! No es tan pobre la inspiración contemporánea, para poner al servicio de una idea muerta una incomparable lira, pulsada esta vez como nunca lo ha sido. Hay algo más grandioso que la idea católica en esa composición, que es un grito del alma, arrancado por la contemplación de todos los dolores, de todas las miserias, de todas las perversidades y de todos los crímenes impunes, a que la mujer está sujeta en una sociedad que la empuja al vicio cuando es honrada y la desprecia cuando es viciosa".

Y, más adelante, estudiaba de esta manera el destino de la mujer:

"La mujer es, en realidad, la esclava del hombre, aunque la ley la haga igual y las convenciones sociales le acuerden un respeto que es siempre urbanidad y nunca sentimiento. Ningún hombre puede decir que la ley ampara a la mujer, y la ley que rige la familia, la ley que debiera garantir la igualdad absoluta de deberes y derechos en el hogar, es una irrisión, una burla, un insulto, un fariseísmo inicuo. Sancionada en principio por el consensus universal, consignada en libros que la mujer no entiende y que se tiene cuidado de apartar de ella, ejecutada exclusivamente por los hombres, dificultada en su aplicación por trabas de todo linaje, es, al mismo tiempo que infringida, escarnecida, porque mientras ella prescribe una con-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ducta, las costumbres imponen otra, y ningún gobernante reforma ni quiere reformar los hábitos sociales, siendo éstos los que reglan nuestros actos en la vida de familia.

"Los raros casos en que una mujer hace prevalecer su derecho contra las agresiones del sexo masculino, y entiendo por agresiones contra la mujer toda transgresión de la ley que rige sus relaciones con el hombre, no forma regla; son, al contrario, la excepción. Por la fuerza brutal o en el deliquio de un sentimiento, la mujer es siempre un instrumento del hombre. Es la víctima maniatada, inerme o indefensa, que cae bajo los golpes de su victimario apenas protestando, no en nombre de su legítimo derecho, sino en el de la pasión, que es su única arma y su único recurso. En el hogar, tiembla bajo una mirada iracunda del padre, inclina la cabeza ante el mandato del hermano, o cruza la vida, como Mazeppa, atada al animal que la arrastra en una carrera sangrienta.

"Fuera del hogar, la mujer no es más que una estatua hermosa, que el hombre trae al mundo por él gobernado, para desearla, poseerla y despreciarla, por hastío o por ingratitud. El mejor de los maridos es siempre el más absoluto de los tiranos, porque la sociedad entiende que un buen esposo debe manejar a su sierva sin responsabilidades, crear para el hogar una ley suya propia y aplicarla severamente sin explicar su creación ni motivar su aplicación. El monstruo manda para ser obedecido y cuando su autoridad es negada, desconocida o simplemente observada, castiga, hiere o mata. Ahora bien, ante esta constitución social, ante el espectáculo de una esclavitud incondicional que dura tanto como la vida, ante la seguridad de una existencia sin derecho que el casamiento deba imponer a un ser querido, ¿quién no piensa en con-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sagrarlo a la vida silenciosa y olvidada del convento?

. . . . . .

"Viviendo en el obscuro abismo de un monasterio, sola, con su conciencia inmaculada, la joven doncella no será más que la esclava de su propio pensamiento, tendiendo siempre al aniquilamiento de la existencia para insumirse en el magno ideal, dueño supuesto de la vida, señor imaginario de lo creado, fantástico dispensador de toda gracia y de toda merced. No traspasan los altos muros del convento estas miserias de que vivimos, no asaltan al a ma el vértigo del crimen ni el deslumbramiento de la maldad. La idea no existe, el deseo no nace, la envidia no germina, el rencor no se crea; la vergüenza no hace enrojecer, y el Todopoderoso no podría decir a la monja, como el maestro a los hombres, que había pecado en su corazón, porque la monja no piensa ni vive, sino en Dios y para Dios".

Los párrafos anteriores que he transcripto, eliminando de ellos todo lo que me es personal, pueden dar una idea del estilo de Lugones; estilo nervioso, cortante, de formas ásperas y decididas, desnudo de matices y de perífrasis, de atenuaciones y habilidades de expresión. Pero ésto no es nada al lado de todo lo que ha producido en seis años de trabajo incesante que, desarrollando de una manera poderosa su inteligencia, aniquiló su cuerpo débil y enfermizo. Su primer viaje a Europa, fué hecho en condiciones excepcionales: acompañó en calidad de secretario a un conocido hacendado argentino. Fué en esa época que apareció el chistoso cuadro de *rastaquerismo* criollo de Lucio V. López, titulado *Don Polidoro.* Todo el que recuerde al hijo mayor del simpático estanciero de la calle de Buen Orden, que, munido de su mendicante francés de Ollendorf, traducía *Perdreaux demi-deuil* por *perdices a medio luto,* y se aterraba al ver que en París se toma

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sopa de terciopelo, comprenderán por qué asociación de ideas, llamábamos a Lugones, *Blasito,* después de su extraño viaje, para equipararlo con el primogénito del señor Rosales. Sin embargo, bajo el aspecto de los idiomas, Lugones era la antítesis de *Blasito.* Tenía una facilidad sorprendente para las lenguas extranjeras: hablaba francés, inglés e italiano a la perfección y traducía correctamente el alemán. Lo más curioso es que esa ciencia políglota había sido adquirida por él en las redacciones de los diarios, y *The Standard* y el *Deutsche La Plata Zeitung,* habían sido, sin sospecharlo, sus primeras gramáticas. Sus viajes le permitieron perfeccionar y ampliar esta curiosa facultad de asimilación de idiomas que era uno de sus rasgos característicos.

Por un extraño capricho del destino, Lugones fué a morir a París. La última vez que lo ví fué la víspera de mi partida para Colombia, reunidos en una comida en el café Filips con que se despidieron de mí algunos de los íntimos de aquel grupo inolvidable. Poco antes de levantarnos de la mesa, Lugones, que venía de *La Nación,* donde el general Mitre le acababa de dar el *Compendio de Historia Argentina* de Fregeiro, que apareció en esos días,—levantó su copa y trazando algunas líneas cariñosas en la primera página del folleto, me lo ofreció diciendo: "Es lo único que puedo darte como recuerdo de viaje. El general Mitre acaba de regalármelo y yo te lo ofrezco haciendo mis votos más cariñosos por tu felicidad". No hemos vuelto a vernos desde aquel día. Su fin rápido e inesperado, me sorprendió dolorosamente. Tuvo el consuelo de morir, atendido con una abnegación generosa de que el mundo ofrece pocos ejemplos, por el doctor Guillermo Udaondo que, con su pérdida y la de sus íntimos amigos Mitre y Navarro Viola, sufrió un rudo golpe y demostró cuán nobles y elevados eran los sentimientos de su corazón!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXII

Antes de pasar adelante, debo decir algunas palabras de otros escritores de aquel tiempo, que han continuado hasta hoy la tarea infatigable. El primero de ellos es Pablo Della Costa, que publicó algunas composiciones en el *Album del Hogar*, y maneja la pluma con habilidad después de haber, como Franklín, manejado el componedor y los tipos de plomo. Sus versos, generalmente armoniosos y agradables, no son, sin embargo, el exponente de su valor literario, que se muestra más bien en el periodismo, donde su producción copiosa, fácil y desbordante tiene un amplio campo en que esparcirse y lucir.

No sucede lo mismo con Victoriano E. Montes, que publicó en el periódico de Méndez, en 1878, su célebre canto *El Tambor de San Martín*. Montes se reveló en él un verdadero poeta, ingénuo, popular a la manera de Béranger, en sus mejores tiempos; y sus estrofas, reproducidas inmediatamente en toda la república y en el exterior, sirvieron de base para la sólida reputación que de entonces le acompaña. La profunda originalidad de esa composición, la elegancia y sencillez de su estilo, la emoción patriótica de que está impregnada, hacen que ella se destaque alumbrada por luces propias, entre las producciones contemporáneas de nuestra literatura. Y estas mismas cuali-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

dades resaltan en las obras posteriores de Montes, que son numerosas, pero que están fundidas en el mismo molde, y caldeadas por el mismo soplo de inspiración americana íntima y propia del autor, que busca siempre temas de nuestra vida, como sucede con *Mi ahijado Mauricio* y la graciosa canción *La Tejedora de Ñandutí*. Deploro no recordar ni tener a la mano estas joyas de nuestras letras. Pero no sucede así con *El Tambor de San Martín*, que está en todas las memorias y que tiene vida duradera y robusta por la belleza de su concepción y de su estilo:

Con los héroes de todo un continente,
La muerte ha hecho sacrílego botín!
Pero aún lucha con ella, frente a frente,
Y cuerpo a cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín.

. . . . . .

Allá van los bizarros batallones...
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,
Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones,
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín.
Firme y de pie, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible, el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crujiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

. . . . . .

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas, ni toques de retreta...
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

Por él son hombres libres los ilotas...
Y lleva un traje de raído brín.
Vive en un rancho, y en lugar de botas,
Miserables y rústicas ojotas
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrílego botín!
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano,
¡Basta de ingratitud! tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín.

. . . . . .

Victoriano E. Montes, preparado como pocos para el trabajo literario por sus conocimientos y por sus admirables dotes personales, está entregado a labores de otra índole, consagrado a la educación de la juventud, que desgraciadamente no le deja tiempo para cultivar las letras como desearían todos los que lo conocen y respetan, por su carácter noble y levantado, que se encuentra al nivel de su talento brillante y sólido al mismo tiempo.

Fué, poco más o menos, en la época de la publicación de esas poesías, que trabé relación con un niño de catorce años que residía en Montevideo, y que es hoy un simpático y brillante literato. Mariano de Vedia que, por tradición y por sangre, debe ser y es un elegante escritor, me escribió una ingenua carta, pidiéndome mis producciones para darlas a conocer en *La Democracia,* diario de combate y de doctrina redactado a la sazón en la veci-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

na orilla por su padre D. Agustín de Vedia, que hoy puede reputarse con justicia como uno de los primeros periodistas del Río de la Plata. Mariano de Vedia ha diseminado en la tarea diaria un copioso caudal de inspiración y de talento. Posee un estilo corriente, imaginativo, y una ilustración literaria, que sin ser profunda, es extensa y agradable. Ha publicado en *La Nación* artículos distinguidos de crítica literaria, y ha precedido de un *Proscenium* delicado y brillante los *Espejismos* de Diego Fernández Espiro. Es esta, a no dudarlo, una de sus mejores páginas literarias, por la frescura juvenil de su estilo y la elegancia de expresión con que sigue el desenvolvimiento del soneto, a través de las diversas literaturas de las naciones de Europa, hasta examinar especialmente los del autor del libro que examina. No es menos interesante su discusión con Alberto del Solar, a propósito del trasplante del espíritu de la Academia Española a nuestro territorio. Ambos contendientes mostraron en este torneo el brillo y la pujanza de sus armas y pudieron retirarse mutuamente satisfechos de su acción hidalga e inteligente. Vedia, como tantos otros escritores de su generación, se ha educado en el espíritu francés y ama ese espíritu con locura. Algunos de sus folletines podrían ser escritos sin desmerecer un ápice en las márgenes del Sena. Ha estudiado con entusiasmo la literatura francesa, y la conoce a fondo, especialmente en su parte moderna. Es por eso que, en sus obras ya bastante numerosas, forma una excepción el precioso relato histórico *Marta Luján,* que revela las disposiciones felices de Vedia para cultivar la narración novelesca. El estilo de Vedia es siempre brillante, de formas graciosas y tendencias artísticas. Posee un buen gusto exquisito; tiene, en suma, todas las condiciones necesarias para imponer su nombre

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

al respeto y la consideración pública, el día en que se aparte del *dilettantismo* intelectual para poner el hombro a una obra meditada y de largo aliento.

Uno de los mejores artículos de Mariano de Vedia es el consagrado al *Rastaquouère,* de mi distinguido amigo y colega Alberto del Solar, a quien traté en París como secretario de la Legación de Chile en España. Este joven escritor, que es al mismo tiempo un *gentleman* perfecto, me era conocido ya por otras publicaciones. Sus *Páginas de mi diario de campaña,* a pesar de ser de las primeras del autor, tiene para mí el encanto de la ingenuidad y franqueza con que han sido escritas, trasladando al papel sin afectaciones la fresca impresión recibida en la marcha fatigosa, en la lucha con el desierto, en la acción contra el enemigo. Su segundo libro, *Huincahual,* narración araucana, presentaba serias dificultades que han sido afrontadas y vencidas no pocas veces por su autor. Resucitar una raza, le dije al leer *Huincahual,* penetrar hondamente en la psicología del salvaje, poner frente a frente primero y fundir después en un mismo cuadro elementos tan discordantes y antagónicos como la barbarie del cacique y la dulzura y suavidad de la cautiva, es ciertamente una empresa ardua y arriesgada. Nada más fácil, al tratar un tema semejante, que incurrir en un romanticismo exagerado o caer en la sensiblería y el artificioso amaneramiento de algunos de los poetas del siglo de Luis XIV, que ponían indistintamente en boca de los personajes de sus novelas y los romanos de sus tragedias las metáforas perfumadas y la afectación de lenguaje de los cortesanos de la época, caricaturados de una manera genial por Moliére en los impagables Jodelet y marqués de Mascarille. Felizmente, del Solar ha salvado el escollo y su libro quedará como una brillante pá-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

gina de su juventud, a despecho de sus forzosas y naturales deficiencias. *Rastaquouère* no es, propiamente, una novela, sino una serie de cuadros de costumbres de la vida parisiense, estudiada a través del temperamento de uno de esos americanos, parientes del D. Frutos de Bretón de los Herreros, poseedores de la carnadura intelectual de monsieur Perichon que, a pesar de ser francés, como lo hace notar Vedia, es un perfecto ejemplar de la raza *rastaquoueril*. Pero el personaje de del Solar es menos grotesco que el entusiasta viajero que se extasía delante de la *mère de glace*. Es un hombre benévolo y honrado, víctima de su afán de aparecer y de su error de dejarse enlazar por las redes sutilísimas que envuelven al extranjero en París, telas de araña para el hombre de mundo, y cadenas de hierro para el inocente o pretencioso *rastaquouère*. Alberto del Solar ha matizado su libro de escenas sumamente interesantes y que revelan todo un aspecto de la vida parisiense, poco conocido para los que no han penetrado en sus bastidores. Esa explotación cosmopolita, ávida, insaciable; esa conspiración tácita de camareros, hoteleros, cocheros, peluqueros, sastres, modistas, mercaderes de *bric-à-brac;* esa tiranía de la librea que amarga la vida de tantos ingenuos turistas que se encuentran de pronto pisando el asfalto del boulevard con el aplomo con que paseaban su importante personalidad por la calle de Buen Orden, como D. Polidoro Rosales, el héroe del espiritual boceto de Lucio López, está indicada en el libro de del Solar sin exageraciones de mal gusto, con esas suaves medias tintas que evitan las disonancias y que revelan el tacto del hombre de sociedad. Añadiré que ese tema que, tratado por persona menos fina o más ansiosa del éxito que radica en el escándalo, hubiera dado motivo para trazar una serie de sangrientas carica

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

turas, de *charges* desopilantes, de siluetas a la manera de Henriot o Caran d'Ache, al pie de las cuales hubiera sido fácil poner un nombre conocido en nuestro pequeño mundo de viajeros americanos, ha sido desarrollado por Alberto del Solar con benevolencia, evitando caer en la alusión ofensiva y sin ensañarse en el tipo que estudia, con cierta compasión simpática, más que con el amor al ridículo. Tal es, en su síntesis más estricta, el fondo de esta obra, escrita con soltura y elegancia y en la cual abundan detalles entretenidos como la escena típica, real, palpitante de color y de vida, que muestra el interior de uno de esos modistos parisienses, convertidos en pólipos absorbentes del dinero de tantas lindas *rastaquouères*, que se dejan arrullar y marear por las zalamerías de los M. Poupée.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXIII

En el curso de estos recuerdos me he referido más de una vez a las discusiones memorables entre *clásicos* y *románticos* que tuvieron lugar en el *Círculo Científico Literario.* Ernesto Quesada, en uno de sus artículos de la *Nueva Revista de Buenos Aires,* ha dicho de ellas lo siguiente: "nuestra juventud lee con pasión a los adalides de 1830, de los que Musset es el ídolo y Víctor Hugo el pontífice; Gautier, para muchos un modelo, y el recuerdo de Gerardo de Nerval y del Cenáculo, un objeto de sincero culto literario. Puede decirse, casi a ciencia cierta, que tal es la tendencia de una gran parte de nuestra juventud más inteligente. Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses. Se adora, pues, a dioses y a ídolos que fueron. De ahí que los socios del extinguido *Círculo Científico Literario* recuerden aún las memorables sesiones de Agosto de 1878 en que se discutió con acaloradísimo entusiasmo la famosa cuestión del romanticismo de 1830". A su turno, José Nicolás Matienzo también le consagra algunos párrafos al ocuparse de las *Poesías* de Adolfo Mitre. "El campo — escribe — estaba ocupado por dos fracciones: los unos abrazaban con ardor la causa del romanticismo, los otros la del clasicismo. Se discutió mucho con ese interés desinteresado de la primera juventud, a quien todavía no solicitan con fuerza poderosa los móviles

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

egoístas que imperan generalmente en la edad madura. Ambas fracciones hicieron esfuerzos de elocuencia y de erudición. Los románticos leyeron y releyeron el monumental prefacio de *Cromwell* de Víctor Hugo, y no perdían de los labios los nombres de Byron, Lamartine, Heine, Musset y Gautier. Los clásicos alzaron por bandera las obras maestras de la antigüedad y del Renacimiento. No podré decir imparcialmente quién triunfó, si los románticos o los clásicos, porque yo fuí de los primeros, pero sí puedo decir que la mayoría estuvo por el romanticismo. Y era natural. El romanticismo, a pesar de sus exageraciones, representaba la libertad, alma del mundo moderno, culto de los corazones jóvenes, en quienes la vida sobreabunda y que no pueden concebir trabas para sus manifestaciones legítimas".

Por primera vez, en efecto, se suscitaba entre nosotros una cuestión de alto interés intelectual. ¿Por qué extraño concurso de circunstancias los miembros de una generación tan joven resucitaban problemas que fueron puestos sobre el tapete cuando Esteban Echeverría regresaba de Francia, en la época en que se daba allí la *batalla de Hernani?* La generación que nos había precedido en la vida pasó los años de su primera educación en medio de los escombros humeantes de un país en vías de organización y consagró a la política y a la vida activa una gran parte de sus facultades. Fué la nuestra la que introdujo y puso en moda querellas antiguas pero interesantes, que dormían en el pasado, dándoles una importancia real y efectiva para el desenvolvimiento de nuestras letras nacionales. En la discusión del *Círculo* nos arrojábamos a la cabeza, los unos a los otros, citas de Sainte-Beuve y Nizard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier: revelábamos el estu-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

dio detenido de las grandes obras de la literatura moderna francesa, inglesa y alemana, y apoyábamos nuestros argumentos en los principios de la estética y la filosofía.

Digámoslo de una vez por todas: en aquel grupo de jóvenes argentinos no se traían al debate sino autores extranjeros. Estábamos dominados por la influencia europea. En aquella discusión célebre casi no quedó literato notable del viejo mundo que no acudiera a deponer, solicitado por alguno de nosotros. Y, sin embargo, nadie recordó el artículo de Echeverría sobre este tópico palpitante, en el cual se leen las siguientes palabras: "El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar de la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública nacional sobre materia de gusto, en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner mano a la obra saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes con nuestra condición, estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura".

Los adalides que tomaron parte en la batalla eran Alberto Navarro Viola, Eduardo L. Holmberg, Manuel Díez Gómez, Adolfo Moutier, Enrique García

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Mérou, Ernesto Quesada, Julio E. Mitre, Luis María Drago, Víctor Manuel Molina, Adolfo Mitre, los dos Rivarola, Carlos Monsalve, Nolasco Ortiz Viola, Eduardo Sáenz, Ramón A. de Toledo, Rodolfo Araujo Muñoz, Benigno B. Lugones, José Nicolás Matienzo, etc., etc. He hablado ya de algunos de ellos. Los que, en bandos opuestos, llevaban la palabra, fueron Ernesto Quesada y Enrique García Mérou, pero casi no quedó un solo miembro del *Círculo* sin tomar participación en el debate. Rivarola (E.) y yo éramos secretarios. Los discursos de Matienzo, Mitre, Díez Gómez, Moutier, Rodolfo Rivarola, etc., eran notables, nutridos y abarcaban la cuestión bajo todas sus fases. Ernesto Quesada combatía a Musset, considerándolo el representante genuino de la generación de 1830. ¡Qué briosas defensas se hicieron del poeta de *Rolla* y *Namouna!* Con todo, aquella interesante controversia se mantuvo en los límites de la más estricta cultura, chocando solamente las ideas contra las ideas. Ernesto Quesada, fuerte en su erudición políglota, se descolgaba con un diluvio de citas y ejemplos sacados de todas las literaturas; pero la mayoría le era adversa y fué vencido a pesar de sus esfuerzos viriles.

Quesada era autor de una obra en que estudiaba a la sociedad romana en la época de Persio y Juvenal, a través de las sátiras de estos poetas. Obra de juventud y de labor infatigable, adolecía de inevitables defectos, perfectamente disculpables dadas las condiciones de su autor, entre las cuales resaltaba una afectación de ciencia que era el pecado venial de aquella literatura de su primera edad.

Es verdaderamente deplorable que la indiferencia general que existe entre nosotros para todo lo que se refiere a las letras, haya impedido a Quesada reunir sus escritos dispersos en multitud de diarios y revistas. Ellos hubieran dado varios tomos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de sabrosa y buena lectura, como la de *Un invierno en Rusia,* que publicó últimamente, obra interesante bajo todos aspectos, llena de observaciones sagaces, de reflexiones nuevas y personales y de estudios históricos y políticos expuestos en un estilo fácil, corriente y verboso como lo es la palabra de su autor. Director durante mucho tiempo de la *Nueva Revista de Buenos Aires,* donde al principio estuvo acompañado por su ilustre padre, las letras argentinas deben a Ernesto Quesada largos y fieles servicios, y nuestra generación tiene en él uno de sus miembros más ardientemente trabajador y erudito, llamado a producir obras notables y siempre dignas de su inteligencia y su contracción.

Manuel Díez Gómez era otro de los oradores fecundos de aquella lucha. Ignoro si ha publicado alguna obra, pero revelaba apreciables condiciones para el cultivo de los trabajos del espíritu y estaba dotado de una gran fluidez en la expresión. Nolasco Ortiz Viola, a pesar de sus estudios de ingeniero, había demostrado desde temprano una gran afición a los trabajos literarios. En la *Revista* que publicaba la *Sociedad Ensayos Literarios* he leído últimamente algunas de sus disertaciones, escritas hace quince años, en especial un trabajo sobre la *Esclavitud* y otro sobre el *Origen del calor solar* que está más de acuerdo con la índole científica de sus estudios. Eduardo Sáenz era y creo continúa siendo un romántico sin redención, simpática personalidad compuesta solamente de sensibilidad y talento, y que suplía en aquel tiempo su escaso bagaje científico, con hallazgos inesperados y una facilidad sorprendente de asimilación, unida a un temperamento genuino de poeta. Una nota melancólica vibra en todas sus estrofas de aquel tiempo, suaves y melodiosas como las siguientes, escritas en el estilo de Ricardo Gutiérrez:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

En las horas terribles de la duda,
En los instantes de dichosa calma,
Entre el bullicio del placer mundano,
En las noches de insomnio solitarias,
Sublime siempre,
Siempre lejana
La imagen celestial de tu figura
En medio de mi senda se levanta.

Cuando en la margen del sereno arroyo
Tranquila escuchas murmurar sus aguas
Y una onda se arrastra temblorosa
A humedecer tu delicada planta,
Alza a los cielos
Tierna plegaria,
Porque en los pliegues de la blanca linfa
Van envueltas las gotas de mis lágrimas.

¡Ah! ¡no me olvides! Que jamás el tiempo
Sepulte la maldición de tu inconstancia!
Conserva para siempre en la memoria,
El recuerdo inmortal de estas palabras;
Son los acentos
De la esperanza,
Que, al compás de una lira melodiosa,
Mi corazón, entre suspiros, canta.

Había en el Círculo varios grupos que no es inútil clasificar. Los poetas eran Adolfo Mitre, Navarro Viola, E. Rivarola, Eduardo Sáenz, Julio Mitre y Matienzo. Los prosistas Enrique García Mérou, Ortiz Viola, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Benigno Lugones, Araujo Muñoz. Había eclécticos, dedicados a lo que en la jerga crítica actual se llama el *dilettantismo,* como Adolfo Moutier y Ramón A. Toledo y otros que formaban una especialidad en medio de aquellas divisiones, como Carlos Olivera y Carlos Monsalve, apasionados de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la fantasía alemana, y que parecían nacidos en las riberas del Rhin, y no en las del Río de la Plata.

He hablado ya de muchos de estos jóvenes escritores. Diré solamente algunas palabras de los demás. Y ante todo, eliminemos a los que, llenos de talento y de *esprit*, como Toledo y Moutier, jamás consagraron sino horas fugaces al trabajo literario, o a los que, como Rodolfo Araujo Muñoz, han demostrado en la política y en uno que otro artículo brillante lo que serían capaces de hacer si la índole de su carácter y las circunstancias de la vida, no les hubiera llevado por otro sendero. En cuanto a Toledo, era el espíritu burlón, el Mefistófeles de aquel Olimpo juvenil. Los mayores y más ridículos arranques de entusiasmo eran enfriados por la ducha helada de su sátira implacable. Cuando estábamos más idealizados, cerniéndonos en el Pindo, era cuando su chiste nos arrancaba la clámide de los dioses, y hacía a Júpiter olímpico una mueca desvergonzada. Moutier mariposeaba, con una eterna caridad y alegría de espíritu, a través de todas las teorías, comprendiéndolas igualmente, penetrando en los más delicados matices del pensamiento y bajando hasta el fondo de las más abstrusas metafísicas, capaz de escribir un poema con la misma suficiencia que un libro de estadística, sosteniendo tres horas las tesis más mirabolantes, con el solo objeto de hacerlas triunfar y tener pretexto para destruirlas durante otras tres horas. Había penetrado en varias carreras sin detenerse en ninguna. Su gran talento le hacía abarcar todo al primer golpe de vista, y esta rápida comprensión le producía pronto un invencible sentimiento de hastío. Pero era y queda siendo un eximio representante del exotismo literario, del cosmopolitismo científico; en una palabra: un supremo y delicado diletante que no necesita sino abrir su pensamiento

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y dejar fluir su palabra pintoresca para mostrar todos los tesoros de su ingenio inagotable.

"Carlos Monsalve, que maneja con igual maestría el vocablo antiguo y la fantasía alemana, que vive en intimidad con Hoffmann y con don Alfonso el Sabio y que debe llevar en su cabeza un mobiliario bien rico, cuando puede dar dentro de él asiento a sus huéspedes separados por tantos siglos", — tal como lo retrata en las anteriores líneas el doctor Avellaneda, merece fijar, desde luego, nuestra atención. No ha publicado sino un libro — *Juvenilia* — pero no vacilo en afirmar que en él se encierra una de las manifestaciones de mayor talento que han dado los jóvenes de la nueva generación. Se ha sentido irresistiblemente dominado desde sus primeros escritos por la influencia de los cuentistas germánicos, y por una extraña asociación de ideas ha publicado *El ave de Zeus*, *De un mundo a otro*, *El gnomo*, *El viejo Hullos*, etc., fantasías extravagantes y pintorescas que parecen soñadas en la bruma maravillosa en que Ana Radcliffe escribía sus novelas de subterráneos y emparedados, y Achin D'Arnim trazaba sus macábricas siluetas a lo Callot. Bajo muchos aspectos, el juicio que de éste se ha hecho podría aplicarse a más de una de las pesadillas de Monsalve: "cubre una tela de negro, y, por algunos toques de luz hábilmente distribuídos, esboza en medio de este montón de tinieblas grupos apenas indicados, figuras cuyo lado alumbrado se destaca, mientras el otro se pierde confusamente en la sombra; fisonomías extrañas que guardan una seriedad intensa, cabezas de un encanto mórbido y de una gracia muerta, máscaras burlonas de una alegría inquietante que os miran, os sonríen y os hacen burla desde el fondo de esta noche mezclada de vagas claridades. Desde el momento de pisar el umbral de este mundo misterioso,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

uno se siente sobrecogido por un malestar singular, en la duda de si hay que entenderse con hombres o con espectros".

Monsalve ha escrito pocos pero excelentes versos. Algunas veces es poeta en prosa, y su estilo adquiere diafanidades y transparencias a las que sólo falta el ritmo y el consonante para poder rivalizar con las más bellas estancias de nuestros vates. ¿Quién no recuerda la suave melodía del *Moon Light?*

"Las aguas reposan estancadas entre los juncos y los árboles de las riberas. En la quietud del río sin oleaje, a trechos bruñido y terso o de una opacidad sombría, relucen de distancia en distancia los fulgores luminosos de las estrellas; se ven sus rayos dorados hundirse a plomo en la profundidad tenebrosa de sus aguas, y temblar en la superficie formando manchas comparables a la luz líquida, derramada sobre el color neutro de una placa de acero. A ambos lados, en las cercanas márgenes, los árboles agrupados a lo largo de las orillas forman grandes masas negras recortadas sobre el resplandor difuso del cielo. Por entre los claros de su follaje se entrevé una que otra estrella, casi al ras del horizonte, medio borrada por las nieblas secas que se levantan de las tierras distantes. Aun sin distinguirlos con precisión, se reconocen los sauces en las oscuras masas de árboles, cuyas copas van a caer con languidez, en haces de filamentos negros y como en un desfallecimiento, hasta confundirse con las líneas borradas de la maleza que crece bajo sus troncos, fundida en la tinta del suelo tenebroso. Las luciérnagas, gotas de luz aladas, vagan perdidas en lo negro, apagándose a intérvalos para reaparecer en otro punto. Algún fuego fatuo ascendiendo hasta la copa de los árboles brilla sin irradiaciones y se desvanece sin ruido".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Por qué, me he preguntado muchas veces, este real talento literario no busca su modo de expresión, su molde y su forma definitiva en la novela, género tan poco cultivado entre nosotros? ¡Cuántos libros admirables brotarían de la pluma del que ha escrito *El hombre de piedra, La historia de un paraguas, Ibrahim* y *La botella de Champagne!* Casi lo mismo puede decirse con relación a sus poesías; ellas no ocupan más de veinte páginas en el tomo de Monsalve: y sin embargo, solamente el canto *En tranvay* revela un verdadero poeta por su penetrante sutileza de análisis psicológico, sus dulzuras un poco blandas, sus delicadezas un poco lánguidas que lo aproximan a Coppée, pues tiene como él, el sentido de lo pintoresco, con un encanto íntimo y una simpatía tierna y fina por ese mundo de la realidad sencilla, que le ha proporcionado sus mejores inspiraciones.

He aquí algunas de las estrofas de esta hermosa fantasía:

Era un domingo por la tarde; triste,
Muy triste era esa tarde, pareciendo
Que el sol, que iba sus rayos ocultando,
En vez de ser un sol que va cayendo,
Era un astro aburrido del domingo
Que se acuesta en su lecho bostezando,
Para pasar la eternidad durmiendo.
¡Ah! cuántos pobres hombres fastidiados
No desearán, con incansable anhelo,
Poder hacer cuanto antes eso mismo,
Y dormirse por siempre! Mas, ¿quién sabe
Si al trasponer los límites sagrados,
Se encuentran las tinieblas del abismo
O las luces del cielo?
... ...
Viajaban, pues, las dos, y yo con ellas

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y demás pasajeros juntamente.
Al principio, pensando en las estrellas
O en la luna, escuchaba indiferente
El chirrido confuso de los rieles;
Me alegraba el temblor de los cristales
Golpeando sin cesar las ventanillas,
Y oía con placer los cascabeles
Sonando en las colleras amarillas
De la yunta de pobres animales,
Que, al trote, soportando sus cadenas,
Arrastraban el coche a duras penas,
Tropezando en las piedras desiguales.
Pero después, alzando la cabeza
Con todo el estupor que me embargaba
Miré a mi alrededor con extrañeza,
Creyendo que tenía por delante
Las visiones de cosas que soñaba...
Y luego bostecé, como bosteza
De plantón en su puesto el vigilante,
Que maldice a la noche que no acaba
Y reniega del día que no empieza.
Chateaubriand, sin emplear el consonante,
Ni viajar dormitando de esa suerte,
Ha dicho que su vida era un bostezo.
¿Qué pensaría él mismo de la muerte,
A pesar de su fe recalcitrante?
Y tú, sombra de Hamlet soñadora,
¿Te imaginaste alguna vez que un día
Esta generación innovadora
Tu exclamación siniestra olvidaría?
"Ser o no ser", tal era tu dilema,
Pero el nuestro es más lleno de armonía;
"Aburrirse o morir", *ecco il problema.*
Por lo demás al darme cuenta clara
De que estaba rodeado de viajeros,
Nada tiene de extraño que pensara...
Cualquier cosa al mirar mis compañeros,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y que luego exclamase conmovido:
¡Bendito sea Dios! que ha permitido
La reunión al acaso de estas gentes
Que sin duda se ven por vez primera,
Y que siguiendo rumbos diferentes
Sin volverse a encontrar en esta vida,
Irán a perecer cuando Dios quiera,
En quien sabe qué parte conocida,
Sin que a nadie le importe; de manera
Que se pueden ahorrar la despedida.
... ...

Carlos Olivera, ha derrochado en el periodismo un capital extenso de inteligencia y de erudición. En una labor continua de diez años ha afrontado todos los temas y seguido en todas sus fases, el movimiento social, intelectual y político durante ese lapso de tiempo. Si reuniera sus innumerables artículos darían materia a varios volúmenes. No ha coleccionado sino algunos en un tomo con el tíulo de *En la brecha*, libro de matices variados, de temas diversos, cuya amalgama ha sido explicada por su autor de la siguiente manera: "No debe extrañarse al hallar al lado de una crónica musical o de un estudio sobre finanzas, la sentida necrología de un grande hombre o de un amigo notable que desaparece; o al lado de las meditaciones filosóficas de un desocupado, la tirada patriótica contra algún abuso del poder o la crítica de versos o de dramas; que a veces ha sido preciso el hacer todos estos papeles en un mismo día. ¡Tan cierto es que no hay vida más semejante a la de un artista de teatro, que la vida de un periodista! Ambos necesitan igual sensibilidad, igual facilidad de adaptación, igual sentimiento de pasión ingenua y verdadera, para calentar con ella la frase y presentarla ardientemente nueva al público que paga. No poder representar

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ágil y vivazmente todas las situaciones, personajes y sentimientos que se agiten en el inmenso teatro de la localidad en que se actúa, es no poder ser periodista. Para serlo es preciso vivir con la vida de los otros; es necesario tener fácil la indignación, pronto el entusiasmo, suelta la risa y las lágrimas al borde de la pestaña. En un mismo día, como en la escena dramática, puede suceder, que el poder asesine un ciudadano, que haya un descubrimiento científico que intensifique el progreso del mundo, que un personaje cometa una acción ridícula y que la muerte se lleve una persona querida del público. ¿Qué remedio, entonces, sino vibrar ardientemente en los cuatro tonos?''.

Olivera empezó escribiendo cuentos fantásticos y baladas en prosa, que publicaba en *El Nacional*, atribuyéndolas a un imaginario poeta alemán llamado *Ludwig-Klein*. Después se apasionó de Edgard Poë y lo puso en moda entre nosotros. Había estudiado solo el inglés y lo poseía a la perfección. Un día conoció por las traducciones de Baudelaire, al poeta desgraciado de *El Cuervo*, y buscó el texto original, para saborearlo mejor. Desde entonces se hizo *Poesiano* como otros se hacen *Shakespearianos* o *Balzacianos*. Tenía un gran número de ediciones de su autor favorito; conocía a fondo los detalles de su vida, los miembros de su familia, sus afecciones y sus odios, los actos palpitantes de la horrible tragedia de su destino. Tradujo, sino todas, una gran parte de sus obras, que según tengo entendido, han sido publicadas en un volumen por la casa de Bouret. Ignoro si aún continúa fiel a aquella pasión de la juventud; pero de todos modos, ella le sirvió para penetrar hasta el fondo en el pensamiento de un genio misterioso y turbador, lleno de sorpresas y de extravagancias, pero no por eso menos digno de ser admirado y estudiado como una personalidad

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

única, sin igual y sin precedente, en el vasto mundo de las letras. Los que quieran ver las pruebas de esa afección, deben recorrer *La infancia de Edgard Poë*, donde se encuentran párrafos como el siguiente: "Manos piadosas y sinceras han puesto hoy en su verdera luz„ la figura tan discutida, tan execrada por unos y ensalzada por otros, de Edgard Poë, el más grande poeta de su patria, y el más original de los fantasistas conocidos. La envidia asquerosa, no encontrando presa en el hombre literario, se cebó durante veinticinco años en el hombre íntimo, pero gracias a la legítima curiosidad que rodea a los hombres célebres, la infancia de Poë ha sido retrasada a su origen, y allumbrada por el faro de la verdad, esta justiciera póstuma, se destaca luminosa y pura entre los detalles oscuros de su vida. No es, pues, del poeta profundo, ni del literario original y suprahumano, que vamos a hablar, sino del hombre, en los resplandecimientos de su genio".

Carlos Olivera continúa persiguiendo con infatigable ardor los ideales que impulsaban a Lugones, el inseparable compañero de sus primeros trabajos y de sus primeros triunfos. Posee una facilidad muy grande de expresión, y esa rapidez de pensamiento indispensable para el que se consagra a calmar la ansiedad pública, desde las hojas volantes de la prensa diaria. Sus conocimientos de literatura extranjera son profundos y variados. Desgraciadamente, como tantos, absorbido por la política, no ha tenido aun tiempo de revelarnos, en una obra fundamental, todo lo que es capaz de producir su talento de publicista puesto al servicio de una gran idea o de una gran pasión.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXIV

El *Círculo* dió a luz una *Revista Literaria*, en la cual colaboraban los miembros de la asociación. Nada más difícil que encontrar hoy los números dispersos de aquel repertorio de artículos y poesías que duermen en sus columnas, sepultados bajo una capa espesa de olvido. Y, sin embargo, hay allí trozos literarios que merecen recordarse, y originalidades poéticas, dignas de aquellos tiempos de iniciación brillante, que hoy se leen con interés y con sonrisas de asombro. Esto no bastó sin embargo, para evitar a nuestra publicación la *guigne* que se empeña en perseguir entre nosotros a todos los que se deciden a luchar contra las tendencias geniales de nuestro público. La *Revista de Buenos Aires* y la *Nueva Revista de Buenos Aires*, la *Revista del Río de la Plata*, la *Revista Argentina*, — todas han desaparecido, después de un período más o menos largo de agonía. El *Album del Hogar* y la *Revista Literaria* tuvieron la misma suerte, a pesar de los esfuerzos de Gervasio Méndez que jugaba el pan en la partida; y a despecho de todos los elementos valiosos del *Círculo Científico Literario*, que pugnaban por sostener la segunda. Creo, — ¡Dios me perdone! — que ni siquiera pudimos pagar los últimos números al italiano Barbieri que la editaba por la imprenta del *Operaio*. Actualmente, la labor y la persistencia prodigiosa de que da

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pruebas mi amigo Adolfo P. Carranza, mantiene la *Revista Nacional,* contra la indiferencia general. La *Ilustración Argentina,* fundada y dirigida durante varios años por Pedro Bourel, escritor inteligente y concienzudo, periodista de cualidades sólidas y estimables, carácter recto y levantado, — ha tenido también que arriar bandera después de una lucha desventajosa. ¿Para qué seguir haciendo la nómina de esta larga serie de cadáveres, que convierte a nuestra historia intelectual en una Morgue de publicaciones literarias?... Con qué razón me escribía Bourel, hace diez años: "¡Hoy más que nunca las bellas letras están aquí desamparadas, en camino de la más completa decadencia. Es un signo de esta época dolorosa. Progresamos; pero es un progreso material, transformación de la materia bruta. No progresamos en inteligencia ni en corazón, es decir, no progresamos realmente!".

Luis M. Drago, publicó en la *Revista Literaria* la traducción de un interesante estudio sobre estética. Sin dedicarse especialmente a la literatura, Drago tenía un buen gusto exquisito, fortalecido por sus frecuentes estudios de críticos e historiadores extranjeros, y en especial de Macaulay, a quien leía en su idioma, y a quien admiraba ardientemente en aquel tiempo. Recibió su título de abogado y estando consagrado a la magistratura, tuvo tiempo, sin embargo, para sostener una interesantísima polémica con el doctor Emilio Lamarca sobre la *Literatura del Slang,* en la cual demostró sólidos y extensos conocimientos de alta y buena literatura y un estilo incisivo, fino y fuerte al mismo tiempo, en que la lógica y el método más estricto se unen con el encanto de una expresión siempre elocuente y brillante. A pesar de su juventud, por la potencia de su talento, Luis M. Drago ocupa un puesto distinguido entre los hombres de su generación. Como

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Rodolfo Rivarola, que escribió últimamente un notable *Comentario al Código Penal*, ha enriquecido nuestra literatura jurídica con dos obras, de índole diversa, pero de mérito igualmente considerable. La primera es una colección de *Fallos y sentencias* dictadas por él durante el tiempo que desempeñó un importante Juzgado en la Provincia de Buenos Aires. La segunda, *Los hombres de presa*, es un precioso estudio de antropología criminal, que se lee con el interés de una novela, a pesar de su base rigurosamente científica, y que ha merecido elogios entusiastas de Garofalo y Lombroso, los dos grandes maestros cuyas teorías y doctrinas somete Drago en su libro al análisis más minucioso, para señalar sus hallazgos y sus deficiencias, penetrando de lleno en la psicología y la fisiología del criminal.

En el primer número de la *Revista*, comenzó a aparecer la traducción de *Rolla*, hecha por Rodolfo Rivarola. Estudiaba en aquel tiempo en el Colegio Nacional, y se distinguía en las aulas por su inteligente contracción. Amaba locamente la literatura. Creo que nadie de nuestra generación y de las siguientes, ha escrito en su juventud tanto como Rivarola. Recuerdo que en la época en que yo no había podido todavía medir un solo verso, y miraba como dioses a los que eran capaces de enfilar dos consonantes, aunque fuera en forma de *aleluyas*, Rivarola había producido, dramas, novelas, poemas épicos, leyendas, etc. Sus numerosos manuscritos ocupaban un gran cajón; estaban copiados todos en la bella letra del autor y cuidadosamente cosidos. Una de sus leyendas más extensas tenía por argumento el episodio histórico de *Lucía Miranda*. De lo demás, me sería imposible tratar de dar una idea. Eran escritos fogosos, variados, enciclopédicos, versos abundantes y fáciles, un inmenso derroche de inspiraciones; pero nada vulgar, nada bajo y sim-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ple, nada que revelase falta de capacidad y plétora de esa audacia, que es tan frecuente encontrar entre los que se consagran a este género de trabajos sin estar dotados de "temperamento literario". ¿Qué se han hecho hoy todos aquellos esbozos de futuras obras? No podría decirlo, pues han pasado algunos años y se me escapa hasta el recuerdo de sus temas y formas características; pero la impresión que ellos me causaron era excelente y esto basta para que deplore su extravío o destrucción.

Durante el apogeo del *Círculo*, el entusiasmo de Rivarola había amenguado bastante; estaba consagrado al estudio y el trabajo y tenía poco tiempo para dedicarse a las letras. Sin embargo, publicó en el *Album del Hogar* la traducción de un canto de *Jocelyn*, y una *Rêverie*, — leída en una de las frecuentes conferencias de aquel centro — en que invocaba a la Verdad, el Recuerdo, la Poesía, la Gloria, la Melancolía — dulces compañeras de sus horas de soledad y de meditación, amigas cariñosas que le daban fuerza para luchar y para vivir:

¡Oh tropel de ilusiones! Ya sois tantas
Que no os conozco a todas. ¡Cuántas! cuántas
De la existencia en todos los senderos
Pasasteis a mi lado sin mirarme,
¡Ah! pasasteis sin darme
El cariñoso adiós de los viajeros!
Ya no me dejaréis! Junto a mí todas!
Vuestros caprichos de mujer, las modas,
Las blondas, los encajes y las flores,
Todo lo olvidaréis para seguirme
Y todo para oirme
Cantar a cada una mis amores.
Me envolveréis en ondas luminosas,
Y blandos lechos de clavel y rosas
Prepararéis para mis dulces sueños,
Y rubios y celestes serafines,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Me arrojarán jazmines
Pasando junto a mí, siempre risueños.
Ya no me dejaréis; siempre rodeado
Estaré de vosotras, y a mi lado
Contemplaréis mi sueño delirante;
Una mano pondréis sobre mi pecho,
A tanto amor estrecho,
Y yo os daré mi corazón amante.
Mas ¿qué digo?... ¡Silencio!... ¿Oís? ya viene
El monstruo airado que en su red me tiene.
¡Huid! ¡huid! que soy su prisionero,
Y atado a sus despóticas cadenas
Llorando estoy mis penas
Víctima triste de su encono fiero.
¡Huid, que os manchará su insana rabia!
Veréis perdida vuestra noble savia,
Atadas siempre en esta cárcel dura!
Dejadme reluchar por libertarme
A solas, y escaparme
Del monstruo del *Dolor* que me tortura!

La traducción de *Rolla,* obedecía a la moda en que estaba entre nosotros esta clase de ejercicios. Apareció precedida de algunas líneas mías en las cuales trataba de explicar el carácter del poema de Musset y abría un juicio sobre su versión española. "Rolla va a morir suicidándose (escribí con aquel motivo, en el estilo pretencioso de la primera edad); tres años en que abandonado a las corrientes del mundo, se precipita con frenético arrojo a su ruina, que será la causa de su muerte, lo conducen de miseria en miseria, de desencanto en desencanto, al lecho venal de una desgraciada. Y esa alma enferma, reta a todo lo grande, a todo lo solemne; al misterio que lo va a abrazar en la sombra, a la conciencia que quizá no hace más que dormitar en él; a Dios que lo contempla, al amor que lo rodea. Encuentra en el insulto de su depravación,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

un placer y un consuelo; muestra, "como un soldado sus cicatrices, la roca de su corazón en que no ha germinado la más humilde flor!..." El poema ha sido tachado de inmoral. Rolla, en la última hora de su vida, arroja a un lado su conciencia, más que con indiferencia, con desprecio. Y, sin embargo, ¡cuánta pureza en el estilo de esas estrofas inmortales en que la última noche del libertino encuentra acentos íntimos y conmovedores! El corazón lo considera con la simpatía de un hermano desgraciado; no se le maldice, se le ama y se le compadece porque tiene la seducción del valor vencido, el encanto del poder derrocado. Alfredo de Musset, como Byron y Lamartine, que lo llamaba "niño de los blondos cabellos", ha gemido las notas de su canto; son verdaderas lágrimas las que corren por sus mejillas, como son verdaderos sollozos esos gritos estridentes de la *Noche de Mayo*, ese cuadro salvaje en que el pelícano, a la fúnebre claridad del crepúsculo, de pie sobre una roca sombría, alimenta a sus pichones con la carne de sus entrañas sangrientas.

Hay obras que, por su índole especial, son intraducibles. Creo que *Rolla* es una de ellas y las versiones en que se ha pretendido trasladarla al español, parecen corroborar este juicio. La que fué publicada en España por Angel Chaves, abunda en versos sonoros y arranques espontáneos y naturales; pero, en cambio, peca por falta de fidelidad, defecto imperdonable en este género de trabajos; la de Rivarola, se ajusta lo más posiblemente al texto, peca por falta de fluidez.

Entretanto, *Rolla* en español y en francés será siempre el poema más grande de Musset y el predilecto de la juventud. Refiriéndose al autor, un crítico ha dicho con justicia: "El carbón ardiente tocó sus labios y los purificó. Se diría que su genio,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pasando por la llama, se hubiera desgajado de los elementos groseros, como un metal que deja sus escorias en el horno, y que correrá en el molde, más puro y más sonoro...".

Voy a trascribir, para los que no conocen o no recuerdan la traducción de Rivarola, que es hoy dificilísimo encontrar, el célebre fragmento traducido también por Mitre, que empieza:

¡O Christ, je ne suis pas de ceux que la prière
Dans tes temples muets amène a pas tremblants,
Je ne suis pas de ceux qui vont a ton calvaire,
En se frappant le cœur, baiser tes pieds sanglants!

He aquí la traducción de Rivarola:

Jamás ¡oh Cristo! con mi ruego acudo,
Trémulo el paso, hasta tu templo mudo;
No soy de los que van a tu Calvario
A besarte los pies, golpeando el pecho;
Yo no me inclino bajo tu santuario
Si en la bóveda oscura
La arrodillada multitud murmura,
Al viento de los cánticos sagrados,
Cual se inclinan gimiendo los juncales
Al soplo de las brisas borealles.
¡Cristo! no creo en tu palabra santa;
Tarde a un mundo decrépito he venido.
Este siglo sin fe que hoy se levanta
De otro sin esperanza engendro ha sido:
Los cometas del nuestro
Despoblaron el cielo; y el acaso
Al arrancar los mundos de sus sueños
Con ellos en la sombra mueve el paso;
De los antiguos tiempos el espíritu
Tus mutilados ángeles arroja
Al báratro profundo;
Y ya el clavo del Gólgota se afloja!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Tu gloria ha muerto, Cristo!
A tu sepulcro el suelo se sustrae,
Y sobre nuestras cruces de madera
¡Tu cadáver celeste en polvo cae!

La traducción española de Angel Chaves, interpreta este pasaje de la siguiente manera, que es a todas luces inferior como exactitud:

¡Cristo! yo de tus templos al santuario
No sé llegar con pasos macilentos,
No soy de los que van a tu Calvario
A besar con amor tus pies sangrientos.
Yo, cuando veo a un pueblo prosternado
Humillarse ante tí devotamente
Cual del viento del norte al soplo helado
Dobla el cañaveral su altiva frente,
Permanezco de pie, mudo e inmóvil!
La dulce fe, de tu bondad reflejo,
En mi cansado pecho ya no arde:
Nací en un siglo demasiado viejo,
Para creer en tí nací muy tarde!
De un siglo sin temor ¿qué duda cabe?
Nace un siglo sin fe, siglo de muerte;
Ya del divino Gólgota los clavos
No aciertan en tu cruz a sostenerte.
El sol sobre tu tumba se ha escondido,
Tu gloria ¡oh Cristo! ha muerto,
Y en polvo convertido
Tu celestial cadáver ha caído,
Como palma tronchada en el desierto.

Además de la traducción de *Rolla*, aparecieron en la *Revista Literaria* varias hermosas poesías de José Nicolás Matienzo, entre las cuales se distingue la titulada *Pensar, dudar*. La tendencia objetiva que precede al desarrollo de esta composición la ha-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ce una especialidad entre las que su autor escribía en aquel tiempo. En ella, se leen estrofas como las que siguen:

Tú dudas porque piensas: eso es grande!...
Noble alma la que expande
Su anhelo de pensar hasta el martirio,
Y afronta, como el viejo Galileo,
La ira del fariseo,
Que llama a su obra criminal delirio!

Vosotros, los que nunca habéis pensado,
Cerrad el labio osado;
No digáis al que duda que blasfema,
O impedid a la esfinge que adelante,
Sublime y aterrante,
Pidiendo solución a su problema!

Podéis decir que el pensador, vencido
Como Icaro, ha caído,
Por la impotencia de su grande aliento,
¡Mas no podéis decir que vanamente
Puso Dios en su frente
El destello inmortal del pensamiento!

He dicho anteriormente que las traducciones francesas y españolas de los *lieder* de Heine y la aparición de las *Rimas* de Becquer, que estaban entonces en la época de su mayor éxito, pusieron en moda entre nosotros la fabricación de este género de composiciones. La *Revista Literaria*, contiene un inmenso número de ellas.

Casi no quedó uno de los jóvenes poetas que no se sintiera invadido por el deseo de hacer un *Intermezzo* para su uso particular, y no pocos se dedicaron a traducir las bellas y suaves creaciones del autor del *Reisebilder*. Esta influencia, por otra parte, ha sido general en Sud América. Adolfo Mi-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tre escribía *Intimas;* Enrique Rivarola, *Desahogos;* José Nicolás Matienzo (*Hermann Beck*), *Hojas sueltas;* Rodolfo Rivarola, *De mi cartera.* Y todas estas series de pequeñas composiciones, estaban cortadas por un patrón uniforme, cantaban los mismos desengaños y la misma eterna melopea de los amores románticos, el quejido del corazón insaciable, el duelo a muerte de los sexos, la ironía y la tristeza de la pasión comprimida, o el culto de la forma plástica, que tanto amaba Gautier, y que él también ensalzó en su admirable *Poème de la femme.* ¿No es un reflejo de ese trozo literario, que su autor llamó con verdad "mármol de Paros", la siguiente estrofa de Adolfo Mitre?

...No me escondas
Tu desnudez sublime y opulenta.
Friné sale desnuda de las ondas,
Y el arte que maneja los pinceles
Para su gloria, desde entonces, cuenta
La Venus Anadyómena de Apeles.
¡Quién sabe si no encuentro en tu hermosura
Un poema mejor que esa pintura!

Pero, en general, esas rimas se distinguían por la sensiblería más refinada, por un alambicamiento de expresiones y de sentimientos que eran indispensables para no separarse de las reglas del género y del modelo de los maestros. Así, por ejemplo, decía Mitre:

¿Por qué desde que te amo estoy gozoso?
¿Por qué tan triste estás desde que me amas?
Es que, mi bien, es cierto
Que los que se aman cámbianse las almas!

Enrique Rivarola, en el siguiente *Desahogo*, llevaba más lejos el entusiasmo:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Me dice la razón: "deja tu pluma,
No te acuerdes de ella: no te ama"
El corazón de pena se me ahoga
Y cae en el papel, muda, una lágrima.
Pensando qué decir, sobre la mano
Sostengo la cabeza reclinada,
Y escribo, sin fijarme y con tristeza,
Una vez y otra vez: *¡ingrata... ingrata!*

Y Eduardo Sáenz, entraba al concurso con un nuevo lamento, no menos imberbe que los anteriores:

"Jamás he de olvidarte", me decía
Cuando de su constancia recelaba,
"Jamás he de olvidarte", repetía,
Y llorando en sus brazos me apretaba
... ...
Y la voz adorada me mentía,
Y el llanto de sus ojos me engañaba!...

Hermann Beck, deseaba inmortalizar a su desconocida Dulcinea:

Quisiera ser el Dante o el Petrarca
Para hacer inmortal tu dulce nombre;
Para dejar en inviolable arca
Tu imagen desposada a mi renombre,
Y tus rigores, tu desdén, tus mofas
Convertidas en lágrimas y estrofas!

Finalmente, para que la galería esté completa, Rodolfo Rivarola tenía también su Beatriz misteriosa a quien hacerle promesas por este estilo:

¡Cuántas veces te he dicho en mi entusiasmo
Rendido ante tu amor, virgen divina:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

"Si no me amaras
Me mataría"
Hoy, más ebrio de amor, más entusiasta
Digo, al ver la pasión que me domina:
"Si me olvidaras
Me moriría".

Todos los números de la *Revista*, contenían alguno de estos trasportes amorosos, que causaban nuestras delicias y nos parecían entonces el colmo del arte y del buen gusto. ¡Oh tiempo de ingenuidades e inocencia, tan pronto pasado y tan lleno de encantos para el corazón!...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXV

El primer número de la *Revista Literaria* contiene un artículo necrológico que trae a mi memoria el nombre de Juan de Dios Villa Parra. Una noche de reunión en el *Círculo,* alguien anunció la presentación que iba a hacer de un joven literato colombiano que viajaba por América recogiendo datos para una obra monumental, y acababa de llegar a Buenos Aires en esos días. El silencio de la espectativa siguió a sus palabras. Todos esperábamos ver al desconocido para hacer nuestros juicios al primer aspecto. Algunos segundos después, nuestro compañero de tareas que había salido de la habitación, en busca del recién llegado, abría de nuevo la puerta haciéndolo entrar. Decir lo que pasó en aquel momento es doloroso. Una carcajada general, sonora y espontánea, saludó la aparición de aquel fantástico personaje, que, a su vez, turbado por la extraña acogida, no supo sino inclinarse y reirse por su parte, con sincera ingenuidad, acostumbrado como debía estar a producir un efecto de alegría. Era pequeño, delgado, torcido como una raíz de mandrágora, achaparrado por la miseria y por la debilidad de su constitución: sostenía en la mano un sombrero de felpa, largo como el tubo de una chimenea; su cara angulosa con facciones puntiagudas de cuatí, tenía una expresión de cómica tristeza indefinible; llevaba un traje negro

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

compuesto de un pantalón raído y una inmensa levita de faldones flotantes, que traicionaba desde lejos su origen extraño, su pertenencia a otro cuerpo más voluminoso y más largo, su nostalgia misántropa al encontrarse colgada de aquellos hombros débiles como de una percha de cortantes aristas; una melena de pelos lacios lamía el cuello de su camisa excesivamente descotado; y todo el conjunto de aquel ser extraño, era de tal manera extravagante, de un ridículo tan inocente y tan francamente comprendido y aceptado, que al verlo era imposible contener la risa, una risa nerviosa, sin malevolencia, pero inextinguible. No es de extrañar, pues, que nuestra acogida fuera de franca hilaridad. El recipiendario se creyó obligado a expesar su agradecimiento por el honor que se le hacía al admitirlo en una reunión tan escogida; y la risa un momento calmada, renació de nuevo más estruendosa y sin tapujos. Finalmente, tomó una silla vacía y dirigiendo a todo el mundo miradas de alegre cordialidad, dejó que pasara aquella tempestad y que nos acostumbráramos a su presencia. Julio Mitre, que presidía la reunión y se distinguía por su gravedad, estaba con los ojos inyectados, tapándose la boca con un pañuelo, a punto de reventar. Yo, que era su secretario, me había inclinado al suelo con el pretexto de buscar un lápiz, y desde allí reía a más y mejor. Se hubiera dicho, en una palabra, que la atmósfera de aquella pieza se encontraba saturada de gas hilarante, al ver los movimientos espasmódicos de todos los concurrentes invadidos por un irresistible contagio.

Juan de Dios Villa Parra, había atravesado toda la América para llegar a Buenos Aires. ¿Cómo realizó ese prodigio de turista? De una manera muy sencilla: viajaba como un peregrino, más pobre que Belisario, con un equipaje de una ligereza

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

inverosímil, buscando protectores en todas las capitales a que llegaba, sin un peso en la faltriquera, pero lleno de esperanzas e ilusiones en el porvenir. Según él, recogía datos para un colosal estudio político, histórico y económico que debía tener por tema nuestro continente; pero todo esto no pasaba de una fantasía o un sueño acariciado en sus momentos de entusiasmo. Carecía de los elementos y de la preparación necesaria para emprender ese trabajo. No obstante, su inocente audacia era formidable; y nos espetaba largos discursos, escritos en estilo ampuloso y lleno de imágenes de Castelar. Una de las cosas que más me llamaba la atención era la pésima ortografía de sus manuscritos. Por lo demás, aquel pobre joven se hacía simpático por la bondad y dulzura de su carácter y su extraño modo de vivir. En ese sentido, su existencia de vagabundo recordaba las famosas correrías de noctámbulo de la última época de la vida de Gérard de Nerval. Comía donde lo invitaban y dormía donde le tomaba la noche. Cuando podía pescar algunos pesos, los gastaba concienzudamente, quedando tan tranquilo después de disipar el último centavo como Rostchild después de ganar algunos millones de francos. Así, todos lo ayudábamos de la mejor manera posible, lo que no era poco en época tan distinta a la nuestra. La improvisación de las fortunas, la fiebre del lujo que en los últimos años ha invadido y transformado nuestra sociedad, no se había hecho sentir todavía en los hogares tranquilos y modestos de Buenos Aires. Un millón de pesos moneda corriente, era una fortuna. Con cien pesos había para divertirse y derrochar algunos días. La juventud pensaba más en los libros y en los estímulos artísticos que en las *americanas* y el paseo obligatorio a Palermo. Había menos espíritu *high-life*, menos *dandismo*, menos hi-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pódromos y garitos, de alta y baja categoría. Por mi parte, y creo que lo mismo les pasa a muchos de mis compañeros, recuerdo siempre con el mayor placer aquel alegre período de la vida en que la enfermedad denominada *aguilismo* era tan general y en que gastábamos la actividad y la fiebre de nuestra juventud en los más rudos excesos del trabajo intelectual!

El *Círculo Científico Literario* dió una conferencia en el teatro Colón, a beneficio de la *Sociedad Hermanas de los Pobres.* Todos contribuimos a ella del mejor modo que nos fué posible. La concurrencia no fué muy grande, pero dió muestras de una paciencia y una cultura superior a todo elogio. Todavía me espanto al recordar los kilómetros de versos leídos aquella noche, y los quintales de prosa de todos géneros y matices con que abusamos hasta un límite inconcebible de la incauta confianza de nuestros oyentes. Hubo momentos en que temíamos que aquella asamblea quedara sumergida en un letargo profundo. Felizmente, el público dió pruebas de una resistencia heroica, y todo pasó sin accidentes notables, fuera de las jaquecas que debieron torturar a la mayor parte de nuestras víctimas. Como en la noche de su presentación al *Círculo,* la aparición de Juan de Dios Villa Para en el escenario, fué la nota cómica de la fúnebre sesión. Aquella reunión, hipnotizada por el fastidio, sintió que le retozaba por el cuerpo un fuerte cosquilleo de hilaridad. Las caras de esfinge se alargaban, los labios se entreabrían para dejar vagar una sonrisa de sorpresa; muchos abanicos y pañuelos ocultaron la expresión de júbilo de rostros juveniles y graciosos, absortos ante la aparición maravillosa de aquel personaje fantástico, cuyo trágico destino contrastaba de una manera tan cruel con su figura estrafalaria.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Juan de Dios Villa Parra se alejó por un tiempo de nuestro lado. Algunos sostenían que había partido; otros aseguraban que estaba en Buenos Aires, enfermo. Una noche, se nos trasmitió la triste noticia de que aquel desgraciado se hallaba a punto de expirar, destituido de recursos, en un cuarto del Hospital Italiano que pagó el Dr. Mariano Varela. Inmediatamente se hizo una colecta y un grupo de amigos nos dirigimos en su busca. Cuando llegamos y estrechamos su mano, embargados por la tristeza, conservaba aún esa lucidez de los últimos momentos de algunos enfermos. Su cuerpo débil y reducido a la mínima expresión de un esqueleto, dibujaba sus formas angulosas debajo de la pobre manta que lo abrigaba. La impresión intensa de sus ojos dilatados por las angustias de la asfixia, revelaba todo el horror de una alma que se detiene al borde del abismo y pugna por defenderse de su terrible atracción. No pudo sino balbucear algunas palabras de agradecimiento y de reproche al destino cruel que se ensañaba en la víctima indefensa, con refinamientos atroces. Asistimos al drama doloroso de su agonía, recogiendo en el último soplo que se escapó de sus labios, junto con la última aspiración de su pecho, ronca y terrible como el largo sorbo de un náufrago, la palabra *madre*, con que aquel ser inerme y dolorido enviaba su postrer aliento de vida a la lejana aldea de su cuna, a ese hogar humilde de que algunas veces hablaba con lágrimas en la voz, donde otra alma lacerada por el dolor, pensaba tal vez en el hijo ausente que la nombraba en el supremo estertor, al cerrar sus ojos a la luz del sol y de la esperanza. ¡Oh! qué vulgar y terrible drama el de esta muerte solitaria y miserable! Al día siguiente, lo acompañaron al cementerio Adolfo Moutier, Bartolomé Mitre y Vedia, Enrique García

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Mérou, Adolfo Mitre y Alberto Navarro Viola. Delante de su féretro mezquino, Bartolomé Mitre y Vedia quiso pronunciar algunas palabras; pero la emoción le anudó la voz en la garganta. Lo reemplazó Moutier, que trazó en algunos párrafos sentidos los rasgos de su fisonomía moral; y después de escuchar, aquel pequeño acompañamiento, con lágrimas en los ojos, las cortas palabras de despedida que le dirigió el Dr. Varela, fueron depositados sus despojos en la tumba que encierra los restos de su ilustre padre.

Durante mi permanencia en Colombia, traté de inquirir datos sobre la familia del soñador errante que había llamado por tan breve tiempo a las puertas de nuestra hospitalidad. Nada completo pude averiguar sino que, en efecto, allá en uno de los confines del estado de Antioquía existía una familia de su apellido, cuyo seno abandonó el extraño peregrino, por causas que no es oportuno inquirir, después de su lenta y dolorosa expiación.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXVI

La *Revista Literaria* contiene también una de las primeras composiciones de Calixto Oyuela, especie de dolora titulada *Las faltas del corazón.* Escribía en aquella época sus primeros ensayos poéticos, que revelaban débilmente las cualidades que debían distinguir más tarde al autor del canto al *Arte* y de *Eros,* laureado por dos veces, en los Juegos Florales. Sin pertenecer al *Círculo Científico Literario,* era conocido por casi todos nosotros, por su amistad con Adolfo Mitre, a quien visitaba con frecuencia y llevaba sus jóvenes inspiraciones. Allí me fué presentado y me leyó sus versos escritos en las formas elocuentes y líricas de Quintana y Gallegos. A pesar de sus forzosas inexperiencias, de las que ninguno de nosotros estaba indemne, mostraba su entusiasmo por el arte y su decidida contracción. Temperamento suave y mesurado, aquel tono guerrero de su poesía disonaba con la dulzura de su carácter. Publicó una larga oda a los *Rifleros,* de la que sólo recuerdo algunos versos, y otra que, según creo, estaba destinada a enaltecer a los defensores de Buenos Aires.

Desde entonces hasta hoy, Oyuela ha permanecido fiel a aquella tendencia de su espíritu que lo inclinaba al cultivo de las letras. Es, sin duda alguna, uno de nuestros más laboriosos y concienzudos escritores; y, entre todos ellos, se distingue por

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

rasgos que le son peculiares, y que lo colocan en un puesto aparte en nuestra vida intelectual. Dos influencias principales han contribuido a modelar su inteligencia: la influencia del espíritu español, de que se ha impregnado por medio de sus largas y frecuentes lecturas de los escritores antiguos y modernos de la madre patria, y la influencia clásica que predomina en la forma y en el fondo de sus obras. Pero el clasicismo de Oyuela, él mismo lo ha dicho en varias ocasiones, no es lo que el vulgo entiende generalmente por esta palabra. El artista, para él, repitiendo una frase afortunada, debe "modelar con manos cristianas el mármol gentílico". Es clásico tal como lo "concibió Goethe, *el gran pagano*, cuando en el más bello episodio de su poema inmortal, unió con los lazos de himeneo al doctor nigromanta, emblema del genio moderno, o si se quiere, del germánico, con la hermosa Elena, símbolo de la belleza de la forma griega, consorcio del que nace Euforión, en quien, aludiendo a Byron, personifica la moderna poesía". Entendida la cuestión de este modo, Oyuela sigue las huellas de Luis de León, Swinburne, Fóscolo, Leopardi, Valera y Menéndez Pelayo, tratando de realizar en el arte lo que aconsejaba Chénier, "hacer versos antiguos con pensamientos nuevos".

El clasicismo de Oyuela, como el *americanismo* de algunos de los miembros de la antigua *Academia Argentina*, estaba en contradicción con los ideales de la mayor parte de los socios de nuestro núcleo literario, legión eminentemente revolucionaria y exaltada, que soñaba con las luchas de 1830, que hubiera aplaudido el chaleco carmesí de Gautier, y denigrado, como al peor de los monstruos, al *philistin*, odiado por Flaubert; cuyos dioses, en fin, eran Hugo, Musset y todos los concurrentes al famoso cenáculo de la bohemia romántica. Digamos

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

más; él estaba en oposición con los gustos de los que nos habían precedido en la vida. Así, Oyuela ha tenido que vencer múltiples resistencias en su carrera literaria. Puede decirse, sin deseo de complacerlo, que debe todos sus triunfos a su esfuerzo persistente y continuado, a su amor al trabajo, a las sólidas cualidades de su carácter.

Bajo este aspecto, se distinguió siempre entre los jóvenes de su generación. Tuvo, antes que otros, el reposo y la madurez del juicio que sólo se adquiere con los años y los contrastes de la vida. Apasionado de su idea, fué fiel a ella en todos los momentos y circunstancias y se consagró a su servicio con modesta abnegación. Hoy su nombre se ha impuesto a la indiferencia de los unos y a la crítica de los otros. Y entre éstos—debo declararlo con franqueza en estos recuerdos en que dejo hablar libremente el corazón—yo he sido de los que no lo comprendieron al principio y fueron injustos con sus tentativas y la altura y seriedad de sus propósitos. Creía encontrar una vana afectación, un prurito de distinguirse en lo que era la esencia misma del talento de Oyuela, y ¿por qué no decirlo? la parte mejor de su espíritu literario. Esto no obsta, bien entendido, a que en muchas cosas, piense hoy mismo de un modo opuesto al suyo. En la primera juventud no se comprenden estas divergencias, que no deben excluír la simpatía y aún la consideración por el talento del adversario, y se las exagera, produciendo choques y malentendidos lamentables. Se puede amar fielmente al arte, y comprender sus más diversas manifestaciones, perteneciendo a escuelas opuestas, amando formas contradictorias, teniendo, en suma, educaciones y predilecciones diferentes. Pero el ardor de los primeros años de la vida, nos lleva siempre más lejos de donde quisiéramos llegar, y de aquí surgen apre-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ciaciones injustas y reproches infundados, que el tiempo y la calma de la reflexión se encargan de destruir o moderar.

La labor literaria de Oyuela es considerable. Está a punto de reunir sus numerosas poesías, diseminadas hasta hoy en diarios y revistas. Ellas darán, sin duda alguna, un tomo interesante y hermoso, por los temas que ha cantado el poeta y por la índole de su estilo mesurado y correcto. Allí podrá apreciarse el camino recorrido desde la época de sus primeros ensayos hasta el de la publicación de *Eros*, que señala la madurez de su talento y su inspiración. Los cantos de la juventud de Oyuela, tiene más ardor entusiasta y apasionado, pero les falta ese firmeza de líneas y de contornos que ha adquirido más tarde y que caracteriza hoy a su producción. La poesía titulada *Gloria y fe*, que me dedicó al publicarla en 1880, señala ya tendencias puras e instintos generosos, y muestra la entonación vigorosa y el lirismo exaltado de su juvenil manera:

¡Gloria! ¡espléndido nombre! Himno primero
Que arrulla el sueño de la mente inquieta;
Fuego que anima el brazo del guerrero,
Lumbre que enciende el estro del poeta!

Sin ella, ¿qué es la vida? Arido hastío,
Cansado viaje en desolada Pampa,
En donde el viento impetuoso y frío,
Borra la huella que el viajero estampa.

Por ella el eco de Morven resuena
Aún de Ossián el vigoroso canto;
Por ella el alma de amargura aún llena
De Safo ardiente el mísero quebranto.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Por ella César se alza victorioso,
E hirviente el pecho en ambición suprema
A Roma corre, imaginando ansioso,
Ceñir del mundo la imperial diadema!

Por ella un día el pensamiento humano
Elevó Guttemberg grande y fecundo,
Y de Colón el genio soberano
Brindó soberbio, un mundo al otro mundo!

Por ella de Andes la atrevida cumbre
Escala audaz de San Martín la planta,
Y los hierros de odiosa servidumbre
En sus peñascos ásperos quebranta!

¡Salve, Gloria inmortal! No, no eres vana
Sombra fingida en delirante anhelo,
Eres antorcha de la estirpe humana,
Que baña en vivo resplandor al suelo!

Y tú, Fe celestial, acento blando
Que nos muestras la luz en lontananza;
Puro raudal que corres reflejando
En tus diáfanas ondas la Esperanza!

¡Salve también! Por tu virtud, del hombre
Brilla un sello inmortal sobre la frente,
Y grabado de Dios el santo nombre
Allá en el fondo de su alma siente.

Por tu virtud, su espíritu sublime
De la materia ciega rasga el velo,
Y sacudiendo el peso que le oprime,
Deja la tierra y se levanta al cielo!

. . . . . .

La corrección de estos versos deja poco que desear, pues Oyuela desde el principio fué laborioso y

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

huyó del falso prestigio de las improvisaciones que hizo tantas víctimas entre nosotros. Los siguientes tercetos, por ejemplo, están hechos de una manera irreprochable:

Sí, yo en un tiempo luces de alborada
Ví centellar doquier, y hora la duda
Siento en el pecho, cual puñal, clavada...

Mas no todo es dolor: no está desnuda
El alma aún de resplandor de cielo,
Ni la áurea voz del sentimiento, muda.

Aun brotan frescas del candente suelo
Las rosas del amor; aún la hermosura
Tiende su rico y transparente velo.

En el silencio de la noche oscura,
Aun percibimos el rumor lejano
De algo que vibra en la celeste altura.

¡Noche! ¡Silencio! ¡Soledad! En vano
Vuestra elocuencia traducir pretende
El débil ritmo del lenguaje humano.

¡Oh, cómo el alma en vuestro seno tiende
Sus impalpables alas, y encendida,
El puro azul del infinito hiende!

Entre el bullicio mundanal dormida,
Gloriosa, entonces, renacer parece
A amplia, fecunda y desbordante vida.

Y desdeñando cuanto el mundo ofrece,
Sólo se embriaga en el vergel sublime
Que el aura suave del edén florece...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Eterna duda a la razón oprime,
Mas nada borrará el fulgente sello
Que el sentimiento al corazón imprime.

Y así, de todo lo armonioso y bello,
De cuanto hay grande y venerable y santo,
Es el Arte el más nítido destello.

La publicación de sus *Estudios y Artículos Literarios* ha revelado en Oyuela un crítico sagaz y delicado, algo meticuloso, si se quiere, pero lógico en el desarrollo y sostén de los principios que forman la trama de su educación literaria. No busquemos en su prosa, la gracia ligera de los folletinistas parisienses. Sus cualidades son distintas. La solidez y madurez del juicio se unen en él a la clara visión de su espíritu crítico. Su estilo tranquilo carece de arranques oratorios y de entusiastas ditirambos. Habla siempre con conciencia del tema elegido y no avanza una opinion sino después de largo análisis y repetidas meditaciones. Alguno de sus juicios, sin embargo, es discutible y especialmente a mí me parece inaceptable el referente a Manuel Cabanyes. Felizmente, estoy acompañado por autores distinguidos en esta opinión. "Naciese tarde o temprano Cabanyes—dice la señora Pardo Bazán, en un artículo recientemente publicado—según los fragmentos exhibidos por Oyuela, merece bien la penumbra de la cual no le sacarán ni los encomios de Milá, ni la devoción de Menéndez Pelayo, ni el justificable interés con que su agradecida patria, tan celosa del honor de sus hijos, quiso recientemente aureolar su memoria". En cambio, me hallo, fundamentalmente, de acuerdo con el estudio sobre mi eminente amigo Menéndez Pelayo y con la carta a Rafael Obligado sobre sus *Poesías*.

He señalado anteriormente, las analogías de edu-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

cación literaria y castiza, que acercan a Oyuela con uno de los más distinguidos escritores argentinos contemporáneos, Santiago Estrada. La publicación de sus obras completas, acaba de presentar su personalidad intelectual bajo un aspecto tan favorable, que no es posible dejar de reconocer que ellas son la manifestación de un talento poderoso, flexible, variado y siempre cautivante en los numerosos aspectos en que se exhibe. Si bien es cierto —como creo haberlo indicado ya—que la variedad de la obra de Estrada no le ha permitido seguir un orden de estudios estrictamente lógico, pues ha pasado de una a otra materia sin agotar ninguna didácticamente hablando,—también lo es que esta amplitud de temas y de trabajos, constituyen uno de los encantos más poderosos y una de las revelaciones más indudables del talento, tan ricamente dotado, de su autor. Pero, sobre todo, hay en Estrada, y esto lo distingue de Oyuela y la mayoría de los escritores de su escuela, un admirable artista de la palabra escrita o hablada, un maestro consumado del estilo, un corazón y una imaginación de poeta, repleta de luces y de colores, de ritmos musicales y de todos los secretos irresistibles de una ciencia mágica del estilo, que lo hace embellecer todos los temas, que lo hace recorrer todos los tonos del lenguaje y matizar de flores y piedras preciosas todos sus escritos. Lo que eleva, sobre todo, a un autor, y lo hace llegar a la posteridad, es el estilo. En este sentido, Santiago Estrada, tiene merecida y conquistada una sólida y envidiable reputación. No es aquí oportuno, ni entraría en la índole de esta obra ligera, hacer el estudio detenido de sus cualidades; pero, con más reposo, me propongo intentarlo en otra ocasión.

En 1882, Oyuela fué laureado en los Juegos Florales iniciados por el Centro Gallego. "A nadie

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

por cierto sorprendió — escribía el señor Ernesto Quesada — aquel nuevo merecido lauro. Oyuela había sido ya laureado en los anteriores Juegos Florales. Su composición es tan noble, pura y delicada, que es difícil pedir en su género nada más elevado, más correctamente clásico, más profundamente inspirado. Su triunfo fué tan espléndido— mereciendo no sólo el premio del tema a que concurrió, sino el gran premio de honor del certamen, designando él la reina del torneo, de cuyas manos recibió la simbólica rosa natural y banda,—que esa noche será para Oyuela y para los que le aplaudieron, realmente memorable."

Es imposible analizar esta dulce y suave melodía. Basta leerla para sentir el corazón avasallado por el encanto de su perfección severa, de sus tiernas cadencias arrulladoras, que envuelven el alma en una nube de perfumes. ¿Quién será insensible a la belleza de versos como los siguientes?

Hoy vengo, dulce dueño,
A arrojar a tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte, con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva,
De donde manan en raudal perenne
Las dulces ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aún me parece en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tiernas caricias de impalpables alas?
. . . . . .
Todo me habla de tí. La flor que entreabre
Su vívida corola: el aura leve

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que en torno gira; la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala,
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que embarga el corazón e hincha la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe,
Tráenme envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche,
Cuando, huésped, benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y cual mudo lenguaje al alma embriaga
El límpido brillar de las estrellas,
Yo siento que tu imagen,
Llena todo mi ser; viva y radiante
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella iergue
Fresco y lozano el árbol de la vida.

. . . . . .

¡Todo está en tí mi corazón, que al ritmo
Late ¡oh amada! que tu mente rige!
Y cuando lejos de tu vista vago,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como al hundirse el sol, bordan los astros
El manto oscuro del tendido cielo!
¡Tuya mi lira es! ¡Tuyo su ingenuo
Aunque modesto son, y cuando envuelta
En fúnebres crespones
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aún al herirla gemebunda el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre...!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXVII

Los *Juegos Florales*, en que obtuvieron premios Andrade, Oyuela, Castellanos, García Velloso, etc., produjeron un pequeño movimiento literario que debe ser estudiado y apreciado por todo el que quiera reflejar, aunque sea de una manera superficial, las manifestaciones del intelecto argentino en la época contemporánea. Andrade era ya conocido entre nosotros por sus magníficos cantos a *San Martín* y el *Nido de Cóndores*. Oyuela había hecho resonar su nombre al pie de bellas páginas críticas y poesías dulces y armoniosas que, sin ser populares, tenían un círculo apreciable de lectores. Los premios obtenidos por estos dos gallardos poetas, no hicieron sino confirmar el juicio público a su respecto. En cambio, pocos conocían a García Velloso, que se reveló de una manera brillante en 1884, con su poema laureado *Las libertades comunales*, y a Joaquín Castellanos que obtuvo un premio de honor por su soberbio canto *El viaje eterno*.

García Velloso puede considerarse definitivamente vinculado a nuestras letras. Figura en ellas con honor y las ha enriquecido con producciones selectas. Su Musa entona con vigor el canto de la epopeya, que vibra armonioso y rotundo, en sus versos forjados en un yunque sonoro. Ha llamado, con razón, *Hojas de laurel*, al pequeño volumen que contiene sus poesías victoriosas. Ellas están

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

inspiradas en nobles tendencias, y en ideas de libertad y de progreso. De una forma purísima y cincelada, están lejos de tener la frialdad de los temas retóricos desarrollados, a gran refuerzo de adjetivos brillantes, por los que convierten al arte en un simple trabajo de orfevrería. En el vaso cristalino de su estrofa, chispea un vino perfumado que acaricia suavemente el paladar e inspira grandes acciones y proféticas esperanzas. Clásico por la acabada perfección del estilo, las odas y poemas de García Velloso, pertenecen por derecho innegable, a la inspiración moderna, por los temas que cantan, la fe profunda que inspiran en el porvenir humano, y sus santas aspiraciones a la Igualdad, la Caridad y la Democracia.

Las libertades comunales, por sus vastas proporciones y sus lineamientos generales, es hasta hoy la más importante producción poética de García Velloso. En ella resaltan fragmentos muy hermosos, como son todos aquellos en que vuelve su mirada al pasado y evoca las grandes épocas de la historia:

Ved allí las montañas seductoras
Cuyas auras purísimas mecieron,
En casto lecho, las primeras horas
Que de la triste humanidad corrieron.
Ved allí el Indostán, ved sus ciudades,
Ayer de lujo y majestad cubiertas,
Hoy asilo de torpes liviandades,
Que guardan, a través de las edades,
Polvo de tumbas y de razas muertas.
Allí Lahore y Madura
Emporios de riqueza celebrados,
Angeles hoy de esclavitud impura
Que desatan al aire avergonzados
El cendal de su rota vestidura.
Allí China; la momia embalsamada

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que, cerrados del alma los caminos,
Y en capullo de seda aprisionada,
Arrastra de su vida los destinos
De inmensos geroglíficos cargada.
Allí, del Tigris en la fresca orilla
Alzóse populosa,
De la tierra y del cielo maravilla,
La morada de Asur, Nínive hermosa.
Allí, mostrando lujurioso brío,
Sobre planicie de verdura extensa
Que besa y baña el Eúfrates bravío,
Elevó de su Edén el poderío
Babilonia la inmensa.
Allí la que fundaron
Monarcas que la historia dignifica,
Allí la concubina que llamaron
Persépolis la rica.
Y allí cual las fantásticas creaciones
De la humana razón en cautiverio,
Se alza entre sombras de celeste imperio
La patria de los viejos Faraones:
Gigante colosal, león herido
Que en el supremo instante de la muerte,
Con el veneno de Cleopatra vierte
De sus glorias el último rugido!

Estos versos bastan para caracterizar un talento y un estilo y ponerlo muy por encima del nivel vulgar. Y la misma nota se reproduce en ellos, amplia, grandiosa, dilatándose con sonoras vibraciones, resonando unas veces como el himno del profeta hebreo, lanzando otras sus escalas estridentes como el toque de clarín que llama a los héroes a la pelea; dulcificándose, por fin, al contacto de las suaves ternuras del alma que eleva a Dios sus preces trémulas y dolientes. Tal se nos presenta cuando invoca a la Religión y canta el Cristianismo.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

despertando "las almas gigantes de los siglos", impulsados por el hálito del progreso:

No fué, no, el sentimiento de Germania,
Ni de sus potros y leyendas obra
El Lábaro fecundo,
A cuyo influjo soberano el mundo
Su independencia y unidad recobra.
Fué tan sólo la Cruz: en su regazo
Halla fuerzas el brazo
Del coloso titán de la Edad Media,
Para romper las sombras del misterio
Que sus ardientes ímpetus asedia
En implacable y duro cautiverio.
A su amparo benéfico la Italia
Con luz de Teodelinda se corona,
Y abriendo a su ambición nuevos caminos
Preséntase inviolable en sus destinos
El Sanson de la raza anglo-sajona.
Celeste faro de oprimidas greyes,
Sol de justicia y libertad benditas,
La España de los godos deja escritas
Del Fuero Juzgo las profundas leyes.
Coloso de ambición, vasto en deseo,
El rudo franco sus victorias canta,
Y en sus nervudos brazos se levanta
Coronado de luces Clodoveo.
Y cuando ya de su poder señora,
La humanidad en sus destinos crece,
¡Que bella resplandece
Al sol fecundo de la nueva aurora!
Ardiendo del amor en viva lumbre
Surgen Dante, Petrarca y Garcilaso,
Y escalando de Dios la eterna cumbre
Amores y Cruzadas canta el Tasso.
El ojo de Copérnico sondea
La bóveda aparente de los cielos
Que en la callada noche centellea.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y ora con Guttemberg, que en sus anhelos
Da a la palabra que nació en la idea
Del ave errante los sublimes vuelos;
Ora con el profeta misterioso,
Que torpe y ciega humanidad rechaza
Y que tras rudo batallar glorioso
Se arrodilla y abraza
De América el Edén esplendoroso,
El espíritu triunfa... todo es flores
Para el genio del hombre que se lanza
En homéricas luchas, y que avanza
Al compás de sus himnos redentores.

Profesor de bellas letras, García Velloso, tiene en preparación una obra de grandes proporciones en que estudia históricamente nuestra literatura y la de las demás secciones de nuestro continente. Sus trabajos en prosa, limítanse hasta hoy a algunos interesantes artículos críticos, como el dedicado al Dr. Avellaneda, el que precede los *Sonetos* de Leopoldo Díaz y especialmente el que puso al frente de las *Poesías* de Martinto, que es donde brilla, con más amable ligereza, su espíritu delicado y sensible.

En esas páginas se ve, de cuerpo entero, la personalidad de Domingo Martinto, poeta que se distingue por la sobriedad de la frase, y el arte difícil de la cinceladura literaria que ha aprendido en los *parnasianos* franceses, durante su larga estadía en París. No es fecundo ni desbordante en la expresión y la imagen, pero tiene elegancia, concisión y naturalidad. Sus versos, son siempre agradables y cadenciosos, y no pocas veces interesan y cautivan. Parecen, a pesar de su corrección de idioma, más que versos argentinos, traducciones de algún joven literato de la *pléiade* que, sin llegar a la altura de un Coppée o un Banville, poseyera el encanto pe

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

netrante de *Les nuits d'hiver* de Henri Murger. Véase, sino, la siguiente estrofa de *Mis amores*:

¡Amor, amor! Ensueño de Julieta,
Martirio de Eloísa,
Figura encantadora que al poeta
Arrastras sin cesar con tu sonrisa!
¡Amor, amor! ¿Qué pecho no ha sentido
Tus cortos goces y tus penas largas,
Y qué labio en tu copa no ha bebido
Hasta las heces, como el mar, amargas?
Pero ¡no importa! El hombre, fatigado
De la lucha sin fin de la existencia,
Arroja, como Fausto, de su lado
El libro de la ciencia,
Creyendo ¡oh Margarita! que su loca
Y estéril experiencia
No vale un beso de tu casta boca!

El encanto misterioso que se desprende de estos versos fáciles y arrulladores, penetra poco a poco hasta el corazón. El siguiente fragmento de la misma poesía, entre otros, me parece una pequeña joya, en su delicadeza y trémulas vibraciones:

¡Cuántos instantes bellos
Vimos entonces resbalar en calma!
¡Y cuántas veces, como dos destellos
Que juntos parten de la blanca luna,
Mi alma con su alma
Se confundió para fundirse en una!
Siempre amantes y unidos,
Al pie del tronco del ombú paterno,
Pasábamos las tardes, sumergidos
En un coloquio eterno;
Y cuando el sol en el profundo ocaso
Lentamente se hundía,
Mientras la sombra con tranquilo paso,
Su negro y triste pabellón tendía,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Ella exclamaba en su ternura santa,
Los grandes ojos levantando al cielo,
Como la virgen que en *El Lago* canta:
"¡Horas propicias, detened el vuelo!"
Y cuando, al fin, de la fatal partida
El instante sonaba,
Como tórtola herida
Que busca asilo entre el follaje espeso,
Hacia mí se lanzaba,
Y nuestra despedida
Era un continuo y silencioso beso.

Las cualidades de Martinto, brillan, sobre todo, en *El Hogar*, cuadro admirablemente dibujado, lleno de intención y de colorido, de gracia ligera y de penetrante melancolía. Esa composición resume todas sus amables dotes de poeta, las condensa y las presenta en un conjunto encantador. Por lo demás, el pequeño libro en que Martinto ha coleccionado sus versos, contiene más poesía íntima y seductora, más perfume de sentimiento que muchos grandes volúmenes que corren por el mundo y hasta gozan de reputación. Todas las ternuras de una alma tierna se transparentan en él, expresadas en una forma que, en cada rasgo, revela la mano vencedora del artista. Las composiciones de Martinto—para emplear las palabras de García Velloso —abundan en "metáforas brillantes y versos nobilísimos, pero que en vez de las alegrías de un cielo azul de primavera, en vez de las deslumbradoras luces del sol iluminando los anchos horizontes, sólo dejan caer sobre nuestra frente las brumas de la estación invernal; de esa estación que sólo tiene rosales muertos, enredaderas caídas, arroyos congelados, macetas encharcadas, nidos sin ruiseñores, y que envuelta en las vagas claridades del crepúsculo, parece haber borrado de sus tintas para siempre la palabra ¡esperanza!"

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXVIII

El autor de *El viaje eterno*, *El nuevo Edén* y *El Borracho*, me fué presentado de una manera original, en una forma que no se encuentra indicada ni en el solemne tratado de *La Politesse française*, ni en el clásico *Manual* de Urcullu, ni siquiera en los alambicados y científicos axiomas de ciencia social con que Mme. d'Alc contribuye con su *Savoir vivre* a la elegancia y pulcritud de las nuevas generaciones. Un amigo común, José H. Martínez Castro, me hizo su presentación, a tres mil leguas de distancia, hará pronto diez años, pues fué a principios de 1882. Me encontraba en Colombia, cuando recibí su carta, fechada en Belgrano, y que acabo de hallar removiendo el arca repleta de mis recuerdos. En ella me habla de escenas inolvidables, de amigos queridos y por último, me dice lo siguente que transcribo con placer en toda la sencillez de su forma epistolar: "Mi único entretenimiento son los libros que solemos rumiar, en la soñolencia propia de este pueblo, en compañía de un amigo mío, poeta como Vd., y... (aquí algunos elogios respecto a mi persona que es inútil reproducir). Este amigo tenía muchos deseos de conocer a Vd.; pero cuando regresó del Interior, en la época en que Vd. empezó a despertar la atención, su viaje a Colombia le impidió satisfacer su propósito. Esta circunstancia, unida a la simpatía que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

le profesa, y que ambos me inspiran a mí, me sugirió anoche, conversando que él, la idea de presentarlo en esta misma carta: se llama Joaquín Castellanos".

Desde entonces, me fué simpático este nombre La noticia de su triunfo en los "Juegos Florales", recibida algún tiempo después, me llenó de satisfacción. Su canto es digno del premio obtenido, por la robustez de sus ideas, sus grandes síntesis históricas, y el lujo de la imagen y del estilo, que se mantiene siempre en la atmósfera de las cumbres. Más tarde, he leído *El nuevo Edén*, laureado como el primero en un certamen del Rosario, y las mismas cualidades brillantes, me han llamado profundamente la atención. No puedo, desgraciadamente, decir lo mismo respecto de *El Borracho*, poema que no está a la altura de los anteriores del autor, por su argumento antipático, su forma desigual y sus prosaísmos frecuentes; composición malograda que no revelaría mucho el talento de Castellanos si los aletazos del final no mostraran la amplitud y potencia de sus alas. La imagen báquica de *El Borracho*, no puede inspirar sino repulsión y cansancio. Se comprende la grandeza en la Ambición, en el Odio, en el Juego, en la Venganza; pero no se concibe en la embriaguez. En literatura, los únicos borrachos aceptables, después del rey de ellos, el impagable Sir John Falstaff, cuyo vientre puede competir con el legendario tonel de Heidelberg, son los comensales de Gargantúa, hermanos de Sancho Panza, y sectarios convencidos de la Diva Botella. El romanticismo de Espronceda trata en vano de hacer interesantes los estallidos de la orgía, en que circula la copa, solicitada por algún héroe de encrucijada: "Dadme vino; en el se ahoguen mis pesares"... y todo lo que sigue en el mismo diapasón. Ni siquiera me hace gracia

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Byron a pesar del diletantismo fúnebre de beber en un cráneo, y usanza de Han d'Islande. Es en vano que en *Don Juan,* nos diga: "El hombre, animal razonable, debe emborracharse: lo mejor de la vida no es sino embriaguez: es hacia la gloria, la cepa, el amor y el oro, a donde tienden las esperanzas de todos los hombres y todas las naciones; sin esta savia, ¡qué desnudo y estéril sería este árbol de la vida, tan fértil algunas veces!" Hasta el ebrio de Coppée, que, por lo menos, tiene el mérito de perder la cabeza en un soneto, se presenta odioso en su embrutecimiento, a pesar del esfuerzo del poeta por darle la absolución:

Je m'approchai de lui, présentant quelque drame
Et vis que dans le vin craché par le goulot
Lentement, il traçait du doigt un nom de femme!...

No es extraño, pues, que *El Borracho* de Castellanos me choque y me moleste, por su lirismo demasiado exaltado, sus maldiciones hiperbólicas, sus rasgos de patrioterismo y hasta sus predilecciones literarias que disuenan con su afición. Me sorprende, por ejemplo, que "tenga delirio por las arpas de oro de Méndez, Rivarola y Obligado", los menos báquicos de nuestros poetas. Lo lógico en el Borracho sería amar a Espronceda, a Byron, a Rollinat, a Baudelaire, y no digo a Edgard Poë porque, a pesar de pertenecer al honorable gremio de los copólogos, él ha dicho con razón: "¡Qué veneno hay más terrible que el alcohol!". Sin embargo, todo puede y debe perdonarse a un poeta, con tal que no deje de mostrarse poeta. Y Castellanos lo ha olvidado, a veces, incurriendo en el delito de prosa que, para un talento de su fuerza, no admite circunstancias atenuantes. No quiero insistir sobre ésto; me bastaría, para traer pruebas en apoyo de mi juicio, citar la estrofa en que compara el bautismo de un niño con la *yerra* de un ternero;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la que habla del organillo que suena en la calle mientras los ebrios "chorreando baba allí tendidos" duermen en el sopor, y otras que es inútil mencionar. En cambio, la inspiración adormecida, se encrespa en algunas partes y encuentra acentos que brotan del corazón. Entonces, escribe estrofas como las siguientes, que llevan la marca de fábrica del talento de su autor:

. . . . . .

Se elevan como pálidos espectros
Desde el limbo interior de mi memoria
Los falsos espejismos de la gloria,
Las vanas sombras del perdido bien!
Remonto el curso de mis bellos días
Hasta la dulce edad de los amores,
Y hallo el tendal de las marchitas flores
Que me hicieron soñar con un edén!

La imagen ¡ay! de mi primer afecto,
Unico que gocé sin desengaños,
De mi casta pasión de quince años
Dulce idilio de amor primaveral,
Trae a mi mente los contornos vagos
De una figura angelical y tierna
Cuya memoria en mi alma será eterna
Si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...
Y la escuela y sus juegos inocentes,
Y los seres queridos, hoy ausentes,
Que antes poblaban mi desierto hogar!
Cuando el pálido sol de esos recuerdos
De mi hondo hastío derritió la calma,
Sentí de lo recóndito del alma
Que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último a mis ojos!
Al fin como la onda contenida,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Al fin iba a encontrar una salida
Tanto dolor que a solas devoré;
Yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;
Pero en esa ocasión, aglomeradas,
Todas mis amarguras no lloradas
En la lágrima aquella condensé.

. . . . . .

Pero, como lo he dicho anteriormente, el final, grandioso de su rebelión satánica, salva el poema que termina en un *crescendo* soberbio, donde la blasfemia y la maldición se unen para execrar el dón funesto y miserable de la vida:

. . . . . .

El aire está impregnado de sollozos,
Estériles los campos y sombríos,
Crecen con sangre y lágrimas los ríos
Llevando sangre y lágrimas al mar!
Como fiera en acecho está el abismo,
Y en la naturaleza y en el alma
Torva domina esa siniestra calma
Que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
Y las estrellas con incierto paso
Ebrias caminan de su disco en pos!
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
Es la lápida inmensa y triste y muda;
¡Todo es noche y dolor!... Ebrio sin duda
Cuando hizo el universo estaba Dios!

. . . . . .

¡Qué espléndido ataud el de un paisaje
Que baña en luz la bóveda celeste,
O el alta cima de un peñón agreste
Siempre batido por el ronco mar!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Antes que me devoren los gusanos,
Bajo un montón de piedras bien cubierto,
Con mi cuerpo a las aves del desierto
Un salvaje banquete quiero dar!
. . . . . .

Resto viviente del antiguo caos,
Náufrago de un inmenso cataclismo,
Nací de las tinieblas del abismo
Y aún laten sus borrascas en mi ser;
Cuando descienda al mundo de las sombras
Con mi dolor se agrandará el infierno.
Y mi alma errante en el espacio eterno
Hará la noche universal crecer!

El viaje eterno y *El nuevo Edén*, son hasta hoy las más brillantes manifestaciones del talento de Castellanos, superiores sin duda a sus artículos y a sus discursos políticos, aunque ellos sean tan notables como el que pronunció en el teatro Onrubia, si mal no recuerdo, en el año pasado. La forma de esas composiciones es amplia, rotunda y elocuente. Hay en ellas derroche de imaginación y de lirismo, lujo de metáforas grandiosas y de pensamientos fundidos en un molde severo y elegante. Su fondo filosófico, revela el amor a la Libertad, a la independencia del espíritu, a las conquistas de la ciencia, y sobre todo la fe inquebrantable en el progreso. La caravana humana se presenta a los ojos de Castellanos, como una legión en marcha hacia la soñada tierra de promisión, al Jauja ideal de los cerebros y de las almas. Recorre el campo de la historia, evoca las luchas de los pueblos y de las razas, galvaniza el cadáver de las civilizaciones desaparecidas, y, a través del pesimismo que infunde en el espíritu el espectáculo de la miseria terrestre, el vaivén incesante de las doctrinas y el

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

miraje engañoso de las creencias, algo consolador se desprende del cuadro de la peregrinación incesante, en busca del ideal, en persecución del *Nuevo Edén* acariciado en sueños por este infatigable Judío Errante de la Esperanza a quien empuja el mandato misterioso de su Dios. Esta idea fundamental, está sintetizada en una forma análoga en *El viaje eterno* y en *El nuevo Edén*. Dice en el primer poema:

El pensamiento humano
Va siempre en busca de un ideal divino;
Tiene la vasta inmensidad por rumbo;
La tierra por camino.
Es una tempestad de tempestades,
Donde se agitan férvidos anhelos,
Y su vida a través de las edades
Una ascensión sin término a los cielos.
Lanzado a la conquista del espacio
Su marcha en las naciones
Es primavera fúlgida de gloria,
Su triste alejamiento es un invierno
Moral. Los grandes hechos de su historia
Son las jornadas de su viaje eterno!

Y en *El nuevo Edén*:

¡Oh! el linaje humano
Es una especie de Colón eterno
Que marcha siempre hacia su edén lejano
Llevando en sus ideas un infierno.
Perdido navegante
Que de los vientos a merced se entrega,
—El globo es nave que lo lleva errante
Y el espacio es el mar en que navega!—
Allá de su horizonte en el miraje
Un destino inmortal contempla escrito

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y su vida es un viaje
Al través de la tierra al infinito!
Al infinito, océano de los mundos
Viaja, buscando con secreto anhelo
La patria de las almas
La misteriosa América del cielo!...

A pesar, pues, de sus rudos mandobles de libre pensador, la esencia de la poesía de Castellanos está constituida por el más puro espiritualismo, por la aspiración al ideal divino, y a "esa patria de las almas", a que tendían Chateaubriand y Lamartine, con quienes se sorprenderá sin duda de coincidir en este punto nuestro distinguido compatriota. *El viaje eterno* se distingue, sobre todo, por el vigor de la frase, y el timbre sonoro y metálico del verso. La influencia de Hugo y de Andrade se ve latente en la expresión, aunque los cantos de Castellanos no desmerecen un ápice al lado de la *Atlántida, San Martín* o *Prometeo*. Pero la *manera* es muy semejante en ambos poetas, como puede verse, por ejemplo en los siguientes versos de *El viaje eterno*, comparándolos con cualquier fragmento de los últimos cantos de Andrade:

Es que el ave de luz, que en otros días,
En el cerebro de la bestia humana,
Dormitaba sin voz y sin aliento,—
Ha batido con ímpetu sus alas
Pronta a lanzarse a desafiar el viento!
El huésped peregrino de las selvas,
Huérfano morador de la espesura,
Oye en el aire extrañas armonías,
Misteriosos llamados de la altura!
Sale de su guarida, avista el llano,
Y el rayo en su mirada centellea!
¡Es que ha brotado la primer idea!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Es que ha nacido el pensamiento humano!
Es que con pasmo siente,
Que de su ser entre el caos profundo,
Ya se elabora en aparente calma
El misterioso génesis del alma,
Más sublime que el génesis del mundo!

Castellanos abarca, en una visión rápida y grandiosa, las naciones de la antigüedad, dedicando a Egipto, a Grecia y Roma versos hermosos y pinceladas brillantes. Esta parte es, sin duda, admirable como belleza de factura y grandeza de ideas; pero hay cierta vaguedad en la hilación lógica de esas reminiscencias y cierta confusión en su desarrollo natural. El pensamiento humano recorre, en el poema de Castellanos, el vasto escenario de la India y del Egipto y luego,

Hijo de las regiones de la aurora
Siempre con rumbo al Occidente avanza,
Y de la sombra en dirección se lanza
Para ahuyentar la noche aterradora.
Cual otro sol que como el sol camina
Del Oriente al Ocaso,
Y detuvo su marcha peregrina
Cuando de Grecia en la región divina
Una patria feliz halló a su paso!
Dejando en ella espléndidos vestigios,
Y haciendo de sus obras monumentos,
En cada esfuerzo realizó prodigios
Y a cada idea ejecutó portentos!
En una lengua por el arte amada
De dulce ritmo y celestiales voces,
A cantar destinada
La gloria de los héroes y los dioses,
Inspira en melodioso balbuceo,
De su existencia en el primer período,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

La Teogonía mística de Hesiodo
Y los sagrados cánticos de Orfeo!
Después levanta a su cenit glorioso
Al astro Inteligencia,
Y una inmortal constelación de genios
Del Arte y de la Ciencia,
El firmamento espléndido corona,
Cuando en pasmoso y acabado estilo
Canta en Homero, en Píndaro y Esquilo
Y en Platón y Aristóteles razona.

La grandeza de Roma, y su derrumbe colosal, son cantados luego con acento vigoroso y levantado por el poeta que pinta la aparición del Cristianismo, en medio de los grandes cataclismos, y muestra cómo "sobre la noche universal", destella el "alma de Jesús como una aurora". Hay aquí estrofas preciosas que desearía citar *in extenso* si no me faltara espacio, tales como la siguiente:

Siglos y siglos se escuchó en la tierra
El hurra de las razas vencedoras
Que en el futuro su poder distinguen
Mezclado al largo, incógnito y perdido
Sollozo de las razas que se extinguen
Rodando hacia el silencio y el olvido!
Dios preside en el alto firmamento,
Y preside el espíritu en la tierra
De una inmutable ley al cumplimiento,
Ley que el progreso universal encierra
Y hace que, en pos de cien transformaciones.
Se conviertan, dejando eternos rastros,
Las nebulosas pálidas en astros
Y las razas errantes en naciones!...

La edad media se presenta a Castellanos con su tiranía teocrática y feudal. Su liberalismo se exalta

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y, armado de todas armas, parte al combate contra la Iglesia, a quien flagela en versos, a menudo brillantes, pero otras veces desmayados y prosaicos, como los que empiezan:

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día,
Mientras de noche, a espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía...

La vulgaridad de esta estrofa, que debe ser borrada sin apelación por su autor, cuando edite de nuevo *El viaje eterno*, me impide concluirla. Felizmente, ella es una excepción, una *oveja negra* en el bello canto de Castellanos, y aunque no me entusiasma la poesía convertida en arma de polémica, no puedo menos de resignarme cuando leo lo siguiente:

La abrupta cima de las altas rocas
Teniendo por asiento,
Y dominando en torno la campiña,
Se alzaban el castillo y el convento
Como nidos de aves de rapiña!
Del pueblo se hacen el sangriento azote
Cuando instituyen como santo fuero,
La servidumbre física, el guerrero,
La esclavitud moral, el Sacerdote!
Dos poderes al mundo esclavizaban
Dictándole sus leyes:
Los reyes a los pueblos dominaban
Los Papas a los pueblos y a los reyes!
La injusta guerra por doquier ardía,
El pueblo soportaba los horrores
Y obediente la Europa a sus señores
Oraba y combatía!
La Iglesia omnipotente
Alzando aquí un cadalso, allí una hoguera,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Tiraniza el espíritu, le oprime
Y castiga con bárbaro escarmiento
El delito sublime
De pensar en su propio pensamiento!

El viaje eterno termina con un apóstrofe a la América y a la República Argentina. Es ésta, sin duda, una de las partes más bellas del poema. La explosión del patriotismo le presta sus acentos inspirados y la estrofa sale cálida y resplandeciente al contacto del tema sagrado. Con ese arrebato de entusiasmo y con un himno de fe y esperanza, se cierra esta espléndida obra, que bastaría para hacer la reputación de un poeta en cualquier parte del mundo:

Es nuestra hermosa América un oasis
A donde en pos de las jornadas rudas
Por áridos desiertos,
La peregrina humanidad acampa;
Aquí la mente y la palabra vuela
Libre como los vientos de la pampa;
Savia primaveral nutre la vida,
Rumbo de oriente las ideas toman,
Se abaten viejos ídolos, y altares
Caducos se desploman!
Y el hombre fuerte de la edad presente,
Que corta istmos para unir los mares,
En este mundo joven mira y siente
Perforación de montes,
Cumbres que invitan a gigantes vuelos,
Vastos ensanchamientos de horizontes,
Inmensa sed de espacio, hambre de cielos!
En vano los eternos rezagados
En la marcha ascendente del progreso
Que dan la espalda al sol que se levanta,
Sobre el fango de tiempos ya pasados
Quieren hacernos resbalar la planta;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

No lo conseguirán. Se puede al águila
Aprisionar, mas sólo cuando inerme
Sobre las grietas duras
Herida cae, o descuidada duerme,
Mas no cuando se cierne en las alturas!
Y hoy, dueño del espacio,
El pensamiento es águila de lumbre
Que vuela por los ámbitos profundos
De la insondable selva de los mundos,
Hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

El Nuevo Edén canta el viaje de Colón al nuevo mundo. Este tema tan trillado ha dado motivos a Castellanos para producir una de las más hermosas composiciones líricas de nuestra literatura. Hay en ella más espontaneidad y fluidez que en *El viaje eterno*. El verso es más fácil, más suelto, menos violento, y se eleva con movimientos más ágiles en el espacio azulado. Sin embargo, como lo he dicho anteriormente, *El nuevo Edén* no es sino una amplificación de la idea madre de *El viaje eterno*, desarrollada, no obstante, de una manera más personal, más íntima, y por consiguiente más poética, a pesar de algunas ligeras incorrecciones de forma. Siempre es la misma rotundidad del período, la misma armonía arrobadora del ritmo, la misma concisión y potencia de la imagen grande y majestuosa. Estas cualidades están esbozadas en los siguientes versos de una manera perfecta:

Cuando el cóndor gigante
En las nevadas cúspides reposa
O en su guarida el león duerme tranquilo,
Nadie en los montes o en las selvas osa
Turbar su sueño o profanar su asilo!
Las montañas son grandes, son sublimes;
Al cielo mismo su presencia asombra
Y hace que con el trueno las salude;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Los valles la borrasca envuelve en sombra,
Y en sus bosques los árboles sacude;
Pero las blancas cimas,
Las venerandas cimas colosales,
De la borrasca y el turbión se eximen;
Sólo entre los mortales
El ser grande es un crimen!

La pintura del océano encolerizado al sentir en sus espaldas el peso de las audaces carabelas es bellísima en su forma anticuada, con sus personificaciones de la Ambición, el Odio, la Envidia y el Terror, que pugnan por detener la nave del intrépido marino:

Ellos llevan mortal abatimiento
Al alma de los tristes navegantes,
Olas del mar humano
Que subleva con sordas convulsiones,
En frente a las borrascas del oceano
La borrasca interior de las pasiones!...
Sobre el piélago, errantes,
Les muestran en los vastos horizontes
Pardas siluetas de elevados montes
Las brumas del crepúsculo distante!
Creyendo ver las playas anheladas
Con ansia esperan la naciente aurora
Y a esas playas amadas
El alba las disipa y evapora!
Así prosiguen su atrevido viaje
Llevados por un pálido espejismo
De miraje en miraje,
Y al borde ya del infinito abismo,
Ven nada más que vastas soledades
Y el mar y el cielo, dos inmensidades,
Formando un solo abismo!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

El viaje de Colón al nuevo mundo es para Castellanos

...El inmortal emblema
Del hombre, en el espacio vagabundo,
Que marcha sobre un piélago profundo
Tras de una santa aspiración suprema!

¡Felices los que pueden hacer más soportable la travesía, levantando el pensamiento en alas de la inspiración; felices los que, como Castellanos, sienten que un mundo interior se agita en su cerebro, y pulsan la lira de oro para arrancarle trémulas melodías y enardecer los corazones con la visión divina del ideal que nos muestra, tras las brumas y los dolores de la vida,

La patria de las almas,
La misteriosa América del cielo!...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXIX

Uno de los miembros más espirituales del *Círculo Científico Literario,* Belisario J. Arana, ha narrado la fundación de la *Bohemia* en un precioso artículo que encontrarán los curiosos en el número de *La Nación* correspondiente al primer día de Enero de 1880. Bajo el anagrama de *Elias F. Bori,* había publicado ya algunas páginas profundamente originales en la *Revista Literaria,* como las del cuento titulado *Filarmonoterapia.* Las creaciones en este género estaban de gran moda en aquel tiempo, y Arana pagó como todos su tributo a la influencia romántica, trazando en las escenas de su narración la silueta de un personaje neurótico y extravagante, que tocaba el violín como el consejero Krespel, de uno de los cuentos de Hoffmann, y que termina en un manicomio, después de las raras alternativas de su existencia dramática y tumultuosa. Un solo párrafo — el que describe las notas musicales de aquel genio desconocido — basta para dar una idea del estilo de aquel interesante ensayo: "Era una música embriagadora; gritos salvajes de placer, estallido de carcajadas, maldiciones, juramentos, blasfemias; música para ser tocada en la sala de juego, entre los gritos de los beodos y los impúdicos besos de las sacerdotisas de Venus. Poco a poco, las armonías fueron decreciendo; no eran ya carcajadas salvajes; era la risa juguetona tier-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

na, inocente de la infancia; el ruido de la cascada que quiebra en las rocas sus bullidoras ondas... Y al ruido de la cascada, sucedió el murmullo confuso de la ola, que viene a besar la playa, deshaciéndose en un beso, y las melodías se apagaban y renacían para perderse de nuevo; aquellas ráfagas impregnadas de amrgura pasaban en lánguidos compases, arrullándonos con un acento tristísimo que dejaba en el alma una ansiedad desconocida... Y aquellas armonías cambiaron aún, eran tristes y fueron lúgubres, eran el ¡ay! de la agonía lanzado entre lamentos y gemidos, acentos sepulcrales, fantásticos, terribles, el silbido del viento quebrando en los cipreses su quejumbroso llanto. Parecía verse a la Muerte cantando sus victorias y alterando con sus sacrílegos cantos el triste silencio de sus sombríos dominios''.

Volviendo a la *Bohemia,* en el artículo antes aludido, Arana pinta la reunión en casa del poeta Eduardo, que sirvió de cuna a aquella asociación tan digna de pasar a la posteridad como el *Club del Esqueleto,* evocado por Wilde en su preciosa carta al Dr. Ignacio Pirovano. ''La reunión se presenta animada y espléndida, dice. Todos hablan, ríen, gritan, discuten. ¡Qué diversidad de ideas, de opiniones, de creencias! Sólo en una cosa coinciden: todos son ultraliberales y eminentemente revolucionarios; quieren un cambio completo político y social. Era necesario reformar las creencias, las costumbres; instituir el socialismo; pero el socialismo liberal, inteligente, ilustrado, justo; reorganizar la república... más, la América; hacer de toda ella una gran nación, que enseñara a pensar, a obrar a ese mundo antiguo, a ese viejo decrépito a quien llevaría la vivificante savia de las nuevas doctrinas. Y el entusiasmo crece, y apoderándose de todos los espíritus, no encuentran nada imposible, nada que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

impida la realización de todos aquellos pensamientos. No sé si alguno lo dijo, pero más de uno pensó en reformar el sistema planetario, no encontrando ya qué reformas hacer en la tierra".

En medio de aquella batahola, el *Gran Bohemio* ocupa el puesto de honor en la única silla que existe en el nido del dulce poeta donde se verifica la reunión y pronuncia algunas palabras de alta inspiración, enalteciendo las ventajas de la unión, las delicias de la amistad, las bellas alegrías de la juventud. "*Eduardo,* — continúa Arana, — el más romántico de los poetas, alzó al cielorraso sus negros ojos en que brillaba una chispa de genio: buscaba la inspiración, su eterna compañera, que le era infiel en aquellos momentos; *Pánax,* espíritu excéntrico, investigador, fantástico, Edgard Poë linfático, se contentó con hacer una mueca con su impasible rostro; *Hermann Beck,* poeta de pálido y hermoso rostro, con más talento que inspiración, cuidadoso siempre de no alejarse demasiado de la tierra, se abrochó el último botón de su inseparable levita negra; *Oscar Weber,* materialista que profesaba la moral utilitaria y llevaba la abnegación en el alma como un desmentido de todas sus teorías, se rascó la cabeza con ánimo de producir el fósforo que le faltaba; *Elías,* mezcla incomprensible de dos individualidades completamente distintas, soñador, preciándose de práctico; creyente con sus amigos, escéptico cuando se apartaba de ellos; riéndose siempre con la risa de aquel que se ha impuesto como obligación divertirse, se preparaba a salir del paso, con una chuscada, cuando lo interrumpió Rodolfo, el infatigable perseguidor de las quimeras". ¿De qué habla? De la idea grande que flota en la atmósfera, que está en todos los corazones y palpita en todos los labios, la idea de la unión, el *desidera-*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tum que los reune allí para inaugurar una nueva vida.

—"No perdamos tiempo, exclamó Weber; *piano* o *presto*, es necesario que lleguemos y llegaremos. La idea de Rodolfo es excelente.

—¿La apoyáis?, preguntó el Gran Bohemio.

—¡Por unanimidad!, respondió el coro.

—Ella nos salvará, dijo Eduardo; hoy nos sirve de fin, es una aspiración; mañana será sólo un medio, pero para trabajar por la unión de los demás es necesario que establezcamos la nuestra, íntima, indisolublemente; seamos los unos la encarnación de los otros; uno solo, la identificación de todos.

—¡Bravo! dijo Elías. No hay como hacer mancomunidad de bolsillo para llegar al *non plus ultra* de la intimidad; establezcámosla.

—Sí, seamos una sociedad de socorros mutuos, añadió Hermann Beck, mirándose la levita.

—Y de elogios recíprocos, interrumpió Rodolfo; es necesario que nos ensalcemos mutuamente.

—¿Comparándonos con Bolívar, por ejemplo?, preguntó Weber.

—Comparándonos con quien quieras; pero cada uno de nosotros debe tener diez veces más talento que el resto de los mortales.

—Un ángulo facial de más de noventa grados, dijo Pánax, ardiente partidario de la frenología.

—Basta, dijo el Gran Bohemio; siendo la base de la sociedad la unión, no se admitirán en ella sino amigos íntimos; un solo voto en contra priva la entrada.

—Seamos elementos heterogéneos contribuyendo al mismo fin, dijo Hermann Beck.

—Fuerzas distintas, pero convergentes, añadió Pánax.

—Ahora sentemos los demás principios para buscar los medios, dijo Oscar Weber.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—Busquemos los *medios*; ellos son siempre el principio en todo; le replicó Elías".

. . . . . .

Pero el nudo de la cuestión es precisamente ese. ¿Dónde conseguir recursos en aquella época en que no se habían inventado aún esas colosales creaciones que hubieran hecho las delicias del Mister Micawber, de Dickens, los bancos garantidos, las acciones de las Catalinas o del Banco Nacional? La imaginación de los artistas se exalta en la persecución del ideal contante y sonante, que flota solamente en sus sueños, y entonces continúa el alegre narrador...

"Empezóse una discusión acaloradísima, en que las ideas razonables brillaban por su ausencia, según la práctica establecida en todas las discusiones acaloradas.

—Propongo un consultorio médico — especialista de enfermedades incurables — exclamó Weber, quien creía que el tercer año de medicina le daba derecho a matar impunemente. Venderemos polvos de dientes; tengo para ello una receta especial...

—¿Y recetaremos polvos de dientes en todos los casos? preguntó el Gran Bohemio.

—En la mayor parte. Casi todas las enfermedades entran por la boca; esta y los dientes tienen relación íntima; luego...

—¿Les aconsejaremos a los hidrópicos que, de 15 en 15 minutos, se cepillen la dentadura? El negocio promete si lo establecemos en sociedad con una cochería fúnebre; de todos modos es peligroso...

—Fundemos un diario, dijo Rodolfo.

—¿Manuscrito? preguntó Elías.

—¿Por qué?

—No veo otro medio; se trata de buscar dinero y tú sales proponiendo gastos.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—Es que nos reportaría grandes utilidades; tendríamos un porvenir seguro, sería el órgano de nuestras ideas...

—Etcétera; si tenemos imprenta, tenemos dinero, pero necesitamos tener dinero para tener imprenta. Es la cuestión de saber cual fué el primero: si el huevo o la gallina.

—A propósito de huevos y gallinas, dijo el Gran Bohemio; criemos conejos; se multiplican admirablemente".

. . . . . .

Pero todas las ideas son desechadas, las unas por inútiles, las otras por improducentes. En fin, se piensa en dar alguna función teatral, con piezas inéditas escritas para la circunstancia, y que por su carácter especial llamen la atención del público y atraigan la concurrencia. Se adopta el siguiente programa, que es leído por el que actúa de secretario:

"GRAN FUNCION DE AFICIONADOS"

PRIMERA PARTE

La ascensión de Mahoma

Drama esencialmente histórico en un solo acto. (Nota. — Se suplica al público no se lleve al profeta, caso que cayera en la platea).

SEGUNDA PARTE

El gobierno en calzoncillos

Un personaje encaretado, representará al Presidente sin careta. (Nota. — No hay alusión política, es la verdad pura y neta, la cual será representada poco menos que desnuda).

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

TERCERA Y ÚLTIMA

El Diluvio Universal

Grandiosísimo espectáculo al natural. No queremos adelantar nada sobre las conmovedoras escenas que tendrán lugar durante la representación de este espectáculo; pero garantimos que será una verdadera sorpresa para el público. (Nota muy importante. — Un paraguas podrá servir de arca al que quiera hacer el papel de Noé)".

Pero, asimismo, el programa es considerado corto y se le añade entonces una pieza de gran sencillez: *La monotonía del desierto,* susceptible de ser representada dejando el escenario vacío. La idea es aceptada, aunque en mérito a los acontecimientos de la época, se le da un título de actualidad: *El desierto de Atacama.*

En aquella noche famosa quedó instituída la *Bohemia* sobre asiento inconmovible. Los que no nos encontramos presentes cuando se echaron las bases del grupo fraternal, ingresamos a él inmediatamente, encontrándolo ya aumentado con Joaquín Aguilar, José H. Martínez, etc. Fué en ese tiempo que, a semejanza de los *dîners litteraires* de París, fundamos una comida mensual en que nos congregaba la amistad y la pasión a los trabajos del espíritu. No había fecha determinada para el día del banquete, pero una sabia previsión lo hacía tener lugar generalmente del 5 al 10 de cada mes, es decir, en la época en que cada uno había tenido tiempo de recibir el fruto de su labor, y no había tenido tiempo de gastarlo todavía.

Las comidas de la *Bohemia* tenían lugar generalmente en la *Bodega,* pero una o dos veces trasladamos nuestros penates al *Café Filip.* No brillaban como fiestas gastronómicas, porque el precio

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

del cubierto era reducido. En cambio, reinaba entre los comensales una infatigable alegría; los chistes y las paradojas más atrevidas se cruzaban de asiento a asiento y de uno a otro extremo de la mesa; los brindis eran espirituales e interminables; se pasaban, en suma, los momentos más gratos en aquellas fiestas cordiales y sencillas que duraban algunas veces desde las siete de la noche hasta las tres de la mañana.

Las comidas de la *Bohemia* hacían las delicias de los propietarios y concurrentes a la *Bodega*. Tenían gratis un espectáculo nuevo y pintoresco; y nosotros, en nuestra fingida petulancia de artistas, hacíamos lo posible para llegar a la *originalidad*, ese *desideratum* de todo romántico de corazón, sosteniendo las tesis más extravagantes y flotando siempre en el dominio de la exageración y la fantasía más descabellada.

¡Ah! ¡Quién pudiera hacer revivir de nuevo, con el pincel o con la pluma, aquellas asambleas literarias, alrededor del mantel de la mesa fraternal, con todo el brillo de la juventud que tomaba parte en ellas y todo el fuego de los corazones y las miradas adolescentes! No pretendo intentarlo siquiera. Me limito a consignar este recuerdo de alguno de los momentos más gratos de nuestra vida pasada, seguro de que a todos los que formaban el núcleo de la *Bohemia* les bastará esta mención para gozar con la imaginación las fruiciones de aquellas fiestas inolvidables, que murieron como murió el *Círculo* el día que las necesidades de la vida nos obligaron a separarnos, y despedirnos de los bellos sueños que nos dominaban, para seguir cada cual el rumbo variable de su destino.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXX

Además del *Círculo Científico Literario,* existía en Buenos Aires una asociación llamada *Academia Argentina,* cuyos miembros pertenecían, por lo general, a una generación anterior a la nuestra. Fuí presentado a ella por Obligado y Coronado, a su regreso del viaje en que nos encontramos juntos; y aun conservo la nota en que se me comunicó mi admisión, firmada por el actual ministro Dr. Juan Carballido, Presidente de la Sociedad, y el Dr. Luis T. Pintos, secretario.

En la época de mi incorporación, la *Academia Argentina,* después de sus primeros fulgores, empezaba a declinar, siguiendo el destino invariable de todas las asociaciones literarias del mismo género, que han tenido tan efímera vida entre nosotros. Sin embargo, fué en aquella época que produjo uno de sus últimos actos públicos, especie de suprema llamarada de una luz próxima a extinguirse. Me refiero a la conferencia literaria que tuvo lugar el 9 de Julio de 1879 en los salones del Colegio Nacional.

Aquella fiesta memorable se abrió con un discurso del Dr. Carballido, que produjo una impresión agradable en el auditorio, por su elocuencia y su belleza de frase y expresión, así como por las ideas desarrolladas en él. El Dr. Carballido se distinguía desde entonces como orador fecundo, me-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

surado y correcto. Avezado a las luchas de la palabra, poseedor de una inteligencia clara, de una sólida ilustración y una presencia simpática que resaltaba más por sus cultas formas de *gentleman* perfecto, estaba dignamente al frente de aquel grupo de jóvenes distinguidos y estudiosos que, en diversas sendas, se han conquistado un nombre por sus trabajos o sus aptitudes.

Obligado, Coronado, Frejeiro, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Luis T. Pintos, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Lamarque, Florencio del Mármol, Aditardo Heredia, Ventura Linch, Lucio Correa Morales, Pedro M. Gómez, Miguel García Fernández, etc., formaban parte de aquel centro inolvidable. La mayor parte de estos distinguidos miembros, sin embargo, no brillaba por el celo que les inspiraba el adelanto de la sociedad. Pero, en cambio, había un pequeño grupo de amigos y fanáticos, que tomaban a lo serio, con una cómica y sublime gravedad, su papel de académicos.

La obra grandiosa que ocupaba a la Academia era un *Diccionario de Argentinismos,* en el que no me fué dado colaborar, pues cuando ingresé al cónclave estaba un poco olvidado por sus más entusiastas iniciadores. Martín Coronado, al terminar su período presidencial, en Julio de 1878, en el que fué sustituído por Carballido, decía refiriéndose a esta empresa: "La obra fundamental de la Academia, el *Diccionario de Argentinismos,* tiene ya cuatro mil voces definidas y más de dos mil en estudio. Este aumento notable sobre el número de voces con que contaba al terminar el anterior período demuestra que la labor del Diccionario se ha continuado con empeño, y que puede esperarse verlo pronto en estado de dar a la prensa su primera edición". ¿Qué se ha hecho todo ese trabajo, que debe

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ser tan curioso como interesante? ¿En qué manos se encuentra hoy el manuscrito de esas cuatro mil voces estudiadas? No sabría decirlo, y es en verdad deplorable que ellas no sirvan como base para estudios filológicos, serios y detenidos.

Por lo demás, la *Academia Argentina* no se limitaba a este género de trabajos. En su sello se leían estas tres grandes palabras: *Artes, Ciencias, Letras.* Ventura Linch dotaba su museo de dos cuadros que hoy vería con el mayor placer, representando "Un episodio de la batalla de Santa Rosa" y "Los últimos momentos del Doctor Alsina"; Correa Morales remitía algunos hermosos bustos desde Florencia; Eduardo L. Holmberg, Enrique Linch Arribálzaga, Atanasio Quiroga, Luis J. Fontana, etc., presentaban a la sección científica trabajos sobre los *aránidos,* los mutílidos del Baradero, catálogos sistemáticos de plantas indígenas y exóticas, etc., etc. La producción intelectual de algunos académicos era además considerable y honrosa: Uriarte presentaba sus *Elementos de Literatura,* Holmberg escribía una *Colección de cuentos fantásticos,* Heredia traducía el *Mazzepa* de Byron, Frejeiro daba a luz su *Compendio de Historia Argentina* y su *Estudio biográfico sobre Don Bernardo de Monteagudo.*

La *Academia* penetraba también en otro género de terrenos, con una ingenuidad adorable, y se empeñaba en crear nada menos que el arte nacional, la literatura nacional y hasta el Teatro Nacional, dramático y lírico. "Ha ayudado con todos los medios a su alcance, dice la *Memoria* de Coronado, a los que han querido dar formas prácticas a la idea, ofreciendo su cooperación a las empresas de teatros y dando a la escena tres dramas de sus miembros, en el espacio de un año... Las aspiraciones de la Academia no se detendrán por cierto en el drama.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en cuanto se refiere al teatro; sus miras son más vastas, y *actualmente se agita en ella el pensamiento de ensayar la ópera nacional,* para lo cual cuenta con un núcleo de compositores argentinos''...

¿Necesito decir que todos estos bellos sueños, como los de la lechera de la fábula, se convirtieron en humo? ¡Ah! demasiado lo sabemos. Ha pasado una década y el problema insoluble del teatro nacional ha sido resuelto por un payaso con instinto y temperamento de actor, que ha transformado la insulsa pantomima de su circo en una serie de cuadros dramáticos que retratan la vida de un bandido legendario. Como un supremo sarcasmo a la inteligencia y al arte, *Juan Moreira* ha logrado lo que no pudo conseguir Coronado con *La Rosa Blanca* o *Luz de luna y luz de incendio.*

La tendencia a *nacionalizar* la literatura y el arte, que predominaba en la mayor parte de los miembros de la *Academia Argentina,* estaba en oposición con los gustos y la educación completamente extranjera de los socios del *Círculo Científico Literario.* Nunca existió, por eso, una franca simpatía, entre ambas asociaciones intelectuales, compuesta la primera de jóvenes de mayor edad y reposo intelectual y la segunda de muchachos turbulentos y entusiastas que exageraban fácilmente los odios y las rivalidades de escuelas disidentes. Es necesario decir hoy con franqeza que aquellos nos llevaban inmensas ventajas y que algunos de ellos como Obligado, Coronado, Uriarte, etc., eran, comparados con nosotros, literatos hechos, espíritus maduros y reflexivos.

En aquella época vivía Rafael Obligado en el tercer piso de la casa situada en la esquina de Tacuarí y Rivadavia. Después de terminar la trabajosa ascensión de la escalera de madera, en forma de caracol, que llevaba al departamento del poeta,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

se penetraba en un corredor y doblando a la derecha llegaba uno a las habitaciones ocupadas por éste. No brillaban ni por el lujo ni por el confort. Nos reuníamos en una sala alfombrada, con pocos libros, pues la Biblioteca estaba en otro piso, algunas sillas y sillones de esterilla y una mesa escritorio, arrimada a la pared en uno de los rincones de la pieza. Obligado había elegido aquel alojamiento por estar más independiente de su familia, a quien sin duda no debía llenar de delicias la invasión periódica e incesante de "hombres de letras" que convertían aquel recinto en una sucursal del Parnaso. Por nuestra parte, usábamos de la libertad para emborracharnos a nuestro gusto de ideal y de poesía, y extasiarnos sin límite y sin medida delante de nuestras mutuas producciones.

Allí se sostenían teorías artísticas de alto coturno, se discutían personalidades literarias del país y del extranjero, se hablaba con elogio o con acritud del último libro aparecido, y del último acontecimiento público, se leían versos propios y ajenos; en suma, se pasaban deliciosos momentos de expansión fraternal y de cambio de ideas, sin que jamás una nota áspera o discordante turbara la cultura y la buena amistad de aquel conjunto armonioso. Un gallego que oía nuestras elucubraciones, con ojos espantados de admiración y de envidia, hacía circular el mate, como un autómata, desde las ocho hasta las doce de la noche. He visto últimamente con sentimiento que la infusión criolla ha sido destituída por Obligado para reemplazarla por el prosaico té, las vulgares copas de Jérez y de Oporto, y otras invenciones europeas. En aquella época hubiera rechazado el cambio con indignación. Por lo demás, es la única claudicación de que pueda reprocharse el cantor de *América* y *Echeverría*. Se fumaba de una manera formidable; y en medio de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

aquella atmósfera ahumada, que velaba como una bruma londonense las lenguas de víbora de los mecheros de gas, la imaginación parecía exaltarse, la inteligencia brillaba con más fulgor, y el choque de las opiniones diversas aumentaba la inspiración de aquellas pláticas inolvidables.

Durante todo un año, sin faltar una sola noche, nos encontrábamos allí un grupo de amigos que se renovaba, pero cuya base inconmovible estaba formada por Obligado, Coronado, Frejeiro, Uriarte y yo. Los demás miembros de la *Academia* iban a menudo, pero con intermitencias. Para Coronado, especialmente, la visita diaria a casa de Obligado era una especie de función vital como el comer y el dormir. Por desgracia, vinieron las agitaciones del año 80. Nuestra eterna política casera caldeó la atmósfera hasta un grado insostenible. Vinculaciones de amistad y de gratitud, que no desoyen jamás las almas bien nacidas, nos llevaban a algunos al campo donde no se encontraban los demás. Coronado, que tenía un corazón dulce y un carácter de paloma, se convenció que debía convertirse en un Tamerlán literario para combatir a los que entonces se llamaban los "bárbaros del Norte". Una noche, que precedió en pocas semanas a la tragedia deplorable, cuyo acto final fué la batalla de los Corrales, nos recitó la primer estrofa de un brulote guerrero con que quería azotar el rostro de sus enemigos: *Nous l'avons eu, votre Rhin allemand.* Creo que nunca pasó de esa primer estrofa; y hasta apostaría a que su mismo autor se sorprenderá al encontrarla, si llegan a sus manos estas páginas fugaces. Pero la conservo en la memoria y quiero transcribirla como un recuerdo de la exaltación de aquellos momentos de fiebre. La composición empezaba:

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Aun Buenos Aires callas?
¿Aun sufres en silencio, patria mía,
Buenos Aires, titán de las batallas,
El insulto de todas las canallas
Que te han dado el asalto de la orgía?...

Si este era el principio, no es difícil suponer cuál sería la conclusión. Por mi parte, aunque nunca he sido apasionado por la política, militaba en filas opuestas, y protesté enérgicamente. Más tarde, Coronado fundó *El Correo Americano,* periódico de que debió excluir el examen de los temas de actualidad, pero en el cual dió rienda suelta a sus entusiasmos de partidista, y en la volteada cayeron amigos queridos. La medida estaba colmada; resolví tomar pronta y ejemplar venganza; y para probar a Coronado la injusticia de sus ataques y la grandeza de nuestra causa, escribí un artículo en el que... hice la caricatura de su bello talento de poeta y la sátira de sus dramas. ¡Admirable lógica juvenil, de que hoy mismo me maravillo! Lo peor de todo es que cometía a sabiendas una mala acción; pues, en el fondo, admiraba como poeta a Coronado. Pero era necesario encontrar un punto vulnerable y lo busqué en la *verruga* de que habla Larra.

Las agitaciones políticas fueron, pues, un enérgico disolvente para nuestras dulces y gratas reuniones amistosas. Ignoro si, después de terminada la contienda, continuaron con igual constancia, pero creo que no. En todo caso, con la entrada de nuevos elementos, debió perderse aquella armonía de nuestro elenco, aquella semejanza de propósitos e ideales que nos movían a todos y hacía que nos comprendiéramos a media voz. ¡Ah! Cuántos errores de sentimiento, y cuántas bellezas morales de afección y de respeto mutuo, desperdicia la juventud cuando siente su corazón invadido por el ardor

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de la pasión que nubla las más claras inteligencias! ¡Cuántas injusticias me recuerda el pasado, y me obligan a decir, como el ardoroso polemista Pontmartin, que acaba de morir en Francia, en uno de sus más bellos artículos, estas palabras que reflejan mi estado moral al escribir estos recuerdos: "¿Por qué no confesarlo? Me siento invadido, desde hace algún tiempo, por una nostalgia de paz, de imparcialidad y de justicia, de la cual uno no puede escaparse, a medida que avanza, que se ve más cerca del fin, que las ilusiones se disipan, que las pasiones se calman, que las heridas se cicatrizan. No se trata, bien entendido, de sacrificar convicciones, opiniones o recuerdos. Se les salvaguarda mejor, al contrario, desprendiéndolos de todo contacto con los resentimientos del amor propio y las cuestiones personales. ¿Qué quedará ¡gran Dios! de esas querellas que divierten al público a nuestra expensa, y que devora el olvido del día siguiente, cuando aun conservan el calor colérico de la víspera?"

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXI

Los poetas maestros de la *Academia Argentina,* lo he dicho ya, eran Martín Coronado y Rafael Obligado. Una tendencia igual los llevaba por la misma senda y los hacía buscar idénticas inspiraciones. Se proclamaban discípulos de Echeverría; su evangelio literario era *La Cautiva.* Sin embargo, sus organizaciones poéticas tienen diferencias radicales de expresión y de índole, que dan a cada uno de ellos una fisonomía propia y una originalidad personal. Coronado es más violento, apasionado, más mezclado a la lucha de las ideas y los sentimientos modernos. Su estilo verboso, elocuente, lleno de lirismo y de fulguraciones, se presta para los cantos de alto vuelo y de corte majestuoso. Rafael Obligado, por el contrario, es el poeta de la suavidad y de la penumbra. Su frase trémula y tranquila brota impregnada de unción y de dulzura. La nota brillante de la epopeya resuena raras veces en su lira. Un encanto íntimo y misterioso se desprende de la música de sus versos soñolientos. Es el poeta del hogar, de los paisajes tranquilos del Delta del Paraná, en cuyos brazos sinuosos, sombreados por las ramas desfallecientes del sauce, resbala la canoa del isleño, en medio de la soledad y el silencio, que interrumpe apenas el golpe pausado de los remos.

Los ensayos dramáticos de Coronado, a pesar de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sus deficiencias, son los más importantes que en su género posee nuestra literatura, sin exceptuar el *Cruzado* y el *Poeta* de Mármol, que apenas se leen hoy y que valen mucho menos, por cierto, que los *Cantos del Peregrino* del mismo autor. Sin embargo, ellos adolecen del pecado de lirismo tan frecuente en los dramaturgos españoles modernos y tan difícil de evitar cuando se maneja el octosílabo alado de nuestro idioma. Todos los personajes hablan con el estilo fulgurante del poeta. Cuando, en la *Rosa Blanca,* Gaspar confiesa su pasión por Irene, lo hace en estos términos hiperbólicos:

¿Y por qué no decirlo si es tan grata
La dulce confesión? ¿qué me detiene?
Huérfana, con el alma desolada,
Virgen el corazón, ¿quién no la adora?
La luz de su mirada
De azul de cielo el porvenir colora.
¡Ah! cuando hace un momento
La intuición de otro amor veló sombría
Mi más bella esperanza... ¡aun lo siento!
¡Qué dolor! ¡qué amargura! ¡qué agonía!

Y, más adelante, al sentirse alentado en su pasión, prorrumpe en esta exaltada cavatina:

¡Ah! si cruel su destino la condena
A eterna soledad; si se levanta
Entre ella y mi alma, de ilusiones llena.
Esa locura horrible que me espanta;
Entonces este cielo que he forjado,
Será en mi vida triste y peregrina,
Como el cielo sin luz del desgraciado,
Que tan sólo en sus sueños se ilumina.

Luz de luna y luz de incendio tiene un carácter semejante, si bien en él se nota menos pronun-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ciado que en el anterior. Una ráfaga ardiente, un tumulto de pasiones exacerbadas, circula por las escenas del drama. El odio a la tiranía, la indignación contra los verdugos y la suprema piedad por las víctimas, eleva el tono del verso y lo mantiene durante toda la pieza en una tensión formidable. Uno de sus personajes favoritos, el poeta Jorge, habla como si estuviera recitándonos sus rimas. Así exclama:

¡Es que soy de la raza soñadora!
¡Poeta! dicen, cuando el hombre eleva,
Sombría siempre, al cielo la mirada:
Cuando perenne sobre el labio lleva,
Para besarlo, el nombre de su amada.

Y su interlocutor, Emilio, por no ser sin duda menos, pinta su amor y su carácter con estos rasgos exagerados y enfáticos:

Mis sueños son de lucha, de batalla...
Nube de tempestad que el rayo hiende,
Cuerda de bronce que vibrando estalla,
Así mi anhelo el porvenir comprende.
Corina me entusiasma, me arrebata,
Tiene en su voz la fibra del pampero...

En este género, Coronado ha escrito versos admirables que lo colocan al par de los primeros poetas de nuestro idioma. Alguien habla de Lavalle en una reunión en que se encuentra Emilio, y este exclama al instante:

¡Lavalle! ¿qué voz le nombra
Aquí? ¿no saben ustedes
Que pueden estas paredes
Proyectar alguna sombra?

. . . . . .

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿No saben que en derredor
Se agita a cada rumor
La hoja de la cuchilla?
¿Que en cada rendija estrecha,
Con el obstáculo en lucha,
Hay un oído que escucha
Y una mirada que acecha?
¿Y que en todos los momentos
Entre las sombras calladas
Se mueven manos crispadas
Sobre puñales sangrientos?
¡Silencio! ¡Silencio y calma,
Y nada más! hoy no es mengua
El que no estalle en la lengua
El trueno que está en el alma!

Hasta el bárbaro de Cuitiño, que en vida no se las hubiera visto más gordas, lanza su aire de bravura en este trozo de férrea elocuencia, al que contesta Emilio en el mismo tono:

CUITIÑO

Allá va, Oribe, el espanto
Del bando unitario, y él
Le escribe a Don Juan Manuel
Que los lleva al campo santo.
Ese ejército altanero
No crea que va a pelear
Porque sabe que es pisar
La playa del matadero.

EMILIO

Tienes razón: la pelea
No es la senda del rescate:
Lavalle, el héroe... combate!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y Oribe, el tigre... carnea!
La libertad pide gloria
Al triunfo... la tiranía
Quiere gritos de agonía,
Pide sangre a la victoria!
¡Sangre que encharque el camino
De algún sayón carnicero,
Con la espada del guerrero
Y el brazo del asesino!

Las discusiones de este género, en que ambos contendores despliegan todas las galas de la retórica y de la poesía, se suceden en el drama, y algunas veces, a pesar de su inverosimilitud, son realmente hermosas. El brillo torrentoso de la expresión declamatoria pero terrible en su misma exageración, arrastra al lector a pesar suyo, como en la escena en que Emilio prisionero provoca al sanguinario instrumento del tirano:

CUITIÑO

Me insultas, vil unitario,
Me insultas... y vivo estás!

EMILIO

Quiero morir; quiero más:
Que tú me mates, sicario.
Quiero que así solemnices
La victoria sin combate;
Quiero que humeante dilate
Sangre mía tus narices.
. . . . . .

CUITIÑO

¡Cállate!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

EMILIO

¡Mata! y Dios quiera
Que mi martirio subleve
A Buenos Aires, y eleve
Mi cadáver por bandera!
¡Mata! que haga mi agonía
Hervir la sangre en sus venas,
Y vaya con sus cadenas
A azotar la tiranía!

CUITIÑO

¡Já! ¡já! pierde la esperanza
Si en los unitarios fías:
Tienen miedo a las sangrías
Del cuchillo y de la lanza.
¡Cobardes!

EMILIO

En la batalla,
Pregúntaselo al más fuerte.

CUITIÑO

¡Vendidos!

EMILIO

Sí, a la muerte.

CUITIÑO

A los franceses.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Emilio

¡Canalla!
¿No sabes?... ¿en tu memoria
No brilla con luz de rayo
Aquella aurora de Mayo
Que abrió el día a la victoria?
¿Olvidas que tus mayores
Nos han dejado en herencia
La sed de la independencia
Y el odio a los invasores?
¿Que este es pueblo de guerreros,
Y que en días inmortales
Alfombró sus catedrales
Con pendones extranjeros?

Y más adelante:

Soldados! soldados!
Desatadme por favor!
Quiero ser el vengador
De los pobres inmolados!
Desatadme! ha muerto padres,
Hijos, esposos... piedad!
Venid, por la caridad
Y el amor de vuestras madres!
Desatadme, ha muerto a un niño...
Tenía rubio el cabello,
Y blanco, muy blanco el cuello
Que ha destrozado Cuitiño!
Desatadme, por la santa
Compasión del heroísmo!
Quiero enterrarle yo mismo
Su cuchillo en la garganta!

Obra de juventud, la inexperiencia del género puede disculpar los lunares que se notan en ella.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Un poeta vibrante de emoción y de entusiasmo ha trasmitido a sus estrofas la desbordante vitalidad de su estilo, y esto basta para encontrar allí innumerables bellezas. Cambiad el título de *drama* que tienen esas producciones por el de *poema dramático* del género de *Futura* de Vacquerie y *Les deux trouvailles de Gallus* de Víctor Hugo, y no tendréis que poner ningún reparo a esas producciones en que la savia poética circula como la sangre de un adolescente en los accesos de una fiebre voraz. Hay, sin duda, plétora y derroche de inspiración; pero abundan los rasgos felices, los arranques soberbios, los toques de llamada estridentes como el clarín guerrero, las imprecaciones tremendas que truenan como la palabra de un profeta, presagio de destrucción.

Y toda la poesía de Coronado tiene el mismo carácter de fuerza contenida, de exaltación íntima, de ardor enfermizo. Me represento a su musa, no como a una de esas pálidas y frágiles heroínas de los cantos del Norte, que pasan como Ofelia deshojando las flores silvestres de los campos mientras la brisa juguetea con su cabellera rubia; sino como una de esas mujeres de alma tempestuosa y temperamento violento, de tez pálida, ojos en que centellea la pasión contenida, cabellos negros como la noche, tal como nos ha pintado a *Tula* en una de sus más populares y bellas inspiraciones:

¡Ah! no os pongáis ante ella, si a la vida
Sólo pedís de la ilusión la palma;
Si una pálida virgen escondida
Guardáis en el santuario de vuestra alma!
Escuchadme y temblad: negro, luciente,
Como bruñido ébano el cabello,
Vela entre rizos su morena frente,
Y cae serpeando a su torneado cuello.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Oh qué mujer! sólo el misterio iguala
Los tintes de su espléndida belleza...
Virgen parece que al vestir de gala
Ha olvidado su manto de pureza.

. . . . . .

Tula entre nubes de nevado encaje,
Envuelta en ondas de crujiente raso,
Es un destello del amor salvaje,
Es un ángel de fuego, un sol de ocaso.
Es un volcán en flores desbordado,
Es el sueño del árabe en compendio:
¡Es el cielo, en la noche vislumbrado,
Al resplandor rojizo del incendio!

Es, sin duda alguna, curioso que el autor de estrofas como las anteriores permanezca olvidado, en la soledad y el silencio, sin ser conocido sino por un grupo escaso de apasionados por la literatura que saludan en él una de las personalidades más brillantes de nuestro mundo literario. Por mi parte, creo que puede asegurarse, sin incurrir en error, que Coronado tiene un admirable talento poético y que muchos de sus versos lo colocan en una altura envidiable a donde pocos alcanzan. Desgraciadamente, los únicos cantos reunidos en volumen por Martín Coronado son los de su primera juventud; los frutos más sazonados de su lira se hallan dispersos en diarios y revistas difíciles de encontrar. Sin embargo, su ingenio no ha hecho sino perfeccionar por el mayor esmero de la forma, producciones que desde el primer momento nacían al mundo envueltas en primores, como el *Adiós al Edén* que pertenece a su juvenil manera.

Coronado, después de Ricardo Gutierrez, quedará entre nosotros como el poeta del amor, con todos sus arranques y desvelos, con todos sus sueños de felicidad y sus horas de tristeza, con todas sus

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ingenuidades infantiles y todos esos sedimentos amargos que envenenan el corazón con la ingratitud y el olvido. El se revela contra la ley eterna, pero, a pesar de sus esfuerzos, se nota que lleva el hierro en las entrañas:

¡Y piensas olvidar! Con regias galas
Tu belleza de virgen atavías,
Y buscas el bullicio de las salas
Para forjarte un mundo de alegrías.

Y evocas la grandeza de tu orgullo
Y de tu alma el poderoso aliento...
Y no puedes oir más que el arrullo
Y la eterna caricia de mi acento!

¡Y piensas olvidar! Nunca se olvida
Un amor a la lágrima enlazado,
Un amor cuya cuna está escondida
En un astro sin nombre del pasado.

No luches más: la voluntad se funde
En la imagen de ensueño que se adora,
Y el rayo del orgullo se confunde
En la mirada del amor que implora.

El estilo de Coronado tiene una plasticidad admirable. Su frase tiñe con una suavidad tan ardiente y tan carnal los contornos de la realidad, que la imaginación se exalta delante de sus cuadros amorosos. Basta recordar algunas estrofas de su canto a *Los ojos negros* para ver hasta qué punto lleva los refinamientos de la expresión voluptuosa:

Hay algo de santuario,
Como un asilo en la penumbra abierto
Al corazón doliente y solitario,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

En esos ojos que el amor dilatan,
Y el velo del crepúsculo desatan
Para que baje el cielo hasta el desierto.

Caricia de la noche que suspira,
Y en el misterio tímida se queja
Como el alma en la lira,
Llevan en la mirada
Esa estela de lágrimas que deja
La dicha que se aleja
Con el adios de la mujer amada.
. . . . . .

Allí la vida toda se estremece
Y en la pasión desmaya
Como el ave en el nido que la mece,
Y la ola en la arena de la playa.

Allí, puesto de hinojos,
Está el amor que implora;
El amor, que es el cielo de los ojos
Donde el cielo del éter se colora,
Y donde van a sonrosar sus tules
Esas nubes azules
Que se incendian en brazos de la aurora.

Las descripciones de Coronado no son menos notables. Sabe asociar la naturaleza a las expansiones del alma lacerada. Hace revivir los paisajes, bañados en la bruma melancólica del recuerdo, con el mágico poder de una evocación. El *Album del Hogar* publicó en Abril de 1879 una de sus poesías titulada *Soledad,* cuyo encanto misterioso recuerda al mismo tiempo la dulce barcarola del *Lago* de Lamartine y la amplia sinfonía de la *Tristeza de Olimpio* por los sentimientos contenidos en ella, por las visiones piadosas del pasado, la honda efu-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sión del alma entristecida, las inquietudes del espíritu que se siente extraviado en la selva tenebrosa, y el pudor melancólico de un amor frustrado en sus esperanzas, que se exhala en un himno impregnado en suspiros cadenciosos. Quisiera transcribir todo ese poema que contiene una de las notas más puras de la lira de Coronado, pero su extensión me impide hacerlo. No puedo menos, sin embargo, que repetir las siguientes estrofas, tan armónicas y puras:

. . . . . .

¡Ay! aquí los recuerdos del pasado
Flotan como girones de crespón
En noche de borrasca desgarrado:
Todo, hablándome de ella, me ha enlutado
De ausencia el corazón!

Allí pende la verde enredadera
De las ramas del árbol, como un chal
Que arrojara la diosa primavera,
Para emprender con rápida carrera
Su camino triunfal.

Allí la brisa al suspirar congojas
Mueve el follaje en lánguido vaivén;
Allá, cubiertas por la flor las hojas,
Tienden al sol las margaritas rojas
La alfombra del Edén.

. . . . . .

Allá un grupo de sauces soñolientos
Mira a su pie las olas resbalar
Con el último beso de los vientos,
Y su sombra con blandos movimientos
Se deja columpiar.

La misma esplendidez tiene el paisaje,
La misma luz, la misma juventud;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Siempre verde y lujoso está el follaje,
Siempre agita su seno el oleaje
Con igual inquietud.

Pero está sin su virgen el santuario,
Y hoy circula en las frondas el rumor
De un eterno sollozo solitario,
Y una pálida sombra de sudario
Se extiende en derredor.

¡La ausencia está en mi alma! Nada alcanza
A llenar tan horrible inmensidad,
Y arrastro, sin el alma de mi alianza,
Enferma de tristeza mi esperanza
Por esta soledad.

Cuando se leen estrofas como las anteriores, el espíritu se retempla y se piensa que, a pesar de la indiferencia con que en nuestra sociedad se mira esta clase de trabajos, a pesar de la ingratitud que reciben en premio de su talento nuestros grandes inspirados, la Poesía, según las palabras de un crítico, no muere, no puede morir; "o si ella muriera, es que el corazón del hombre dejaría de latir, que una fibra se desgarraría en las entrañas mismas de la humanidad, que el diálogo inmortal entre el alma y la naturaleza se interrumpiría de pronto, o más bien que el universo desplomado se transformaría en un caos inmóvil y taciturno".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXII

Con Rafael Obligado penetramos en un arte más completo, de formas más perfectas y de líneas más puras. El distinguido crítico Juan Valera—que es sin duda una autoridad en la materia—encuentra en él "todo lo que le faltó a Echeverría". Dice que "tiene como el autor de la *Cautiva* la facultad de reflejar, a modo de claro y mágico espejo, la naturaleza circunstante, hermoseándola y depurándola, en la imagen"; que "posee, además, el arte y la forma adecuada para que esta imagen pase, sin disiparse ni afearse al pasar, desde la mente del poeta a la mente de los demás hombres, hiriéndolas y penetrándolas". "Se diría que todo el concierto, toda la magnificencia y toda la hermosura de la tierra de Vd.,—continúa, dirigiéndose a Obligado—aunque conocidos por la geografía y la estadística, eran ignorados por el sentimiento, ya que no habían llegado a reflejarse en el alma de un poeta, ni habían aparecido en sus cantos... En todos los versos de Vd. hay inspiración propia, por donde, sin buscar la originalidad, Vd. la tiene. Se conoce que ha leído Vd. los poetas españoles, hasta los más recientes, como Campoamor, Núñez de Arce y Velarde... Por lo demás, nada tan opuesto como su espíritu de Vd., sano, optimista, lleno de esperanzas en el progreso y la grandeza de la patria y de todo el humano linaje, al es-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

píritu de Becquer, pesimista y hondamente herido. Hasta en las poesías más melancólicas de Vd. hay consuelo, hay bálsamo, hay luz celestial, que lo alegra e ilumina todo".

Tal es, en efecto, el carácter distintivo de la poesía de Obligado. Las luchas de la vida, las hondas turbaciones del alma, le son desconocidas. Una serenidad tranquila, una ponderación dulce y grata de pensamientos y sentimientos, se refleja en toda su obra poética y le imprime un sello luminoso. Evita el estallido de las grandes exaltaciones líricas, la elevación del tono, la hinchazón de la imagen y la palabra. Es mesurado, correcto, delicado. Los afectos del hogar y de la familia, las gracias pudorosas de la adolescencia, los recuerdos cariñosos de los primeros sueños de amor y de gloria,—he ahí los temas que desarrollan sus trémulas elegías. Y su estilo se presta admirablemente para la expresión de sus ternezas. De él podría decirse, lo que un crítico sagaz de las primeras manifestaciones del genio poético de Lamartine: "ha arrojado un manto de luz sobre todo lo que toca su mano, sobre la naturaleza, sobre la historia, sobre la política, sobre sus propios sentimientos, sobre sus amores, que son contemplaciones enternecidas, sobre sus melancolías, que son como sueños de angel desterrado, sobre sus sufrimientos, que no se expresan por gritos sino por armoniosos suspiros y murmullos que cantan. Y no es que él aguce y tamice sus sensaciones. Eso revelaría el esfuerzo, y toda forma del esfuerzo le es extraña. Es perfectamente natural en la expresión desligada y aérea de los sentimientos. Ha idealizado todo, sin sutilizarlo, porque su idealismo no consiste en el arte de refinar las cosas, sino en la manera de sentirlas".

Nada explica más y mejor la poesía de Obliga-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

do, que el conocimiento de su autor. Se diría que todas las buenas Hadas, se reunieron en su cuna, para allanarle el áspero camino del mundo. Joven, dotado de fortuna, mimado en el hogar y querido por todos los que conocen sus nobles condiciones morales,—no ha conocido sino las dulzuras de un destino que se presenta para otros tan duro y sombrío. Se ha sentido desde temprano dominado por una irresistible vocación literaria, y ha dispuesto de todo el tiempo y todas las facilidades para seguir sus impulsos. Ha gozado desde el principio de esa grata independencia, tan difícil de conquistar, que permite al artista aislarse del mundo, en su Tebaida amorosa, hundirse en la contemplación de la obra que ejecuta, huyendo del tumulto de las turbas y del grito ensordecedor de los importunos. Y, cosa verdaderamente rara, lejos de malograr estas facilidades en la disipación y el extravío, que conduce a tantos talentos brillantes, a desgarrarse el pecho y matar temprano sus ilusiones, él ha permanecido alejado, en el silencio de su retiro estudioso, extraño a toda una faz de la existencia, la más cruel y dolorosa, pero ¡ay! la que conocen más pronto todos los que nacen con la enfermiza curiosidad del mal, con el demonio insaciable del análisis que desmenuza los sentimientos, estudiados *in anima vili* sobre la corrupción y la miseria humana! Y es, precisamente, este carácter de placidez, este suave efluvio de pureza y de inocencia, lo que constituye el encanto penetrante de los versos de Obligado.

Este carácter distintivo de su Musa, hace que los cantos líricos de Obligado, no tengan la pujanza y el nervio robusto, aunque algo declamatorio, que se admira en otros poetas que han cultivado ese género, como Quintana en España, Olmedo en el Ecuador y Luca entre nosotros. *La Pampa, Amé-*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

rica y *Echeverría*, son sin duda, joyas admirablemente cinceladas por un artífice que domina como pocos la forma poética; pero, a pesar de sus grandes bellezas, prefiero *Primavera, El Nido de Boyeros, En la Ribera,* y sobre todo, ese admirable cuadro que refleja la tristeza del *Hogar Vacío.* ¡Qué misteriosa atracción se desprende de todos estos cantos, tan tiernos, tan sencillos, tan armoniosos y tersos, en su gracia inimitable! No conozco en lengua española poesías que les superen, como belleza de estilo y de matices. Y estas cualidades son inherentes a todas las producciones de Obligado, desde aquella *Visión Primera* publicada en el primer número de *El Album del Hogar*, que ignoro por qué no ha sido incluída en la colección de sus *Poesías* hasta el retrato de su égida, *Inspiradora,* que cierra aquel volumen. Quiero reparar en algo la injusticia de ese olvido, transcribiendo algunas de las estrofas de la *Visión*, que conservo en la memoria:

La tarde luminosa
Desplegaba en el límite del cielo,
Como el flamenco al levantar el vuelo,
Sus grandes alas de luciente rosa.
Cuánto amor! cuánta calma
El pecho inunda y la ilusión recrea!
En la nube, que allá se balancea,
Asciende leda a columpiarse el alma!
. . . . . .
Oh! mi ensueño perdido!
Fué aquella tarde de cambiantes rojos,
Que mis ojos volaron a tus ojos
Como vuelan dos aves a su nido!
¿Recuerdas ese instante?
¿Lo que tu labio entonces me decía?
¿La caricia, en el aire suspirante,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Del alma tuya con el alma mía?
. . . . . .
Es tu misma mirada
Esa que, al fondo de mi pecho llega,
Tu velo azul, cual niebla desgarrada,
Ese que en torno de tus formas juega!
Es tu voz musical, tierna vibrando
Con desmayado y soñoliento giro,
Esa que viene a mí como un suspiro
Y se aleja llorando!
Es algo tuyo, que tu ser revela,
Que vive como el aire en tu ropaje,
Esa fragancia de azahar que vuela
De la fronda salvaje!
Tu nívea frente, aquella
Que guarda como un sello de la cuna,
No sé qué blanco resplandor de estrella
Y qué inocente majestad de luna!
Inefable visión! dueño sin nombre
De aquel primer cariño
Que hiere y mata el corazón del niño
Para que nazca el corazón del hombre!

No estoy, pues, conforme con la opinión de Oyuela que estima, como superior a todas las composiciones de Obligado, el canto *A Echeverría*. No obstante, este poema está impregnado de inspiración y de colorido local y tiene estrofas de una factura admirable, como la siguiente:

Como surgiendo de silente abismo
El Mundo americano
Alborozado se escuchó a sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa, sus rumores;
Y el verjel tucumano,
Prestando oído a su agitado seno,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Sobre el poeta derramó sus flores.
Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá, que allí se balancea
Y, a cada nube oscura,
A grito herido su alerta lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento
Que no traiga a sus versos el aliento
De la tierra argentina!...

En cambio, no faltan en ese hermoso poema alguno que otro verso flojo que disuena con el tono general, y que revela la violencia que tiene que hacerse Obligado a sí mismo, al afrontar esta clase de temas. Tal es, por ejemplo, aquel con que comienza una estrofa, también débil, y que dice:

Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó a los sones
De mágica armonía...

Y ya que penetro en el terreno de la chicana, señalaré también como una disonancia, a pesar de su énfasis un poco artificioso, los versos en que Obligado se refiere al *Dogma de la Asociación de Mayo*:

¡Y fué la libertad! Y el pensamiento
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la patria luego.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Es necesario decirlo con la franqueza con que se debe hablar de un joven de talento, que es al mismo tiempo un poeta. La estrofa anterior, no está a la altura de otros pasajes del canto. La verdadera poesía, en lo que se refiere a *La Cautiva* y a su autor, se encuentra para mí más bien en las estrofas de *América*, que tuve el gusto de leer en la conferencia dada por la *Academia Argentina*, admirable trozo descriptivo con toques de profundo sentimiento, como los que evocan las sombras de los héroes de la obra maestra de Echeverría:

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brián* y de *María*...
¡Dulce amor del desierto!
¡Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría!...
¡Cómo su vago resplandor incierto
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela!...

La Pampa, también me parece inferior al talento poético de su autor, tal vez por las inexperiencias y afectaciones del estilo de la primera edad. Pero, en cambio, qué transparentes, qué puras, qué llenas de suavidad y de belleza, son sus otras inspiraciones, aquellas en que ha puesto sus sentimientos ingénuos y todos los halagos de su forma encantadora! He hablado ya de *El Hogar Vacío*. ¿Quién no palpita al leer estrofas como las siguientes?

. . . . . .

Crece yerba salvaje en las macetas
Colmadas de violetas

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Que tú regabas al venir el día;
Y ruedan por los patios desbandadas
Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano
Que en tu rosada mano
Beber solías con afán sonriente,
Cuando del linde de tu hogar se alejan,
Parece que se quejan
Que van llorando por su dueña ausente.

¡Las olas son que, en apacibles horas,
Copiaron seductoras
De tu frente de niña la azucena!
Las mismas olas que, no bien llegaban,
Tendiéndose, buscaban
Algún oyuelo de tu pie en la arena!

Como en los días del ardiente Enero
La jaula del jilguero
Aún cuelga del parral, fresco y umbroso
Pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,
Hay otro cuyo canto
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.
Tu cándida existencia
Cual blanca nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas...
Los que nacen con alas,
¡Qué pronto suben de la tierra al cielo!...

Las *Tradiciones Argentinas* son cuadros trazados de mano maestra por un artista notable Es imposible tratar de expresar la poesía que se desprende de *El Alma de Payador*, por ejemplo. Es

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

necesario leer las décimas de estos cantos para conocer su mérito y su originalidad. No conozco en nuestra literatura, después de algunos pasajes de *Lázaro* y la *Fibra Salvaje* de Ricardo Gutiérrez, y la *Nenia* de Guido Spano, nada más criollo, más nacional y más hermoso que esas fantasías. Gutiérrez fué, sin embargo, el primero que hizo hablar a su héroe gaucho en preciosas trovas como la siguiente:

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra,
Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de esta canción
Lleva del alma un pedazo
Y en cada nota que enlazo
Se me arranca el corazón!...

¿No es acaso digna esta estrofa, tan llena de color local, de citarse junto a las que Obligado pone en boca de Santos Vega?

"Yo soy la nube lejana
—Vega en su canto decía—
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

"Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!..."

La crítica que estudie las obras de Rafael Obligado, tendrá que agitar muchas cuestiones literarias interesantísimas, tales como la del *argentinismo*. Por mi parte, al trazar este pequeño esbozo de la fisonomía intelectual de mi compañero de la *Academia Argentina*, me felicito de que su producción, alta y brillante, aleje cada vez más de nosotros ese estado a que parece inclinarnos la indiferencia pública, en que podamos repetir, con de Belloy:

Adieu nos fleurs a nous, glaieuls aristocrates
Romantiques dephnés, verveines délicates!
Oú chantait l'oiseau bleu, coasse la grenouille,
Et le souci partout s'étend comme une rouille.
...Cedons, puisq'il le faut, soumettons-nous en prose,
Mais protestons en vers pour le lis et la rose!...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXIII

En la conferencia del 9 de Julio, tomaron parte los elementos militantes de la *Academia Argentina*. Adolfo Lamarque leyó una poesía destinada a ensalzar la fecha patriótica que se solemnizaba. Como todos los cantos de su autor, aquél rebosaba de lirismo y de entusiasmo juvenil. No era un desconocido para el público, el joven poeta que cantaba a la Patria en elocuentes estrofas. Pocos tan precoces como él y que hubieran conquistado tan pronto una reputación.

Compañero y amigo inseparable del malogrado Jorge Mitre, cuyo trágico fin conmovió todas las almas; siendo casi un niño publicó un volumen de *Ensayos Poéticos* que mereció una página de hermosa crítica del doctor Pedro Goyena. En ella estudia los elementos constitutivos de su modalidad moral, y dice, refiriéndose a Lamarque y Mitre: "Ambos han reflejado en sus versos todas esas emociones, pero cada uno con su colorido especial, notándose en Jorge Mitre más "savia loca y flotante", más pródiga virilidad que en Adolfo Lamarque, en el cual hay menos fuego, pero más refinamiento; y fundiéndose sus voces en una sola armonía cuando los inspira el amor filial o esa adorable criatura, a veces desconocida, en la cual se ve el angel de una vida deliciosa y tranquila... Ambos tienen el talento descriptivo, en su sentido

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

poético, es decir, poseen no la mera aptitud de inventariar fría y prolijamente los objetos, sino el don de hallar la relación misteriosa de la escena plástica con la escena interna, de lo que vive y se desarrolla ante nuestra vista, y lo que vive y se desenvuelve en la conciencia. Pero Mitre da más brillo y relieve al elemento externo, y Lamarque se complace de preferencia en la visión interior. El primero tiende a expandirse en la naturaleza; el segundo a replegarse en las regiones del alma".

El doctor Goyena, elogia, y con razón, llamándola la "nota de su alma", la siguiente composición de Lamarque, publicada en sus *Ensayos*:

Pensando en las miserias de la vida,
Con el alma cansada y abatida,
Estaba en mi balcón;
Y dos aves, llevadas por el viento,
Cruzaron el azul del firmamento
Cual una exhalación!

"Esa es la dicha, dije, de los hombres...
Eso duras, no más, aunque te nombres
Gloria, ciencia, o mujer.
Eres tan sólo la ilusión hueca;
Al triste despertar, hallamos seca
La copa del placer.

"Sólo una vez en la existencia brillas"...
Y sentí por mis pálidas mejillas
Dos lágrimas rodar.
Más las miradas al alzar, süaves,
Yo ví con alegría, que las aves
Volvían a cruzar!...

La composición de Lamarque, leída en la fiesta de la *Academia Argentina*, no estuvo a la altura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de las estrofas anteriores. Sin duda carecía ya de ese estímulo que se siente en la adolescencia y que retempla tantas veces el espíritu decaído. Lamarque estaba entonces consagrado a su profesión de abogado. Era un joven simpático, de frente sombreada por la melancolía. Nadie adivinaba en su vida el germen de profundo dolor o de hastío incurable que debía arrastrarlo al abismo. Algunos años después, herido por una desgracia íntima, la pérdida de un ser querido, arrastrado tal vez por no se sabe qué extraña y fúnebre obsesión atractiva que lo llamaba desde el fondo del sepulcro de su amigo, Adolfo Lamarque se arrancó violentamente la vida, en medio de la sorpresa y el dolor de todos los que le conocían. Varios años antes él había escrito, pensando en Jorge Mitre, estos versos que retratan la tristeza, la brevedad y el desenlace funesto de su juventud:

En la choza y en medio a la opulencia
Con un destino igual nos encontramos:
Una frase resume la existencia:
Venimos... padecemos... y nos vamos!
. . . . . .

No vivió con su edad. Causó fastidio
Todo a su fatigado pensamiento...
Y cantó la sirena del suicidio
En la hora sin luz del desaliento!...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXIV

Entre los prosistas, Clemente Frejeiro leyó un trabajo histórico sobre el General San Martín y la ejecución de los Carrera. Como todas sus producciones de la misma índole, esta monografía estaba bien pensada y escrita en el estilo reposado, severo pero nítido del historiador que busca, ante todo, la verdad, sin preocuparse del falso prestigio de las galas retóricas. Había publicado anteriormente un *Compendio de Historia Argentina*, un importante estudio dedicado al General Mitre sobre *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, y su biografía de *Don Bernardo Monteagudo*, que es hasta hoy su obra más importante. Allí está retratado de cuerpo entero, en todas las alternativas dramáticas y emocionales de su existencia, en todos los órdenes de ideas y de acontecimientos en que se desarrolló su acción eficiente y tormentosa, el periodista argentino, cuyo carácter ha sintetizado en los rasgos siguientes: "En el terreno de las ideas como en el de las afecciones, Monteagudo era inconstante, y no admitía atenuaciones: amar y respetar con fanatismo, para aborrecer después con inusitada vehemencia; pasar de un sentimiento extremo a otro opuesto y extremo también, era, a su modo de ver, la alternativa que siguen las afecciones humanas. Monteagudo no conocía, ni menos practicaba, ese culto vago, flotante, por de-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

cirlo así, que siempre se guarda en la memoria por aquellos que una vez amamos, ya movidos de un sentimiento de espontánea simpatía, o porque durante su existencia sus prendas personales, sus talentos o la magnitud de sus servicios nos inspiraron respeto o un cariñoso afecto... Como pensador, no hizo más que fluctuar toda su vida, entre principios opuestos y contradictorios: las doctrinas que hoy propalaba con el ardor de una personalidad exaltada, las condenaba al día siguiente con el mismo vigor que desplegara poco antes para difundirlas. Federal y demócrata primero, unitario y monarquista algo más tarde; ardiente partidario del gobierno presidencial, y al cabo de cierto tiempo campeón del cesarismo; cuando el puñal de cobarde asesino atravesó su pecho, había vuelto a ser republicano y reconocido la soberanía del pueblo, que antes había calificado del mayor libertinaje en política... Escritor lleno de fuego, en sus obras derramaba a torrentes la lumbre de su mente; pero en su inteligencia flexible, elástica, por decirlo así, tenían cabida todas las ideas; era una especie de espejo en que las concepciones de cabezas mejor equilibradas que la suya se dibujaban embellecidas por la tersura del cristal que las reproducía. Monteagudo fué, ante todo, una pluma alerta e infatigable, un brazo esforzado y una pasión indómita".

Clemente Frejeiro es uno de los jóvenes historiadores argentinos más llenos de dotes apreciables y de criterio sano y maduro. Su *Compendio de Historia,* notable como libro de texto, se distingue por la claridad y el método de la exposición, así como la sencilla belleza de su estilo.

Bibliógrafo distinguido, Frejeiro poseía ya en aquella época una de las más grandiosas bibliotecas que existen entre nosotros. Desgraciadamente, ab-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

sorbido en las tareas de la enseñanza, o sin ilusión en el resultado de su labor, su pluma descansa desde hace tiempo. Pero pocos tienen su preparación para este género de estudios y de pocos hay derecho de esperarse y exigirse la decisión inquebrantable en el trabajo, que produce las obras acabadas y duraderas.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXV

Eduardo Ladislao Holmberg, naturalista y literato, dió lectura a un hermoso *Símbolo* que produjo sensación en el auditorio. No me corresponde considerarlo bajo su aspecto científico, por mi notoria incompetencia en la materia. Holmberg pertenecía al grupo de Atanasio Quiroga, miembro también de la *Academia*, químico estimable, con rasgos de alquimista, que en su contacto con las retortas y los alambiques del laboratorio, ha tomado un vago aspecto de Fausto joven y criollo; de Ameghino, cuyos trabajos eruditos y concienzudos han merecido efusivos elogios de profesores eminentes; de Linch Arribálzaga, Francisco P. Moreno, explorador intrépido y coleccionista de nota, y otros que excuso citar.

Holmberg es el producto extraño de un genio exótico en nuestra civilización. Por sus antecedentes hereditarios, la sangre que corre en sus venas es sangre de patriotas y de argentinos, aunque su abuelo, el barón de Holmberg, que tomó una participación directa en las campañas de la independencia, fuera compatriota de Humboldt. En su espíritu se observa esta curiosa dualidad: un alma de poeta, apasionada e imaginativa, y una educación severamente científica, en que predomina el estudio de las ciencias naturales. Es un médico distinguido, un observador sagaz, un discípulo ardoroso de Dar-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

win. Y, sin embargo, escribe con todas las delicadezas y el vivo sabor de un literato de raza, con toda la gracia ligera de un *boulevardier*, en un estilo variado, rico, expresivo, fecundo, lleno de matices tenues y de fineza humorística.

Los sueños engendrados en las brumas germánicas, las visiones de Jean Paul, de Uhland, y de Hoffmann, se alumbran en su cabeza desgreñada de soñador, con un rayo luminoso de sol meridional. Sus creaciones tendrían un vago parecido con las de Julio Verne, si no hubiera en él más médula y preocupación artística y tal vez también más conciencia científica. Invade todos los terrenos con éxito igual. No conozco versos suyos, pero me dicen que los hace hermosos e inspirados y que tiene en preparación un vasto poema indígena tan curioso como lleno de interés. En cambio, su prosa es la de un artista, rebosante de *esprit* y de elegancia nativa. Tiene el don de animar las abstracciones más secas, y de cubrir de flores los temas más áridos. Sus conferencias se escuchan con el mayor placer, y la lectura de su *Símbolo* fué atendida con señales de avidez. No he vuelto a leer desde aquel tiempo esa página curiosa. Pero recuerdo que ella era una especie de sueño budhista, cuya forma ligera y expresiva ocultaba un pensamiento profundo.

En el *Album del Hogar* empezó la publicación de una novela titulada *El tipo más original*, cuyo protagonista, el doctor Burbullus, es indudablemente uno de los personajes más extravagantes, más *drolático*, diría españolizando el expresivo término francés, que puede inventar un creador de cuentos fantásticos. La publicación de esa novela quedó interrumpida y, por otra parte, su índole la hacía poco a propósito para salir en pequeños fragmentos en una revista del carácter de aquella. Su es-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tudio sobre *Carlos Roberto Darwin*, con motivo de la muerte de aquél el 19 de Mayo de 1882, es un precioso discurso y se desborda de la forma concisa en que debía encerrarse forzosamente, por las anotaciones numerosas y detalladas que lo completan. Otra de sus conferencias, dada el 18 de Julio de 1885, en la Sociedad Científica Argentina, versa sobre la *Noche clásica de Walpurgis*, y forma un folleto que se lee con el mayor interés, por sus arranques elocuentes y líricos, mezclados con la severidad del análisis crítico. Es en él donde se encuentra la siguiente invocación a la Noche de Navidad, que basta para caracterizar a un talento:

"¡Noche de Navidad! ¡Noche de San Silvestre! ¡Noche de Walpurgis! He asistido más de una vez a esa fiesta simpática que los alemanes celebran en la noche de la Cristiandad, que cantan los poetas del Norte pulsando las cuerdas de sus mejores liras, y cuyos misterios, celebrados por Dickens, le harían inmortal, aunque pereciera *Pickwick*, el *Quijote* inglés. Dicen algunos que es un pretexto para regalar juguetes a los niños, y un motivo más o menos plausible, para que los grandes beban *Liebfrauenmilch*, cierto vino del Rhin, cuyo nombre no puede traducirse con propiedad a ningún idioma. Y cuando observaba las caras gozosas de los alemanes; cuando éste levantaba su copa y brindaba sonriendo por la amistad no desmentida, y aquel llamaba a un angelito rubio para mezclar, con su tierna sangre purísima, la sangre de las viñas de Wodan; cuando en traje de Walkyrie una figurita coronada de rizos dialogaba con su muñeca ofreciéndole no sé qué paraísos, y humedeciéndole con vino los labios de porcelana; y cuando el viejo amigo, trémulo ya por los años, se sentía renacer a la vida en presencia del cuadro de la familia, parecíame que la metempsicosis no era un sueño. Y al volver

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

a mi casa, convertido en un optimista casi tan perfecto como Pangloss, pensando en existencias anteriores, cavilando con antepasados rubios de ojos azules que cortaban los cedros de sus montañas para regalar a sus niños los tesoros pupéicos de Nürenberg; cuando desfilaban, evocados por la fantasía, Freya y Thor, Cristo y las agujas del templo medioeval, y solicitaba del sueño un bálsamo a las emociones despertadas por el panorama, sentía golpes estrepitosos y repetidos en la puerta de calle, determinados por buenos cuerpos de buenas almas que pasaban deseándome buenas noches, y me dormía diciendo: "Se acabó La Noche de Navidad... empieza La Noche Buena!".

En 1875, Eduardo L. Holmberg publicó una fantasía científica titulada *Dos partidos en lucha*, en la cual presenta un tipo de sabio, Gifritz, que es un acérrimo *darwinista*. Como en todas las producciones del mismo autor, campean en ésta las escenas hermosas y espirituales. Debe deplorarse, una vez más, que la falta de atmósfera propicia para la creación y desenvolvimiento de obras de este género, haya impedido a Holmberg continuar en la senda que empezó a recorrer con paso tan firme. Miguel Cané consagró a su estimable tentativa un bonito artículo que se encuentra en sus *Ensayos*, en el que hace el siguiente juicio de uno de los pasajes, más originales y poéticos de la obra: "Generalmente ignorantes en ciencias naturales, — dice, — hemos sentido un movimiento de orgullo al ver que un joven como nosotros se agita en el campo de la ciencia, fácil y libremente, hasta el punto de basar en axiomas científicos las fantasías de su espíritu. Con un estilo suelto, muchas veces elegante, con los atractivos naturales al carácter humorístico de la narración, el libro del señor Holmberg presenta algunas páginas que cautivan. Nada más

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

poético y nada más curioso también como el fenómeno natural, si el hecho fuese posible, de la resurrección de una sensitiva que, después de treinta años de cortada de su tallo, sale de su letargo sombrío para reposarse en el sueño de la vida. Esas evoluciones admirables de la naturaleza, que conservan el germen misterioso de la existencia en el tallo árido y seco de una flor, debían tener la paternidad real de la verdad en vez de nacer en el espíritu encantado de un panteista. La planta vive y siente sensaciones inapreciables para nosotros la agitan indudablemente y la observación tenaz lo ha demostrado. ¿No es bellísimo, pues, ese nuevo Lázaro del reino vegetal, como dice Holmberg, levantándose a la evocación mágica de un naturalista?''

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXVI

Entre mis viejos papeles — que han recorrido ya medio mundo — acabo de encontrar el recorte del discurso titulado *Patria y Poesía,* que pronunció el doctor Gregorio Uriarte en la conferencia a que vengo refiriéndome. Esa pieza literaria, bien pensada y correctamente escrita, tiene, sin embargo, un defecto para obtener el aplauso de un auditorio bonaerense: carece de frases de relumbrón, de imágenes recamadas de lentejuelas, de pensamientos hiperbólicos y ampulosos que acaben por reventar como la rana de La Fontaine en su rivalidad con el buey. A pesar de estos inconvenientes, pertenece a uno de los espíritus más claros, a una de las inteligencias más nítidas y brillantes de nuestra juventud. El doctor Uriarte, en efecto, posee un talento penetrante y analítico, que le señala un puesto honroso entre sus contemporáneos e inspira el respeto de los que conocen el poder de su dialéctica, la originalidad de sus juicios y la potencia de sus facultades de pensador. Pero como tantos otros, no ha dado a luz obra alguna genuinamente literaria, si se exceptúa un librito escrito para servir de texto en la cátedra de *Literatura,* desempeñada durante muchos años por su autor y que, a pesar de su apreciable mérito como obra destinada a la enseñanza, está muy lejos de revelarlo en las facetas variadas de su inteligencia. El hábito de la cá-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tedra ha desarrollado, empero, en el doctor Uriarte, algunas cualidades dignas de todo elogio: posee así una palabra fácil, armoniosa, y todos sus discursos se distinguen por la claridad del pensamiento y la lógica estricta y rigurosa que preside al desenvolvimiento de sus ideas. Sus conocimientos literarios son, por otra parte, extensos y variados, así como sus estudios de las ciencias sociales. Una predisposición decidida de su carácter y su modalidad intelectual lo inclina al cultivo de la crítica, en el que debe sobresalir, a juzgar por cualquiera de sus ensayos en este género.

"La historia ha llamado a juicio a los hombres y a los acontecimientos de los grandes días de nuestra Patria — decía Uriarte en el discurso mencionado; — ha disipado las brumas que las preocupaciones o la maldad proyectaron en torno de los sucesos y de los protagonistas del drama revolucionario; ha estudiado los hechos y explicado sus causas; ha señalado errores y censurado extravíos; ha discernido laureles y ha colocado a la diestra a los varones esforzados a quienes ni envaneció el triunfo, ni quebrantó la fatiga, ni desesperó la injusticia. El arte ha esculpido la talla de los héroes, y la poesía ha derramado en su loor el raudal de armonías que desbordan del alma cuando un intenso sentimiento la domina. El horizonte está sereno y despejado. Podemos avanzar ensanchando el corazón y sin recelo de otra tempestad que no sea la de la gloria. Surge en lontananza y se ofrece a nuestra vista la imagen de la Patria, levantada sobre el escudo por el brazo del guerrero en el campo de la victoria, zahumada con el incienso del combate, y glorificada por el himno de los bardos.

'La plenitud de la vida exalta las aspiraciones y dilata el horizonte de la humana actividad. La lucha retempla y fortifica; y cuando de su éxito de-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pende la independencia de un país, el valor es denuedo y heroísmo, el deber es sacrificio, el sentimiento, abnegación. Así, las colonias sudamericanas adormecidas al rumor de las cadenas despertaron el día de su emancipación, se estremecieron y derrumbaron el trono del opresor con la explosión de fuerzas comprimidas bajo el peso de tres siglos, así como se desgarran y quebrantan las entrañas de los Andes, atormentadas por el fuego interno, y levantan la granítica masa del coloso para lanzar de su seno por el cráter de cien volcanes hirviente lava y metal precioso. Surgió entonces para los argentinos una causa que formó, disciplinó y engrandeció el carácter de los hombres; un credo que formuló las aspiraciones de la época iluminando la mente de los estadistas y revelándoles el vasto campo en que habían de desenvolverse los destinos de la "nueva, gloriosa Nación"; un ideal que templó el sentimiento al tono de la pasión y fortificó la voluntad encaminándola hacia la realización de heroicas acciones. Y esa causa, y ese credo, y ese ideal, no exaltaron solamente varoniles corazones. La Patria se había convertido en hogar y sus hijos en miembros de una sola familia vinculada por un mismo sentimiento. Por eso la mujer, sacerdotisa de aquel templo, salva el límite señalado a su actividad en las épocas ordinarias de la vida, para mezclarse en los públicos acontecimientos, no con la austeridad de la antigua espartana que abdica todas sus afecciones en aras del Estado, entidad que absorbe y desvirtúa todas las fuerzas sociales; sino obedeciendo a la expansión de los más intensos afectos que puede atesorar el femenil corazón. Así vincula su nombre a la victoria de las armas que pone en manos del guerrero, tiñe con sangre generosa la veste de amazona en los campos del combate, como Juana de Padilla, o sube a la inmor-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

talidad, por las gradas del cadalso, como la mártir de Bogotá.

"La poesía, que busca inspiración en la belleza, la encontraba realizada hasta lo sublime en los acontecimientos de esa época. La Patria, decía un poeta de aquellos días, con tanto ingenio como verdad, "es una nueva musa que influye divinamente". A su influjo resonaban las liras templadas al diapasón de los clarines que incitaban los ejércitos al combate y a la victoria. La lira de Virgilio había pasado a manos de D. Juan Cruz Varela; los acordes de la de Luca vibraban con homérica entonación; Rojas recordaba los tiempos de Tirteo, mientras que López daba organismo al alma de un mundo en las estrofas del Himno Nacional. Clásica era esa poesía; y este carácter que ha sido explicado por la educación literaria que entonces se recibiera, podría atribuirse también a la sorprendente semejanza que los poetas de ese tiempo encontraban entre su época y la de los maestros que imitaban. El Parnaso se había engrandecido trasladándose a los Andes; Marte y Belona presidían los combates; en la llanura y en la selva, en el valle y en la montaña, veíase a cada combatiente convertido en Hércules despedazando al león; y desde el Plata al Orinoco reaparecían en el suelo de América los tiempos de los héroes y semidioses de la Grecia".

Y después de este exordio, Uriarte sigue el "desenvolvimiento político, paralelamente al de la poesía", hasta aquellos días "sin sol" de la Patria, que le demuestran que "cuando el ideal no se realiza en los acontecimientos, recoge sus radiaciones para resplandecer en el seno de la conciencia". Así, aun en medio del dolor inmenso de la libertad, Uriarte señala la aparición en aquella época de los *Cantos del Peregrino*, de Mármol, y *Los Consuelos*,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de Echeverría. El discurso termina con el siguiente párrafo:

"La República Argentina luchó primero por independizarse para tener individualidad como Nación; más tarde trató de organizarse en lo interior, adoptando para su gobierno la constitución que más armonizara con sus aspiraciones, y hoy verifica esa labor lenta que se requiere para radicar los principios que presiden su desenvolvimiento político y social. Mientras tanto, todos saben que actualmente hay resabios que combatir, elementos nuevos que asimilar, instituciones que desenvolver y, sobre todo, hay hábitos que formar mediante una educación ardua y laboriosa convertida en apostolado para los corazones que palpitan de amor por la Patria y la humanidad. Los hechos, incoherentes aún y sin una fisonomía definida, no impresionan vivamente la sensibilidad, ni hieren la imaginación con ese colorido y magnitud que despiertan el sentimiento poético. En cambio, la poesía se inspira actualmente, ora en los grandiosos espectáculos de la naturaleza para reproducirlos en las descripciones animadas con la savia del corazón, ya en los fenómenos del mundo moral, o bien busca un refugio en las regiones donde se cultiva el arte por el arte. Pero esa poesía, que algunos llaman sociológica, por ser un producto directo de la sociedad en que se manifiesta, tiene en el presente escasos representantes, pues no se puede oir el himno de la victoria en medio del combate, ni brota del alma del artista el acento de alegría mientras no está concluída la obra que ha de presentar a la admiración de los espectadores. Hay voces aisladas: el coro es esperado. Resonará en boca de las generaciones futuras para cantar la epopeya del trabajo, las conquistas de la ciencia, el triunfo del derecho, la exaltación de la justicia, y para entonar tam-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

bién, en toda la extensión del territorio argentino, el himno del hogar encendido por el amor. Mientras tanto, abrigan el corazón, para no desfallecer en la lucha, el recuerdo de un pasado glorioso, fe y esperanza en el porvenir".

Gregorio Uriarte fundó en compañía de Carlos Vega Belgrano *La Revista del Plata,* una de tantas publicaciones larvas que han muerto entre nosotros antes de convertirse en mariposas. Carlos Vega Belgrano era un aficionado impenitente a la literatura. Tenía por cuartel general y campo de operaciones la librería de Igón, que durante un largo espacio de tiempo fué un club literario donde acudían los miembros del cenáculo académico de la casa de Obligado y que hoy está huérfana de aquellas visitas, aunque tiene la suerte de poseer la fidelidad del Dr. Goyena, que la ha convertido en una especie de sucursal de su estudio de abogado, donde cita a clientes y amigos, tal vez por la situación estratégica que ocupa, a un paso del tranvía de Flores y a pocas cuadras de la Facultad de Derecho. El contagio irresistible de la gente de letras era tan poderoso, que logró sacar de sus casillas a los pacíficos hermanos, propietarios de la librería y comerciantes de fino olfato, y los indujo a convertirse en editores de las *Ráfagas* y las *Hojas al viento* de Guido y Spano, los dramas de Coronado y las obras de Frejeiro. Carlos Belgrano parecía haber establecido en aquel centro su domicilio legal. Su perfil prominente y su cabeza rubia y precozmente calva, era lo primero que se distinguía en la penumbra del establecimiento. Allí permaneció, con una rara persistencia, hasta el día en que se alejó de la patria, a la cual regresó por algún tiempo, no hace muchas semanas, trayendo entre su bagaje de literato un libro de *Pensamientos.*

Acabo de leer ese libro con interés y simpatía.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Todo lo que pudiera decir a su respecto está expresado en las siguiente páginas inéditas, con el juicio crítico escrito por Gregorio Uriarte, que tiene un lugar marcado en estos *Recuerdos*, tanto por la mano amiga que las ha trazado cuanto por la obra que las motiva:

"Declaro, — dice Gregorio Uriarte, — que no me atrevería a cargar con la responsabilidad de escribir y publicar un libro de *Pensamientos*. En primer lugar, se me ocurriría cometer un anacronismo. Me explico que los filósofos antiguos expresaran sus ideas en forma de máximas y sentencias, para facilitar la recordación de la multitud que los escuchaba en la Academia, en el Liceo, o en cualquier paraje público en que les era lícito y habitual exponer sus doctrinas. Además, cuadraban ese estilo y esa forma al dogmatismo filosófico de los jefes de escuela, en esos tiempos del *magister dixit*. ¡Pero en esta época!... La fácil difusión de las ideas, por medio de la prensa; el espíritu analítico y de controversia que domina en todas las materias de la actividad intelectual; la inquietud febril que nos impulsa a la acción, son en este siglo otros tantos elementos adversos a esas concepciones laboriosamente preparadas en la soledad de la meditación, a ese maximismo y estilo sentencioso, no diré de los filósofos griegos, pero aun de los Pascal y La Rochefoucauld. Ocurriríaseme también, que era ardua tarea presentar en reducido y artístico molde la condensación de un juicio, que debiera ser como un brillante engarzado en noble metal. Se me presentaría, al mismo tiempo, para decidirme en contra de los solitarios pensamientos la imagen de un ramo formado por diversas flores en que se puede compensar la modestia de las unas con la hermosura de las otras; en tanto que, si se tratara de ofrecer flores sueltas, o muy bellas o nada. En este or-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

den de ideas y de motivos determinantes, concluiría por demostrar cuán exacto es este concepto del álbum de C. Vega Belgrano: "El pensamiento con frecuencia impide la acción". Y en cuanto a las observaciones de carácter subjetivo que dejo apuntadas, pueden servir para probar el mérito relativo de la obra que me las ha sugerido, en una de cuyas páginas se dice: "De tratarse de leer, ante todo libros sugerentes".

"El álbum de *Pensamientos*, de Vega Belgrano, ha llegado hasta nosotros como el mensaje cariñoso de un amigo largo tiempo ausente. Es la primera serie de una obra que constará de varios volúmenes. Interesante hasta por las tapas. Libro de salón, a propósito para la biblioteca de una mujer de refinado gusto. Entre los más importantes *Pensamientos*, noto este, que es trascendental: "Desde niños se nos debería hacer mirar el amor, la sociedad, el matrimonio, etc., con los ojos con que Goethe contemplaba las montañas de Suiza, la segunda vez que las vió: como cosas naturales. ¡Cuánta decepción y cuánto dolor se nos evitaría con esto! Y todas estas cosas no por eso dejarían de ser poéticas, sólo que su poesía sería otra; como es otra la idea que se desprende de la formación sobrenatural de una montaña, de la que nace de la noción de su nacimiento y existencia natural".

"Hacer una crítica, siquiera sea una exposición de lo que se ha leído o escuchado, no importará *deshacer* la obra o el discurso, pero sí habrá peligro de desmenuzarlo por el análisis. No quiero llegar a este extremo, sobre todo con una producción delicadísima como la de mi amigo Vega Belgrano. Me adjudicaré este mérito negativo, ya que no puedo pretender este otro, positivo, comprendido en el siguiente Pensamiento, que finalmente transcribo: "El mejor lector es el que hace un libro mientras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

lee un libro, y el mejor oyente, aquel que hace un discurso a medida que oye un discurso".

Estas páginas delicadas y sutiles muestran una faz del espíritu flexible de Uriarte. Nuestra literatura y nuestra sociedad necesitan el desarrollo y la producción de talentos de su índole peculiar. A nosotros pueden aplicársenos con justicia las siguientes palabras de un pensador: "Tres vicios ayudan a precipitar a las sociedades en la pendiente de la ruina moral, el denigramiento, la chismografía y la falsa admiración. El remedio para estos males está en el sentido crítico. El sentido crítico toca al sentido moral por raíces profundas, o más bien el uno no es sino el modo intelectual del otro; los dos se armonizan y ponen de acuerdo para negar la mentira. Así se aseguran las bases de lo verdadero, se cree en lo que merece ser creído, se ama lo que merece ser amado; en fin, la vida recobra su objeto serio". Nuestro país está enfermo de mentira y de falsas admiraciones. Propendamos al desarrollo y florecimiento del "espíritu crítico" que tiene en Uriarte un estimabilísimo representante, y habremos propendido a que la percepción clara de la belleza moral y la belleza física, sorprendida en el espectáculo pintoresco de nuestra naturaleza, el amor de la familia en su alegría y su austeridad y el culto de la individualidad, regida por las reglas del deber, nos devuelvan los únicos elementos que labran y mantienen la grandeza de las naciones.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXVII

Interrumpida la vida intelectual en las sociedades literarias, se reconcentró en torno de las redacciones de los diarios políticos. *La Tribuna Nacional*, redactada a la sazón por Olegario V. Andrade, contaba en su cuerpo de colaboradores con Manuel Láinez, a quien conocí allí personalmente, después de haber admirado sus sueltos espirituales e incisivos. Aquellos ligeros arañazos que revelaban ya una pluma acerada y mortífera eran la primera revelación de uno de los talentos más finos y distinguidos de nuestra tierra, tan poco fértil en este sentido, a pesar de la opinión vulgar. ¡Qué pinturas tan expresivas, de un sabor tan vivo y tan variado, las que hacía en su sección, con el dibujo fácil y elegante de un Gavarni o un Daumier, aquel espíritu sarcástico en cuyos elementos componentes entran, en aleación extraña, la cruel ironía de Heine y la neurótica visión de lo grotesco de Dickens! Como Eduardo Wilde, es un notable *humorista*, pero su carácter y sus tendencias son distintas a las del autor de *Tiempo perdido*. El espíritu de Wilde es más subjetivo, por decirlo así, más desligado de las preocupaciones del momento presente. Sus temas amplios, generales, *La lluvia, Meditaciones inopinadas*, etc., le sirven de *canevas* y de pretexto para desenvolver en torno de ellos una serie de observaciones y fantasías alternativamente cómicas o conmovedoras, en que resalta el brillo y la riqueza in-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

agotable de una imaginación profundamente original que goza con el espectáculo de sus creaciones bufonas. Pero su burla se entretiene en jugar sobre la superficie de las cosas o los objetos; se parece a uno de esos espejos cóncavos o convexos que deforman el aspecto de la realidad y le dan una apariencia grotesca. Sus páginas más acabadas producen una sensación de sorpresa, un escozor de ridículo retratado y sentido por un temperamento especial, aunque carezcan de ese dejo amargo, ese acre fermento de rencor acidulado, que forma el poder de Láinez y caracteriza su estilo de periodista.

Esas mismas dotes de observador y de satírico que posee Wilde, aplicadas al estudio de las personalidades que actúan en la política y destinadas a reflejar y comentar los acontecimientos de la vida social y económica del país, constituyen la base del fino talento de Láinez, más incisivo y mordaz que el primero, más militante, más apto para irritar la epidermis del adversario, más inclinado a penetrar en el tejido humano, para buscar la fibra sensible y herirla con un refinamiento de malicia y de delicadeza, que disfraza la crueldad de la operación misma. En este sentido, Láinez se aproxima más a Thackeray, en cuyo *Libro de los Snobs*, hay no pocas caricaturas trazadas con mano despiadada, con cierta violencia de acritud concentrada que hace pensar en un secreto anhelo de venganza; y se parece, sobre todo, a Heine en la intensidad y la violencia de ese género de sarcasmo agresivo, que lo hacía pintar a Chateaubriand, por ejemplo, como un "loco lúgubre, que en la época de la victoria del romanticismo literario y político, volvía de su piadoso peregrinaje a Jerusalén trayendo a París un inmenso cántaro de agua del Jordán"; o le inspiraba estas tres líneas pérfidas consagradas a Villemain: "Con gran sentimiento mío, tampoco

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pude ver a M. Villemain; su sirvienta me dijo que no estaba visible, porque era un jueves, el día de la semana en que se lava".

He dicho que Wilde y Láinez son humoristas; ¿pero qué significa esta palabra *humour*, tan frecuentemente empleada en la literatura contemporánea? "El humorista, dice el autor de *Vanity Fair*, que tenía motivos para saberlo, no hace solamente resaltar el ridículo de las cosas, sino que hace llamado directo a la piedad, a la ternura, al desprecio de la impostura, a nuestra compasión por los que sufren, los oprimidos, o los menesterosos". Es eso, sin duda, pero es también mucho más: matiz de la expresión, forma peculiar del espíritu en cierto estado psicológico, consiste unas veces en una alegría seria y flemática, otras en una sátira amarga, pero oculta en forma de panegírico; y, no pocas, aparece envuelta en una nube de melancolía, que concluye en irónicas sonrisas. El *humour* gusta así de hacer variaciones primaverales, acompañadas de suspiros y tarantelas; o tira de la rienda a Pegaso, para aproximarlo lo más posible al asno de Sancho Panza.

Taine, en sus *Notas sobre la Inglaterra*, al ocuparse del ingenio inglés, estudia esta modalidad intelectual de aquella raza, encontrando que ella posee una clase de *esprit* que le es peculiar "poco amable, pero completamente original, de sabor poderoso, doloroso y un poco amargo, como sus bebidas nacionales". Y, entonces, define al *humour* de la siguiente manera: "En general, es el chiste de un hombre que, en broma, conserva el rostro serio. Abunda en los escritos de Swift, de Fielding, de Sterne, de Dickens, de Thackeray, de Sydney Smith; a este respecto, el *Libro de los Snobs* y las *Cartas de Peter Plymley* son obras maestras. Se encuentra mucho de él, de la calidad más indígena

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y más áspera, en Carlyle. Concluye en la caricatura bufona o en el sarcasmo meditado. Sacude rudamente los nervios, o se graba para siempre en la memoria. Es obra de la imaginación burlesca o de la indignación concentrada. Se complace en los contrastes chocantes, en los disfraces imprevistos. Viste a la locura con los trajes de la razón, o a la razón con los trajes de la locura. Heine, Aristófanes, Rabelais y a veces Montesquieu son, fuera de Inglaterra, los que tienen una dosis más grande de *humour*. Y todavía, en los últimos, es necesario descontar un elemento extranjero, la verbosidad francesa, la alegría, el gozo, especie de buenos vinos que no se cosechan sino en los países del sol. En el estado insular y puro, ella deja siempre un gusto avinagrado. El hombre que bromea así es rara vez benévolo y no es nunca feliz; siente y acusa fuertemente las disonancias de la vida. No se divierte con ellas; en el fondo, lo hacen sufrir y lo irritan. Para estudiar minuciosamente tipos grotescos, para prolongar friamente una ironía, es necesario un sentimiento continuo de cólera o de tristeza".

Es curioso confrontar esta página de alta crítica con el juicio sobre Wilde, hecho por el mismo Láinez, poco después de la publicación en *El Diario* de *Tini*, que para mí es hasta hoy la obra maestra de su autor. Para Láinez, "Wilde es el único humorista argentino, y tal vez el espíritu más excepcionalmente sajón de la América latina". Luego añade: "nadie como él para hacer esas pinturas de interior que se destacan de relieve en el fondo de todos sus cuadros. La celda del fraile desterrado del mundo, en la *Lluvia*, en que los ratones hacen agilidades sobre los barrotes de la silla, es hermana gemela de ese cuarto de enfermo, lleno de los ecos lejanos, invadido por el ruido de la calle, alumbrado por la luz que quiebra sus rayos y distribuye la sombra en

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

los ángulos de la habitación, mientras afuera en el patio, el farol de gas, cuya lumbre indiscreta se extiende como una pincelada detonante en el cuadro sombrío, chisporrotea, agoniza y se apaga ante la fuerza incontrastable del primer albor de la mañana. Todo lo que en ese folletín se dice es verdad. la verdad inexorable, sorprendida en su interior, desgreñada y ruda, como una belleza sin atavíos. Por eso entra tan profundamente en el espíritu esa narración sencilla. El lo ha visto todo, como un testigo al parecer indiferente, pero en realidad con las angustias del dolor en el alma. Porque ese burlón infatigable, que ríe ruidosamente cuando los demás sufren, es un hombre sensible, que tiene la hipocresía byroniana, de ocultar sus buenas cualidades, bajo una capa de estudiado indiferentismo, y si la frase no fuese arriesgada diríamos... pero es preciso decirlo porque es la única que pinta a nuestro hombre, Wilde tiene el pudor de las sensibilidades, *sensibleries*, y apenas se siente invadir por ellas, las ahoga en una sonrisa de duda o de indiferencia, como esos miedosos que silvan o cantan cuando andan solos". Como una confirmación de este juicio, y de las últimas líneas del párrafo trascrito de Taine, Wilde en una carta confidencial escrita con motivo de los elogios a *Tini*, contestó lo siguiente... "Pienso para mis adentros que sería mejor ser menos original y más feliz. Si yo pudiera ser un poco vulgar, parecerme algo a todo el mundo, divertirme con lo que todos se divierten, escribiría menos *Tinis* y menos *Lluvias*, y pasaría mi vida más contento".

¡Qué cuadro desgarrador y terrible el de la enfermedad y la agonía del pobre niño! Oprime el corazón como una espantosa pesadilla; y la implacable realidad de sus detalles despiadados, justifica la frase de Goyena: "No me atrevo a leerlo, tengo

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

hijos''. Está escrito con el estilo de Dickens en sus mejores páginas, con el espanto de esas visiones en que acude la naturaleza entera para oprimir el alma, como en la muerte del pequeño Dombey, arrullada por la lúgubre melopea de las olas. ''Cien voces dijeron crup en el oído de la madre, dice Wilde; los ecos repitieron crup; las sombras de las cortinas, de las molduras y de los adornos de la habitación, proyectadas por la luz escasa de la lámpara, escribieron epitafios sobre los muros; la palabra crup se difundió por toda la casa, llenó la atmósfera, penetró en los últimos resquicios y heló las entrañas de la pobre madre... Crup, dijeron los ruidos misteriosos de la noche; crup, decía el viento que soplaba sus lamentos al través de las rendijas de las puertas; crup, repetían los cascos de los caballos que pasaban, de tiempo en tiempo, arrastrando los pesados coches por las calles silenciosas; crup, decían la péndula del reloj y el crujido de los muebles; crup, crup, murmuraba el roer de los ratones, tras de los zócalos de las piezas; crup, secreteaban las hojas de los árboles que se mecían en los patios; crup, gritaban las veletas de los edificios vecinos; y hasta las estrellas que chispeaban en el cielo, mandando su luz temblorosa a través de los vidrios, parecían encender sus cirios para velar el cuerpo de un ángel muerto de crup... Crup, dijeron las aves que pasaban en bandadas, y los aleteos de los pájaros en sus jaulas; crup, pronunciaban las olas que chocaban en las costas; crup, vociferaban los golpes en las puertas de los habitantes retardados; crup, roncaban las voces de los ebrios en las calles; y crup, crup, preludiaban los músicos ambulantes, que buscaban un pan y un cobre, martirizando sus instrumentos en la noche callada''.

¡Ah! qué fúnebre y desoladora melodía, la de estos párrafos que caen sobre el corazón como una

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

lápida tumularia y no han sido superados todavía por ninguno de los sombríos poemas de Poë, Baudelaire y Rollinat! Cuán admirable pintura la que sigue, y parece reproducida de la tela de un pintor flamenco: "¡Qué días y qué noches tan tristes se pasaban en el lúgubre aposento, qué horas tan largas y tan desiertas! El silencio parecía el acompañamiento solemne del pesar que extendía sus alas sombrías, y los ruidos inciertos, uno que otro crujido de muebles, alguna ligera oscilación de las puertas sobre sus goznes, el estallido de una burbuja de aceite en la pequeña lámpara, o el choque repentino de algún insecto atolondrado contra las paredes, eran interrupciones sin cadencia, que tomaban las proporciones atronadoras de una explosión en las soledades de aquel mar de reflexiones! Los espejos parecían meditar melancólicamente sobre las imágenes deslustradas que reflejaban; los armarios entreabiertos dejaban ver en su fondo semioscuro las ropas ajusticiadas, cuyos cadáveres colgaban de las perchas; las cortinas diseñaban en los muros figuras fantásticas, y las molduras y los adornos proyectaban sombras de caras grotescas o de esfinges extrañas, sobre las cuales se fijaba con tenacidad la imaginación apesadumbrada de las personas que hacían su guardia a la cabecera de Tini. Una mosca grande, impertinente, exótica, desafiaba a veces las persecuciones más bien combinadas de los asistentes y con una insistencia digna de mejor propósito daba vuelta zumbando alrededor de todas las cabezas, inquietándolas con su aleteo sonoro y musical; de repente se paraba, luego comenzaba de nuevo su prolija tarea, se alejaba, volvía, se asentaba en un objeto, se levantaba y repetía su paseo circular, modulando sus óperas abstrusas, hasta que tomaba rumbo hacia una puerta y se escapaba satisfecha como si acabara de encantar a su auditorio!".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y, después de estas pinturas minuciosas, de este lujo de detalles, de esta fantasía macábrica sobre un tema conmovedor, después de toda la poesía real, terriblemente desolada de la muerte de un niño, estas variaciones funerarias que parecen arpegios arrancados al violín mágico del consejero Kréspel, y cuyo género de *humour* recuerda las últimas estrofas de la *Comédie* de la Mort, de Gautier, o la conversación de la novia y el gusano en el primer canto de este poema sepulcral: "Es una felicidad morirse en el mes de las flores. El cajón de Tini iba literalmente cubierto de ellas y la mano callosa del sepulturero deshizo más de una corona al tratar de llenar su tarea municipal. ¡Y qué bueno es vivir en un pueblo donde hay carruajes de todas clases y de todos precios; donde hay empresarios de diligencias, de omnibus y de coches fúnebres; de coches fúnebres, sobre todo, para casados, para solteros, para viejos y para niños! ¡Qué gran ventaja llevar un buen acompañamiento y que hasta los caballos o los vehículos se vistan de luto o se adornen con penachos blancos! ¡Cómo retrata esto los sentimientos humanos! Un llamador con tules negros, un cuadro de Mefistófeles cubierto de merino, una vela de estearina con corbata oscura, y hasta las teteras con capuchón de duelo, son la expresión más seria por la pérdida de un deudo. Las teteras principalmente ¡qué té tan amargo hacen cuando están de luto! Y si ustedes vieran con qué desgano comen su limosna de pasto averiado los caballos de las cocherías, cuando vuelven del cementerio, comprenderían la aflicción que los oprime y se explicarían el aspecto dolorido que ofrecen cuando cojean su trote de alquiler, balanceando sus penachos por las calles y caminando sin ojos delante de un catafalco con ruedas!". Felizmente, esta obra admirable y dolorosa, concluye con una mística y

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

suave evocación que borra la impresión de estas crueles observaciones: "Tini, ¿dónde estás? Cuando corre una estrella por los cielos y cae para hundirse en los mares, ¿tú viajas en ella? Cuando las hojas de los árboles de tu casa hablan en voz baja con el viento, ¿dicen algo de tí? Cuando mi corazón se oprime al ver un niño rubio como tú, ¿es tu mano pequeña la que me lo aprieta desde el otro mundo? Cuando se evaporan las lágrimas que tu muerte ha hecho derramar sobre la tierra, ¿el pesar que disuelven llega hasta tí? ¿Dónde estás, dime? ¿Habré de morirme para verte?"

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXVIII

Las descripciones de Láinez, como las de Wilde, revelan una lectura asidua de Dickens, y una franca admiración por el que fué con justicia llamado el *inimitable Boz*. Pero las necesidades de la producción diaria, copiosa, desordenada del periodista, le ha impedido consagrar sus excepcionales dotes de humorismo a la creación de una pieza exclusivamente literaria. En cambio, nadie entre nosotros ha dejado una galería más completa y alegre de *Snobs* bonaerenses, ni ha creado un solo tipo que sea susceptible de compararse con los que campean en los *Hombres y Cosas* del *Diario*. Sus caricaturas del novio callejero, del gomoso porteño, hermano gemelo del que en Madrid llaman *Corino*, son sin rival por la sencillez y la gracia sarcástica de sus perfiles. "La jeunesse dorée, — dice refiriéndose a los preparativos de un baile, — cotizaba con premio las tarjetas aristocráticamente litografiadas; y los fracs, como es de práctica aún en los dandys criollos de más brillante plumaje, emprendían, en interminables caravanas, su peregrinación a la meca de algún sastre, buscando bajo el planchado protector la absolución de las arrugas. Más de un cerebro de chorlo, midiendo a grandes trancos la calle de la Florida, con las piernas de su propietario, sintió vacilar su sana razón, ideando las combinaciones de un nuevo nudo de corbata blanca; y los

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

peines de las peluquerías parecían desperezarse de antemano sobre las piedras de las cónsolas, esperando la noche sin fin de los peinados alisados, las ondas encoladas sobre la frente y el *frisé* esponjado, que da ese aire de extranjerismo, aun a aquellos mismos que no han ido ni a Montevideo".

Láinez descuella en el análisis de los caracteres y en los retratos de cuerpo entero, como el que hizo de un célebre concesionario de ferrocarriles que por aquellos tiempos dió que hablar a las malas lenguas, pero de cuyo nombre no quiero acordarme: "T... era T...: a nadie se le ocurrió jamás ponerle nombre de pila; se decía T como se dice Hugo, Lamartine u otra celebridad deslumbradora del siglo presente. Probablemente se llamaba Giacomo, Battista, Pichin, pero nadie lo supo. T... era T... como D'Orsay era D'Orsay, el afortunato viviente para quien las abejas hacían la miel más dulce, las viñas rivalizaban en suave jugo para hacer el vino más capitoso, las mujeres mostraban menos ascos, los hombres se hacían más distraídos, los muchachos menos gritones y los acreedores infinitamente menos exigentes. Un hombre que llevaba dentro de sí, en los ojos, en la voz, en el gesto, en el ademán cuando imploraba o cuando mandaba, al obedecer o al ordenar, todas las cuerdas de la lira de Orfeo para domesticar a la eterna fiera rebelde que se llama el hombre. Aventurero espléndido, mitad gitano, mitad hombre de mundo, su marcha dejaba el rastro de sus grandezas o de sus pequeñeces, como los buques que cruzan el océano, abren grandes surcos de luz fosforescente en el seno de las ondas tenebrosas, o se sumergen sin estrépito en sus profundidades inconmensurables, levantando borbotones de espuma, que se extienden como una losa marmórea sobre sus restos perdidos. Tenía en su carácter la mezcla heterogénea de su raza; *lazzaro-*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ni en la fortuna, era un *pioneer* yankee en la adversa suerte". Y, así, continúa multiplicando los rasgos, amontonando los detalles, hasta que no quede un *tic*, una nota característica de su fisonomía física y moral, que no se nos presente de relieve y que no hagan resaltar sus pinceladas rápidas y seguras.

Los que quieran conocer todos los matices y recursos del talento cómico de Láinez deben proporcionarse una colección de los primeros años de *El Diario*, en cuya lectura pasarán momentos muy agradables. Poseo entre mis viejos recortes el de este boceto de uno de los *Snobs* más comunes entre nosotros, el tenorio anquilosado de club o calle Florida, cuyas hazañas imaginarias pertenecen al dominio de la más descabellada fantasía. "Todos ellos, escribe Láinez, ocupan o aspiran a ocupar una situación, más o menos elevada, sobre el nivel social. Este lucha, brazo a brazo, contra el reumatismo suspendido sobre cada una de sus articulaciones, y, jugándole a la edad con dados cargados, prefiere los triunfos del amor. El éxtasis de la pasión todavía ilumina su cara, como esas llamaradas de fuego que suelen aparecer en los volcanes que se creen extinguidos. Habla de mujeres con el garbo y la irreverencia de un hombre que tuvo a Cupido por mes; no cree en la virtud; se ríe de la consecuencia; y no se le hable de la fidelidad, porque cae en convulsiones. Por supuesto, que es casado y aún viudo, pero no sería bueno dudar de los altos méritos de la difunta. De sus pasadas victorias le queda todavía cierto ambiente de humo de pólvora, pero como a algunos maestros de armas a quienes la edad quita la elasticidad de las articulaciones, no conserva sino la guardia, una guardia mediocre, por cierto, porque ni puede saludar en la calle sin que la sciática le sirva de acompañamiento al piro-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

po. En su traje es correcto como lo eran aquellos leones que se vestían en la ropería de González y García, allá por los años del cuarenta y tantos. Un terno negro, amplia levita que se derrumba en faldones flotantes, sobre unos cuadriles que la edad ha redondeado; chaleco, como para usar chorrera plegada, abierto en forma de tajada de sandía cortada por la mitad, que nace encuadrando una corbata microscópica para venir a morir en punta sobre un abdomen revolucionario, levantado en armas contra una faja de acróbata, como indicando con su extremidad blanca y fina, el sitio de la futura catástrofe, el alojamiento de la vida y la muerte. El pantalón nunca cae, aspira a caer sobre la bota, porque la barriga, desde lo alto, le hace un empréstito al largo, que ella distribuye a lo ancho, hasta completar por la parte inferior lo que por arriba principia por un tubo de chimenea cuyo pelo atornasolado por el sol y la lluvia, juega a las morisquetas con los cambiantes de las patillas, suprema manifestación del arte". Y esta no es sino una faz, tal vez la menos notable, del espíritu mordaz de Láinez que en las luchas de la pluma se caracteriza, sobre todo, como lo he indicado anteriormente, por ese conjunto de condiciones que distinguieron a Heine y que un crítico define "la flexibilidad asombrosa de aptitudes, la crueldad incisiva de la frase, la perfidia refinada de la alusión, y el arte, la perfección consumada del asesinato literario y de la tortura, por medio del epígrama".

Manuel Láinez era secretario del Senado de la Provincia. Todas las tardes el grupo indivisible de los socios del *Círculo Científico Literario,* que tenían relaciones con él, lo visitaban en su despacho, después de las horas de sesión. Se tomaba un té delicado, se ponían sobre el tapete todos los tópicos del día, y se hacían ejecuciones en colaboración

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

que luego iban a llenar las columnas de *La Tribuna Nacional*. Las víctimas de aquellas degollaciones aun respiran por la herida, por lo cual no sería oportuno insistir demasiado sobre este punto. Los asiduos concurrentes eran Monsalve, Belisario Arana, Araujo Muñoz, Moutier, Navarro Viola, Olivera, José H. Martínez, Toledo, etc. De ese núcleo salió más tarde *El Diario*, cuando yo vivía en lejanas tierras, a solas con mis recuerdos y mis sueños de juventud.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XXXIX

Fué en aquella época que conocí a Mariano A. Pelliza, colaborador constante de *La Tribuna Nacional* y a Olegario V. Andrade, su redactor en jefe. Andrade era una especie de sonámbulo con cara de esfinge, incolora, irregular, sin expresión y sin movilidad. Nada predisponía menos que su aspecto y el descuido de su persona. Y, sin embargo, aquel hombre era un notable y elocuente periodista, un talento vasto y seguro, un estilista de primera fuerza, un poeta esclarecido. Su retrato exacto ha sido trazado por el Dr. Jacob Larrain, distinguido publicista que fué profesor mío de historia en el Colegio Nacional, espíritu claro e ilustrado, autor de un bellísimo estudio crítico sobre el Dr. Guillermo Rawson y que prepara actualmente una obra sobre Sarmiento. En la noticia biográfica y crítica escrita por el Dr. Larrain para servir de introducción a un volumen poético de Andrade, editado en Santiago de Chile, está contenido el más justo e imparcial juicio que, a mi entender, se ha hecho de nuestro gran poeta nacional, sin excluir el de D. Juan Valera, que no ha comprendido todo el talento de Andrade. "Gustaba consagrar al amable culto de las musas, dice el Dr. Larrain, los escasos momentos que le dejaban libres su vida de diarista, como si su espíritu, agobiado bajo el peso de una inmensa tarea, buscase reposo y frescura en esa re-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

gión risueña que habitan las hadas, inspiradoras de los fantásticos himnos y de las ficciones ingeniosas. En los ratos de ocio, cuando conseguía sustraerse a las ocupaciones que constantemente le rodeaban, sentía transformarse su ser por la fuerza virtual de su concentración interior, y entonces su inteligencia se espaciaba en regiones superiores, desbordando en elevadísimas concepciones y en brillantes imágenes, que no tardaban en convertirse en esos cantos admirables, con los cuales llegó a formarse el pedestal más firme de su gloria literaria. Si Andrade hubiera venido al mundo cortejado por los favores de la fortuna, sin estar sometido a las exigencias de labor incesante que impone la lucha por la vida, habría podido cultivar con esmero sus extraordinarias dotes de poeta, meditar más profundamente las bellas creaciones de su fantasía, corregir los defectos de forma de que adolecen sus versos, hasta perfeccionarse en el divino arte, llegando a ser de este modo, sin duda alguna, el más grande poeta de la América. Pero el trabajo de cada día agotó la savia de su vida, y la muerte vino a sorprenderle en medio de la radiosa plenitud de su talento y cuando su alta inspiración poética tocaba ya a la fulguración del genio. Las exterioridades de la persona del insigne vate estaban muy lejos de revelar la inteligencia poderosa que desplegaba en sus producciones literarias. Aparecía mustia y decaída la figura del poeta, porque era encogido de cuerpo y de maneras, no obstante su bien proporcionada estatura; tenía la frente de regular amplitud, aunque prematuramente cubierta de arrugas; vaga y sin brillo la mirada, e inmóviles y resecos los labios, como si se negaran a dar paso a la corriente viva de la palabra que comunica vida y animación a la fisonomía".

Andrade, como Gautier en Francia, fué una de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

las víctimas del diario. Estuvo amarrado a la ingrata tarea, desde la época de su primera juventud hasta la hora de su muerte, produciendo sin cesar, sin reposo ni meditación, afrontando todos los temas políticos, económicos y sociales de nuestra vida tumultuosa, y cayendo, al fin, vencido por la magnitud del esfuerzo y por el desaliento, sin haberse revelado sino en los cantos de los últimos años de su vida. "Las manifestaciones activas de su espíritu, añade el doctor Larrain, obedecían a una doble impulsión, que consistía en asimilar por medio de copiosas lecturas los conocimientos que le eran necesarios para el desempeño de su oficio, y en emitir a su vez, transformados en artículos de vivaz y nervioso estilo, esos mismos conocimientos, ajustados al criterio y a la dirección que le imponía la exigencia política del día. La prosa de Andrade es suelta, trasparente, brillante, salpicada de chispas de imaginación que sorprenden, con sentencias y apotegmas bien encadenados, aunque sobriamente desenvueltos, a causa de su precipitada enunciación o tal vez para obedecer a exigencias imprevistas de polémica periodística. La estructura de sus artículos es siempre sobresaliente por su corte literario, si bien no guarda la debida proporción entre el desarrollo teórico de la idea y su punto de aplicación a la tesis propuesta, porque toma de muy lejos los antecedentes de su asunto, los amplifica en frases esculturales, los borda de reflexiones eruditas y los apoya en autoridades de peso para dar mayor fuerza a sus conclusiones; pero cuando llega el momento de confirmar éstas por medio de una demostración razonada, corta bruscamente su disertación y se apresura, para terminar, a ligarlo con algunas frases breves y sintéticas a la cuestión del día, dejando un vacío sensible en el ánimo del lector, que busca en vano, en su interesantísimo discurso, la

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

parte actual y palpitante del asunto sometido a su dilucidación".

Por lo demás, no es en este género literario donde debe buscarse el carácter y la índole de su talento. Este se revela, sobre todo, en sus cantos, *El arpa perdida, El nido de cóndores, Prometeo, San Martín.* Es en ellos donde ha puesto lo más escogido de su inteligencia y de su corazón, sus grandes aletazos de genio y sus descuidos de versificador, sus imágenes poderosas, erguidas como gigantes, sus grandes metáforas dantescas, sus hallazgos y evocaciones de visionario y sus frecuentes reminiscencias de lecturas ajenas, vestidas y transformadas de nuevo con el espléndido ropaje de su estilo ardiente y luminoso. "Olegario V. Andrade, en suma, y para terminar, haciendo nuestro una vez más el juicio de Larrain, es con todas sus excelencias y defectos el verdadero poeta nacional de los argentinos, porque refleja en sus hermosos cantos las aspiraciones de esa joven y vivaz democracia que se agita en anhelos supremos de libertad, progreso y civilización, mientras funde en el molde de su sociabilidad, con los diversos elementos de las razas latinas, un nuevo tipo americano, destinado a presidir, en la sucesión de los siglos, trascendentales evoluciones de la especie humana en el Nuevo Mundo".

Mariano A. Pelliza ayudaba a Andrade en la redacción de *La Tribuna Nacional,* escribiendo artículos interesantes sobre temas variados de actualidad. Entre otros, publicó un folletín sobre mis *Poesías,* que es una de las piezas literarias mejores del autor de *Críticas* y *Bocetos históricos, Monteagudo, Historia Argentina,* etc. Pocos escritores más fecundos y de más fácil trabajo intelectual que el señor Pelliza. Desde la poesía, que cultivó en su primera juventud, hasta la crítica, la novela y la historia, su

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pensamiento ha invadido todos los dominios intelectuales, mostrándose en ellos siempre despierto e investigador. Su estilo corriente, despojado de pretensiones y de galas prolijas, hace grata y atrayente la lectura de sus obras, y especialmente las históricas, que son a las que más tiempo y aptitudes ha consagrado su autor. Los tres primeros volúmenes de su *Historia Argentina,* que acaba de publicar, sirven de coronamiento a sus diversos trabajos, a sus rápidas monografías en que se esboza una personalidad o se perfila el carácter de una época, y a sus escritos más serios y fundamentales, como la biografía de *Monteagudo,* que acabo de mencionar. Podría escribirse una agradable página crítica tomando por tema a este dramático personaje, visto a través del doble criterio histórico del señor Pelliza y del señor Frejeiro, que lo han hecho objeto de estudios especiales y detenidos; pero un trabajo de esta índole no cabría en el marco de estas páginas ligeras, por la cual me eximo de intentarlo y de mostrar las diferencias de concepción y de método de ambos publicistas.

Pelliza, — he dicho en otra época, refiriéndome a su última publicación, — no insiste inmoderadamente sobre la importancia exclusiva de los hechos. Su espíritu lo inclina a investigar las causas y a señalar los efectos. "Respecto de la guerra de secesión — dice — tenemos distinto juicio que otros historiadores argentinos, que aprecian esa guerra como el período eficiente del gobierno propio argentino, y hacen nacer de ahí la existencia nacional. Para nosotros esa guerra es el acto grandioso con que estas repúblicas sellaron el período colonial, haciendo con el cañón de Ayacucho los honores fúnebres de un sistema, que por trescientos años mantuvo sujeta a la autoridad irresponsable de los reyes españoles la mayor parte del continente ame-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ricano. El gobierno civil independiente surge en medio de la lucha, no como el resultado de un plan madurado y preconcebido, sino bajo el imperio de circunstancias accidentales, y al impulso de inteligencias robustas y brazos fuertes con que no contaba la colonia en los momentos en que la situación anárquica y acéfala de la España, la obligó en el sentido de desconocer, en la gerencia de virreinato, a un mandatario como Cisneros que no había sido investido por el monarca''.

El espíritu de la nueva escuela que domina en los estudios históricos está explicado en los siguientes consejos dirigidos por Ives Guyot a Paul Mougeolle, autor de *Les problèmes de l'histoire*: ''Tenéis razón en combatir la historia-milagro, la historia-accidente, y desgajar las grandes causas de las causas secundarias de los sucesos históricos''. Y más lejos: ''El *hecho,* en la historia, no tiene importancia sino como síntoma revelador. La tarea del historiador es desentrañar sus causas, darse cuenta de los móviles que lo han provocado. La historia no es sino un análisis psicológico. Considerada así, nada más viviente, pues son hombres los que nos muestra, con sus pasiones secretas, sus intereses inmediatos, su egoísmo y su altruísmo. Entrar en el pensamiento de un reitre y de un Papa del siglo XV, de un villano y de un señor, de un rey y de un monje, de un burgués de 1789 y de un emigrado de 1792, de un jacobino y de un girondino; leerlo de corrido a través de los textos, las cartas, las crónicas, los cartularios, las leyendas, los discursos, las batallas, los acontecimientos; restituir a éstos su carácter real; colocar ante cada acto, grande o pequeño, el *cómo* científico; seguir el encadenamiento de los hechos, explicar el triunfo de los unos y el aborto de los otros; comprender el intelecto de la humanidad en sus diversas transfor-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

maciones, y en sus diversos grados, tal es el programa que debe trazarse el historiador. Ayer no más él se limitaba a la morfología social; hoy debe llegar hasta su fisiología".

Tal es el *desideratum* de las escuelas modernas; y si penetramos en el examen atento de sus resortes y sus ideales, de sus principios generales y sus propósitos morales, veremos que un riguroso método científico preside a la elaboración de sus obras. Un espíritu superior ha hecho ya este trabajo con respecto a las escuelas francesa, inglesa y alemana; y, después de considerar las grandes líneas, ha mostrado que cada una de ellas ha tomado posesión de uno de estos tres grupos de estudios: los hechos, los hombres y las cosas; pudiendo añadirse que la escuela alemana se ha consagrado a establecer la transformación y la filiación de los hechos, la escuela inglesa ha estudiado los hombres y las sociedades, la escuela francesa ha buscado la acción del medio ambiente sobre la evolución humana. O, en otros términos, aplicando el tecnicismo actual y buscando la relación palpable que existe entre las escuelas biológicas de los tres países y sus tendencias históricas, la escuela alemana está regida por la teoría del transformismo, la inglesa por la selección, la francesa por la adaptación.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XL

Un día Manuel Láinez me preguntó a boca de jarro: ¿Tiene Vd. ganas de hacer un viaje largo e interesante? A los diez y ocho años puede comprenderse fácilmente cuál sería mi respuesta. Perfectamente, me dijo Láinez; y al día siguiente recibí una cartita del Dr. Miguel Cané, que tengo delante de mi vista, en la cual me invitaba para ir a su casa a hablar con él. Así lo hice; nos pusimos fácilmente de acuerdo y un mes después, nombrado su secretario, en la misión diplomática que se le confió en Venezuela y Colombia, partimos juntos a ocupar nuestro puesto. Decididamente, el destino se empeñaba en facilitarme la vía literaria. Cané había sido mi examinador en Historia y, a la aparición de mi primer libro de *Poesías,* escribió en *El Nacional* algunas líneas afectuosas de aliento, que obligaban mi gratitud. Desde aquel tiempo descollaba como uno de nuestros más finos y delicados talentos literarios. Su contacto, sus consejos, no podían menos de serme y me fueron extremadamente útiles. Bajo la influencia de estos sentimientos, nuestra amistad debía nacer robusta y sólida, como lo es en efecto.

He pintado, en grandes pinceladas, algunos de los acontecimientos psicológicos de aquella larga y difícil peregrinación. Mi libro de *Impresiones* contiene en su franqueza e ingenuidad infantil mis

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

observaciones fundamentales sobre las localidades recorridas. Nada nuevo podía decir de París; pero no sucedía lo mismo respecto a Venezuela y Colombia. A pesar de todo, lo verdaderamente interesante se me quedó en el tintero. Felizmente, Cané ha escrito *En Viaje*, en el cual están narrados todos los incidentes de la travesía, todos los detalles de la permanencia, con un lujo de espiritualidad brillante, y un acopio de juicios exactos, de reflexiones humorísticas y de observaciones sagaces que hacen de esa obra una de las más hermosas y *vívidas* de nuestra literatura.

Nuestra permanencia en Venezuela no pasó de cuatro meses. Vivíamos juntos, entregados al trabajo intelectual, en una casita pintoresca, con un jardín bellísimo, lleno de plantas y árboles tropicales, desde el banano que deja caer sus anchas hojas desmayadas hacia la tierra, hasta la flexible palmera que yergue sus móviles penachos sobre el entretejido espeso de las lianas y enredaderas. Cuando comíamos solos, abatidos por aquella existencia sin atractivos, por la soledad y el alejamiento de la patria, absorbidos en pensamientos que en ninguno de nosotros tenían color de rosa, después de la frase obligada de saludo amistoso, nos sentábamos a la mesa cada uno con un libro por delante. Después, a los trabajos de la Legación y sobre todo a la lectura tenaz y a la producción literaria. Cané era en aquel tiempo uno de los lectores más formidables e incansables que conozco. Permanecía horas y horas, desde la mañana hasta la noche, con el libro en la mano, devorando volúmenes de crítica, de historia, de derecho político, de filosofía, de literatura. Entre mi provisión de libros, llevaba yo una escogida colección en la cual figuraban, Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe, Heine, además de obras cien-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tíficas que formaba la parte pesada del bagaje. Todas ellas fueron leídas o releídas por Cané, y alguno de esos libros, que han andado conmigo varios miles de leguas, conservan aún en sus páginas sus anotaciones de entonces. No quiero ser indiscreto; pero, hojeando estos días el tomo de *Les moralistes français, donde* están, entre otras obras maestras, las *Máximas* de La Rochefoucauld, me llamó la atención la siguiente: *La faiblesse est le seul défaut que l'on ne saurait corriger;* a cuyo lado, de puño y letra de Cané, se encuentran las iniciales de un nombre, inútil de pronunciar, pero a quien le cae el sayo de perilla. En otra parte, después de esta sentencia: *S'il y a un amour pur et exempt du mélange de nos autres passions, c'est celui qui est caché au fond du cœur, et que nous ignorons nous mêmes...—Et encore!* dice el amargo comentario de Cané.

En aquella época Cané escribió las resplandecientes escenas de *Juvenilia,* que me envió algunos años más tarde, diciéndome en su dedicatoria: "Usted vió nacer estas páginas; helas marchando en la vida. Van a usted con cariño; acójalas como un recuerdo de las negras horas pasadas" Sí, yo las ví escribir, día por día, en cuadernitos cuya fabricación era una de mis especialidades, y que se llenaban rápidamente, con la letra menuda, apretada e irregular de su autor. Algunas horas en que el *spleen* nos daba un respiro, me leía fragmentos de esas deliciosas reminiscencias de la vida estudiantil. Y mi primera impresión era la misma que he sentido en España, cuando llegaron a mis manos. Es una pequeña joya ese librito artístico, que, en una forma llena de sencillez y de suavidad, contiene todas las delicadezas y perfecciones de un estilo de admirable factura, en el cual circula una ráfaga de inspiración juvenil, un soplo de brisa

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

primaveral, que refresca la frente abrumada por la lucha diaria. Cané ha puesto en él lo mejor de su espíritu fácil y luminoso, de su talento tan lleno de seducción. Es imposible leer los cuadros del colegio, las aventuras infantiles de aquella alegre y burlona epopeya de la adolescencia, sin pasar de los estallidos de la más franca hilaridad a las dulzuras del enternecimiento. No hay aquí *humour* ni originalidad rebuscada. Hay un inmenso derroche de gracia ligera y brillante, de ocurrencias inesperadas, de bocetos extravagantes, de comparaciones bufonas. Y todo ello tiene un carácter especial, típico, un colorido nuestro, porteño, por decirlo así, que constituye otro de los atractivos de este juguete escrito de mano maestra.

En los *Ensayos*, publicados en la juventud de Cané, el pulso se muestra menos firme. La frase es siempre bella y fulgurante, espiritual y ligera; pero es irregular algunas veces y en otras ligeramente infantil. Sin embargo, como frescura de concepción y como espontaneidad de expresión y de sentimientos, ese libro merece ser releído porque él explica tal vez mejor que *En viaje* y las *Charlas literarias*, las modalidades íntimas del carácter de su autor. Tal sucede con la mayor parte de las producciones de la primera edad de la vida, que se presentan desnudas de artificio y de propósitos preconcebidos, conteniendo en germen todas las cualidades que luego desarrollará el tiempo y el trabajo, y ocultando menos todos los defectos y vicios del sentimiento que más tarde disfraza la habilidad del artificio. Examinándolas con detención, se ve que las *Odes et Ballades*, contienen todos los elementos esenciales, nativos, de Víctor Hugo, como *Mademoiselle de Maupin* contiene todo el color, las líneas y los secretos pictóricos que Gautier desenvuelve más tarde en cente-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

nares de volúmenes de todo género. La petulancia juvenil de los *Ensayos* revela ya el prurito de originalidad y de independencia de juicio, de odio a lo común que luego aparece, bajo diversa forma y a despecho de la voluntad de su autor, en no pocas páginas de *En viaje* y *Charlas literarias*. El personalismo tiránico, absorbente y algunas veces afectado, nace en los *Ensayos*, y se manifiesta en ellos con mayor rudeza de sinceridad varonil, lo que lo hace más simpático y disculpable.

Leyendo los libros de Cané, más de una vez me ha llamado la atención que ellos no reflejen en realidad, la verdadera forma de su espíritu, tal como yo la concibo. Se ve en ellos un talento ligero, juguetón, alegre, capaz de comprenderlo todo y abarcarlo con igual facilidad, con tendencias artísticas decididas y un fondo de filosofía mundana, propio del que ha vivido mucho en la sociedad y el contacto de los hombres. No es esto poco, ciertamente; y libros escritos por temperamentos de esta índole pueden ser frecuentemente dignos de todo aprecio y de todo elogio, que es lo que sucede con los de Cané. Pero hay otra faz de su intelecto que él nos oculta por una especie de coquetería incrédula: la faz seria, pensadora, un poco ingrata, si se quiere, pero necesaria para penetrar en todo un orden de especulaciones morales y políticas, en el amplio sentido de la palabra, que son las que hoy preocupan al mundo moderno. En la primera edad se comprende que un escritor, refinado y lleno de dotes amables, se entregue a una especie de epicureísmo que le evite abordar cuestiones abstractas y de naturaleza árida; pero más tarde es necesario olvidar las fantasías y divagaciones, rebosantes de talento e inspiración, pero que en su eterno mariposeo, en su continuo afán de girar de flor en flor, concluyen por debilitar el

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pensamiento y merecen el reproche de frivolidad con que los que no comprenden todo el esfuerzo y el mérito que requiere esta especialidad se apresuran a lapidar al ingenio escéptico o desdeñoso. Este reproche es el que, con pena, he oído dirigir a Cané por los que no conocen como yo al hombre íntimo, que está muy lejos de ser un sonriente, un complacido: y que, por el contrario, penetra a fondo en la sociedad y en la vida, medita con madurez e independencia, se engolfa en los estudios más áridos y los domina con admirable constancia, y cuando olvida la faz amable del hombre de mundo, se muestra tal cual es en realidad, grave sin afectación, envuelto en una nube de tristeza, desengañado desde temprano y tal vez con pocas ilusiones en el porvenir.

Por lo demás, ¿necesito decir que todas las producciones de Cané y especialmente *Juvenilia* y *En viaje*, tienen para mí un encanto indecible? ¡Qué exactitud de detalles, qué viveza de colorido, qué gracia admirable y suprema, la de esas páginas de íntima belleza en que narra la noche de *Consuelo*, los pormenores del viaje a mula, la excursión al Tequendama y la homérica lucha nocturna de la hacienda de Umaña en que alguien me despertó mordiéndome una oreja, con dientes de caníbal! *J'en passe, et des meilleurs!* Todo en ese libro es real, palpitante, tomado del natural, indicado con una delicadeza de expresión y de análisis que asombra. Se ve allí al diplomático fino, al hombre de mundo lleno de distinción, al escritor de espíritu claro y brillante, original y variado. Y esta impresión se reproduce sin cesar después de la lectura de los libros de Cané. Las *Charlas literarias* contienen fragmentos deliciosos como los consagrados al *Don Carlos* de Schiller, a *David Co-*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

perfield, y a *Falstaff* y los cuadros de viaje que ocupan la última parte del volumen.

Debo a Cané, por otra parte, la más viva gratitud por la franqueza ruda y varonil con que cuando andábamos juntos apreciaba mis estudios literarios. Ella es tal vez la que ha mantenido en mí la pasión del trabajo intelectual incesante, tenaz, infatigable, sin el cual es imposible la producción. Sus consejos y sus observaciones me han sido siempre de la mayor utilidad. Le sometía invariablemente todos mis escritos en prosa y verso; y su crítica despiadada, burlona, acerba, sin disimulos ni remilgos, me mostraba todas sus deficiencias y defectos. Confieso que, algunas veces, el amor propio se encrespaba; pero luego comprendía la justicia y la sinceridad de las observaciones y me ponía de nuevo a la labor, sin desalentarme por los primeros fracasos. En este sentido, las cartas que poseo de Cané son altamente interesantes. La índole especial de su talento y su carácter se presta admirablemente para este género literario en que su gracia ligera y sarcástica, sus formas de una cultura refinada, su preparación en las más diversas materias, tienen un ancho campo en que espaciarse y lucir. Están llenas de observaciones profundas, de sentencias amables, de juicios rápidos y penetrantes. "Me he convencido, dice en una, que el mal general de nuestra estructura intelectual es la vaguedad del ideal. Trate de determinarlo y verá qué cambio se hará sentir". En otra, a propósito de algunos versos incorrectos: "La línea es el primer instrumento poético que existe. La prosa puede ser el filón que lleva oro entre esquisto, mica, cascajo y arena; el verso la joya cincelada, irreprochable... o no ser!"

Su acuse de recibo, en forma de notas rápidas e incisivas, a mi primer libro en prosa, *Estudios Li*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

terarios, obra de la primera edad de la vida, da una idea acabada de la franqueza y exactitud de sus juicios. No creo cometer una indiscreción transcribiendo estas páginas íntimas, y desde luego pido perdón a mis lectores por esta exhibición de mi personalidad, que, demasiado lo comprendo, no es síntoma de buen gusto. Dice así: "*El alma de Don Juan* podría llamarse, como todos los artículos del libro "sinfonía sobre viejos temas". No es una crítica, no es un estudio, es un pretexto de estilo. El maestro del género es Paúl de Saint-Víctor; y después de una lectura de *Hombres* y *Dioses* o de *Las dos máscaras,* raro es aquel que se defiende contra la pluma que se agita en la mano y pide estilo... como nuestros caballos ardorosos piden rienda. Muy bien escritas esas páginas, pero nada más. Ilustración literaria, un tanto *dilettanti,* elegancia en la forma, mucha excitación de espíritu, que, cosa curiosa, hace resaltar, por lo menos aparentemente, cierta quietud del corazón. El tema tal vez lo exija, pero el hecho es que se constata un paroxismo de estilo constante. Mi opinión es que debe Vd. dejar tranquila en adelante *El alma de Don Juan* como una página brillante de su juventud, y utilizar en cosas íntimas el instrumento armonioso de que dispone. Le encuentro el estilo mucho más español... Por lo demás, aplaudo la reacción contra el galicismo a *outrance,* porque la resultante será un estilo con la marcha ligera del francés y la sonora riqueza del español".

"*Los cuentos,* los conocía ya. Sinfonía siempre. ¿Qué le habría parecido, con ese título, hacer un estudio, ligero como las riendas con que guiaba Mab, sobre las tribulaciones rosadas del alma de los niños, bajo la impresión de los cuentos? ¡Cuántas cosas habría leído en los ojos abiertos y grandes, con la vaguedad fija de la atención, mientras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

las mejillas se colorean o la respiración se detiene! Bien por el casticismo. Achaparrados y aquelarre! Achaparrado es tan feo como el *rabougri* francés a que corresponde, según creo. Digo de las *Baladas* (uno de los capítulos mejor escritos) lo mismo que de los *Cuentos.—Mujeres y autores,* no me gusta; el estilo es flojo, no está castigado y se leen frases como "la mujer ha sido, en toda época, objeto de serias meditaciones", aforismo que hubiera podido firmar M. de la Palisse sin que su reputación padeciese. No hay plan ni objeto. Esas digresiones de fantasía van bien al verso, pero ponga el *Don Juan* de Byron o el *Diablo Mundo* de Espronceda en prosa. En una palabra, para concretar mi crítica sobre el libro: no hay materia para un libro. Debe concluir una vez por todas con la manía de recoger lo viejo y ataviarlo de nuevo. Todos esos trabajos son ejercicios, *glissades,* contras para hacerse el brazo y aprender a manejar el florete. Una vez reuní yo también mis *Ensayos* e hice mal. Hoy tengo esparcidos por ahí materiales para dos gruesos volúmenes y me hacen proposiciones para imprimirlos: *nequaquam!* Ahora, un consejo: baje medio tono a su estilo. El mundo intelectual marcha a la sencillez. Que todo no sea reflejo de lecturas. Un lector, si no ignorante, ligeramente instruido, un lector común, aún selecto, dada la masa, tendría que estar con un diccionario de literatura en una mano y su libro en otra. Me gusta más el estilo suelto y fácil de alguna de sus cartas particulares que el lirismo constante y un poco 1830 de su libro. Muy probablemente podría Vd. hacerme los mismos cargos, pero a más de que ya le he dicho que creo tener más gusto que facultad literaria, su argumento *ad hominem,* si bien justo, no viciaría en nada mi tesis. No detengo jamás a un amigo pobre para criticarle su *toilette*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

descuidada o deficiente: pero al que tiene recursos abundantes le indico sin reparo la necesidad de renovar el guardaropa".

Durante la permanencia de Cané en Viena yo residía en Madrid, y establecimos un canje continuo de libros y publicaciones interesantes. Por su indicación leí la admirable obra de Tolstoï: *La guerre et la paix*, que me envió haciéndome de ella justísimos elogios. A mi vez, le remití libros de Valera, Menéndez Pelayo, Pereda, y otros. El juicio que le mereció *Sotileza*, del último, está contenido en una deliciosa carta, escrita con una espontaneidad, una soltura y una gracia que encantan. No puedo menos que transcribirla aquí, para solaz de mis lectores, fatigados sin duda de la monotonía de estos recuerdos: "Es un libro shakespeariano; y Vd. que conoce mi admiración apasionada y violenta por el poeta inglés, sabrá valorar mi elogio. Hay más color en *Sotileza* que en todas las telas de los venecianos reunidas. Eso es naturalismo, hinojo! Eso es verdad, eso es vida, cuerno y recuerno! Bajo ese aspecto, pongo a Pereda a cien codos arriba de Zola. Figúrese a ese hombre conociendo el mundo parisiense como conoce el microcosmo santanderino, y ayúdeme a sentir. Se necesita no sólo una observación incisiva, un poder intelectual tremendo, sino un don natural para penetrar así a la región confusa de esos cráneos en embrión, de esas crisálidas de hombre. No basta concebir en esos casos; es necesario expresar, rendir, traducir el pensamiento. Vd. que plumea, como yo, sabe, menos que yo, porque yo cepillo más, lo que cuesta vestir una idea que se ve, desnuda, pasearse esbelta por el espíritu. Eso es maravilloso en Pereda.—Muergo es Caliban, escapado de la isla de Próspero, sobre un tronco de árbol y caído a la playa de Santander entre la resaca. Lo que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

es admirable, cierto, íntimo, un sondazo hondo como un pozo a la naturaleza humana, es la pasión carnal, brutal, de Sotileza por el monstruo, más violenta si cabe que los rugidos de lascivia de Muergo.—¿Y los *firvoles* de Cleto? ¿Quiere nada más bueno que ese análisis moral, de una delicadeza infinita, pero aparentemente tejido con la burda materia que secreta el alma de ese semi-bárbaro? —Las Mocejon dan cuatro cuerpos a las viejas harpías clásicas y éstas ni las ven. Son hermanas de la bruja de Macbeth; la madre me recuerda la *megère* asquerosa que prepara el filtro para Fausto, mientras los perros cantan con gran aplauso de "Monsieur le Baron".—Andrés trazado de mano maestra, pero ya lo conocía; es hermano de Pedro Sánchez. . Anoche se me erizó el pelo leyendo la descripción de la galerna, y, en el insomnio, he visto constantemente a Andrés, en la popa, pálido, desencajado, gritando: "Jesús y adelante", mientras el patrón, abierto el cráneo, yace en el fondo de la barca y el padre en la orilla, tiene el alma sobre la cresta de la ola que la arrebata!... Decirle el afán que tengo de mandarle una pomada al *pae* Polinar para sus párpados en carne viva! ¡Y lo que he pujao pá el sermón! ¡Y la filosofía en el fiasco!... No, mire, váyase a lo de Pereda y dígale que, día más, día menos, un hombre va a entrar como una bomba en su cuarto, lo va a apretar contra el pecho hasta hacerlo crujir y se va a largar sin decirle esta boca es mía. Que no busque largo: seré yo".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XLI

Es imposible hablar de Miguel Cané sin mencionar a algunos de sus contemporáneos. Pellegrini, arrebatado por la política desde temprano, hombre de acción pública y de parlamento, personalidad intelectual de rasgos propios y definidos; Del Valle, abogado distinguido, orador acostumbrado a la victoria; Roque Sáenz Peña, naturaleza franca y caballeresca, espíritu clarovidente y flexible que se ha revelado en todo el esplendor de una madurez inesperada en el último Congreso de Washington donde pronunció varios discursos que bastan para hacer la reputación de un hombre; Lucio V. López, literato esclarecido, poeta en su juventud, periodista punzante, que maneja la sátira con una habilidad temible y abrumadora; José M. Ramos Mejía, cuyos artículos juveniles de fina y aguda crítica, revelan una faz de su talento desconocido para los que sólo lo ven al través de su obra fundamental *Las neurosis célebres en la Historia Argentina,* libro de honda psicología y de teorías audaces, pensado con reposo y escrito con elegancia, pertenecen a esa generación de la que ha dicho Groussac "que constituye, por decirlo así, la capa vegetal de este país en nuestros días, la que produce y fecunda, sosteniendo y transformando el mantillo todavía en formación. Llena el parlamento, la prensa, el foro, la cátedra: mueve las ideas y

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

los capitales: es la generación que actúa hoy en pleno desarrollo, cabeza, corazón y brazo del pueblo argentino''.

Lucio V. López es el que ha penetrado más a fondo y ha permanecido más tiempo en la literatura. He manifestado en otra oportunidad, hace ya algunos años, mi juicio sobre su talento. No desearía repetir lo que dije en anteriores circunstancias; por lo cual me limito a añadir unas pocas palabras sobre su persona. Conocí a Lucio V. López, hace ya muchos años, sobre todo para nuestra edad, trece o catorce por lo menos. En aquella época, el doctor Goyena me dió una tarjeta de presentación para nuestro ilustre historiador Don Vicente F. López, que urgido por un trabajo importante, necesitaba alguien que le sirviera de secretario para aquel caso, papel que creo desempeñé satisfactoriamente, a pesar de mi juventud. Fué Lucio López el que me introdujo ante su padre, después de una detenida y sabrosa charla en que hablamos de letras, y en que, lo recuerdo como si fuera ayer, me leyó unos versos de Guy de Maupassant que me eran desconocidos. Aquel *tête-à-tête* rápido con el doctor Vicente F. López, me ha dejado una impresión profunda. Desde el principio conquistó mis ardientes simpatías, inspiradas por el brillo incomparable de su espíritu, nutrido de savia y de vigor, lleno de fresca robustez y de frondosidad lozana. ¡Qué talento admirable de historiador y literato el de aquel hombre que encarnaba para mí las virtudes y las glorias imperecederas de una gran generación de patriotas y de estadistas, la que durante la emigración derramó por los países limítrofes un reguero de luces y de ideas; la que combatió contra la tiranía enseñoreada del suelo de la patria y una vez vencido el despotismo, agotó los días de su juventud en el doloroso alumbramiento

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de un nuevo régimen político e institucional; la que completó, con la prensa y el libro, con la pluma vibrante del publicista y del filósofo la obra empezada por los genios de la independencia con el filo del acero victorioso; generación militante y tormentosa de López, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Echeverría y Juan María Gutiérrez, para no citar sino algunos de sus miembros esclarecidos. En cuanto al autor de la *Historia de la República Argentina*, no es este el momento oportuno, ni podría hacerlo a menos de extenderme inconsideradamente, de analizar el carácter y las excelencias de su obra vasta y magistral. Es una grata tarea que, Dios mediante, espero realizar en época no lejana.

Como la mayor parte de nuestros mejores escritores, Lucio V. López ha hecho contadas publicaciones: unas *Lecciones de Historia Argentina*, bruscamente interrumpidas, la novela *La Gran Aldea* y un pequeño volumen de *Recuerdos de viaje*. La primera de estas obras es digna de la mayor estimación y debe deplorarse que su autor no se decida a terminarla. Me he ocupado, en otra época, extensamente de la segunda. Los *Recuerdos de viaje* que acabo de releer, me han dejado una impresión profunda, por la belleza elocuente de su estilo, la intensidad de su fondo y el magnífico desarrollo de sus temas variados e interesantes. Es el libro de un escritor brillante y de un pensador concienzudo. Con razón dice Groussac: "López describe el *home* inglés que es el núcleo y la clave de toda la evolución británica, como lo es en Francia la conferencia, el paseo, la academia, la comedia, es decir, siempre la conversación en su forma exquisita; como lo es en Italia, la aptitud artística. Es el tino certero del pensador. Ello no impide que su imaginación remonte el vuelo ante las cien manifestaciones de lo bello: es una organización plás-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tica, capaz de entrar en lo íntimo de muchas razas y civilizaciones. Pero triunfa sobre todo en el análisis; lleva sus tendencias filosóficas hasta en la crítica literaria y el gozo artístico, y escribe sus más hermosas páginas a la sombra del cottage de Bromley, o saludando en Walter Scott al más honrado y puro de los novelistas y al gran evocador de un pasado histórico''.

Por lo demás, los *Recuerdos de viaje* no reflejan sino una faz del espíritu luminoso de Lucio V. López. Poeta de corazón, aunque ya no haga versos, es al mismo tiempo un periodista temible por el empuje del ataque y las mil puntas aceradas de su sátira implacable. Su pensamiento vigoroso y audaz no se detiene en la superficie de los hombres o los sucesos. Los abarca en conjunto y en detalle, los penetra, los desmenuza y los somete a la visión despiadada de su crítica reflexiva y despreocupada. Su último discurso, pronunciado en una colación de grados, en nombre de la Facultad de Derecho, hace apenas un año, es una pieza magnífica en este sentido. Se ven allí los vicios intelectuales y morales que han venido deformando paulatinamente nuestro carácter nacional, inoculando en la generosa sangre de nuestra raza algunos glóbulos de linfa cartaginesa. Es en esa bellísima pieza literaria donde se encuentra la definición de lo que, en épocas de corrupción social y de mercantilismo vergonzoso, se llamaba el ''elemento nuevo'' para disfrazar las claudicaciones de la dignidad de los extraviados o los impacientes: ''¡El elemento nuevo!... El elemento nuevo, entre nosotros, no significa, no, señores, la juventud que avanza coronada la sien con las palmas de las victorias universitarias; no es una escuela política seria que, en nombre de altos principios, traiga inscripta en su bandera las proposiciones de una

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

reforma constitucional o de una regeneración social; no es una pléyade de filólogos o de arqueólogos que, inspirándose en el pasado prehistórico e histórico de la América, despierte en Europa la curiosidad por estudiar las lenguas indígenas y los vestigios de nuestras civilizaciones desaparecidas, la geografía del continente y sus remotos orígenes; no es un cenáculo de historiadores versados en la historia de la dominación española o de nuestra independencia, capaz de producir un vuelco en la manera de concebir el fondo y la forma del arte esencialmente aristocrático de Macaulay; no es un Parnaso de poetas llamado a crear y desarrollar la leyenda argentina y a reconstruir y embellecer la obra trunca e imperfecta de Echeverría; no es un grupo de periodistas siquiera, dueños de un estilo propio, capaces de educar lectores en el gusto exquisito de las polémicas impersonales; no sois vosotros, señores doctores, que en once años de labor constante, día por día y hora por hora, en las mañanas crudas del invierno, sofocando todos los ideales juveniles, sacudiendo la dulce voluptuosidad de la holganza, habéis labrado el camino de la vida, tramo por tramo y piedra por piedra, para conseguir un título y comprar con moneda legítima vuestro sitio en la vida. No es tampoco la nueva generación que entra al templo del trabajo, con un programa, con una creencia fundada o errónea pero sincera. No, señores: el elemento nuevo son los improvisados, es esa borra de las democracias, familia arisca que mira el brillo con huraña e indómita desconfianza, que aparece en las cimas llovida por los constipados de la atmósfera social, no por haber trepado la montaña por la senda pública y conocida de la lucha. El elemento nuevo—no os dejéis engañar—no es elemento ni es nuevo; no es la juventud, no es la vida que amanece, grande

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y gloriosa como una aurora boreal; no es nuevo porque lleva en su organismo el microbio que determina la caducidad; no es elemento, porque mañana, andando los años, ni un solo miembro de esa milicia irregular ha de llamar a las puertas de la posteridad".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

XLII

Haría interminables estas páginas si continuara evocando las reminiscencias del pasado, y la fisonomía literaria de los hombres distinguidos con quienes el azar del destino me ha puesto en íntima comunicación. Quiero detenerme en este punto sin evocar mis recuerdos de adolescente y cerrar por el momento estas notas ligeras que he escrito con cariño y sinceridad. No pasará mucho tiempo, tal vez, sin que vuelva a dejar correr la pluma para aumentar esta extensa galería con todos mis amigos de Venezuela y Colombia, de París y Madrid. La pintura de aquella vida, eminentemente intelectual, de Caracas y Bogotá, me atrae de una manera irresistible, y me parece altamente interesante por los hombres que figuran en ella y el fondo pintoresco que da relieve a la tela. Revuelvo mis notas y mis papeles, y encuentro cartas admirables, poesías inéditas de alto vuelo, escritos de todo género, que la amistad ha depositado en mi mano, en mi peregrinaje de algunos años. Cierro los ojos y veo delante mí, moviéndose en una bruma sonrosada, las siluetas de los viejos compañeros de afición y de tarea, desaparecidos los unos, prematuramente, y los otros siguiendo con valor la áspera contienda humana. Y mientras mi espíritu palpita al sentir que revive el mundo del pasado, ríe el sol en el firmamento, las primeras brisas

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

precursoras del invierno, con su fresco soplo, parecen acariciar la frente abrumada por el trabajo y la fatiga, el verde matiz de las plantas adquiere nuevo brillo y el inmenso esplendor de la naturaleza se asocia a la íntima fiesta del corazón!

Releo estos apuntes, trazados a la carrera, y encuentro deficiencias, olvidos, falta de plan y método estricto. ¡No importa! Prefiero que ellos queden tal cual han ido acudiendo a mi memoria, sin afeite y sin aderezo, en toda la rudeza de su espontaneidad. No es éste, por otra parte, ni un libro de estudios críticos ni la historia de una época literaria. Si hubiera querido estudiar concienzudamente a todas las personalidades sociales, científicas y literarias que desfilan en él, habría necesitado escribir varios volúmenes. Me he limitado a dejar consignados algunos rasgos característicos de las organizaciones intelectuales que he tenido ocasión de conocer, y eso sin obedecer a un cálculo de ejecución o de examen, dejando que el pensamiento divague caprichosamente o se engolfe en fantásticas digresiones, citando abundantemente los fragmentos en verso y prosa que conservo en mi memoria, escribiendo, en suma, más con el propósito de satisfacer una exigencia personal, que con el de buscar un éxito que seguramente no merece un trabajo de este género.

Pero eso, sin duda alguna, predomina en él un continuado espíritu de equidad y de benevolencia... Disposiciones ingénitas de mi carácter, me inclinan al cariño y al respeto por todo lo que represente una tentativa intelectual, en un país en que dedicarse a la literatura es casi ridículo, a fuerza de ser extraño, y en que el principiante o el maestro se ahogan en el mismo vacío de la indiferencia y de la ignorancia universales cuando no son estúpidamente agredidos por pasiones o inte-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

reses bastardos. Creo que es obra de patriotismo y de moral propender al desarrollo del espíritu literario entre nosotros, para combatir esta tendencia enfermiza al materialismo, a la metalización y al desprecio por todo lo que no se cotiza en la pizarra de la Bolsa, que es la enfermedad que mina a este país y que se infiltra, como un virus mortífero, en el alma de las nuevas generaciones. Un pueblo sin arte, sin literatura, sin tradiciones morales e intelectuales que respetar y seguir, será cuando más una factoría de aventureros sin alma, llegados de los cuatro puntos del horizonte para corromperlo todo con su sensual ostentación de advenedizos, pero no llevará en sí mismo esa chispa divina que eleva los corazones y dignifica los caracteres, ese espíritu de verdad y de amor a lo noble y a lo bello, que inspira las grandes acciones y los heroicos sacrificios. Por eso, al terminar esta serie de recuerdos, quisiera grabar en el corazón y en la mente de mis jóvenes compatriotas estas palabras que deben servirles de inspiración y de programa: "El porvenir de cada pueblo está en su propia literatura. Ella sola expresa todo lo que desea, todo lo que siente, todo lo que percibe una raza: ella es su espíritu y su *Verbo;* su claridad y su luz. Los fusiles, los cañones, los acuñamientos de plata y oro, para los espíritus vulgares, constituyen la potencia real de las naciones. Nada menos exacto. El cerebro humano, que contiene el instrumento material del pensamiento, es el taller de donde sale toda prosperidad; todo decrece y agoniza si el pensamiento se enferma o se debilita".

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ÍNDICE

Págs.

Martín García Merou 4
Prólogo. 7

RECUERDOS LITERARIOS

I.—Los intereses intelectuales en la República Argentina. — La falta de estímulo y la indiferencia pública. — Absorción del trabajo material. — Las letras en los Estados Unidos. — Un poeta de la California. — Sarmiento y su proyecto de traducción de la *Biblioteca Científica*. — El *agente intelectual*, según Buckle. 23

II.—Tentativas para formar núcleos intelectuales. — Por qué no escriben nuestros literatos. — Obras notables que caen en el vacío. — La pasión de las letras. — Mi estreno literario. — La corrección de pruebas de *La Nación*. — El general Mitre. — Influencia de su persona. 29

III.—Otra influencia moral. — Pedro Goyena. — El abogado, el crítico, el poeta, el orador. — Paseos nocturnos. — Lo que le debe mi cultura. — Perfil oratorio de D. Félix Frías. — Las "Cartas a Wilde sobre la poesía". — El *causeur* y el hombre íntimo. 31

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

IV.—Mis primeros versos y Adolfo Mitre. — Las "Conversaciones" de *Aben Xoar*. — El profesor Hidalgo y el *Libro de la naturaleza*. — José Manuel Estrada, rector del Colegio Nacional. — Certamen literario de Julio de 1878. — Elegía *A la muerte de Jesús* y *Canto al amor filial*. — Los Presidentes del certamen: Alejandro Castro y Ernesto Weigel Muñoz. — Agustín Drago. — Sergio García Uriburu. — Manuel A. Montes de Oca. 37

V.—Enrique E. Rivarola y su elegía *A la muerte de Jesús*. — Fragmento de esa composición. — *Las primaverales*. — Juicio del Dr. Avellaneda. — *Sor María* y *La severa*. — *El suicida*. — Labor de Rivarola en el periodismo. . . . 41

VI.—La generación del Colegio Nacional. — Antonio Piñero y Norberto Piñero. — *Los delitos de imprenta*. — Adolfo Orma y Eduardo Bidau. — Eleodoro Lobos. — Juan Antonio Argerich y sus proyectos estudiantiles. — Los desaparecidos. — Luciano Choquet; Marianito Varela; Julio Alvarez. 45

VII.—José Manuel Estrada. — Los discursos sobre la Revolución Argentina y sobre la tiranía de Rosas. — Ovaciones al orador. — Su carácter, sus obras. — La concisión y concentración de su pensamiento. — Frases hermosas de sus escritos. 49

VIII.—El segundo certamen literario. — Benigno C. Díaz y la *Oda a Dios*. — Análisis de esta obra. — Leopoldo Díaz. — Sus primeros versos. — Los *Fuegos fatuos*. — Juicio de Castellanos. — Los *Sonetos* de Díaz. — Un párrafo de García Velloso 53

IX.—Santiago Estrada. — *La América del Sud*. — Variedad y extensión de la obra de Estrada. — La cuestión de límites con Chile. — El pacto Fierro-Sarratea.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

— Acción de Estrada y *La América del Sud.* — El *Comité patriótico* y el *Club de la juventud.* — Miguel Goyena y Enrique García Mérou. — La conferencia en *Variedades* y el canto a la *Juventud americana* 59

X.—José Arnaldo Márquez. — Su aparición en Buenos Aires. — Sus *Memorias.* — Las poesías de Márquez; *Los elementos.* — Su partida. — Nuestro encuentro en París. — La máquina de componer e imprimir automáticamente. — Su odisea. — Un almuerzo barato. — Visita a Márquez. — Su *Meditación.* — Análisis de este poema. — Sus últimas cartas 63

XI.—Actos patrióticos. — El *Canto al Huáscar* y el aniversario de la independencia del Perú. — El Dr. Aníbal de la Torre. — Miguel Grau y su trágica muerte. — *La Patagonia.* — Labor de Estrada y mía. — José Arévalo. — *Las Novedades* y los artículos de Julio Botet. — Gervasio Méndez. — Un párrafo de Miguel Cané. 79

XII.—La casa de Gervasio Méndez. — Viaje al Paraná. — La lucha por los boletos. — Rafael Obligado, Martín Coronado y Gregorio Uriarte. — Mi primer visita a Méndez. — Su aspecto y su instalación. — Rasgos rápidos de su vida. — El canto *A Dios.* — Las *Hojas de mi cartera.* — Méndez y Becquer. — Mi colaboración en el *Album del Hogar.* — Los *Palmetazos de Juan Santos.* — Su reaparición en *La Nación.* . . 83

XIV.—Las primeras víctimas: *Salvador Mario* o Luis S. Ocampo. — La influencia de Espronceda. — Juan Cruz Varela y *La pecadora arrepentida.* — Enrique D. Parodi: *Rosalía.* — Otros colaboradores. — Los versos de Matienzo . . 93

XV.—Discusión sobre la poesía. — Párrafos de un artículo de Matienzo. — Poesía

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

objetiva y subjetiva. — Réplica de *Juan Santos*. — La poesía del dolor y la poesía filosófica. — Poetas modernos. 97

XVI.—Segunda controversia. — La traducción en verso. — Juicio de Enrique García Mérou. — Amiel, Marc Monnier y Scherer. — Una traducción de Nicolás Pinsón W. — *La Comédie de la Mort* y el poeta Leonidas Flores. — Opinión de Caro sobre la traducción poética. — Un párrafo del General Mitre. — *La oración por todos*, de Hugo, traducida por Bello y Mitre. — Moratin y el *Hamlet*. — *El lago*, por Matienzo y Miguel Antonio Caro. — Las luchas de la juventud 105

XVII.—El *Círculo Científico Literario*. — Silueta de algunos de sus miembros. — Oradores, poetas, periodistas, críticos. — Ernesto Quesada. — Monsalve. — Lugones. — Araujo Muñoz. — Moutier. Orígenes del *Círculo*. — Presidencia de Juan R. Fernández 121

XVIII.—Julio E. Mitre. — Su carácter. — *El adiós del pasado*. — *Elegía*. — Tendencias de su poesía. — Su talento descriptivo. — Su muerte 125

XIX.—Alberto Navarro Viola. — Cómo lo conocí. — Las críticas de *Juan Santos*. — *Mais tu l'as trop bien dit*. — Los domingos de la quinta de Navarro Viola. — Algunos de los concurrentes. — Sus *Versos*. — *El alma desolada*. — El *Eduardo* y los *Cantos*. — *Dante Alighieri* y *Angelus*. — Un juicio de Castellanos. — El *Anuario Bibliográfico*. — Traducciones y otros trabajos — Fragmentos de cartas íntimas. . . . 133

XX.—Adolfo Mitre. — Nobleza de su carácter. — El hombre íntimo. — El artista. — Los *lieder* de Mitre. — *El alma del artista*. — Las *Armonías* y *El suicida*. — La traducción de *Albertus*. — Es-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

críticos en prosa. — Fragmentos de sus cartas.—Su enfermedad y su muerte. 149

XXI.—Benigno B. Lugones. — Amplitud y extensión de su obra. — Cómo se hizo periodista: *Los beduinos urbanos*. — Su entrada a *La Nación*. — Bartolomé Mitre y Gabriel Cantilo. — Gimnasia periodística. — Sus críticas de mis versos. — Un paseo nocturno. — En la fonda de Benjamín. — *In monachio libertas*. — La última vez que nos vimos 167

XXII.—Otros escritores. — Pablo della Costa. — Victoriano E. Montes. — *El Tambor de San Martín* y *La Tejedora de Ñanduti*. — Mariano de Vedia. — Sus artículos críticos. — Variedad de su obra. Alberto del Solar. — *Páginas de mi diario de Campaña*. — *Huincahual*. — *Rastaquouére*. — Carácter de este libro 181

XXIII.—Clásicos y románticos. — Discusiones célebres en el *Círculo Científico Literario*. — Un párrafo sobre Ernesto Quesada. — El romanticismo según Echeverría. — Manuel Díez Gómez. — Araujo Muñoz. — Nolasco Ortiz Viola. — Eduardo Sáenz. — Ramón A. de Toledo. — Adolfo Moutier. — Carlos Monsalve; su *Juvenilia*. — Sus versos. — Carlos Olivera; el periodista . . . 189

XXIV.—La *Revista Literaria*. — Luis M. Drago y la *Literatura del Slang*. — *Los hombres de presa*. — Rodolfo Rivarola; su fecundidad; sus traducciones de *Jocelyn* y de *Rolla*. — José N. Matienzo. — La influencia de Heine . . 203

XXV.—Juan de Dios Villa Parra. — Su presentación al *Círculo*. — *Su aspecto*. — Sus viajes por Sud América. — Miseria de su muerte. 215

XXVI.—Calixto Oyuela. — Sus primeros versos; la *Oda a los Rifleros*. — Tendencias de su espíritu. — El clasicismo de

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

Oyuela. — Su labor literaria. — El poeta y el crítico. — Oyuela y Santiago Estrada. — El canto a *Eros* . . . 221

XXVII.—Los *juegos florales*. — Andrade, Oyuela, Castellanos y García Velloso. — *Las libertades comunales*, por García Velloso. — Belleza de esta obra. — Su prólogo a las poesías de Domingo M. Martinto. — Carácter de este poeta. . 231

XXVIII.—Joaquín Castellanos. — Cómo me fué presentado. — *El Borracho*. — Crítica de este poema. — Los ebrios en literatura. — Las estrofas finales. — Semejanza de la idea madre de *El viaje eterno* y *El nuevo edén*. — Belleza de estas obras. — La filosofía de Castellanos. 239

XXIX.—Belisario J. Arana y la fundación de la *Bohemia*. — *Filarmonoterapia*. — La reunión en casa del poeta Eduardo. — Bases de la Sociedad. — Las comidas de la *Bohemia* 255

XXX.—La *Academia Argentina*. — Sus miembros. — El Dr. Juan Carballido. — Luis T. Pintos. — *Artes, ciencias, letras*. — Producciones artísticas, científicas y literarias presentadas a la *Academia*. — El arte nacional, el teatro nacional y la ópera nacional. — Las reuniones en casa de Obligado. — La política y Martín Coronado. — Dinamita poética. — Querellas literarias. 263

XXXI.—Los grandes poetas de la *Academia Argentina*. — Coronado y Obligado; diferencias de estilo. — Los dramas de Coronado; su lirismo. — Fragmentos de *Luz de luna y luz de incendio*. — Carácter de la poesía lírica de Coronado. — *Tula*. — *Los ojos negros*. — *Soledad*. — Eternidad de la poesía. . . 271

XXXII.—Rafael Obligado. — Juicios de Valera sobre su talento. — Carácter distintivo de su poesía. — Los cantos a *Echeve-*

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

rría y *América*. — Las elegías. — *Las tradiciones argentinas*. — Una trova de Ricardo Gutiérrez 285

XXXIII.—La conferencia del 9 de Julio dada por la *Academia Argentina*. — Adolfo Lamarque. — Sus *Ensayos poéticos*. — Un párrafo del doctor Pedro Goyena. — Los suicidios de Jorge Mitre y Lamarque 295

XXXIV.—Clemente Fregeiro. — Breve reseña de su obra. — Su *Compendio de Historia Argentina*. — *Juan Díaz de Solís* y el *Descubrimiento del Río de la Plata*. — *Monteagudo* 299

XXXV.—Eduardo L. Holmberg. — Lectura de su *Símbolo*. — Atanasio Quiroga. — Ameghino. — Linch Arribálzaga. — Francisco P. Moreno. — Dualidad científica y literaria de Holmberg. — Sus creaciones fantásticas. — *La noche clásica de Walpurgis* y la conferencia sobre *Darwin*. — Un párrafo de Cané . 303

XXXVI.—Gregorio Uriarte. — Su discurso; *Patria y Poesía*. — Indole de su espíritu. — Fragmentos de su oración. — Uriarte y Carlos Vega Belgrano. — *La Revista del Plata*. — *Los Pensamientos* de Vega Belgrano. — Juicio inédito de Uriarte sobre este libro. — El espíritu crítico 309

XXXVII.—La vida intelectual y la prensa diaria. — *La Tribuna Nacional*. — Manuel Láinez; sus *Sueltos*. — Diferencia de su espíritu con el de Eduardo Wilde. — Rápido juicio sobre este escritor. — La opinión de Láinez. — El *humour* británico a través de Thackeray y Taine. — La muerte de *Tini*. — Fantasías cómicas y fúnebres 319

XXXVIII.—Las descripciones de Láinez. — El *inimitable* Boz. — Los *Snobs* bonaerenses retratados por Láinez. — Espíritu sarcástico y fuerza de su estilo. — Si-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Págs.

lueta de un Tenorio. — El asesinato por medio del epígrama 329

XXXIX.—Olegario V. Andrade y Mariano A. Pelliza. — Retrato del primero escrito por el doctor Jacob Larrain. — La prosa y el verso de Andrade. — Los trabajos de Pelliza. — El espíritu nuevo en los estudios históricos. — Las escuelas francesa, inglesa y alemana. . 335

XL.—Miguel Cané. — Nuestro viaje a Colombia y Venezuela. — Labor de Cané. — Nacimiento de *Juvenilia*. — Las lecturas y anotaciones de Cané. — *En viaje* y las *Charlas literarias*. — Los *Ensayos*. — Brillo y ligereza del espíritu de Cané. — Faz seria de su talento. — Fragmentos de cartas íntimas sobre mis *Estudios literarios* y la *Sotileza* de Pereda 343

XLI.—Contemporáneos de Miguel Cané. — Carlos Pellegrini, Del Valle, Roque Sáenz Peña, José María Ramos Mejía, etc. — Lucio V. López. — Cómo lo conocí. — Talento vasto y brillante de López. — Don Vicente Fidel López y la emigración argentina. — *La gran aldea*. — *Las lecciones de historia*. — *Recuerdos de viaje*. — Juicio de Groussac sobre López. — Fisiología del *elemento nuevo*, hecha por López 355

XLII.—Necesidad de interrumpir estas páginas. — Anuncio de una nueva serie. — Deficiencias de estos *Recuerdos*. — Un consejo a la juventud. 361

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Aráoz Alfaro, Carlos Ameghino, Martín Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sanz,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben adjuntar el exiguo importe de la suscripción, estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.

Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 763

BUENOS AIRES

Biblioteca de la Universidad de Extremadura